Mariano Picón Salas

MARIANO
PICÓN SALAS

COMPRENSIÓN
DE
VENEZUELA

Prólogo de
HERNANDO TÉLLEZ

COLECCIÓN DE AUTORES VENEZOLANOS
PUBLICADA POR
AGUILAR

J. LÓPEZ ELÍAS - Apartado 3.413 - Caracas

NUEVA EDICIÓN

CORREGIDA Y AUMENTADA

Reservados todos los derechos. Hecho el depósito que marca la ley.
Copyright © 1955, by J. López Elías, Caracas. 1305.

Printed in Spain. Impreso en España por
Artes Gráficas Minerva, Víctor Pradera, 38, Madrid.

NOTA BIOBIBLIOGRÁFICA

MARIANO PICÓN-SALAS

MARIANO *Picón-Salas nació en Mérida (Estado Mérida, Venezuela) en 1901. Hizo estudios en las Universidades de los Andes (Mérida) y de Caracas, y finalmente en la Universidad de Chile, en Santiago de Chile, donde se especializó en Filosofía y Letras. Durante largos años (1924-1936) residió en Chile, y fué profesor de la Universidad y de otros institutos de alta cultura chilena en asignaturas como Historia del Arte, Literatura General e Historia de la Cultura. Regresó a Venezuela a la muerte del dictador venezolano Juan Vicente Gómez, cuyo régimen político había atacado Picón-Salas en numerosos ensayos políticos y en su juvenil novela* Odisea de tierra firme. *Al servicio de Venezuela, Picón-Salas contribuyó a la gran reforma de la educación venezolana en 1936, desempeñando cátedras universitarias, siendo el primer decano de la Facultad de Filosofía y Letras, y, en distintas oportunidades, director de Cultura y superintendente*

de Educación. Presidió también misiones diplomáticas venezolanas en diversos países, siendo embajador de Venezuela en Colombia entre los años 1947 y 1948. Ha sido invitado por Universidades extranjeras (Columbia University, University of California, Smith College de los Estados Unidos, Universidad de Puerto Rico, Colegio de México) en calidad de conferencista y profesor visitante. Es académico de número de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela y correspondiente de las de Colombia, de Argentina, de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, de la Sociedad Geográfica de Lima y de los PEN Club internacionales. Ha merecido la medalla de honor de Instrucción Pública de Venezuela y recibió, en 1954, en compañía de Arturo Uslar Pietri, el Premio Nacional de Literatura.

Su extensa obra literaria comprende numerosos libros de ensayos, de Historia Cultural hispanoamericana (De la Conquista a la Independencia, Dependencia e Independencia en la Historia hispanoamericana, Europa - América, Intuición de Chile, Comprensión de Venezuela); *biografías, como* Miranda, Pedro Claver, el Santo de los Esclavos, Los días de Cipriano Castro; *obras de crítica, como* Literatura venezolana, Perspectiva de la pintura venezolana; *novelas, como* Odisea de tierra fir-

me, Registro de huéspedes. Los tratos de la noche. *Un sucinto itinerario para el estudio antológico de su producción y estilo es el volumen de sus* Obras Selectas, *en más de 1.200 páginas y papel biblia, editado en homenaje al autor cuando se le concedió el Premio Nacional de Literatura, en 1954.*

Se han ocupado de la obra de Picón-Salas y de la significación de su prosa en la Literatura hispanoamericana contemporánea diversos críticos y eminentes escritores americanos, como Pedro Henríquez Ureña, Hernando Téllez, Germán Arciniegas, Alone, José Antonio Portuondo, Arturo Uslar Pietri, Luis E. Nieto Caballero, E. Abreu Gómez, Ricardo A. Latcham, Luis Alberto Sánchez, Benjamín Carrión, Silvio Zavala, Ramón Díaz Sánchez, etc., y escritores españoles, como Pedro Salinas, José Luis Cano, J. Fernández Figueroa, etc.

Actualmente Picón-Salas, quien reside en Caracas, es profesor de la Universidad Central de Venezuela, director de "El Papel Literario" del diario El Nacional *y presidente y consultor literario de la reciente Editorial "Nueva Segovia".*

PRÓLOGO

LA OBRA LITERARIA DE PICÓN-SALAS

Después de la publicación de *Los días de Cipriano Castro* y después de haber recibido en asocio de Arturo Uslar Pietri—otro gran escritor venezolano—el Premio Nacional de Literatura de su patria, Mariano Picón-Salas acaba de ser objeto de otro homenaje altamente significativo: la edición de sus *Obras Selectas*. Allí aparecen, como pórtico del libro, esas páginas autobiográficas de su niñez y de su primera juventud que él mismo recogió, hace años, bajo el título de *Viaje al amanecer*. Son, probablemente, lo más puro, lo más diáfano y poético que Picón-Salas haya escrito hasta ahora. Siguen, en un orden más o menos lógico, sus ensayos sobre la historia, las costumbres, el arte y la literatura venezolanos; un cuento admirable, *Los batracios;* la biografía de Miranda; páginas de interpretación sobre Chile, Perú y Argentina; la estupenda reconstrucción de la vida de Pedro Claver; los co-

mentarios sobre México, y sus ensayos sobre la historia hispanoamericana, la realidad europea y la civilización contemporánea.

Se trata de uno de los mejores escritores del continente, en quien aparecen las supremas virtudes y los inevitables defectos que comporta semejante categoría. Picón-Salas, como Alfonso Reyes, escribe una prosa ejemplar. Como el maestro mexicano, opera con un desembarazo humanístico, pleno de pericia técnica, de gracia y de sabiduría intelectual, en el cuerpo general de los problemas históricos, de los problemas de la civilización y de la cultura, y de los problemas del arte y de la literatura. Además del ensayista, un ensayista de cuerpo entero, en el caso de Picón-Salas se halla el biógrafo de ciertas épocas y de ciertas vidas. Y, por añadidura (éste es uno de los inevitables defectos presentes también en el caso del colombiano Germán Arciniegas), está el periodista de glosa corta y vivaz, que compendia, sintetiza y malogra algunos temas esenciales, merecedores de un desarrollo más amplio, menos superficial y más profundo. Otro tanto ocurre con don Alfonso Reyes, en quien el imperio de la gracia y una soberana alacridad de forma y de concepto lo lleva a ejercer un procedimiento de condensaciones ultrarápidas, algo así como el que ha hecho posi-

bles esos maravillosos compuestos vitamínicos, que en una sola píldora recogen y concentran el diverso poder de toda una serie de alimentos.

En Picón-Salas el territorio periodista de su obra es, desde luego, el más escaso, el que menos cuenta. Su categoría sustancial y la filiación que le corresponde es la del ensayista. Inclusive sus biografías, la de Miranda, la de Pedro Claver, la de Cipriano Castro, son ensayos de interpretación histórico-sociológica con un personaje determinado como figura de fondo.

Además, y básicamente, es un artista. Un artista de la palabra, del matiz, del contraste. Un artista por la emoción y el concepto de la belleza, y por su capacidad de recuperación de los paisajes, de los estados de alma y del perfil psicológico de los seres. En términos más simples, se puede decir que Picón-Salas es un gran ensayista porque es un gran escritor, y esto último por sus dones de artista. Su estilo, como se sugirió antes, es su primera y más fuerte seducción, no exenta de peligros para el diseño general de su obra. En efecto, un libro tan hermoso como el que escribió a propósito de la mística aventura de Pedro Claver aparece, de pronto, en algunos de sus pasos, innecesariamente rico de or-

questación en la prosa, demasiado abundante en los brillantes recursos de que dispone el autor para su estilo.

Suramericano hasta los huesos, en esto lo es también en la manera de sus pares en el ensayo latinoamericano. El deslinde, precisamente así diría Alfonso Reyes, el deslinde entre lo literario y lo histórico, entre los aportes del artista y los aportes del crítico de la realidad social, no se presenta aún en nuestros escritores con la precisión de que dan testimonio las literaturas del viejo mundo. Entre otros, la frontera queda todavía indeterminada. Es una vaga línea, a través de la cual pasa constantemente el desborde de lo uno y de lo otro. Históricamente hablando, es natural que así ocurra. El escritor de esta parte del mundo no puede darse todavía el lujo de la renuncia y la limitación, el lujo de descriminar rigurosamente sus especialidades y escoger su instrumento. Tiene que ser un pulsador universal del caos cultural que lo rodea. Debe ser, simultáneamente, literato, historiador, crítico literario, crítico de arte, un poco filósofo y sociólogo, sujeto activo de la política y juzgador de ella misma. Debe andar y repicar en la procesión. Esta militancia activa o pasiva en medio de las contradictorias circunstancias que toman las formas de la civilización y de la cultura

en el Nuevo Mundo, impide que las obras de sus mejores escritores adquieran ese rigor de la unidad y esa unidad del estilo con que se presentan la mayor parte de los modelos europeos. Claro está que, por ejemplo, con referencia a Picón-Salas, sería una temeridad tratar de desconocer lo que podríamos llamar la secreta unidad de fondo que ata todas sus preocupaciones, todas sus ideas y todas sus creencias. Pero ¿no es un prodigio y, al mismo tiempo, una prueba de la descontinuidad aparente de su faena de escritor que él sea el autor de *Viaje al amanecer* y también de *La esfinge en América* o *De la conquista a la colonia?* ¿Cómo logra hacer el tránsito feliz y de su juventud al reino de la historiografía en que actúan principalmente ciertos valores culturales para el análisis, la clasificación y el enjuiciamiento decisivos? ¿Cómo consigue ser, alternativamente, un narrador de primer orden y un crítico de lo social? He aquí, simbolizada en Picón-Salas con mucha perfección, una de las características, acaso la principal característica de los grandes escritores latinoamericanos.

Ahora bien. ¿se debe lamentar, con referencia a Picón-Salas, esa suntuosa variedad de estímulos y de temas, esa diversidad de cuerdas intelectuales que pulsa su mano de escri-

tor? Ciertamente, no. Acaso una especialización a la europea estaría desfigurando y debilitando esta riqueza estimulante, aleccionadora y eficaz con que se presenta su obra. Los europeos no han menester de escritores como Picón-Salas, capaces de cuidar, cada uno, tres o cuatro frentes de cultura, porque, históricamente, allá ya están repartidos y jerarquizados los papeles, los oficios y las especialidades. Pero Sudamérica los necesita así, intérpretes y profetas de sus caos, bifrontes o trifrontes, vigilantes de la realidad y del sueño, guardianes de la poesía y de la historia, espectadores y actores en la larga tarea de la civilización y la cultura que nos corresponde hacer y defender.

En esa tarea, debemos decirlo sin ningún género de limitaciones, Mariano Picón-Salas es un maestro. Un jovial y sencillo maestro, sin pedantería, que sabe disimular con el prodigio de la gracia estilística los tesoros de su cultura y no toma jamás la actitud intelectual de tantos otros escritores suramericanos en quienes la filosofía, la sociología, la historia y el arte se les vuelve una insoportable pedagogía de redentores profesionales. Picón-Salas es, por el contrario, la elegancia profunda y discreta de las ideas, la finura y la precisión del trazo, la exacta descriminación crítica, la

doctrina segura y sin alharacas, el matiz y el buen gusto. Una especie de sonrisa filosófica, apenas levemente escéptica, pues hay en él un subfondo, una base firme de nociones y creencias. Ilumina, como de través, todo el armonioso conjunto de su obra, íntegramente tocada por la vara mágica de la belleza. Esa obra es ya, como lo anuncia con toda justicia el título de la colección en que ahora aparece una buena parte de sus trabajos de escritor, un aporte clásico a las letras hispanoamericanas.

Bien es cierto que el clasicismo latinoamericano es un punto de problema, un tema específico de controversia. Y Picón-Salas, cuya profunda experiencia cultural lo hace dudar de toda premura en las clasificaciones, tomará como elogio incómodo que se le ubique en una situación demasiado comprometedora, por lo ejemplar. No obstante, la historia de nuestras literaturas, una historia de apenas un poco menos de cuatrocientos años, necesita para expresar su proceso y su significación de que se nombren y se designen sus decisivos hacedores. Picón-Salas es uno de ellos. Su obra representa una búsqueda incesante de la verdad en medio de las supersticiones, una determinación inquebrantable de servir los intereses espirituales de la criatura humana, sin econo-

mizar la protesta que merecen todas sus bajezas y la exaltación que merecen todas sus noblezas.

Además, o principalmente, su obra es un constante alegato por la libertad y la dignidad de esa misma criatura. En tales condiciones y sobre la base de que, al mismo tiempo que todo esto, el escritor venezolano ha hecho de su obra una obra de arte, ¿no será completamente justo señalar para él la categoría ejemplar a que tiene derecho?

HERNANDO TÉLLEZ.

COMPRENSIÓN DE VENEZUELA

(1948)

GEOGRAFÍA
CON ALGUNAS GENTES

A un cuero de los Llanos, bastante bien secado al sol de la zona tórrida, se semeja en los mapas el territorio de Venezuela. El matarife divino (porque en todo inicio está la Teología o la Geología que conduce a lo mismo), al realizar aquella operación de corte, empleó, sin duda, un gastado cuchillo rural, ya que lo que se puede llamar nuestra piel topográfica dista mucho de la simetría y de aquellas exigencias que en las grandes curtiembres se fijan al producto. La materia más abultada del inmenso cuero donde el geólogo taumaturgo se complació en las salientes costras es ese arco irregular Sur-Oeste-Noreste que forman desde el Táchira hasta la Península de Paria los Andes y su ramificación montañesa costera. Al Sur de aquel arco, en el desagüe de los ríos que alimentan al Apure y la gran serpiente del Orinoco, el cuero ya es más simétrico y liso; es la región de los Llanos. Quien guste

de soñar ante los mapas puede entretenerse en otras curiosidades topográficas: los pedazos de nuestro continente que en época remotísima se llevó el mar de los Caribes; el pie de la isla de Bonaire que yergue su talón de futbolista contra las Antillas más lejanas; la lámina del cuchillo de Curazao—verdadero cuchillo de pirata holandés—; las gallinitas cluecas bien acurrucadas en un suave nidal marítimo de las islas de Aves; el duro farallón de los Roques; Margarita con sus perlas y los prodigiosos colores de su "Arestinga"; el zurrón, contradictoriamente lleno de asfalto y azúcar de la isla de Trinidad de que disfrutan los ingleses, y toda la menuda siembra de islotes que frente a nuestros dos mil ochocientos trece kilómetros de costa marítima se alinean y despliegan como adelantándose a defender ese territorio bravo—puente o costilla que parece juntar el mundo antillano con el mundo andino y que políticamente se nombra: Estados Unidos de Venezuela—. Prehistórico sitio de paso para los feroces caribes que desde la más pilosa y bárbara selva amazónica avanzaron hacia el mar, y de piratas fluviales se convirtieron en piratas marítimos; vencieron y sometieron a los aruacas, y de una a otra isla saltaron con su grito de guerra, su "Ana Carine Rote", por todo el archipiélago

que llevó su nombre. Vestigios de pequeñas civilizaciones derruídas al paso de la oleada bárbara se descubren cada día, y, entre otras, aquella misteriosa cultura del Lago de Valencia, rescatada del limo lacustre por el doctor Rafael Requena, donde el fantasioso arqueólogo se complacía en ver y mostrar los "vestigios de la Atlántida".

Pero ¡qué de cosas debieron ocurrir en esa infancia de la Historia y del mundo! Frente a San Juan de los Morros, puerta de los Llanos, por donde ahora cruzan bajo el bravío sol, apaciguando sus reses con el canturreo monótono, los pastores llaneros que las llevan a la ceba y a los activos mataderos de la región de Aragua, se yerguen unos cerros dentellados, de la más caprichosa forma, especie de castillos feudales o graníticas almenas para dominar la planicie. Quien trepa a ellos con zapatos y bastón de explorador tiene la ilusión de haberse salvado de algún naufragio marítimo; y conchas petrificadas, fósiles de moluscos, le enseñan—aun sin saber Geología—que por allí se precipitaron las aguas del mar terciario. Lo que es ahora llanura herbosa, antes fué océano, y desde el verandah del Hotel termal, donde el dictador Gómez bañaba en la piscina probática sus riñones de toro viejo, se perfila en roca viva el testimonio

de esa lucha plutónica. Los peñones de los "Morros", compendio de la más escueta y desgarrada geología, son los que impiden a las llanuras venezolanas—a diferencia de las pampas argentinas—salir al mar; los grandes ríos de la planicie se corrieron demasiado al Sur —donde todavía el hombre venezolano los utiliza poco—, y los pequeños valles de la Cordillera de la Costa, que, con Margarita, el litoral cumanés y los estados andinos del Occidente, tienen la mayor densidad demográfica, sufren a veces de sed y necesitan irrigación artificial.

Esa Venezuela poblada—la del Norte del país y la de los Andes—ha requerido, a pesar de todos los cantos románticos a la opulencia de la zona tórrida, esfuerzo de hombres machos para superar una geografía bastante difícil. Los vascos del siglo XVIII, con su buena servidumbre mestiza, poblaron de casales y plantíos los valles de Aragua, que a Humboldt se ofrecieron en 1800 como uno de los más laboriosos y animados jardines de América; los mayorazgos diligentes de las viejas familias criollas—Palacios, Pulidos, Bolívares y esa extraña dinastía fenecida de los Mier y Terán— penetraban a los llanos a doctorarse en rejo y en lazo, a domar reses bravas y a asentar con el imperio sobre la tierra ilímite aquel

instinto de dominación que hizo de Venezuela durante las guerras emancipadoras del siglo XIX un caliente almácigo de jefes. Como en dulce sombrío de aclimatación, prosperó, también, desde fines del siglo XVIII el café que el padre Mohedano llevaba al valle de Caracas y que fué extendiendo su palio de azahares y sus gajos de rosadas cerezas en todas las laderas cordilleranas del Norte al Occidente entre 800 y 1.700 metros de altitud. Si el cacao fué un cultivo esclavista; si durante la época colonial apenas sirvió para erigir sobre una gleba sumisa el dominio de la alta clase poseedora que adquiría títulos y a quienes apodaban, justamente, los "Grandes Cacaos", el café fué en nuestra Historia un cultivo poblador, civilizador, y mucho más democrático. Algo como una clase media de "conuqueros" y minifundistas comenzó a albergarse a la sombra de las haciendas de café.

En mi bella ciudad de Mérida, cuyo paisaje de agricultura de tierra alta se transformó a comienzos del siglo XIX con los cafetos, narraban, a propósito del fruto, una bonita historia del tiempo romántico. Ocurre, entre paréntesis, y para ambientar mejor el suceso, que aquella tierra de la angosta altiplanicie meridеña tiene ya la fatiga de tres siglos de ser trabajada. Al más híspido cerrito se pegan los

que ya fatigaron la tierra plana, mandando valle abajo los rodados y la erosión. Viejas familias que ya se trasmitían sus testamentos y firmaban sus decoradas rúbricas en las escrituras del siglo XVII conservan esas tierras sobre las que gravitaron muchas capellanías y censos civiles y eclesiásticos; estrictamente lo preciso para lo que en el estilo arcaico de mi ciudad se llamaba "no perder la decencia", pero insuficiente para quien quiera alcanzar el millón de bolívares. Y de las fiestas sociales de Mérida, donde ponía las más gallardas contradanzas y adivinaba todas las charadas, partió por los años 60, poseído de un sorpresivo espíritu de aventura que asombró a sus contemporáneos, don Diego Febres Cordero a desbrozar las entonces virginales tierras de Rubio en el Táchira; a remover su negro migajón y a levantar con máquinas llevadas por piezas, a lomo de mula, a través de los barrancos cordilleranos, las primeras instalaciones modernas de caficultura conocidas en el país. Podían los caudillos en otras regiones de Venezuela combatir por el color rojo o por el color gualda, por "los sagrados principios" o la "alternabilidad republicana"—como decían las proclamas casi teológicas de entonces—pero en las fincas de don Diego, con ceibos corpulentos, con represas para el agua y cilindros

y trilladoras modernísimas, nunca faltó el pan abundante y una laboriosidad de Arcadia bien abonada. ¡Oh, si por tantos caudillos como tuvimos entonces hubiera poseído el país cincuenta Diegos Febres Cordero! A la escuela patriarcal de don Diego mandaban las viudas a sus hijos "con buena letra" para aprender la contabilidad y el estilo de cartas que se escribían a los comerciantes de Hamburgo, óptimos compradores del café tachirense. Y en aquella región fronteriza el cultivo cafetero del siglo XIX formó pueblos alegres con iglesias de dos torres y tres naves, con amplia plaza para colear toros y correr "cucañas y cintas" el día del Santo Patrón y hasta con su "Centro de Amigos" o "Club del Comercio" para agasajo de visitantes forasteros. No todo era desorden ni algazara en aquella Venezuela posfederal que describieron algunos sociólogos pesimistas. Cuando faltaba el auxilio del Gobierno, los vecinos de los Andes reparaban su necesario camino al Lago; los magníficos arreos de mulas de Carora, anticipándose al ferrocarril, repartían por los más intrincados pueblos montañeses los productos de la civilización, y las alzas de café y la buena ceba del ganado traído de los Llanos permitían que, en ferias y fiestas, campesinos prósperos hicieran a los gallos y a los dados "apuestas de a cien fuer-

tes". El Estado era pobre, pero prosperaba y crecía, a pesar de todo, nuestra buena raza hispana y mestiza; la que producía simultáneamente caudillos y agricultores y poetas de a caballo, generales que hacían versos, como Falcón y Arismendi Brito.

Los prohombres de un país inmenso y mal comunicado, de fuerte vida regional, se conocían en los Congresos o en las tiendas y hoteles de la "Calle de Mercaderes", de Caracas, a donde todos llevaban con "el voto de los pueblos" las complicadas listas de encargos de sus familiares, clientes y compadres. Allí precisamente alternaban el andino Eusebio Baptista con el guayanés Dalla Costa, el general Araujo con el sutilísimo doctor Vicente Amengual, creador de todo un estilo político, de una sagaz malicia indígena, cuyo último intérprete fuera hasta hace apenas dos lustros el doctor Victorino Márquez Bustillos. Durante veintitantos años el "recibo" semiparisiense, modelo Segundo Imperio, del general Guzmán Blanco albergó todos los días los rostros de esos mensajeros de una Venezuela inmensa y violenta; barbas de caudillos de la Guerra Federal, doctores atiborrados todavía de cánones y latines en la vieja Universidad de los Andes, oradores de la época romántica que tenían la negrísima perilla, la voz de órgano y

las metáforas orientales del doctor Ildefonso Riera Aguinagalde. Contra todos ellos había erguido su cesarismo liberal, su política de europeización ese Pedro el Grande del trópico que se llamaba el "Ilustre Americano". Pero de una de esas audiencias del "Ciudadano Presidente", derrocado ya Guzmán Blanco, y finalizado el siglo XIX, salió un hombrecillo desmirriado, mal vestido y de ojitos de parapara profiriendo injurias contra el mandatario que, según el incómodo visitante, "ya no oía el voto de los pueblos". Tratábase de Cipriano Castro, descendiente—según dicen—de bravos indios motilones, personaje rural hasta esa fecha, pero cuya tremenda energía y audacia desplegara pocos meses después la revolución andina que desde los últimos rincones fronterizos hizo en marcha sorpresiva y casi paralizante de más de mil kilómetros, la conquista del Capitolio. Un espíritu aristocrático, dueño de la mejor prosa modernista, discípulo de Barrés y de D'Annunzio, Manuel Díaz Rodríguez comparaba en una novela publicada en 1901, *Idolos rotos*, la marcha de aquella soldadesca enruanada, de los labriegos con fusil que acamparon al pie de la estatua de Bolívar, con una invasión de bárbaros. El desterrado en su propio país que era en ese instante el autor del libro, cerrábalo con un

lóbrego "Finis Patriae". Vivir en Europa, pasearse por las "loggias" de Florencia y amar heroínas dannunzianas parecía la solución de aquellos personajes pálidos y nerviosos de Díaz Rodríguez. Pero, ¿es que acaso con las mesnadas de Castro no se incorporaban a fundirse en una gran síntesis venezolana, gentes que vivieron aisladas y cuya propia aventura, por primitiva que parezca, no revelaba una nueva conciencia de sí mismos, un ímpetu altivo de participación? No es culpa de ellos, sino de las condiciones sociales si su insurgencia no fué más culta; si los doctores y legistas no pudieron crear un marco jurídico para el nuevo ascenso de masas; si por el renunciamiento y cobardía de las llamadas clases influyentes se pasó de la aventura de Castro al letal letargo de la tiranía de Juan Vicente Gómez. Pero en ésta—como después lo veremos—es preciso no juzgar tan sólo las circunstancias autóctonas, sino también las de un imperialismo voraz, las de consorcios inversionistas sin escrúpulo, que encontraron en el duro pastor de La Mulera el mayordomo que requerían sus intereses.

En todo caso, y desde una perspectiva más amplia que es la que hace la Historia, el proceso de la República en los ciento y tantos años que separan a Bolívar de Juan Vicente

Gómez, fué un largo proceso de fusión. En 1777, cuando una Real Cédula creó la Capitanía General de Venezuela, esto parecía casi una entelequia administrativa. ¿Qué tenía que ver entonces Mérida con Cumaná, y los esclavos de las haciendas cacaoteras con los mantuanos de Caracas? Bolívar y su agónica peripecia a través de los Llanos y Andes fué el Moisés que reunió las tribus dispersas y les dió la conciencia de unidad y destino. Aquel orgullo venezolano, el de las lanzas llaneras que subieron el Alto Perú, el de los caballos apureños que abrevaron en el Desaguadero, el de Antoñito Sucre, prócer en Bolivia, mantuvo su mesianismo, su esperanza y mérito de mejores días, aun en los momentos de mayor desolación nacional. Después, los territorios y las gentes aisladas empezaron a juntarse en el gran crisol de la República. Sangre llanera se unía con sangre andina, en la convulsión de la guerra federal. Los montañeses del Táchira iban al Oriente y descubrían la fascinación de la Guayana en las guerras castritas de 1902. Y si hay un factor que pierde cada día su validez en la política venezolana, es el regionalismo, que ayer fué consigna de pequeños caciques. En poco más de un siglo, Venezuela ha asentado su unidad, y yo diría que ya hay un mestizo nuestro, un

tipo venezolano que ha asimilado aquellas sangres, aquellas divergencias, aquella parte de historia común que marca hoy con gozo y con esperanza nuestro patronímico.

Acaso falte—como en todas partes—perfeccionar nuestra democracia legal, pero es ya bastante amplia nuestra democracia humana. Una educación gratuita que reparte cada día nuevos grupos escolares, nuevas escuelas granjas, nuevas legiones alfabetizadoras por todo el país, que aumenta cada año el presupuesto educacional; una moderna y creciente conciencia de los servicios públicos, empresas económicas que surgen con más audacia, están cumpliendo en nuestra tierra una tarea redentora. Y por todo el tiempo que los venezolanos dedicamos a lamentarnos, a ser Narcisos del propio dolor, bien vale la pena señalar y alentar esta hora de estímulo.

SIGNO DEL CALOR

Cierta sociología naturalista, muy de moda a fines del siglo XIX, nos desacreditó el Trópico como tierra del más langoroso calor, donde se anula y amortigua el impulso del batallar humano. Pero además de que en nuestro trópico el clima se modifica por las alti-

tudes andinas, y quien sin saber viese, por ejemplo, una fotografía de Mucuchíes en el Estado Mérida, con sus mestizos enfundados en chamarretas de lana, situaría el lugar y las gentes en una región hiperbórea, y quien comiera manzanas en Pueblo Nuevo o Bailadores supondría, imaginariamente, que estaba en Galicia; a más de las complicadas relaciones entre temperatura y orografía y de que la técnica del siglo XX puede afrontar el problema del trópico de modo muy diverso a como lo consideraba el siglo XIX, a más de todo eso, se hace necesario para quienes lo hemos sudado y vivido bastante, distinguir los matices y variedades del calor. En el calor, como en el amor, también se distinguen grados y especies. Antes de desenvolver la teoría—porque presumo de ser experto en calores—conviene una requisitoria contra ese melindroso siglo XIX, que tanto nos calumniara. Siglo burgués, si los hubo, sobre todo su segunda mitad, el siglo XIX—como en las famosas caricaturas de Daumier—se caracterizó por un falso ideal de seguridad, por presumir que todo, en un mundo que se tornaba sumamente satisfecho y orondo, ya transcurriría sin riesgo ni peligro. El burgués bien comido y pensionado por el Estado—como en las novelas francesas de 1870 a 1880—podía entregarse a la contemplación

de sus complejidades psicológicas. Y el criollo que vivía en Caracas, en Bogotá o en Managua se dedicaba al lamento que engendró muchas páginas de nuestra literatura modernista. Pero los voluntariosos vizcaínos de la Compañía Guipuzcoana que en el siglo XVIII dieron gran incremento a la agricultura de Venezuela, y los agresivos y bien dispuestos frailes de las misiones catalanas que en el propio 1700 fundaron pueblos hasta en el más remoto rincón del país, no pensaron demasiado en el calor, como tampoco pensaba Humboldt que se solaza en su libro describiendo las tibias y estrelladas noches de Cumaná. Y un baño en el río Manzanares compensaba para el viajero romántico de la molestia de cualquier día caluroso. Era para él la más perfecta emoción russoniana que podía ofrecerle la zona tórrida.

Por ese impulso tan característico de la colonia venezolana en el siglo XVIII, nuestra civilización de entonces pudo llamarse—aún con más propiedad que la de hoy—una civilización del calor. Buenas obras de mampostería, arruinadas después por la guerra civil, habían dejado frailes, guipuzcoanos y dueños de hatos, en las poblaciones llaneras. Algunas de las muestras de mejor arquitectura que tiene nuestro arte colonial, se encuentran curiosamente en los pueblos y ciudades más cálidas:

aquel delicioso portalón de la Casa de la Blanquera, en San Carlos de Cojedes, la Iglesia de San Juan Bautista, del propio San Carlos, con su limpia fachada de basílica romana; la "Casa de las Ventanas", de Coro; las iglesias de Araure, el Pao, Guanare; el palacio del marqués de Pumar, en Barinas. Y tal arquitectura—muy superior a todo lo que durante más de un siglo levantó la República—no brotaba, precisamente, como mero capricho y ornato, sino que estaba en relación con la prosperidad y recursos de la tierra. Era el tabaco de los Pumar y las reses gordas, y las magníficas bestias de silla de los Pulidos, Palacios y Blancos que se hacía piedra y dibujaba volutas en los grandes paredones enjalbegados. ¿Qué el calor debilita? ¿Y de dónde salió el Catire Páez con su puñado de lanceros? Habían viajado bastante estas lanzas y atravesado llanos y páramos y asegurado en Boyacá la independencia de Nueva Granada, cuando una noche—precisamente la noche del 24 de junio de 1821, después de Carabobo—descansaban al lado de Bolívar, junto al vivac. Regalándose con el humo de su Capadare, Páez pregunta al Libertador:

—General, usted que ya nos conoce bien, ¿puede decirnos cuál es la primera lanza del Llano? —Monagas—contesta el Libertador.

—¿Y cuál es la primera lanza de Venezuela? —insiste el Catire. —Monagas—reafirma Bolívar. Y Páez, ya molesto: —¡Caramba, mi general! ¿Y entonces yo qué soy? —Usted, general Páez, es la primera lanza del mundo.

Misiones de Guayana; hatos del Guárico, Portuguesa y Apure; ópimos campos de Aragua sembrados de samanes; mulas caroreñas y sueltas caballadas, a las que los llaneros de Páez les ponían el primer bozal—productos de tierra caliente, todos—contribuyeron a la economía de quince años de guerra vertidos sobre la mitad del Continente. Más bien con la República se detuvo esa conquista de las tierras calientes, y la población se fué concentrando en las montañas y en la zona costera. En los pueblos del Llano; por ejemplo en el desolado San Carlos, el bahareque ligero y el tuerto rancho de paja sustituyeron a la mampostería erguida por los españoles. Caserones como el de la "Blanquera" o el "Palacio Pumar", fueron ruinas cubiertas de tártago.

Calor seco y calor húmedo son dos connotaciones fundamentales de nuestra geografía biológica. Las tierras del calor seco—desde las islas perleras de Margarita y Cubagua hasta Coro, Carora y El Tocuyo, en el Occidente, fueron tempranos centros de colonización española. Caroreños y corianos, hijos de un pai-

saje semidesértico, tienen fama de ser los soldados venezolanos de más aguante físico y los borricos y yeguas que llevaron allí los conquistadores proliferaban y se reproducían con mayor talla y resistencia que en sus nativas dehesas andaluzas. Al fuerte asno coriano y a la mula caroreña les debe mucho nuestra vieja economía rural, antes de las carreteras de cemento, los camiones y los automóviles. Junto al caballo llanero, el de los grandes combates, que se plantó en el escudo nacional como símbolo de osadía y de distancia, la mula y el burro conducían el armamento y las vituallas de la guerra emancipadora. Casualmente, en una de esas mulas de seca tierra caliente iba montado Bolívar—según lo cuenta O'Leary—el día en que salió a encontrar a Morillo para el armisticio de Santa Ana, en 1820. Y durante la Colonia, altos prelados y oídores del Virreinato de Nueva Granada se disputaban esas mulas caroreñas, pagadas en peluconas de oro. Su peripecia civilizadora, tramontando páramos, torrentes y caminos de travesía, se pierde en un sitio tan lejano como las montañas del Tolima o el duro camino que conducía de Bogotá a los llanos del Meta. A viejos "cachacos" granadinos que oyeron su leyenda, les he oído preguntar por nuestras mulas. Fueron una de las tantas cosas peri-

clitadas en el tránsito de la agricultura patriarcal a la absorbente industria del petróleo. Pero allá por los años 60 del pasado siglo, en el séquito del general Mosquera, se paseaba en una mula de esas, organizando elecciones e intrigando de Bogotá a Antioquia con todos los jefes liberales, nuestro diabólico Antonio Leocadio Guzmán, quien, después de ser vicepresidente de Venezuela, se daba el lujo de firmar—como constituyentista granadino—la famosa "Constitución de Río Negro". Y el general Mosquera le dió bastantes onzas y un título de ministro plenipotenciario en Caracas, para que fuese a gestionar en Venezuela la reconstitución de la Gran Colombia. Don Antonio Leocadio vendió la mula y partió para Saint-Thomas, en las Islas Vírgenes, donde se escribieron tantos documentos y cartas clandestinas de nuestra Federación.

Esas familias vascas de una ciudad de firme estirpe española como Carora—Rieras, Zubillagas, Pereras, Oropesas, Aguinagaldes—pueden decir si el calor seco hace mal a la salud y si no se daban en aquellos caserones de tres patios, familias prolíficas, gentes a quienes sólo vencía la más añosa longevidad. Otras regiones del calor seco, como la isla de Margarita, tienen la más alta densidad demográfica de Venezuela, y el margariteño—buzo,

marinero, hombre de muy cambiantes profesiones—ha cumplido en todo el país, arrojado por la estrechez insular, una ingente obra colonizadora. El territorio Delta Amacuro, con sus tierras limosas emergidas del padre Orinoco, es una especie de fundación insular. En las petroleras de Monagas, Anzoátegui y el Zulia, como en el "Central Venezuela", abunda el brazo margariteño. Se les ve, además, con sus barquitos "tres puños" y "goletas" recorriendo todo el Caribe o haciendo un comercio lícito o ilícito, según sean las circunstancias. La vieja raza guaiquerí fundida con la española engendra estos mestizos ágiles, unidos entre sí por una conciencia tribal—como quizás no la tiene ninguna otra comunidad venezolana—y por el culto de la Virgen del Valle, talismán y "totem" de su pueblo, cubierta de perlas, aguardando siempre el regreso de tan nómada gente que, desde cualquier rincón de Venezuela, acude a depositar ofrendas y pedirle nuevo aliento para la constante aventura.

Como el margariteño, el coriano y el cumanés, el industrioso maracaibero es también hijo del calor seco. Su gran lago les daba a los habitantes de nuestra segunda ciudad un como imperio acuático y comercial que exaltaban y defendían con celoso regionalismo. Aún

no se erguían las grandes torres petroleras y y no se iniciaba la danza de millones y regalías de aceite que remeció como un cataclismo la vida venezolana, y ya los maracaiberos afirmaban con un poco de injustica que en un país demasiado pendiente del presupuesto y las dádivas gubernamentales, eran ellos los más laboriosos. Y para que no los apodaran fenicios, tenían sus poetas propios y sus mitos indígenas regionales. Absorto en la belleza de sus noches de luna, el mayor de estos rapsodas, el viejo Yepes se ahogó cerca de los muelles; el que fuera marino y sorteado en piraguas y balandras todos los chubascos del Caribe. Contra la tradición del héroe militar, tan vigente en otras ciudades de Venezuela, Maracaibo alzaba estatuas a sus escritores y poetas. El neoclasicismo de sus maestros de escuela exigía que, junto a la rumorosa "Calle del Comercio", existiera la "Calle de las Ciencias", y que cualquier rapaz se nombrara Aristóteles o Sócrates. Los "Ateneos del Zulia" aun en épocas de caudillos y revoluciones, sesionaban para discutir cualquier problema métrico o gramatical o estudiar las consecuencias que para el mundo antiguo tuvieron las guerras púnicas. La Mitología clásica era tan familiar como la nativa con sus leyendas de "Anaida" e "Iguaraya" inmorta-

lizadas por el viejo Yepes, y con la que ofrecía en largos poemas nativistas premiados en todos los juegos florales, Udón Pérez, poeta oficial de la región y sumo cacique de la poesía indigenista. Para escribir con severo rigor gramatical, hasta los contadores de las casas de comercio se aprendían el *Diccionario de Galicismos* escrito por su coterráneo don Ramón María Baralt. En ese Maracaibo anterior al petróleo que yo alcancé a conocer de muchacho; el de las grandes casas con azoteas, un poco morisco; de aljibes en los patios para recoger la escasa agua de la lluvia; de las muchachas bonitas en las carrozas del carnaval o en los bailes del "Club de Comercio", los viejos periódicos mantenían cada día, junto a la página del tráfico portuario y exposición minuciosa de las toneladas de plátanos y azúcar que trajo del sur del lago la piragua *Chiquinquirá* o los sacos de café que llevó el vapor americano, la página de versos poblada de madrigales, elegías o epitalamios. Y antes del "impuesto a la renta", las grandes casas de comercio debían contribuir a las carrozas de carnaval y a los juegos florales. Se hacían millones, se exportaba todo lo exportable, se fundaban bancos regionales o centrales de azúcar, pero Maracaibo aún aspiraba—más que a ampliar sus muelles o dra-

gar su "barra" lacustre—a tener Universidad. ¿No era este un ejemplo—ingenuo o romántico, si se quiere—de un deseo de cultura, de un ansia de progresar y sobrevivir sobre todo contratiempo, sobre toda oscura contingencia que pesó sobre la vida venezolana? En Maracaibo también se hacía con versos, con juveniles sociedades secretas, con organizaciones obreras clandestinas, la lucha contra la tiranía de Juan Vicente Gómez.

Si ese mundo del calor seco reivindica las calumnias que se esgrimieron contra el Trópico y es, por lo menos, tan habitable como el de nuestras altiplanicies andinas, Venezuela—como todos los países tropicales—debe incorporarse con la técnica del siglo XX las zonas del calor húmedo. Mucho hace en semejante tarea nuestro ejemplar "Instituto de Malariología" que, desgraciadamente, no puede preparar aún toda la gran cuota de médicos higienistas o ingenieros sanitarios que requiere el país. A la patriótica tarea de luchar contra los mosquitos de Urama o de Barlovento, los jóvenes médicos prefieren su consultorio elegante en las ciudades grandes. Desde su laboratorio de Maracay, rodeado de un equipo de excelentes batalladores de la medicina social, el doctor Arnoldo Gabaldón pide más vocaciones de higienistas. Y si las

zonas del calor seco arrojan un saldo positivo en lo demográfico y humano, las del calor húmedo constituyen una potencial esperanza económica. Mucha más azúcar en la región de Bobures, mucho más arroz en el delta del Orinoco, más cacao en Barlovento, más aserraderos en Turén, más bananos en Yaracuy marcarán ese esfuerzo técnico y sanitario contra el calor húmedo. Ya en un sitio tan antiguamente palúdico como la costa de Turiamo, las estadísticas minuciosas de Arnoldo Gabaldón no registraron en los dos últimos años ningún nuevo enfermo.

En un paisaje de calor húmedo el doctor Juan Iturbe hizo una observación que no es sólo de hombre de ciencia, sino también de poeta: "Mientras los hombres marchaban pálidos y desmirriados, los pájaros—turpiales, paraulatas, gonzalicos—se alborozaban en los árboles y parecían con sus plumajes brillantes, los ojos fogosos y el buche henchido de cantos, los pájaros más felices de la tierra, las aves del paraíso. De la guayaba al caimito, al guanábano y al anón, picoteaban su banquete frutal. La mañana, herida de sol, saltó como una flecha desde sus gargantas. El gozoso desayuno de los pájaros contrastaba con el que hacían en el rancho próximo unos campesinos, con su lámina de cazabe viejo y su

café aguachento. Y es que, más sabios que los hombres, los pájaros sabían elegir su comida; no sufrían de avitaminosis. No calumniemos tanto al clima ni hagamos una improvisada sociología sobre los efectos del trópico mientras no enseñemos bien a comer y a vivir a nuestros campesinos; a los del frío San Rafael como a los del caliente Tucupita; a los de tierra seca como a los de tierra húmeda, a los del llano y de la altiplanicie. Hay en Venezuela, precisamente en el Ministerio de Sanidad, un conjunto de jóvenes investigadores que, diseminados por todo el país, ya nos han enseñado cómo se alimenta y por qué se enferma la población rural. Está descrita en estos cuadernos una auténtica política social—humana quisiera decir más bien—que haga del hombre venezolano un sér más felíz, más dueño de su ambiente que lo que lo fué cuando lo expoliaban los "Jefes civiles" y los caudillos alzados. Juan Bimba, el hombre de la "pata rajada" o de la alpargata de fique, se vengaba en las coplas de su tosco romancero:

Yo conozco generales
hechos a los empellones.
A conforme es la manteca
así son los chicharrones.

Y esta súplica conmovedora: ¡No me diga general porque yo a naide he robao!

PUEBLO E INTELECTUALES

¿Estudiaba usted por casualidad Derecho, Ingeniería o Medicina en la Universidad de Caracas en 1928? Sin duda que esa fecha tiene que ver o tendrá que ver con lo que acontezca en Venezuela en los próximos años. Don Juan Vicente Gómez, nacido en 1857 en el pueblo fronterizo de San Antonio del Táchira, antiguo contrabandista de ganado y uno de los empresarios financieros de la revolución de Cipriano Castro en 1899, omnipotente caudillo del país a partir del 19 de diciembre de 1908, ya entraba en la más provecta ancianidad, y cada día un mayor número de venezolanos dudaba de la sedicente eficacia mágica de su régimen.. En veinte años de satrapía ocurrieron—a pesar del silencio político—algunos extraños fenómenos: la nación agrario-pastoril que él comenzara a gobernar en fecha lejana, se había transformado en uno de los mayores reservorios petroleros del mundo. Y si el oscuro aceite contribuyó como muchas otras cosas a enriquecer al general Gómez y a su camarilla, también estaba engendrando, frente al antiguo y paciente campesinado, una clase obrera. Surgían ya ante el anciano jefe problemas

políticos y sociales más complejos que aquellos del año 21, cuando contestaba a la Oficina Internacional del Trabajo que en Venezuela no se requería una legislación social como la recomendada por los teóricos ginebrinos, ya que los asuntos de capital y brazo proletario eran decididos en el país del modo más armonioso. ¿No es así, don Antonio? —preguntaba el caudillo, con asiática cazurrería, al señor Pimentel, rey del café y su émulo en los latifundios aragüeños.

No puede negarse que don Juan Vicente fué uno de los hombres con mayor estrella personal que conozca la Historia contemporánea, o el astro que le favorecía estaba en conjunción opuesta con el que proyectó sobre Venezuela años tan fatídicos. Frente a los viejos caudillos románticos, derrochadores de la propia vida, y en cuyas frases pomposas resonaba el eco libertario de alguna traducción al español de la *Historia de los Girondinos*, este era un hombre sanchesco, reservado, minucioso para esconder sus centavos y pesar sus frutos menores. Durante el gobierno de Castro, que fué de ruinosa deuda pública, de conflictos con las grandes potencias, de saraos y discursos al "Restaurador", Gómez desempeñó tan perfectamente su papel de Bertoldo, que a su ingenuidad deberían acudir los doctores

políticos avezados que promovieron en 1908 la conjura contra don Cipriano. ¿Iba a reconstituirse el viejo partido Liberal del siglo XIX o, por el contrario, después de tantos años de herejía, divorcio y patronato eclesiástico, se implantaría un conservatismo del buen modelo que don Rafael Núñez y los hombres que le siguieron habían impuesto en Colombia? A los diestros políticos que le ofrecieron un banquete y pensaban deshacerse de él en la más próxima coyuntura, nuestro impenetrable "Bertoldo" supo responderles que él sólo pertenecía al "Partido de la Paz y del Trabajo". A quienes aludían a las doctrinas tradicionales del siglo XIX, les contestaba que Venezuela necesitaba sembrar. Así como en el año 89 Rojas Paúl convirtió los letrados que le acompañaron en la reacción contra Guzmán Blanco, y a quienes no podía nombrar de ministros, en académicos de la Historia, Gómez iba metiendo en un pomposo "Consejo de Gobierno" todos los antiguos y peligrosos jefes que en Oriente u Occidente pudieran rebelarse. Y, uno a uno, y acompañando a los doctores que también pensaron "madrugárselo", aquéllos fueron pidiendo pasaje para las Antillas o Nueva York, a riesgo de ser amurallados en La Rotunda.

La Filosofía positivista representada por al-

gunos letrados en los primeros gabinetes de Gómez, erguía contra el liberalismo romántico la tesis del "Gendarme necesario" y la panacea de la Paz. "Héroe de la Paz" llamaban ya por 1910 a Juan Vicente Gómez. Si con el lema de "prefiero la peligrosa libertad a la inquieta servidumbre" se habían librado las polémicas del siglo XIX o desfilaron los estudiantes del año 88 a derribar las estatuas de Guzmán Blanco, ahora los nuevos intérpretes de la Historia, los que se arrogaban el derecho de sacar de la propia realidad del país una "Constitución" más constante que la que estaba escrita en los papeles, hacían del "caudillismo" una ley inflexible y entre todos los caudillos preferían, naturalmente, el que refrenara toda insurgencia. El café—principal fruto de exportación entonces—subió considerablemente en 1913 y 1919; el general Gómez propiciaba su "política de carreteras" y el más escondido villorrio se hacía la ilusión de estar pronto unido a la capital con una cinta de cemento. Efectivamente, el general Gómez apaciguó con dádivas, Presidencias de Estado o carcelazos—terapéutica cambiante según la calidad del sujeto—a los pequeños caciques ambiciosos. Y ya aparecían en los bordes del Lago de Maracaibo erigiendo los primeros ta-

ladros los ingenieros de la "Standard Oil". Con ese dinero inesperado y miliunanochesco se fortalecería la dictadura. La riqueza potencial del país ya parecía un mérito atribuible al rudo "Pacificador".

Intelectuales perezosos y una cauta burguesía acomodable, encontraron en el "General" la fuente de toda merced. Vertiendo en mejor prosa los lugares comunes del Caudillo sobre "unión", "paz", "trabajo", "agricultura", conseguían bien pagadas prebendas. Y no alcanzó mayor eco la rebeldía de unos pocos estudiantes, cuando la Dictadura ordenó cerrar la Universidad, en 1913. Lo que entonces podía llamarse la "oposición" eran los viejos generales caídos en desgracia, que desde su retiro de las Antillas o Nueva York, narrando pretéritos heroísmos pero sin ninguna idea, esperaban la oportunidad de invadir las costas venezolanas. Gómez era más sagaz y disponía, naturalmente, de mejores servicios de espionaje.

Pero ya para 1928 hay grupos de muchachos, bastante coherentes, que cuando los sablazos de la policía gomecista les interrumpían la fiesta estudiantil, en que coronaban una reina con flores y versos, se vieron empujados a pensar en serio. Del madrigal caían en la dialéctica, en la dialéctica feroz de las

cárceles y persecuciones gomecistas. Sobre toda la retórica con que entonces se maquillaba, agrietada de dolor y de urgencias, la realidad nacional, aquellos jóvenes empezaron a usar el escalpelo. Muchos eran estudiantes de cirugía y rasgando la vistosa propaganda tocaron las más doloridas cosas: analfabetismo, miseria, injusticia social. No era de los ancianos caudillos—tan gastados como Gómez—que, cuando más, se quedaron en las frases del liberalismo guzmancista, de quienes Venezuela podía esperar el cambio. Era preciso hablar con palabras concretas a tanta gente soslayada y desengañada en el ciclo eterno de las autocracias vernáculas. Había que llevar el adjetivo "social", el que verdaderamente mueve al pueblo y a la insegura clase media. al plano de la política. ¿Y es que no había sido en Venezuela la política—como en todos los países hispanoamericanos—maniobra de *condottieros* armados, deseosos de empacharse de poder personal, o—por el contrario—juego retórico de grandes señores y letrados, de elegantes socios de club y de jóvenes "inteligentes" que desean arrimarse al más rico o al más dadivoso? ¿Contaba hasta entonces el pueblo? El pueblo suramericano atado a la recluta y a la conscripción forzosa, o conducido por los patronos de ha-

cienda a votar en madrina, como otro ganado más del latifundio.

En el "dividir para reinar" del caudillismo vernáculo, se acentuaba todo recelo o prejuicio regionalista. Monagas favoreció a sus "orientales", Falcón a sus "corianos", Crespo a sus "llaneros", Castro y Gómez a sus "andinos". Hay que defender a los andinos, porque el resto del país se precipitará contra la montaña—decían cuando murió Gómez algunos explotadores del regionalismo—. ¿Pero es qué no eran andinos aquellos veinticinco mil o treinta mil tachirenses que abandonaron casas y conucos y se refugiaron en Colombia para librarse de la cruenta protección de sus procónsules? Sin distingo o privilegio lugareño, en las cárceles de Gómez no tenían celdas o suplicios diversos, centrales y andinos, maracaiberos y cumaneses.

Muerto, por fin, el viejo dragón, el general López Contreras presentaba a los venezolanos, en febrero de 1936, un "plan trienal", para resolver en treinta y seis meses las necesidades y el clamor de cien años. El "plan" empleaba algunas palabras modernas y cierta atmósfera de contemporaneidad ya no podía sino impregnar, entonces, el anquilosado vocabulario político venezolano. Acaso en su fuero interno pensaba el nuevo presidente que

él "era un poco socialista". Mas ciertas reformas de vocabulario no correspondieron a la renovación en los hombres. Tornaban a los Congresos, con sus ideas de 1910, los más gastados políticos. Se reconstituían en el interior del país los cacicazgos provincianos. Con el cansado lema de "calma y cordura", con la gerontocracia que llenó algunos de los gabinetes de 1936 y 1937, por lo menos dos generaciones de venezolanos—los que habían pensado y sufrido más—se sentían excluídos. El general López Contreras actuaba como intérprete de cierta mágica y misteriosa realidad nacional, que nunca comprenderían los jóvenes que residieron en el extranjero. Se hizo un excesivo consumo doméstico de la memoria del Libertador, a quien se ponía de cómplice de malos discursos y decisiones mediocres. Por respeto a Bolívar, quien además de tantas virtudes excelsas tuvo la de su buen gusto, algunos venezolanos—defendiéndose del abuso y profanación—tenían entonces el tacto de no nombrarlo. El choque de generaciones —los que propiciaban el cambio por cuentagotas y los que exigían superar con técnica y decisión el atraso en que nos sumieron cinco lustros de Dictadura—llevaba su debate hasta las más tradicionales zonas de la vida nacional, como la Iglesia y el Ejército. Los

sacerdotes jóvenes pedían a sus viejos pastores que tuvieran mayor sensibilidad por los hechos sociales; que pensaran, siquiera un poco, en las "Encíclicas de León XIII", así como los militares jóvenes que estudiaron en el extranjero y manejaban las máquinas complicadas de la ingeniería moderna ya empezaban a vocear su descontento contra los "coroneles" empíricos que los comandaban. Y se iba generando por eso, por el irrefrenable impacto de cultura y comunicación con el Universo, que produjo la muerte del tirano, la revolución de 1945. El movimiento estaba ya en las cabezas, en los editoriales de los periódicos, en los libros, arengas y debates sostenidos en el país durante dos lustros.

El problema venezolano era de más calificada cuantía que aquella división regionalista, aquella polémica entre "andinos" y "centrales" que promovieron los viejos caudillos. Sobre todo conflicto cantonal empezaba a erigirse la fuerza del espíritu nuevo. El tránsito de una economía agrario-pastoril, que fué la del antiguo caudillismo, a la de las grandes explotaciones petrolíferas, destruía la vida cerrada de los distritos, creando en torno de los pozos y los taladros, masas obreras unidas en la reivindicación y el reclamo común. Era ya tiempo de líderes y no de

caudillos. Se producía el fracaso y definitiva oxidación de los políticos cortesanos, que no se preocuparon de estudiar economía ni de orientarse en el dédalo de la vida contemporánea, porque su única estrategia fué la de "complacer a los generales". Estaban, pues, enfrentándose dos estilos, dos métodos de política. Y lo que marca una diferencia profunda entre la Venezuela de estos días y la de hace dos o tres lustros, es que ya abordamos la realidad con actitud más audaz y concreta.

Desengaño y resignación, o romántico escape de las cosas habían sido durante los años de eclipse civil los síntomas de una prolongada derrota venezolana. Que aquí no valía la pena esforzarse por romper la costra de las costumbres y malos hábitos, porque una misteriosa inercia autóctona terminaba prevaleciendo sobre todo impulso renovador. A los soñadores, a quienes defraudaba la acción o encontraban ésta muy tosca y rastrera, quedaba el recurso del escape. Reunir algún dinero del modo más expeditivo o conseguir un Consulado bajo la recomendación de un general, para gozar de la vida en Europa. Estar en la propia patria como desterrado y liberarse y evadirse conversando pesimistamente de las cosas con otro ingenioso grupo de

escépticos. La historia heroica—la época de Bolívar y de los grandes próceres—se transportaba como a un plano de mitología; era como esa vanidad de origen y linaje que tienen siempre los últimos y decaídos descendientes. Y, precisamente, vencer todos aquellos temporales complejos de inferioridad o de frustración, ha sido la tarea más positiva de los últimos años. Cuando en los mítines políticos, después de 1936, se descubrió que el pueblo respondía a las más inteligentes consignas; cuando los nuevos institutos y escuelas técnicas rebasaban su abundante matrícula; cuando en un liceo nocturno el hijo de la criada doméstica pudo concluir su bachillerato; cuando en las nuevas casas de los campamentos mineros—contra todo prejuicio reaccionario—los trabajadores no destruyeron los baños y conservaron los jardincillos, se había demostrado que nuestro pueblo no es inferior a ningún otro y que tiene el mismo anhelo de progresar y ascender de todos los pueblos. Civilizarse—desde este punto de vista—es necesitar y exigir más; no resignarse en silencio a lo que descuidadamente nos arroja la vida.

Tenían que aprender, por ejemplo, las grandes compañías inversionistas establecidas en el país, que las necesidades humanas son

iguales para un trabajador de Venezuela que para otro de Massachusetts y Virginia. Que la Divina Providencia no ha dado a la raza sajona el privilegio de las casas limpias, de la escuela de amplios ventanales y cómodos bancos o del "Centro social", donde reunirse después de las horas de trabajo. Y al antiguo "no trespasing" con que los inversionistas se defendían contra la peligrosa gente nativa, nuestro pueblo opuso su designio de "traspasar". Y esto no era precisamente "comunismo"—palabra con que quiso detenerse en 1936 todo justo avance social—, sino más bien una forma moderna de capitalismo; lo que aumenta el número de consumidores, la que no hace de la higiene, la educación, el confort, exclusivo y costoso privilegio de un grupo oligárquico. En este problema de "traspasar" los cotos cerrados de la vieja plutocracia egoísta, está Venezuela como todos los países hispanoamericanos. Es nuestra gran batalla cultural y social del siglo XX.

Más allá de todo "ismo" político, de los dogmas y pasión de poder que ahora desgarran el mundo, la verdadera revolución suramericana, en la que ya parecemos marchar, es, ante todo, de cultura y de técnica. De las nuevas generaciones que estudiando y planeando, no se resignen a esperar que la felicidad

les venga en el caballo de un general victorioso. De una ordenada fe en que nuestros pueblos son capaces de prosperar y crecer como los mayores y más hábiles de la Historia; de que hemos perdido ante las naciones imperialistas aquel complejo de inferioridad o de desvalida urgencia con que en el siglo XIX entregábamos, por ejemplo, a los ingenieros y compañías inglesas nuestras pocas líneas férreas, con hipoteca de cien años. Y creo que esta nueva conciencia de crecer y de ser, de empezar a hacer las cosas con nuestra cabeza y nuestras manos, ya empieza a advertirse en la vida de mi país.

ESPERANZA Y HUMANISMO AMERICANO

Aquí, en una vieja hacienda del Estado Aragua, protegida de montañas azules y mirando la esmeralda tranquila del lago Tacarigua, festoneada en los bordes de samanes y ceibas, está una colonia de seiscientos y tantos inmigrantes. Cada barco europeo que arriba a Puerto Cabello arroja su tributo de familias pobladoras que oyeron la leyenda de un país nuevo, con tierras feraces, donde podría rehacerse el destino y la concordia, rota

durante los años de guerra y crisis en sus países originarios. Hay italianos y yugoeslavos, portugueses y checoeslovacos. En las cómodas barracas—de técnica norteamericana—donde se alojan, aprenden las primeras palabras de español, colocan sus trajinados equipajes, hasta que los autobuses los distribuyan, de acuerdo con la profesión y demanda de trabajo, en diversas regiones del país. Mientras se hace el censo de necesidades y aspiraciones, los chicos de la familia—porque cada grupo trae su prole—juegan en los jardines de la hacienda y se familiarizan con el gusto sápido y los colores violentos de la fruta tropical: mangos, guayabas, caimitos. A la hora de comer se levanta la olla del sancocho con una prodigalidad que aquellas gentes olvidaron en sus años de éxodo a través de los bombardeados caminos de Europa. Al principio, cuando llegaron los primeros inmigrantes, las gentes más temerosas escribían artículos en los periódicos para decir que apenas se les debía aceptar en los trabajos agrícolas, pero ocurre que en un país que está creciendo, también se necesitan mecánicos, electricistas, constructores. Y hasta es posible que en una dormida villa del interior, para alegrar la vida de las gentes y mejorar la pequeña orquesta municipal, tam-

bién sea conveniente la presencia de un músico austríaco. El Ministerio de Sanidad coloca, además, numerosos médicos e higienistas que prestan excelentes servicios en alejadas poblaciones rurales. He visto algunos de estos médicos, acriollados ya por la urgencia de su nueva vida, visitando en su mula o su caballito de paso—a donde no puede llegar el automóvil—la esparcida clientela campesina. En un pueblo de los Andes uno de estos médicos arregló su casa como una granja del Tirol, y la Providencia del país nuevo regala su terrenito de frescos espárragos, alcachofas y tomates. Decíame que aquí, andando a caballo de uno a otro sitio cotidianamente, siendo ya compadre de algunos clientes agradecidos, resolviendo con humor y bondad los pequeños problemas de muchas gentes, le parece que rinde un servicio social más útil, más radicalmente humano, que cuando esperaba en su consultorio de Viena la visita de las señoras elegantes, que venían a depositar su tributo de artificiales complejos. ¿Con sol, paisaje y leche tomada al pie de la vaca, no se disminuyen bastante las angustias del hombre supercivilizado? Y en esta casa de tejas, nítidamente blanqueada, también puede conservarse aquello que siempre perdurará de Europa: los versos de Goethe o de Rilke, la

colección de discos en que Toscanini y Bruno Walter dirigen las *Sinfonías* de Beethoven.

Esperanza hay bastante porque en un país de novecientos mil kilómetros cuadrados, donde ahora sólo viven cinco millones de hombres, no falta espacio ni promesa de abundancia para treinta o cuarenta millones. Cuando el grupo de inmigrantes contempla un bonito mapa de esos en que la Geografía se hace cuento de niños y dibuja en el terreno mismo los productos y actividades humanas, un sueño de colonización, de empresa económica y hasta de aventura, llena los ojos de estos hombres que vienen de pueblos azotados, donde impera todo control y donde el instinto amoroso no es libre sino de tener los hijos que permite el magro salario y el pequeño tabuco donde la familia se amontona. Aquí convidan en el mapa los minerales de hierro de Imataca, la casi inexplorada Parima con sus caídas de agua, las verdes, frescas y recatadas lejanías de la Gran Sabana, las bahías de Guanta y Puerto la Cruz con su prodigioso *hinterland* petrolero, el horizonte vacío de las grandes llanuras. El engrandecimiento y tecnificación del país debe hacerse aun por encima de las guerras políticas y colisiones de credos e ideologías que tornaron tan áspera la Historia Universal de los últimos años. En este cho-

que de grandes potencias, disfrazado a veces de filosofía política, en que cada corriente, con su respectiva cauda de intereses, quiere precipitarnos, las naciones hispanoamericanas, por lo mismo que no tienen grandes secretos guerreros ni controlan los mercados mundiales, deben afirmar un primordial programa pacífico y de conservación humana. Huerta, telar y escuela, más que caserna, debe ser nuestro plan de subsistencia histórica. Nuestra auténtica Revolución no consiste en pelearnos en las calles por determinado dogma o excluyente teoría de la sociedad escrito en algún viejo libro, sino ofrecer al Universo las reservas y esperanzas de tanta Naturaleza por poblar y domesticar. Entre los dos campos antagónicos, que ya perfilan una nueva guerra mundial, cabe soñar en la tercera posición: la de los países pequeños que no desean desgarrarse sino desarrollarse, y para quienes la tarea no consiste en pugna por la primacía sino por el bienestar y la cultura.

¿Habrá gentes capaces de precaverse contra todas las propagandas y bulliciosa extraversión que nos lanzan en cruzada por intereses extraños y que adviertan que la mejor Utopía de América es superar las querellas de razas y místicas de desesperación que desquiciaron a Europa y buscar en el trabajo, en

la tierra por poblar, en los recursos por desenvolverse, la nueva concordia humana? En una de las puertas de este Continente, con la conciencia de nuestro mestizaje conciliador, con el horizonte de grandes espacios virginales, con la única nobleza que a cada cual señalen sus obras, los venezolanos estamos esperando. Aquí el hombre no se ahoga en su marco geográfico ni en la abrumadora historia pasada, porque puede salir a conquistarlo y a escribirla cada día.

RUMBO Y PROBLEMÁTICA DE NUESTRA HISTORIA

(DISCURSO DE RECEPCIÓN EN LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA)

SEÑORES ACADÉMICOS:

Fué un lugar común de las últimas promociones considerar las Academias como herméticos sanedrines donde los escribas de la vieja ley parecen resguardarse contra el tumulto, siempre cambiante de lo humano, contra las corrientes—a veces enrarecidas—del tiempo histórico. Repitiendo el verso de Rubén Darío, decían los hombres de los grupos literarios a partir del modernismo: "De las Academias, líbranos Señor". Pero a medida que la natural insurgencia juvenil descubre que nunca se nace por generación espontánea, que nuestro pequeño aporte o mínima pericia personal sólo se explica en función de lo que hicieron los antecesores y de lo que

harán los descendientes: a medida que el individualismo altanero de los veinte años es sustituído por una conciencia más solidaria de comunidad, empieza a explicársenos esa tarea serena, de permanencia pacífica, que realizan instituciones como ésta. El honor de pertenecer a ellas, que en el caso particular de la Academia Nacional de la Historia debo agradeceros del modo más vivo, no es sólo un galardón personal: es el estímulo que el escritor obtiene al saber que no está solo; que ha recibido, para conservar y enriquecer, si es posible, el legado cultural de las generaciones precedentes; el testimonio de una cultura patria que nos abrió el camino en nuestros años de mocedad y que transmitirá a los hombres de mañana el signo de nuestros sueños, de nuestras angustias y desvelos. Aun diríase que en épocas de tan violenta lucha universal, como la que hemos contemplado en el último cuarto de siglo, cuando el espíritu de facción ha prevalecido sobre toda generosidad humana, conviene que haya en cada país muchos institutos donde los hombres depongan algo de su beligerancia callejera y discutan en ese clima casi intemporal del estudio desinteresado, del gusto de conocer sin que el conocimiento se convierta, precisamente, en consigna política. En pleno corazón de

Caracas, con su patio de cipreses, que evoca el recogimiento de un claustro religioso—y no en balde se ha comparado al erudito con el monje—esta Academia de la Historia ha conservado, contra todo el fragor que pudo reinar en Venezuela en las últimas seis décadas, el sentido de la nacionalidad; esos hilos, a veces sutiles, de pensamiento y hasta de utopía, con que el proceso de un pueblo sigue sobre todo temporal desengaño y toda desgracia. Como historia y como conciencia, la patria subsistió porque, venturosamente, siempre produjimos, junto al caudillo que en las guerras civiles del siglo XIX invadía la ciudad con sus mesnadas vindicadoras, el hombre de letras, el humanista o el historiador que, soñando en una nación más perfecta, dábase a adiestrar generaciones enteras, como el licenciado Aveledo, o atravesaba las calles de la ciudad, desafiando casi la irrisión que provocara en los aprovechadores y los audaces su viejo sombrero de copa y su levita de académico, todas las señales de su pobreza digna, el ilustre don Felipe Tejera. Otros podían hacer negocios o pedir a los dictadores de aquellas épocas una brizna de poder arbitrario, pero al don Felipe Tejera que yo conocí en mis años adolescentes le interesaba más describirnos en su fervoroso lenguaje los

grandes hombres que forjaron nuestra nacionalidad; enseñarnos más que la patria de los caudillos la gran patria legal de Sanz, de Gual, de Peñalver, o recordar—como en sus *Perfiles*—la nota, a veces cándida, a veces lacrimosa, siempre transida de angustia venezolana, de nuestros viejos poetas románticos. ¡Qué buenas tertulias, qué vivos y provechosos diálogos, qué emocionada evocación del pasado, se hizo siempre al margen de las sesiones oficiales, en estos claustros de la Academia!

No nos reponemos todavía de la reciente ausencia de don Pedro Emilio Coll, cuyo sillón vacante, huérfano de lo que fué en él cordialidad y gracia y finísima agudeza literaria, habeis tenido la generosidad de ofrecerme. Al hablar de Pedro Emilio (como él quiso de preferencia llamarse), el riguroso elogio al gran escritor se me confunde con la emoción que suscita el amigo. No podría referirme a él en la lengua un tanto convencional de los discursos académicos. A pocos días de su muerte dije en dos artículos todo lo que perdían, no sólo las Letras venezolanas, sino lo que vale más que eso: la sensibilidad venezolana, la manera de amistad que tenemos los venezolanos con la desaparición de este espíritu socrático, de este singular

maestro de benevolencia y tolerancia, en quien se conciliaban fraternalmente todas las generaciones literarias, todas las discordias que puedan erizarse en nuestro país. Pedro Emilio era de todos. Su risa y su ingenio, su arte de sentir y entender lo criollo, constituían la sal de Caracas. Más allá de toda clasificación literaria pertenecía a esa escogida familia de los escritores caraqueños cuyo más ilustre ascendiente es el propio libertador, tan de esta tierra luminosa en la rapidez de su espíritu, en la gracia para definir, en el ritmo vivaz del estilo. Dentro de lo que puede llamarse nuestra tradición literaria, la auténtica nota caraqueña—pensemos en Bolívar, en Pedro Emilio Coll, en Teresa de la Parra—no es de ningún modo el tropicalismo estrepitoso, sino un arte más íntimo de sugestión, de prontitud metafórica y hasta de amable ironía, que suaviza todo estruendo como las nieblas del monte Avila templan desde el mediodía la abierta y regocijada luz de este valle. El alma, frecuentemente extrovertida del hombre costero y la seria introversión de nuestro hombre serrano, parecen armonizarse en este clima medio, en la espontaneidad, no exenta de discreta reserva, del caraqueño. Aunque la inmigración antillana y el descuido de la escuela en corregir los defectos

fonéticos, cada vez más frecuentes, están estropeando demasiado la lengua común, el caraqueño habla con gracia; una metáfora inesperada le sirve para reemplazar el más tranquilo proceso del pensamiento lógico. Y estos hallazgos del habla vernácula, casi lo que llamaríamos el surrealismo popular hecho de asociaciones y símbolos sorpresivos, este arte de evitarse todo un discurso de sociología con una anécdota reveladora, constituía, en gran parte, el encanto de charlar con Pedro Emilio Coll. Su extraordinario y al mismo tiempo bondadoso ingenio, glosaba con la misma agudeza un verso de Shakespeare, una página de Renan o un cuento—como en su narración de *Las tres divinas personas*—de la vieja cocinera mulata. Si su generosidad y espíritu efusivo no prefiriera conversar más que escribir todo lo que vió, todo lo que oyó y todo lo que se le ocurría, además del excelente crítico y ensayista que todos conocimos, hubiéramos tenido en Pedro Emilio un gran novelista o acaso memorialista a lo Saint Simon, que como nadie arrojaría luz sobre las expresiones más íntimas y casi más soterradas del alma criolla. Acaso por ser tan entrañablemente venezolano era, al mismo tiempo, Pedro Emilio tan universal. Un importante problema para los críticos e investi-

gadores literarios de mañana será descubrir en aquellas confidencias de su juvenil y breve *Castillo de Elsinor*, o en esas dispersas y exquisitas glosas que escribió sobre la vida y gentes caraqueñas a fines del siglo pasado, el perfil de todo un momento de la cultura venezolana, transmitido por un testigo de prodigiosa sensibilidad. ¿No valen por un libro de Historia algunos retratos suyos, escritos como al desgaire, en páginas confidenciales o de reminiscencias de costumbres, como la silueta del general Guzmán Blanco en su crónica de *La Delpinada?* Aplicando—acaso sin proponérselo—aquella teoría que desarrolla Brandés, según la cual el retrato de César no consiste tan sólo en lo que era César, sino también en su mito, en su aura, en lo que los demás pensaban de él, nuestro bizarro caudillo surge no sólo de frente con toda su gallardía física y su galoneado uniforme del Segundo Imperio, sino en la leyenda y el respeto supersticioso que forjó en lo coetáneos. Y en la silueta de Pedro Emilio, al arrogante jefe de Caracas se opone—en transposición muy humana—el buen papá, el ya nostálgico abuelo del destierro parisiense, que suspiraba recordando, entre todos los refinamientos de la cocina francesa, los opimos y criollísimos aguacates de Guarenas.

Un poco de mis diálogos con el ilustre maestro, de sus chispeantes intuiciones venezolanas, de la Historia viva y bien conversada que él oponía a la de las grandes colecciones documentales, me ha surgido el tema del breve discurso que desarrollaré. Y sea, a falta de cosa mejor, mi pequeño homenaje a la memoria de un hombre que si nuestros sucesores conocerán por su limpia y persuasiva prosa, nosotros conocimos también por lo que vale tanto como la inteligencia y el estilo: el ímpetu generoso del corazón.

Hasta nuestros días, el estudio de la Historia Nacional ha sido, desde el clásico Oviedo y Baños a Gil Fortoul—para no nombrar sino los muertos—tarea de individualidades señeras, de solitarios y magníficos investigadores, que siempre pidieron al pasado una conciencia y razón del presente. Casi podría decirse que en Venezuela—como en todos los países hispanoamericanos, tan probados y sufridos durante el siglo XIX por la lucha con su naturaleza titánica o por turbulentos procesos sociales—la Historia cumplió una urgente tarea de salvación. En horas de prueba o desaliento colectivo se oponía el cuadro triste de lo contemporáneo, el estímulo y es-

peranza que se deducía del pasado heroico e idealizado. Ya un sentimiento de lo criollo, de que no sólo es posible, sino también grato, arraigar en esta tierra y oponer a la dispersión y aventura de los primeros siglos coloniales una nueva conciencia de territorialidad y permanencia pacífica, aparece en el libro de Oviedo y Baños, con que se inauguró culturalmente nuestro siglo XVIII. Y después de la inmensa hazaña y diáspora heroica de la Independencia, cuando predominó una dirección y voluntad venezolana en media América del Sur y cuando cumplido el milagro histórico, al sueño libertario de los hombres de 1811 se opuso la prueba del caudillismo y las dictaduras militares, la gran historia, la que narró Baralt en su prosa neoclásica y la que pintó Tovar y Tovar con tan severa elegancia, era nuestra esperanza en la crisis; aquel "Bolívar, miserere nobis" con que los venezolanos intentamos conjurar toda derrota. Tuvimos la Historia romántica que, como en Juan Vicente González, Felipe Larrazábal y Eduardo Blanco, acrecentó el mito épico y creó, de cierto modo, el cantar de gesta nacional; tuvimos, después, la Historia positivista, que buscaba la concordancia entre el medio y las instituciones, y ahora, cuando ambas corrientes del pensamiento his-

tórico parecen haber cumplido su proceso y agotado sus premisas, conviene pensar un poco en los rumbos posibles de una futura historiografía. No se trata de disminuir lo que cumplió, a veces magistralmente, nuestra literatura histórica, sino de completarla con otros puntos de vista, con nuevos métodos de investigación. Junto a la Historia militar y política, preferente trabajo de nuestros historiadores durante el siglo XIX y primeros años del vigésimo, ya vemos surgir como otra cara del problema una Historia económica y una Historia cultural.

Diríase que la interpretación personal llevada a cabo por nuestros más eximios historiadores requiere ampliarse a la luz de las necesidades y exigencias venezolanas de este momento, con una sistemática tarea de grupo en que colaboren, por igual, lingüistas, etnógrafos, antropólogos, folkloristas, etc. Porque el trabajo científico fué en Venezuela puro impulso de la vocación, horas de absoluta gratuidad espiritual robadas al apremio económico, tenemos apenas sobre nuestro país un conocimiento disperso que es preciso perseguir con voracidad de maniático en raros folletos o colecciones de periódicos guardados en alguna hermética biblioteca. No son accesibles al público los grandes digestos docu-

mentales, y aun éstos, como la ya agotada colección Blanco y Azpurúa, exigen una nueva mano ordenadora que nombre bien las cosas y sustituya con mejor criterio las pintorescas y a veces arbitrarias denominaciones que ponía a sus papeles el peregrino soldado que fué, a la vez, y en multiplicidad muy criolla, sacerdote e historiógrafo. La narración de los fastos de la Independencia absorbió de tal manera nuestro trabajo histórico, que casi no tuvimos tiempo—aparte de algunas páginas de don Arístides Rojas, de Tulio Febres Cordero, de Lisandro Alvarado, de los ensayos de Vallenilla Lanz y de una que otra acotación sagacísima de Gil Fortoul, para movernos tan sólo en el ilustre Elíseo de los muertos—de estudiar en su integridad la historia del pueblo venezolano, no sólo como tema jurídico u objeto de discurso político, sino como comunidad que se formó en encuentro y alianza de grupos raciales, en el contacto modificador de la tierra, el clima y el trabajo ancestral y en el predominio de distintas formas de cultura, que unas veces venían de Sevilla o las Canarias, otras del Virreinato de México, otras de Santo Domingo, otras de la relación con piratas y corsarios, otras, finalmente, del núcleo colonizador y civilizador que proyectó Nueva Granada

sobre el Occidente venezolano y cuyo enlace era el camino que conducía de Santa Fe de Bogotá a Mérida, con los hitos necesarios de Tunja y Pamplona. Aunque la región andina se incorporó a la Capitanía General de Venezuela en 1777, no se perdió, por ello, el contacto tradicional con la Nueva Granada y en vísperas ya de la Independencia seguía el entronque acostumbrado entre las familias merideñas y pamplonesas. Así, cuando en la emigración de 1814 los patriotas de Mérida buscan una vía de escape contra las mesnadas realistas, lo hacen reinternándose en los viejos caminos virreinales y protegiéndose hasta en los escondidos y selváticos llanos de Casanare. Para quienes la Historia es mucho más que el documento oficial y el papel escrito, para quien desea completar el testimonio de las gentes con el testimonio de las cosas mismas, la explicación de muchos fenómenos culturales venezolanos es una perpetua interrogante. Por qué el habla de Cumaná y de la región oriental de Venezuela presenta tanta semejanza con el idioma común de Santo Domingo y Puerto Rico; por qué el "papelón" de forma piramidal de la antigua provincia de Caracas se trueca ya al llegar al Estado Trujillo en la "panela" cuadrada; por qué en Los Andes el "requinto"

sustituye al "cuatro" como instrumento popular y aún los campesinos de Mérida celebran los festejos navideños acompañando sus villancicos y viejas canciones al son de rústicos violines—caso único en nuestro folklore musical—he aquí una serie de cuestiones usuales, sensibles a quien recorre el país, y que piden su respuesta a los futuros historiadores de nuestra cultura. De pronto un ritmo, que por el hábito de oír en la radio canciones antillanas parecía de origen negro —como nos ocurrió recientemente presenciando un "baile de tambor" en las inmediaciones de Macaray—revela su absoluta semejanza con una vieja melodía castellana del siglo XVI. Al compás de los músicos nativos, un folklorista español que estaba con nosotros, pudo seguir la línea melódica de la canción en sus antiguos versos, y notábase en el grupo de danzantes que los más ancianos, los ya menos permeables a la deformación que producen los programas de radio, bailaban con un ritmo distinto de quienes, caprichosamente, la africanizaron. La suma y el análisis de tantas cosas menudas, el trabajo ordenador de lingüistas, etnógrafos, antropólogos, etc., que colaboren con el historiador, nos llevará a una visión más completa de lo venezolano: a la historia del

pueblo que ha de completar la historia del Estado. Y tal labor es necesaria no sólo para satisfacer la curiosidad del folklorista o la nota de típica autenticidad que busca el escritor, cosas muy respetables ambas, sino también para que todo lo que se haga en materia de progreso o reforma social, consulte hasta donde sea posible las modalidades locales. Quien ha recorrido el país, siquiera con una modesta libreta de apuntes, sabe, por ejemplo, que junto al Derecho escrito en las oficinas de Caracas hay en la vida venozolana muchas formas consuetudinarias que nunca fueron absorbidas bien por nuestros Códigos civiles de inspiración napoleónica, y que son muy distintas las relaciones de familia y el concepto de propiedad en una comunidad navegante y pesquera como Margarita y en un Estado de tan vieja tradición agrícola como Trujillo.

Se hace así, urgente, ampliar lo que yo llamaría las fuentes de nuestra Historia. Por explicable razón política y por la emoción que tiene todo testigo de dar valor primordial y casi exclusivo a los hechos en que participó, los historiadores del siglo XIX vieron el proceso de Venezuela como si las provincias de nuestro territorio hubieran estado soldadas siempre en firme comunidad y como si el mo-

vimiento emancipador iniciado en 1811 marcara una cesura infranqueable con el vasto período precedente. Aunque antropólogos como Marcano empezaron a estudiar los residuos de la prehistoria indígena, fué un lugar común desechar completamente aquellos orígenes, diciendo, con verdad de Perogrullo, que nuestro pasado prehispánico carecía de toda importancia comparándolo con el de mexicanos y peruanos y con nuestros vecinos occidentales, los chibchas. Tampoco el lenguaje de los arqueólogos podía dar una noción clara y fácilmente asimilable de tales testimonios. Por autodidactismo y por la frecuente creencia de que se pueden conocer historias locales sin conocer el método histórico, la Arqueología y la Antropología fueron en nuestro siglo XIX, con excepciones tan ilustres como la de Marcano, temas de desordenada divagación y fantasía. En toda Hispanoamérica hubo pintorescos eruditos, exegetas de un solo libro y posesos de una peculiar manía, que se planteaban tan absurdos problemas como el de si los hebreos habían llegado al Amazonas; si los chinos influyeron sobre México en remotísimo tiempo, o—siguiendo la barroquísima teoría de Sigüenza y Góngora en el siglo XVII—si el mito de Quezalcoatl puede identificarse con la leyenda cristiana del após-

tol Santo Tomás, evangelista de las más lueñes regiones. Cada persona que encontraba un cementerio indígena, un conjunto de cráneos, de hachas y vasijas, dábase a formular hipótesis sobre el más antiguo poblamiento de América. El análisis de cualquier raíz o desinencia lingüística llevaba a la más arbitraria relación entre alguna lengua americana y otra del Viejo Mundo. Un poco de claridad metodológica, de rigor severo en la clasificación, de honesto acopio de datos antes de formular teorías se requiere en materia que se ha hecho tan intrincada, a veces tan farragosa, como la de nuestra protohistoria aborigen.

Pero mientras que antropólogos, arqueólogos y lingüistas ordenan y sistematizan los materiales, si es posible comenzar a ver el mundo indio de modo más intenso, siquiera con mayor emoción estética, que la que le dedicamos hasta ahora. Un mundo muy nuestro, sensible ya al misterio de nuestra naturaleza y a los materiales de la tierra; una mitología, que se irá aclarando, se nos ofrece en los maravillosos vasos de la cultura Tacarigua, en las estatuillas timotocuicas, en los aún hoy vivos tejidos, adornos y cántaros de guajiros y orinoquenses. Los viejos cronistas que, como Gili o Gumilla, tuvieron en el si-

glo XVIII tan profundo contacto con las poblaciones autóctonas, requieren releerse e interpretarse con un criterio ya diverso al de recoger noticias sueltas y datos pintorescos, que fué el que prevaleció hasta hoy. Dentro de la Historia de la Cultura universal hay que incluir esos testimonios directos de especial importancia: la descripción *in situ* de tribus y grupos étnicos antes de que los acabara de dispersar el conquistador, y la extraña problemática que el mundo físico y las sociedades americanas produjeron en el europeo; ávido interrogatorio de temas de Ciencia natural y conocimiento histórico que contribuirían, en grado no pequeño, a la transformación de la propia y muy orgullosa Cultura europea. Una de las hazañas que de modo singular en México, Argentina y Perú está realizando la nueva escuela de historiadores hispanoamericanos es la revaluación de esas fuentes iniciales de América; esa a veces olvidada literatura de misioneros y evangelizadores, que—como en el caso de Sahagún, del padre José de Acosta o de nuestro Gumilla—presenta para el lector contemporáneo la novedad y fascinación de las obras maestras. A la luz de la Ciencia etnológica y antropológica presente, muchos de esos libros antes menospreciados comienzan a ser para la Cul-

tura universal tan valiosos como han sido para el hombre europeo durante veintitantos siglos las obras de Estrabón o Herodoto.

* * *

Ya venturosamente la Historiografía de todos nuestros países, y de modo especial en Venezuela algunos eminentes investigadores de esta Academia, han superado muchos de los antiguos prejuicios sobre la colonización y el pasado español. Como quise demostrarlo en un libro, la cuestión no consiste en sustituir la leyenda negra que se elaboró en los países émulos de la vieja España imperial, por otra leyenda blanca y seráfica en que el conquistador se convierta en santo. Pero no es con nuestros conceptos de hoy como se entienden los problemas de la expansión occánica del siglo XVI. Más que factorías de mera explotación económica, como son aún ahora las colonias tropicales de los países imperialistas, la enorme huella de España por el vasto mundo indiano originó naciones de tan firme conciencia territorial y psicología tan diferenciada como las que integran Hispanoamérica. La rica Cultura colonial, creadora ya de un arte mestizo, de una nueva visión del hombre, que del pensamiento misionero

de un Las Casas pasa a las grandes interpretaciones del mundo indígena de Sahagún y Motolinía e influye, además, en las utopías renacentistas; de un noble debate sobre la libertad y dignidad humana, que en teólogos como los criollos Avendaño y Alegre parece anteceder al liberalismo moderno, constituye un vivo legado civilizador; un tema permanente de nuestra conciencia histórica. Es claro que debemos distinguir, como en toda Historia, las fuentes oficiales: la perfecta ley escrita o la Real Cédula que no se cumplía y la costumbre y el hecho, motivados por la circunstancia ambiental. Pero ante nosotros el problema de la Colonia ya se plantea de modo muy diverso a como lo consideraron los historiadores —testigos de la Independencia (Yanes, Baralt), influídos por el racionalismo simplificador de la Ilustración y el encono de la guerra reciente y de la manera pintoresca como la viera en deliciosas páginas de costumbrismo histórico don Ricardo Palma—. Porque entonces se inició nuestro proceso de mestizaje, porque el impacto entre los grupos raciales y culturales que formarían la futura América se observa allí de modo más vivo, es dicho período un punto de partida y repertorio insuperable de toda investigación sociológica sobre nuestros pue-

blos. Casi diría que, por ello mismo, es la época que exige mayor cultura y fineza interpretativa en el historiador.

Quien se sumerge en ese Medioevo americano—con que se ha comparado la Colonia—tiene ante sí la más enredada problemática. Primero, junto al documento oficial, envuelto frecuentemente en fórmulas de devoción o etiqueta barroca, hay que poner otras fuentes que, como los procesos inquisitoriales recogidos por José Toribio Medina o Genaro García, dan el trasfondo oscuro de la existencia diaria. Que la Colonia fué mucho menos santa de lo que habitualmente suponemos, nos lo enseñan algunas crónicas de ciudades como los famosos *Anales potosinos*, de Martínez Vela, o el *Diario de Lima*, de Mugaburu, y obras de señalado encanto literario como *El Carnero*, de Rodríguez Freile, libros todos que ofrecen una como Historia secreta y condimentada murmuración de lo que no se escribía en los papeles públicos. En cartas privadas, testamentos, deposición de testigos en los más acres juicios eclesiásticos y civiles, hay que perseguir este otro rostro resbaladizo de aquel período. Y no pensar, tampoco, con falsa ilusión histórica, que desde el punto de vista social y cultural, la Colonia finalizó radicalmente con el movimiento iniciado en

1810. Cuánto de colonial queda en las costumbres y estilo de vida de algún rincón aldeano; en ciertas formas de lo que puede llamarse nuestro Derecho consuetudinario; en las tradiciones del arte popular, en ritos y supersticiones, es todavía tema de investigación para el sociólogo o historiador de la Cultura.

Otro problema es aquel que dos grandes investigadores latinoamericanos como don Fernando Ortiz y Arturo Ramos han denominado con palabra utilísima "transculturación". La "transculturación" no consiste tan sólo en el transplante de la Cultura europea a América, sino también en el producto nuevo o en el obligado retroceso que a causa de las condiciones del ambiente, sufre con frecuencia la forma cultural europea. El estilo de los monasterios e iglesias construídos por los primeros frailes franciscanos en México durante el siglo XVI—valga un ejemplo—, más que al gótico florido de la corte de los Reyes Católicos o al Renacimiento que ya penetraba en España, se parecía a las fortalezas medioevales, porque el temor ante los indios, la sensación de peligro del mundo nuevo y las formas económicas de una comunidad cerrada, retardaban la hora de América en comparación con el tiempo europeo. Junto a la

estructura del Estado español traído a las Indias se superponía la circunstancia autóctona: aquella frecuente discordia entre ley y realidad histórica definida hasta la exageración en la famosa y destemplada carta de Lope de Aguirre, *El Tirano*, a Felipe II. He leído en el Archivo Nacional curiosos papeles de encomenderos de comienzos del siglo XVII que, al hacer ante la Corona su recuento de servicios, dan una imagen de la vida venezolana en aquellos años que podría homologarse a la difícil existencia europea durante el Feudalismo. La influencia organizadora del Estado se relajaba a medida que se salía de los pequeños núcleos urbanos con su Iglesia y su Cabildo a la naturaleza semibárbara. Ver, más allá de la Historia externa y de las fórmulas frecuentemente convencionales y mentirosas, lo que don Miguel de Unamuno llamaba la intrahistoria, el oculto y replegado meollo de los hechos, es así la tarea sutilísima del historiador. Porque lo contrario sería proceder como en cierto desventurado Manual de Historia Patria que se enseña en muchas escuelas y colegios en que el proceso político nacional, el tránsito de uno a otro presidente, se narra como si todo hubiera transcurrido en la más perfecta y serena legalidad; como si el país no conocie-

ra jamás dictaduras y actos de violencia. Dicha historia, inspirada más en los documentos de la *Gaceta Oficial* que en los hechos mismos, casi se confunde con la de un apacible país como Suiza y en los días de más sosegada democracia. Como en un cuento de nuestro libro primario, el deber del historiador es no conformarse con la apariencia y averiguar qué es lo que está encerrado en el saco.

* * *

En la palabra "Venezuela", que a partir de 1777 significó la fusión de núcleos territoriales que vivieron dispersos y que con la guerra de Independencia adquirieron la más valedera unidad histórica, caben hoy—como en los motivos musicales de una sinfonía—la variedad de regiones, costumbres y formas de cultura. Desarrollada ya en gran parte la Historiografía Militar y Política, convendría detenerse un poco en la Historia cultural. Lingüistas, etnógrafos, antropólogos, folkloristas, economistas, mancomunando su esfuerzo, deben trabajar en esa *Summa* de Venezuela de que estamos requeridos. Tanto como las grandes batallas de la Independencia es un problema histórico saber cómo en estos cuatro siglos que abarca nuestra Historia do-

cumentada el venezolano transformó su suelo: qué etapas ha sufrido su Economía, qué ideas o consignas rigieron su vida espiritual. La Historia de las ideas en que comienza a interesarse un grupo nuevo y muy empeñoso de historiadores hispanoamericanos es mucho más—como ya lo advirtieron Gil Fortoul y Vallenilla Lanz—que estudiar la influencia del pensamiento europeo en América; es esclarecer, al mismo tiempo, qué reacciones, cambios y reajustes suscitaron aquellas ideologías en su choque con un medio social distinto. ¿No es casi un tema patético inquirir, por ejemplo, aquella continua metamorfosis que la despierta cultura europea sufrió en el alma ardiente de Simón Bolívar? Seminarios de investigación donde jóvenes diligentes se entrenen en la nueva Historiografía; colecciones documentales que hagan menos penoso el trabajo de búsqueda, clásicos y obras raras que desde el círculo cerrado de los eruditos se difundan en escuelas y colegios, se necesitan para la tarea exploradora. Y completar siempre la Venezuela ya escrita en los Archivos y papeles viejos con la que el emocionado caminador, el auténtico baqueano de la patria descubre en un diálogo campesino, en una canción popular, en

una de esas casas de provincia donde parece haberse detenido el tiempo.

Quizás para la empresa de grupo de donde surgirá nuestra futura Historiografía sea necesario dividir el país en zonas y áreas culturales. Habrá que hacer, por ejemplo—como lo realizan ya muchas naciones—, nuestro mapa lingüístico, que arrojará mucha luz no sólo sobre el habla común del pueblo, sino sobre las influencias indígenas y africanas y sobre tantos problemas semánticos que definen nuestra psicología colectiva. Porque en el idioma el hombre ofrece la más válida configuración de su alma. Tanto como una fuente escrita. son testimonios históricos para explicar contactos o formas peculiares de cultura los instrumentos musicales del pueblo, el ritmo de sus canciones, los materiales de su casa o decoración, el estilo de su cocina. Que la historia nos sirva más; que concurra con sus datos a aclararnos problemas e interrogantes de cada día; que no sea tan sólo el tema del discurso heroico, sino la propia vida y el repertorio de formas de la comunidad, es cuestión que ya nos planteamos.

Quisiera decir que en pocos momentos como el que ahora se perfila el país requirió de mayor conciencia histórica. Los grandes choques y corrientes espirituales del mundo

ya no rebotan en Venezuela como en un país aislado, de relativa insignificancia, dentro de la Economía universal. Las grandes potencias y consorcios monopolistas extranjeros—como ocurrió en el siglo XIX—podían contentarse en estas tierras casi virginales con negocios de alto rédito, como los ferrocarriles y obras portuarias, que constituían casi todo el progreso técnico conocido por las generaciones precedentes. Los barcos de arribo a nuestros puertos arrojaban sus fardos de mercaderías y se llevaban, en cambio, el café y el cacao cosechado por sumisos peones, en un régimen patriarcal o feudal, según sea la connotación política con que querramos definirlo. A espaldas del trasatlántico en que los hacendados y los políticos prósperos iban a Europa; a espaldas de las grúas de los muelles, vivía el país una existencia soterrada, casi colonial. Generales audaces y, de pronto, un civil efímero, se sucedían en la Presidencia de la República. Un mal año de cosechas y una turba creciente de cesantes, excluídos del presupuesto, desembocaban en una revolución, para la cual se escribían las más resonantes proclamas. Con su ímpetu, con su desorden, con su siempre frustrado romanticismo libertario, Venezuela llevaba una existencia hermética al amparo de estas montañas costeras,

de los inmensos llanos, de las cresterías andinas, de donde surgían, a veces, hombres de voluntad conquistadora. Pero desde que en 1920 el petróleo comenzó a sustituir al café y al cacao como producto dominante; desde que un capitalismo técnico pesó en la vida del país; desde que la política mundial con sus nuevas místicas se hizo sentir en las discusiones públicas, habíamos dado el salto tremendo y, sin duda, arriesgado, que nos separaba del siglo XX. Parece que el país es potencialmente muy rico, y nuestro crecimiento demográfico sufrirá un cambio vertiginoso con las gentes que ya están llegando porque escucharon la nueva Leyenda del Dorado. Como en el sueño de los libertadores, América se ofrece como la convalescencia de Europa. Hay que esperar que los inmigrantes que ya comienzan a congestionar las ciudades, descubrirán los caminos y bajarán los fosos que desde esta accidentada serranía central conducen a una Venezuela más ancha, más desconocida. Entre tanto, empiezan a oírse en los cafés de Caracas, en los hoteluchos y albergues todos los idiomas. Las instituciones y servicios públicos, el ritmo tradicional de la vida criolla parece lento y anticuado cuando se le compara con ese impulso foráneo, de intereses económicos, de aven-

turas y sueños insatisfechos que parece ceñir nuestras playas. Adaptar a Venezuela esas gentes que vienen y seguirán viniendo; defender contra los nuevos conflictos de poder y hegemonía que habrán de suscitarse en el mundo la línea de la nacionalidad, la verdadera tradición del Libertador, es nuestra próxima y más urgente tarea de educación histórica. Una nación—lo sabéis vosotros, señores académicos, que con tanto esmero habéis estudiado lo que puede llamarse el legado moral de nuestro país—, una nación no es sólo una suma de territorios y recursos naturales, sino la voluntad dirigida, aquella conciencia poblada de previsión y de pensamiento que desde los días de hoy avizora los problemas de mañana. Por eso, no sólo por lo que fué, sino también por lo que es y por lo que será, cuando un grupo de venezolanos estamos juntos, invocamos como el del más desvelado contemporáneo el nombre de Simón Bolívar. Es que por sobre el uso y el abuso verbalista que se haya hecho de nuestro héroe fundador, él constituye una de las primeras y primordiales razones de nuestro vivir histórico. Hubo en ese momento del siglo XIX, que fué el de Bolívar, un potente núcleo de surame-

ricanos que contra los designios de la Santa Alianza pusieron cerebro y corazón animoso para que las tierras de nuestros países no fueran de reparto entre grandes, y empezásemos a ser dueños de nuestro destino nacional. Había que lanzar, hasta sobre la desolación y la desdicha, los dados de la Historia como lo hizo el Libertador. Pero la lucha por la Independencia de América no se cerró en Ayacucho; es proeza que revive contra peligros y armas distintas en cada generación. Y, como lo ha dicho Benedetto Croce en un libro admirable, la Historia sería vano ejercicio retórico y recuento de hechos que, por pasados, son irreversibles, si el hombre no viera en ella una permanente y siempre abierta hazaña de libertad.

Señores académicos:

Os reitero las gracias no sólo por el honor que me habéis discernido, sino por la oportunidad, ínsita a él, de departir en vuestra sabia compañía y de colaborar con vosotros en una tarea de conocimiento venezolano que nos importa a todos. Aquí os traeré—ya que no pretendo emular vuestra ciencia, ya que en el campo de la Historia patria apenas hice excursiones veloces—, aquí aportaré, por lo menos, mis dudas, mis preguntas, mis perplejidades. ¿No es el mejor y más sereno sím-

bolo de la vida intelectual de un país ese diálogo, ese cuestionario, a veces angustiado, a veces caviloso, con que cada generación quiere aprender e interroga a las que le precedieron?

PASEO POR NUESTRA POESÍA

(DE 1880 A 1940)

I

En el presuroso coche en que Juan Antonio Pérez Bonalde llega a Caracas un día del 80 y tantos, el coche famoso de *La Vuelta a la Patria:*

> ¡Apura, apura, postillón! ¡Agita
> el látigo inclemente!,

penetra en la poesía venezolana una ráfaga de subjetivismo nórdico. Trashumante y políglota, él hace decir en verso español—que es más moderno que el de sus contemporáneos—angustias, desesperaciones, dudas que vienen de la poesía alemana o del obsesionante mundo fantasmal de Edgard Poe. Pérez Bonalde es un poeta del otoño y la noche, y el color que predomina en su poesía es precisamente ese color amarillo—color de la

melancolía otoñal —que es con el que se nos presenta su más logrado y conocido poema. En *La Vuelta a la Patria* hay tres versos dominantes, los que parecen exprimir toda la intención, los que marcan mejor el acento de tristeza contenida, de sollozo viril que no estalla. El poeta dice ante la tumba de su madre:

> Y sólo tengo que ofrecerte pueda
> esta flor amarilla del camino
> y este resto de llanto que me queda.

Lo que podía haber sido imprecación y grito se detiene de este modo en el mundo otoñal, en el elaborado subjetivismo de la elegía. El poeta se va con su dolor por esa comarca de luces lejanas, de perspectivas indecisas, de recobrado y difuso paisaje de su infancia que vuelve a encontrar. Y es ya ésta como elegancia elegíaca de Pérez Bonalde, lo que marca su modernidad, su avance sobre los poetas de su generación. Piénsese cómo lloraron Maitín y Abigaíl Lozano: piénsese en la decoración de nuestros viejos poetas románticos, los que prodigaban una utilería de ángeles, guirnaldas, serafines y cipreses. Eliminando lo puramente escenográfico, la poesía de Pérez Bonalde es ya alquitarado drama interior. Sabe manejar lo que casi

ningún poeta había dominado hasta él en Venezuela: los colores sordos; cierta música discreta y asordinada; hasta cierta levedad de la palabra que ya en él no cae redonda y elocuente, sino tiende a esfumarse en el verso. Con Pérez Bonalde se inicia cierta reacción contra lo que había pesado más en la poesía venezolana: la elocuencia; la elocuencia de que no se libraron espíritus tan bien dotados como el de Guaicaipuro Pardo. Pero en Pérez Bonalde culmina por excepción y con más marcado acento cosmopolita una familia rara de poetas nuestros a quienes se puede llamar los hijos de la niebla; capaces del murmullo más que del grito y cuyos antecesores fueron Yepes y José Antonio Calcaño. (Los otros, hasta los más próximos en edad a Pérez Bonalde—nacido en 1816—se movían todavía en una oficiosa y acartonada poesía de certamen; escribían, como el laudable don Felipe Tejera—tan laudable por otros conceptos—sus *Colombíadas* y *Boliviadas*, sus discursos en octavas reales, las largas tiradas eruditas en que Copérnico, Colón y el porvenir de América andaban revueltos con los caciques indígenas y con complicados nombres botánicos y fluviales.) La poesía venezolana había trajinado hasta entonces por dos caminos opuestos que

sólo en escasos nombres, como el de José Antonio Calcaño, encontraron una conciliación: un camino era el de los poetas eruditos, de los que degeneraron la copiosa herencia enseñante de un Andrés Bello; los del idioma académico y la intención didáctica, los poetas de la "Libertad" y "El triunfo de la idea", los cronistas de los sucesos cívicos que preparaban y aguardaban su premio de la Academia Española; los otros, los grandes espontáneos, abandonados a la facilidad que el hijo de nuestras tierras cálidas tiene por la palabra melodiosa; deliciosamente incultos en quienes la gracia andaba envuelta con el ripio y el acierto con la vulgaridad, como un Maitín y un Abigaíl Lozano. Hacían su vida de criollos apasionados; amaban sus mujeres, no omitían al escribir los hechos más íntimos, cabalgaban los potros de la guerra civil e iban sembrando sus versos a través de los álbumes y de las revoluciones. (Más de un verso triste o hiperbólico de Lozano o de cualquiera de los poetas de la generación anterior a Pérez Bonalde vale, así, por un tratado sociológico. Allí está el hombre nuestro en el prístino canto de su incultura, con todo su ardor, su fantasía y su desorden. Allí está el criollo que sabe ser guerrillero y amante. Y allí está también la mujer vene-

zolana—el ángel o la hurí, como la llamaban los poetas de 1810—acodada en su ventana, en la tristeza fugaz del crepúsculo de los trópicos. Ante ella pasaba sobre corcel caracoleante, como en nueva versión de la Cruzada, el caballero que va a la guerra:

Salud, bravo Arismendi,
al par guerrero y vate,
en cuyo pecho late
sin miedo el corazón,

dicen unos detestables versos de Abigaíl Lozano.)

Sobre el fondo de esa poesía romántica de los años 40 a 80, poesía a veces un poco popular, como nuestros "valsecitos" de tierra caliente, predomina la noche, la gran noche venezolana, tan trémula y sensible; la noche que, según aquellos poetas, tiene su Angel de la noche y a donde las sílfides nocturnas acuden a verter

El opio blando de sus negras urnas.

Pero—es necesario decirlo—sin una gran fuerza como la de un Walt Withman para sacar del fondo de su pueblo, del subconsciente colectivo, el aliento de su nueva poesía, Pérez Bonalde, viajero y cosmopolita,

procede a la inversa: depura su sensibilidad de criollo en el alambique de otras culturas; busca otros tonos, otros coloridos y hasta otras formas métricas; empieza a eliminar lo puramente episódico y accesorio, y logra un acento de elevada intimidad como no se había escuchado antes de él en Venezuela. Inicia por ello, quince o veinte años antes de que comenzara el movimiento modernista, lo que puede llamarse el proceso de la poesía moderna en nuestro país. Con una diferencia: que mientras el modernismo de Darío procede de Francia, el aporte de Pérez Bonalde viene del marco de naturaleza y de nieblas de la poesía sajona—inglesa o alemana—. El primero se realiza como lujo verbal; el segundo, como afán naturista, como diálogo del hombre con el mundo exterior y con su destino. No el gran cuadro deslumbrante de la naturaleza de los trópicos, la poesía objetiva o la epopeya agraria que había querido hacer don Andrés Bello, sino una naturaleza afinada a la escala del hombre, un remolinear de hojas otoñales cuya música y dispersión implacable encierran el símbolo de la turbada existencia humana.

Como "hombre raro", como personaje que duda en medio de muchos que creen, se describe a Pérez Bonalde en la silueta que le

dedicara don Felipe Tejera en los *Perfiles Venezolanos*. Por cosmopolita y moderno él parece haber chocado con los hombres de su generación, tan aferrados a la grandilocuente poesía española del siglo XIX. Y no eran tampoco los mozos que él encontró en Caracas entre el 85 y el 90—un Romanace, un Potentini, un Paulo Emilio Romero—los llamados a comprenderlo: éstos, salidos de la improvisación venezolana, hombres de "botiquín", de corrillo político y de revuelta criolla, no tuvieron tiempo ni humor para afinarse. Hacían una como versión tropical de las doloras de Campoamor. La prostituta y el hijo pródigo, la madre que espera en la alta noche, los temas del falso folletinismo, son la materia frecuente de sus versos circunstanciales. El corrido llanero, la épica popular, se pone a cantar a veces en las décimas de Potentini; pero por falta de cultura él no logra la necesaria transposición del mundo del folklore al mundo de la poesía. Lo mismo puede decirse de aquellos versos burlones y llenos de malicia criolla—que valen mucho más que sus versos sentimentales—en que Alejandro Romanace supo encerrar la sabiduría del pueblo: versos que han entrado en el refranero nacional, y donde la terrible suerte de "los cachicamos es trabajar para las lapas", donde

el venezolano "vive y lo que puede atrapa", y donde el deber de los pobres es "pelar la papa" de los poderosos. (Desde el gordo y exuberante don Rafael Arvelo, en los primeros días de nuestra República, pasando después, a la altura del año 90, por Potentini y Romanace, hasta llegar, en nuestro tiempo, a los "pitorreos" de Job Pim, hay una nota frecuente en la literatura nuestra, y es la de convertir en burla el dolor social; hacer la moraleja de esa violencia obstinada que pesó tantos lustros sobre la vida venezolana, fijar en la risa y el refrán cáustico esta trágica inversión de valores que el país sufriera como consecuencia de la guerra civil y la rapiña de los caciques. Algo de lo más original y revelador del carácter nacional debe buscarse en la obra de estos humoristas que, trocando la imprecación en cinismo, lograron expresar hecha mofa una reprimida filosofía popular; descubrieron más allá de las enfáticas palabras oficiales la resignada y desengañada verdad de nuestro pueblo. "Cachicamo trabaja para lapa". Un mundo sorpresivo y azaroso, un relativismo moral surgido del abuso crónico, es la materia terriblemente pintoresca, de donde estos moralistas del humor—moralistas sin saberlo—sacaron sus enseñanzas venezolanas. En el escenario turbio que era

nuestro país, tan prolongadamente descompuesto, estos rapsodas populares pasaron desafiando la pesadilla tal como un François Villon puso a danzar los lívidos fantasmas de su muriente Edad Media. Nuestra literatura no tiene una *Balada de los ahorcados*, pero tiene una curiosísima *Balada de la Cárcel de la Rotunda*, escrita por uno de esos humoristas de lo trágico: Leoncio Martínez. Y en algunos poetas venezolanos, como Blanco Fombona y Arvelo Larriva, penetra de pronto un tremendo olor de sangre fresca; un impulsivismo que se desboca, un grito de macho salvaje.)

II

Otto D'Sola señala en su *Antología* como otro de los precursores de nuestra poesía moderna, a un extraño poeta hoy casi desconocido y olvidado por las nuevas generaciones: Miguel Sánchez Pesquera. Ido muy joven de Venezuela, vecino de Puerto Rico, de España y de las Islas Canarias, este luminoso cumanés da a la poesía nuestra un aporte diferente del de Pérez Bonalde. El paisaje mediterráneo y el paisaje bíblico; la luz del desierto y el cobalto del Mediodía; Grecia y Arabia son las tierras ilusorias de su nostal-

gia. En el fino romanticismo de Pesquera hay ya un lenguaje poético, completamente diferenciado de la prosa: evocación y sugerencia más que narración; palabra melódica más que palabra elocuente. La autonomía y el valor de la palabra poética marcan el proceso en que nuestra poesía deja de ser discurso, o tirada académica, o apóstrofe espontáneo cargado de interjecciones, como había sido—con las exclusiones que señalamos—durante el siglo XIX. Este proceso puede comenzar a fijarse a la altura de 1895, con la generación que se llamó de "El Cojo Ilustrado". (Y aquí conviene advertir—sin que por ello se ofenda nuestro patriotismo—que en la historia literaria de Venezuela, la poesía siempre marchó como a la zaga de la prosa. Acaso porque el alma del venezolano estaba cargada de tensiones y pasiones políticas, porque había mucho que narrar y mucho que imprecar, hemos sido un pueblo de prosadores más que de poetas. Se han escrito aquí mejores novelas y más encendidos libros de polémica que libros de poesía. O ninguno de nuestros poetas—habiéndolos muy destacados—alcanzó la dimensión continental de un Darío, de un Lugones o de un Guillermo Valencia.)

La "modernidad" de la generación del 95 fué la de la palabra, el tema y el ritmo. Algo

como una gran pintura de Historia, transcrita en verso de contorneada línea parnasiana o en octosílabos juguetones que quieren imitar la anacreóntica griega, destaca la personalidad de uno de los poetas de entonces: Gabriel Muñoz. Si los románticos nos habían traído, para tenderlas lánguidamente en las ventanas de nuestros pueblos, a las "huríes" y las "sílfides" de ojos muy negros, esta poesía del 95 viene poblada de sátiros y faunos. Poesía verde y roja, como el fino bosque literario donde el dios Pan modula su zampoña de encantamiento o como las vírgenes sacrificadas de uno de los más bellos poemas de Muñoz. Por uno de esos contrastes tan frecuentes en nuestra cultura, fué un gran mulato el que primero logró dar—y con equilibrado gusto—esta nota de fina evocación. Poeta de lenguaje muy limpio, de justa elegancia, Muñoz rectifica a quienes achacan al mulato el gusto de lo desordenado, lo estridente y lo bizarro. Es su contemporáneo de parnasianismo, Manuel Pimentel Coronel, poeta de acento batallador, un tanto elocuente, pero cuyas luchas simbólicas de águilas y leones, sus sonetos de paisaje clásico—ejemplo, su soneto al Mediterráneo—sobresalen por la pulida lengua viril y la emoción del pasado. (No en balde son ésos los años de Arturo Michelena, que

fué también un parnasiano de la pintura, y cuyo firme dibujo—tan sensible para el cuadro histórico—sabe levantar el magnífico lienzo de Academia, denominada *Pentesilea.)*

Venezuela, la Venezuela de los valses, de los cortejos de ventana, de las muchachas que languidecen de amor y que entonces tenían álbum, tocaban el piano y se retrataban con las grandes sombrillas, los encajes y las gasas de las proximidades del 900, requería su trovador romántico, y Andrés Mata lo fué durante treinta años de vida literaria. De cierta manera, usando una lengua más melódica y ya podada de interjecciones, Mata continúa en pleno siglo XX la línea de los viejos románticos venezolanos. Mata es el sentimiento simple, transmitido en la emoción esencial, con la música que se graba en la memoria. Sin que llegue a la vulgaridad, Mata ofrece una clave emotiva que a todo el mundo sirve, y en la que pueden coincidir el hombre del común y el poeta. A veces esa emoción—que él denominaba con mucha justicia sus "arias", y que recuerda un poco la línea melódica de la música italiana—, a veces esa emoción es tan simple como la del contemplador que se embelesa en los reflejos de la luna "sobre el silencio diáfano del río". Si nuestro romanticismo del año 40 convierte a las mujeres en

"querubes" y las pone a pulsar el arpa—que tiene como ellas dorada cabellera—, ese romanticismo tardío, en las lindes ya del 900 es el romanticismo de un piano nocturno desgranado—los poetas de entonces decían que los pianos se "desgranaban"—sobre la transparencia fragante de la noche criolla. En música popular se convirtieron algunos de los poemas de entonces. Un grave médico de Barquisimeto, el doctor Ezequiel Bujanda, compone, en horas de vagar, una poesía sobre los valses y los pianos, que recorrió hecha canción, trocada en nocturno bambuco, todos los caminos de Venezuela. La sensibilidad media de aquel tiempo está en sus estrofas lacrimosas:

No toques ese vals; cierra ese piano;
No broten nunca de tu blanca mano
Esas notas que invitan a llorar...
.....

Es la época; es la moda de lo que podemos llamar el "Schubertismo" en nuestra literatura, porque el transporte musical más alto se lo produce a los públicos de aquel tiempo la *Serenata* de Schubert, cuya glosa poética había compuesto el mexicano Gutiérrez Nájera.

Frente al modernismo a lo Rubén Darío, que ya comienza a hacerse sensible a partir

del 95, esta nota "schubertiana" subsiste en nuestra literatura por lo menos hasta 1915. "Schubertianos" son así, y de destacada calidad, poetas como Racamonde y Juan Santaella. Y a pesar de lo que ahora denominamos "vanguardismo", en algunos pueblos de la provincia venezolana, donde la luna coadyuva al alumbrado público, y donde los últimos pianos libran su trágico combate con los aparatos de radio, algunos viejos poetas todavía "schubertizan".

(Los poetas de hoy, deportistas y cabriolantes, no saben lo que fué el culto al poeta en la Venezuela de treinta o cuarenta años atrás, cuando los diarios de la capital tenían columnas permanentes para publicar los cotilianos sonetos, y la "Fotografía Manrique" —que por sí sola constituye un capítulo de la historia social venezolana—lanzaba, para que las coleccionaran las niñas de la provincia, la "vera efigie" de esos vates despeinados y ardorosos.) Viviendo la misma vida ilusoria y romancesca que evocaba la fotografía, muchos acudieron temprano a la cita de la muerte. Pero no sin despedirse de la amada, de todas las amadas que tenían en los pueblos de Venezuela, como Víctor Racamonde:

Dulce gacela mía,
del lodo que mi nombre ha salpicado
está libre este amor, que es mi alegría.

III

Modernismo y decadentismo son dos palabras a que se asocian en nuestros países una revolución literaria—y principalmente poética, cuyo gran caudillo en el mundo hispano fué Rubén Darío— y un estado de alma colectivo, que es el de aquellos años que van de las postrimerías del siglo XIX hasta la gran guerra de 1914. Hay, pues, en el modernismo y el decadentismo un aspecto formal y otro anímico. Desde el punto de vista formal, ya nos parece inconcebible mirado desde una perspectiva de hoy, la resistencia y el ataque que mereciera de los sectores literarios tradicionales el magnífico mensaje de Rubén Darío, cuya acción, más reformista que revolucionaria, consistió solamente en que la anquilosada poesía española del siglo XIX conjugara el lenguaje de la época y se aproximase, por ejemplo, al simbolismo francés. Y para lograr este cambio no era necesario que la poesía hispana abjurara de su tradición, sino volviera a lo mejor de ella. (En el siglo XVII—especialmente en Góngora—el lenguaje poético español fué perfectamente autónomo frente al lenguaje de la prosa; se constituyó como color y música más que en desenvolvimiento lógico, y Darío nun-

ca llegó a la audacia de la intrincada metáfora gongorina.) Contra lo que reaccionaba Darío, especialmente, era contra el folletín poético y el discurso versificado, formas espurias de una sedicente poesía hispana en las últimas décadas del 800. Así no comprendemos los denuestos que esta reforma de Darío provocara en algunos obstinados contemporáneos. Cada reformador artístico trae su propia materia ornamental, y la de Darío se expresa en aquellos temas del "rococó" versallesco, del París de los años 90 y de los faunos de tapicería que él presenta en el gran bazar de color y de música que son sus juveniles *Prosas Profanas*. Música de Wagner tocada por un gran ejecutante tropical, que al oro de las viejas leyendas agrega el sol de su tierra caliente y los esmaltes de sus colibríes centroamericanos. No es eso, sin embargo, todo Darío. Entre sus dos libros poéticos esenciales—las *Prosas Profanas* y los *Cantos de vida y esperanza*—se cumple un proceso semejante al que en la música moderna nos conduce del gran drama sinfónico de Wagner al arte más refinado e impresionista de Debussy. Frente a la orquestación verbal de las *Prosas Profanas*, los *Cantos de vida y esperanza* erigen su delgada voz nocturna, su velado matiz, su concentrado aroma nostálgi-

co. El sentimiento poético en este libro va mucho más allá de la palabra brillante; penetra en un complicado mundo de alta intimidad. La voluptuosidad triste, el cansancio, la incógnita del destino humano:

...y la vida que tienta con sus frescos racimos.
Y la muerte que aguarda con sus fúnebres ramos.

los temas eternos de la poesía, en una palabra, alcanzan la más exquisita modulación en ese gran libro de la madurez de Darío. Libro, naturalmente, de más difícil influencia—por contener mayor objetividad— que los de su brillante época juvenil.

A la distancia de veinticinco años que ya nos separan del gran poeta y de la magia de su obra, podemos juzgar mejor que en el momento del triunfo, cuál fué su trayectoria y penetración en las distintas poesías nacionales del Continente. Esta *Antología de la poesía venezolana* acaso sirva para demostrar objetivamente que entre nosotros el influjo de Darío no ha sido tan determinante como con frecuencia se cree. Algo del vocabulario y la métrica del gran nicaragüense penetra en los poetas de lo que podemos llamar la primera, segunda y tercera promoción de nuestros modernistas. Rufino Blanco Fombona (1874);

Carlos Borges (1867); J. T. Arreaza Calatrava (1885); Andrés Eloy Blanco (1897). Algunos poemas minúsculos de la juventud de Blanco Fombona—que no son precisamente lo más revelador de su obra—han sufrido más en la palabra que en la intención poética, la influencia rubeniana, así como *La lámpara eucarística* de Carlos Borges tiene una curiosa analogía métrica—ya que el tema es tan diverso—con la *Marcha triunfal*. Del mismo modo en el vigoroso temperamento poético de Arreaza Calatrava, millonario de las palabras, vate de gran aliento en quien desembocan y se agitan las más contradictorias influencias literarias, Rubén Darío pasa con sus esmaltes verbales, con su virtuosidad métrica, con su coloreado don evocador. En todo caso, la sombra tutelar de Darío se establece, por lo menos hasta 1920, como el verdadero árbol que canta, sobre nuestros modernistas. Influencia—como ya hemos dicho—más exterior y decorativa que profunda. Por Darío, muchos poetas de nuestra tierra caliente sueñan con Trianones, cisnes y princesas. Un rococó literario, poblado de lacas y marfiles, abates madrigaleros y Pompadoures de cromo, es lo que saben tomar e imitar al gran poeta algunos liróforos de provincia. Los malos imitadores intentan un rubendarismo puramente formal.

de palabras escogidas y de adjetivos raros. La palabra en ellos es ornamento suelto más que signo. Lo que entre nosotros se llamó el "orfebrismo", fué esa tendencia a la complicación y el enrevesamiento verbal; aquellas palabras esdrújulas o desempolvadas del diccionario, que como grandes parásitas quedaban colgando, balanceantes y desajustadas, en la prosa de algunos oradores y en las estrofas de algunos poetas. Contra esa degeneración del modernismo fué memorable la campaña de sanidad literaria librada por el novelista Pocaterra y la revista humorística *Pitorreos*, a la altura de 1918. Desde esa fecha, la palabra "orfebre", que se habían dispensado como alabanza los epígonos del modernismo, se convirtió en el emblema de una nueva cursilería.

Si la revolución modernista se proyectó singularmente hacia la música verbal, sacó nuevas palabras y combinó nuevos metros, el otro fenómeno coincidente—el decadentismo—tiene, además, una significación ética y psicológica: no se realiza sólo como forma literaria, sino como conducto, gesto o actitud vital. En tal sentido, personalidades como la de Rufino Blanco Fombona parecen, para la época, especialmente reveladoras. (A través de Nietzsche, de Barrès, de Wilde y D'Annunzio ha lle-

gado a estas latitudes el mensaje anarco-individualista de la Europa de los años 90. Frente al conformismo y seguridad burguesa se proclama otra vez la rebelión y los derechos excepcionales del artista. Es la más elaborada voluptuosidad que no le teme a la sangre y a la muerte, el artista quiere ser aquel *uomo singolare*, más allá de la moral y la norma común que erigió como imperioso arquetipo una época tan cargada de instinto, estética más que ética, como lo fuera el Renacimiento italiano. Liberado de toda tradición y norma corriente, el artista anhela afirmar su función de gran *condottiero*. Concibe la Historia no como la suave y ordenada marcha de lo que ellos mismos denominan "rebaño democrático", sino como lucha y darwinismo implacable donde el bello animal humano prevalece sobre los pusilánimes y los débiles. En este nuevo estado de conciencia, en este nuevo mal del siglo, semejante al que sufriera Europa en el alba del período romántico, caben todos los matices; desde la acción despiadada de Zaratustra, hasta el nirvana imaginativo en que se hunden los personajes de Huysmans. Artificio y violencia parecen los caminos contradictorios que conducen hacia una terrible Belleza. En la novela latino-americana de comienzos del 900 coinciden en esta actitud los

personajes novelescos del uruguayo Carlos Reyles y del venezolano Manuel Díaz Rodríguez. *Sangre Patricia* e *Idolos Rotos* son, dentro de la prosa nacional, dos libros que ejemplarizan ese estado de espíritu. Y en su escala de contrastes el decadentismo significa, entre otras muchas cosas: rebeldía y aristocracia del artista; refinamiento voluptuoso: afán de desconcertar al buen burgués; arte para los artistas; gusto de la paradoja. Huyendo de las masas, inmerso en su mundo solitario, el escritor suele encontrarse—como el complicado Tulio Arcos que describiera Díaz Rodríguez—con la sombra de Narciso. El Universo concluye en sus propias percepciones).

Rebeldía y excepcionalidad, vindicación del instinto libre más que refinamiento mórbido, es lo que se destaca entonces en la obra poética de Rufino Blanco Fombona, el primero de nuestros modernistas y decadentistas en orden de edad. El *condottiero* dannunziano se convierte en él en caudillo de tierra caliente. Su mensaje es elemental, como el reclamo de nuestra Geografía indómita:

> Mi querida se acerca, y dulcemente
> apóyase en mi espalda
> Su cabellera se impregnó en el baño
> de un olor de campiña. Me dan ganas
> de beber leche, de domar un potro,
> de atravesar un río.

En el más aplaudido de sus libros en prosa, Blanco Fombona ha hecho el elogio y contado la aventura del conquistador español del siglo XVI, caballero sobre la inmensidad de América. El sol del trópico, la soledad, la perenne codicia insatisfecha, le tornan cruel y despliegan la personalidad inexorable. Vienen cargados de Geografía, de reinos por descubrir, de venganzas, como ese Lope de Aguirre, *El Tirano*, a través de los enormes ríos de la selva. Como un conquistador de entonces, llevado por su impulso y su imprecación, ha querido pasar Blanco Fombona por la literatura nuestra. Esa rebelión de la carne y de la individualidad entera que se expresa en algunos de sus libros de poemas, como los *Cantos de la Prisión y del Destierro*, donde la poesía es casi documento, fué, entre los modernistas venezolanos, una nota habitual. Con mayor gracia lírica, con más fresca sensualidad y hasta con juguetón humorismo poético, la encontraremos después en Alfredo Arvelo Larriva. Si bajo todos los cielos la mujer es el tema más frecuente de la poesía, es curioso observar cómo el motivo femenino ha ido cambiando a través de nuestra historia literaria. Para Blanco Fombona y Arvelo Larriva la mujer ya no es el "querube" o la delicadísima amada de los románticos. Blanco

Fombona canta a su querida, y Arvelo Larriva, en su famoso poema *Pilar Teresa*, dedica a una cortesana—a la cortesana que lo consuela de sus días de prisión—uno de los cantos de más liberada sensualidad que conozca la lírica venezolana. Ya no son los ojos negros, el pie breve, la boca ambarina; es todo el cuerpo de la mujer, no contemplado, sino retorcido en espasmos; la mujer en el embrujamiento de su paraíso diabólico.

IV

Mientras una lírica de mayor complicación verbal que la conocida hasta entonces en nuestra pequeña historia literaria, estaba surgiendo con el modernismo y el decadentismo: mientras temas libertinos e ingenuamente demoníacos, como los que Carlos Borges puso de moda en los primeros años del siglo; mientras cargado de metáforas y graciosos retruécanos, impulsivo y escandaloso en su exultante sensualidad, había venido de sus nativas sabanas un joven cantor como Arvelo Larriva, aparece también, como contraste y reverso del cosmopolitismo modernista, una poesía de cargado acento nativo que quiere fijar sus temas en el paisaje y las costumbres de la tierra.

Es de cierta manera una trasposición a la poesía de aquel movimiento criollista que había penetrado en la prosa a partir de las novelas de Romerogarcía (*Peonía*), de Gonzalo Picón Febres (*El sargento Felipe*, *Fidelia*), de los primeros cuentos—tan cargados de lirismo a lo Federico Mistral—de Luis M. Urbaneja Achelpohl. El gran poema nativo de esos primeros años del siglo XX es la *Silva Criolla*, de Lazo Martí. Si pensamos en la oscura vida provinciana de este gran poeta, metido en sus llanuras, sin contacto casi con los grupos literarios de Caracas y con los tentadores libros de la época, la *Silva Criolla* se nos presenta como uno de los milagros de nuestra literatura. Porque casi no había crítica o la crítica todavía no sabía proyectarse hacia los verdaderos enigmas del alma venezolana. la *Silva Criolla* ofreció sólo a los contemporáneos su encanto verbal y como la continuación o la paráfrasis moderna de la famosa *Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida*, de don Andrés Bello. En realidad el poema de Lazo Martí tiene el valor de un manifiesto. No es sólo el virgiliano y clásico contraste entre campo y ciudad y la invitación a que el venezolano recobre su tierra y dome su naturaleza, tan bravíamente hermosa lo que expresa allí, sino

también la condenación del vago juego decadente, las imágenes de una mitología no libresca e importada, sino surgida del indomeñable horizonte, del milagro animal y vegetal del inmenso campo llanero. Frente a la poesía artificiosa—toda palabra y retorcida literatura—que la mala imitación del modernismo estaba produciendo, poetas como Lazo Martí, no sólo en la vigorosa arquitectura de su *Silva* sino en aquellas breves composiciones más intencionadamente líricas, que él llamó las *Crepusculares*, descubren un fino y delicado tema de elegía criolla: el vuelo de las garzas espantadas por el invierno llanero, imagen simple del tiempo y del amor que se van; fuga de las cosas, fatalidad del hombre ante la naturaleza irreversible. Así, en este gran intuitivo de nuestra poesía vernácula, objetivismo y subjetivismo se concilian armoniosamente. Otros de los poetas criollistas—pienso en el más abundante de todos ellos, el zuliano Udón Pérez— si saben describir la naturaleza en grandes poemas llenos de selva y de ríos crecidos, de palabras indígenas, no dan, en cambio, con la vida interior. Se quedan en lo épico, más que en lo lírico.

En todo caso, estas generaciones literarias de comienzos del siglo han empezado a descubrir el paisaje. Se opera en la poesía un

proceso semejante al ocurrido en nuestra pintura. Los pintores del siglo XIX—pintores de historia o retratistas, como Tovar y Tovar y Michelena; realistas patéticos, como Cristóbal Rojas—no se habían sumido aún en la naturaleza del trópico. El paisaje es sólo el fondo de las batallas heroicas o de las conmemoraciones biográficas que sus pinceles describen. Sólo en unos cuadritos de Cristóbal Rojas, como en aquella deliciosa *Dama en el balcón*, que evoca a Renoir, obras en que hasta ahora había reparado poco la crítica, porque no tenían la magnitud ni el *fortissimo* de sus grandes escenas interiores, empieza a penetrar el paisaje.

La lección del impresionismo europeo nos llega retardada, como todos los movimientos espirituales, y sólo se hace palpable después del 900. De los paisajistas en prosa, como Urbaneja Achelpohl y Díaz Rodríguez, el movimiento tomará la poesía. Otto D'Sola, compilador de esta antología, ha rescatado para ella el nombre y la obra de un poeta hasta ahora casi desconocido, Pedro Rafael Buznego Martínez, que a comienzos del siglo describía en versos de fresca ingenuidad el paisaje y las faenas de sus campos aragüeños, y que es, por ello, un precursor de una numerosa familia de poetas eglógicos. Espíritus

ambiciosos como el de Samuel Darío Maldonado, a lo largo de enormes poemas inconclusos, donde el acierto y la adivinación genial tropieza en el ripio y la enumeración fatigante, sueñan entonces con una como mitología vegetal y zoológica de nuestra tierra caliente, con los grandes ríos verdes, con la magia de nuestras selvas, con la generación y la vida sin reposo que el aventurero venezolano—el del caucho, el del oro, el de las revoluciones—va señalando, apenas, el golpe de su curiara, raudal arriba. En tupidas composiciones, donde algunos versos se enredan y estorban, como gigantescos bejucos, y en la caótica masa de su libro *Tierra Nuestra*, dejó aquel poeta un esfuerzo frustrado, pero formidable, de absorción de la naturaleza vernácula. Cargado de exageración, de genialidad y mal gusto, hombre de adivinaciones, de fiebres y de chispazos, Samuel Darío Maldonado es él mismo un río por explorar. Otros poetas nativos, más simples y armoniosos, no tienen tan enorme propósito: se contentan, como Sergio Medina, en describir la aldea, la procesión y los barbechos dorados; son los notarios de los pájaros, registran el tiempo venezolano con sus diciembres llenos de aguinaldos y de coplas, con sus nubarrones de abril que abren paso al invierno.

Característica de esta vida literaria venezolana entre el 900 y 920 son los grupos provincianos. Aun la riqueza petrolera—hecho capital en la historia y economía venezolana del presente siglo—no producía el movimiento centrípeto de la población hacia Caracas y hacia las ciudades que reparten el presupuesto. A la sombra de sus plazas añosas, las ciudades de provincia tenían sus círculos literarios y editaban sus periódicos y revistas de cuatrocientos ejemplares. Hay núcleos provinciales como el de Coro, que animan los hermanos Smith Monzón; como el de Maracaibo, que preside con su vaso de cerveza y sus bolsillos poblados de sonetos el fecundo Udón Pérez; como el de Mérida, donde, contra la tradición eclesiástica, los jóvenes y sucesivos pilotos de las revistas *Génesis* y *Literatura Andina* imponen el modernismo que al pie de las Sierras Nevadas resulta algo blasfemo. Las influencias más contradictorias se amalgaman en la literatura de entonces; los reflejos de la poesía española de los primeros años del siglo, donde el fino arte poético de un Machado o de un Jiménez combatía con la declamación rutilante de un Villaespesa o la bohemia enfermiza de un Carrere; el decadentismo europeo de un D'Annunzio o un Barrès, conocido, generalmente,

al través de malas traducciones; la nueva emoción social o los problemas de conciencia de los escritores nórdicos. Los primeros 35 años del siglo XX son para los venezolanos de oprobio, de derrota, de tiranía. De la dictadura operetesca de Cipriano Castro—dictadura que se pone a bailar y a derrochar los dineros públicos; dictadura tropical y barroca, donde lo trágico linda con lo cómico, donde el adjetivo anda liberado como un colibrí en la prosa y el verso de algunos escritores cortesanos—se pasa a la crueldad más calculada, al silencio siempre más denso, al gran enigma que se petrifica en el largo e inexorable gobierno de Juan Vicente Gómez. Cómo se encuentran con el país; cómo lo sienten; cómo se defienden; cómo marcan su presencia en el alma colectiva, es por esto el problema más serio de los escritores y artistas venezolanos en los seis últimos lustros.

La poesía, empero, sigue un camino que las circunstancias ambientes explican que no haya sido tan brillante como el de otras literaturas americanas. La observación de que la prosa tuvo siempre entre nosotros mayor alcance que la poesía, guarda especial validez para nuestro desarrollo poético de los últimos años. Si el problema pudiera mirarse

con criterio gramatical, un crítico argüiría que la literatura venezolana de los treinta últimos años adolece de la general decadencia de los estudios humanísticos, de la miserable instrucción pública que mantuvo la dictadura gomecista, del escaso contacto que durante aquellos años los escritores y artistas venezolanos tuvieron con el mundo exterior. Los más nuevos reprochan a los mayores su desnuda espontaneidad, su sentimentalismo trivial, la pobreza de sus temas, pero he aquí que tampoco—y con definidas excepciones—la poesía última ha logrado imponer una nueva conciencia artística. Seguir el ciclo desde Pérez Bonalde hasta hoy, nos conduciría a una etapa transicional, a un momento de disolución y de quiebra de las antiguas formas que no son reemplazadas, todavía, por otras de universal vigencia. Sin embargo, sería injusto negar en la poesía venezolana de los seis últimos lustros un progreso, un combate por la forma y el tema poético, una aspiración de originalidad. Más que en los individuos, en el choque de las corrientes podemos observar estos caminos que ahora se interponen en el itinerario de nuestra poesía; las tensiones espirituales que ella experimenta.

V

La muerte de Rubén Darío en 1916—plena guerra europea—señala una fecha inicial en la liquidación del modernismo. Juan Ramón Jiménez, que hasta ese momento había sido un poeta típicamente modernista, empieza a ensayar un arte nuevo de imágenes, cada vez más liberadas, de más recogida música, y que transmita metafóricamente las impresiones de un universo que no es ya el de los Trianones y las princesas del más divulgado rubendarismo. Simbólicamente, el cambio en el arte de Jiménez se realiza con su *Diario de un poeta recién casado* en que, junto al tema nupcial transmitido en los términos de una sentimentalidad personalísima, predominan paisajes, visiones, sugerencias de Norteamérica; es decir, de la tierra menos versallesca que sea concebible. Paralelo a la nueva experiencia de Jiménez, se perfila el depurado clasicismo de un Antonio Machado, acaso el más clásico poeta que haya producido España desde los días de Fray Luis de León. Clásico—es claro—en cuanto es poeta de esencias, de concentración, de arquetipos; en cuanto lo puramente ornamental casi no se advierte en su poesía. Machado y Jiménez inician, pues, ya un camino di-

vergente al de Rubén Darío. Y vienen, desde entonces, junto a estas puras voces españolas, los laboratorios estéticos de París, que quieren producir en la poesía algo semejante a lo que se estaba produciendo en pintura cuando los cubistas reaccionaron contra los impresionistas, cuando el subconsciente buscaba su tumultuoso cauce liberador a través del surrealismo. 1913-1925 han sido doce años de extraordinaria movilidad en la historia del arte contemporáneo. En un país tan distante y tan largamente cerrado para los movimientos de la cultura universal, como fué Venezuela en los silenciosos años del despotismo, tales influencias no se han ejercido de manera ordenada y sucesiva, sino más bien se confunden y entrechocan. Aún más—y es una nota muy interesante en la poesía nueva venezolana—, al internacionalismo poético tan visible en el mundo de hoy, se suele enfrentar aquí un fuerte nativismo, como el que representan poetas contemporáneos de la calidad de Antonio Arraiz, Fombona Pachano, Arvelo Torrealba.

Rastreemos en el tumulto de estos veintitantos años que ya nos separan de la guerra mundial y de Darío lo que ha pasado en la poesía venezolana. Para diferenciar nuestros poetas actuales de los de ayer, se me ocurre la siguiente categoría de valores:

1) Una retórica en tono mayor, vocinglera, como fué la de los románticos, ha sido sustituída por un lenguaje más íntimo y confidencial, por un como goce del detalle menudo. (Si comparamos, por ejemplo, un *Canto a Caracas*, como el de García de Quevedo hacia 1950, con el mismo tema tratado por el poeta Arroyo Lameda, en 1915, observamos que el poeta moderno ya no necesita escalar un cerro para cantar a su ciudad nativa. El tema le va surgiendo en detalles y sensaciones, aparentemente inconexas, unificadas y asociadas por el impulso sentimental. Más que la metáfora gigantesca, macrocósmica, se prefiere aquí lo microcósmico. Un viejo limonero enclavado en un solar caraqueño de la colonialísima esquina de Miracielos, le evoca a Andrés Eloy Blanco días de guerra y religiosidad, epidemias y novenas, una como historia y epopeyas de Caracas que él transmite en un bellísimo romance que tiene el difuso y envejecido color de una aguafuerte).

2) Selección estética. La abundancia del corazón inflamado, la vida y el amor desparramándose, eran el trance y el ideal del poeta para esos románticos nuestros, ripiosos y descuidados, cuyo ejemplo más revelador fué un Abigaíl Lozano. La poesía es,

generalmente, en ellos crónica en primera persona, erizada de exclamaciones. Entre nuestros poetas modernos no faltan, en cambio, quienes convierten la poesía en tema de estudio. Acercarse a la sugerencia de otras artes, frenar la inspiración con la disciplina de la forma, pesar las palabras, buscar no el sentimiento común, sino el peculiarismo, es ahora una aspiración consciente. Contra Víctor Hugo, Baudelaire es una de las fórmulas más valederas de la poesía desde la época de los parnasianos. (Pienso en aquel pequeño, pero muy elaborado libro con que iniciara hacia 1920 su carrera literaria Enrique Planchart y que, para sus compañeros de generación, se ofrecía como un breviario de poética; como un cuaderno de ejercicios de esos con que los pianistas doman su mar sonoro y hacen decir a la mano su nota precisa. Hasta con cierta buscada frialdad, un poeta como ese y su libro eran el anti-Abigaíl Lozano, el anti-Racamonde. ¡Abajo la música fácil!, parecía decir Planchart en ese libro).

3) El sol contra la luna. Se me ocurre decir—y no sé si será una metáfora—que en algunos poetas de hoy, como reacción anti-romántica, el sol se levanta contra la luna. A la queja enlunada de ayer se opone la exaltación solar, lo masculino. El sexo del hombre es un

símbolo solar y los poetas que han dicho las palabras más nuevas y fuertes de nuestra poesía en formación, son poetas solares. El libro más desnudamente dedicado al sol que haya producido la nueva poesía venezolana, se llama *Aspero*, de Antonio Arraiz.

4) Magia del mundo infantil. Para los poetas románticos la infancia era tema de elegía. El hombre adulto miraba su niñez, lamentándose. Unos niños muy formales que repiten sus oraciones; que en la mesa, al atardecer, escuchan los consejos del padre, y que en la noche sueñan con "espíritus alados", pasan con cierta grave melancolía en la famosa traducción de *La Oración por todos*, de don Andrés Bello. Eran niños sometidos a las abstracciones de los adultos. Ya sin conceptos, los poetas de hoy se sumergen en lo infantil como en una materia de colorido único, donde la palabra no tiene un sentido lógico, sino mágico. El *Gárgaro Malojo*, *La Tinaja*, *La carreta del malojero* y otros poemas de Fombona Pachano son ejemplares en este sentido. La generación de 1920—Andrés Eloy Blanco, Queremel, Paz Castillo, Fombona Pachano, Barrios Cruz, Moleiro, Morales Lara, Sotillo—, la de 1930—Rojas Guardia, Rugeles, Arvelo Torrealba—, la de 1935—Villalobos, Carlos Augusto León, Olivares Figueroa, D'Sola, Gerbasi—son

las primeras que se han detenido en Venezuela a descubrir con su gracia primigenia, hasta con sus palabras rituales y sus conjuros, el mundo de lo infantil.

5) Con esto mismo se relaciona el auge del folklore y la copla. Andaluzamente, Andrés Eloy Blanco—unos años antes de que lo hiciera García Lorca—había disparado como travesuras de su poesía seria, manojos de coplas ardientes, muy venezolanas, en lo que tienen de juego, de insinuación velada, de tercera intención. Como un acontecimiento cayó en los círculos literarios de todo el país, hacia 1930, el famoso libro *Cantas*, de Alberto Arvelo Torrealba. Este joven rastreador, jinete de todos los horizontes del Llano, había laceado la noche llanera y la traía trémula de estrellas, con su lontananza, sus caños y sus espantos, para que la contemplásemos en su íntegra veracidad. Fué un momento maravilloso en que nos preguntamos si nuestro auténtico destino no sería el de la "canta". Después de su gran poema épico, *Doña Bárbara*, Rómulo Gallegos había publicado *Cantaclaro*, es decir, una potente invitación a cantar. Desde el fondo del tiempo, metido en el breñal de su historia trágica, crédulo en apariciones y en hechizos, el hombre venezolano dice como en su folklore:

Cuando estoy a solas lloro
y en conversación me río.
Con la maraca en la mano
yo espanto los males míos.

6) Interrogación a Dios y al Destino. Los poetas venezolanos—excepto en el pasado Pérez Bonalde y a ratos José Antonio Calcaño—siempre filosofaron poco. Trovadores y juglares, su poesía solía terminar junto a los ojos de la mujer amada. El destino del hombre, su soledad, el tremendo clamor de Dios, se perdía sin ruido por entre las mallas sedosas de sus madrigales. Fué un poeta que no alcanzó la plenitud del lenguaje—porque murió antes de cumplir los treinta años—, Luis Enrique Mármol, uno de los primeros que dejó entre las jóvenes generaciones venezolanas el signo de su elevada angustia. Conocer y sufrir y saber qué valor tiene lo conocido, es el problema que se plantea en sus versos de inconformidad este malogrado artista que llamó simbólicamente su único libro *La locura del Otro*. No fué precisamente la influencia de Mármol, que desapareció muy joven para alcanzarla, sino acaso el contacto con otras literaturas, cierta popularización de la filosofía que nuestra época ha logrado como ninguna otra, lo que empezó a sacar en los últimos años a la poesía venezolana del círcu-

lo un tanto madrigalero que siempre la había acechado y lo que sembrara en ella cierta inquietud trascendente, cierto alto dolor cósmico, que encontramos como señalada promesa espiritual en algunos de nuestros más jóvenes poetas (pienso en algunas páginas de *Presencia*, de Otto D'Sola, en otra de Gerbasi, etc.). Estos artistas empiezan a sentir en dimensión de profundidad su oficio poético; anhelan dialogar con aquellos escrutadores de lo anímico que se llamaron un Hölderlin y un Novalis. El pánico y la fiesta adolescente de sus juveniles poemas se llena, así, de anhelo trascendental. Son más castos y menos galantes que los poetas de treinta años atrás. La vida interior comienza a revelárseles. Junto a ellos se levantan—naturalmente—los poetas de la disolución.

7) A la altura de 1925 pasa por la poesía de América una tremenda voz disolvente: la del poeta chileno Pablo Neruda. Será, después de Rubén Darío, el poeta que haya merecido mayor ámbito continental. En Neruda, que es fundamentalmente un poeta impuro, desembocan como en un enorme río sucio muchas de las pesadillas de una época desesperada, rota, sin moldes. Como en algunas grandes corrientes del trópico, en él se disuelven el caimán y la mariposa, la mayor

podredumbre y el más matinal perfume. Más abajo de la corriente sigue una vida subterránea, nocturna, llena de légamos y raíces. Es todo lo contrario de un poeta apolíneo. Pero con su lamento y disolución, él toca en las oscuras comarcas del sexo y de la muerte. Su guiado desorden, su tristeza sensual, su máscara de insomnio, se han identificado con todo lo que hay de mágico y azaroso en el alma del criollo suramericano. El también influyó en Venezuela. Y está pesando—acaso contra la voluntad de ellos mismos—en esta densa materia de sueños entrecruzados, de sexualidad confusa, de húmedo naufragio de algunos de nuestros poetas. Marca su presencia con su torbellino de hojas muertas y de peces sangrando, aún en la obra de artistas de tanto aliento como Luis Fernando Alvarez, Pablo Rojas Guardia o José Ramón Heredia. Ellos empiezan a salir a un claro de bosque, a un sitio limpio donde acampar después de aquella como inmersión entre las enormes y retorcidas lianas.

VI

Venezuela, sus ríos y sus gentes, sus fiebres y sus paraísos, el sueño de las multitudes que habrán de llenarla, la experiencia de

su mestizaje, las tierras que tiene por descubrir, la música de su inmensidad, es un tema demasiado grande para un solo poeta. El verdadero gran poeta venezolano será el que, por sobre las fórmulas y los convencionalismos de las retóricas vigentes, se trague y se sumerja en esa materia germinal; arranque su canto del misterio que todavía somos, coincida en la actitud anímica y en la palabra reveladora con todos los que lo están aguardando. Así Dante se fué por los caminos, doblegado de las visiones, los odios y los rostros de sus terribles compatriotas toscanos, y el viejo Withman se puso a acunar su rollizo y ansioso pueblo de los Estados Unidos. Se constituyó en protector de las espigas y de las estrellas.

PROCESO DEL PENSAMIENTO VENEZOLANO

Además de los libertadores, hay algunos rostros que frente a la gran tragedia y el azaroso vivir al día de la historia política venezolana representaron la previsión, la prudencia, la búsqueda de un pensamiento nacional afincado en la realidad de nuestra existencia histórica y servidor de ella. Dos grandes generaciones ha conocido hasta hoy la Historia de Venezuela: la de aquel puñado de audaces que realizaron la independencia y la de aquellos, más tranquilos pero de menos inteligentes, cuyo doloroso testimonio de la tierra quedó expresado, por ejemplo, en los discursos y discusiones de la Convención de Valencia en 1858. Buscando el instinto más que la reflexión, hemos solido olvidar el pensamiento de los héroes civiles Gual, Fermín Toro, Valentín Espinal, Juan Vicente González, Cecilio Acosta que supieron ver como pocos, y teniendo la esperanza de me-

jorarla, la oscura y tumultosa verdad autóctona.

Después de ellos, o simultáneamente con ellos—como en la dolorida y recoleta existencia de Cecilio Acosta—comenzó la era de los "caudillos únicos", de los "césares democráticos", bajo cuyo reinado el pensamiento nacional perdió su fuerza creadora y combativa y se ocultó y proliferó en el matorral de la inofensiva retórica. Dice Harold Lamb que Gengis Khan, el terrible jefe de las estepas asiáticas, gustaba rodearse de los letrados chinos no precisamente para escuchar sus consejos, sino porque aquéllos sabían iluminar en oro, en rojo y en azul, los más bellos manuscritos. Letrado y dibujantes eran términos casi sinónimos en el tiempo de Gengis Khan. Y el "jefe", que no comprendía ni se interesaba por el pensamiento, era extraordinariamente sensible a la bella caligrafía. Un manuscrito iluminado le parecía tan hermoso como una silla de montar, unos bien labrados estribos o aquellos cráneos de los enemigos muertos que con su pie de plata eran las copas más apetecibles. Así, bajo el reinado de los "césares", los intelectuales venezolanos solieron llamarse "orfebres", coleccionistas de adjetivos y alabadores profesionales que trabajaban el pensamiento como los talabar-

teros y los calígrafos de Gengis Khan. Hay algunos libros documentales que expresan esta era sombría de sumisión y miseria de la inteligencia venezolana: una jira de Castro por los Estados del interior "sincronizada", diríamos hoy, por los más retumbantes discursos, y el pequeño libro en que Morantes se complació con humor triste en apresar y recoger, como en un herbario, las adulaciones más sonadas que había merecido el "Restaurador". Bajo Gómez fué la época del soneto y de la sociología: el soneto tenía como tema la paz del "Benemérito"..., paz de las vacadas en los potreros de Aragua, de las carreteras y la prisión civil. Muchos venezolanos—que no sabían hacer otra cosa—hicieron sonetos. En cuanto a la sociología al servicio del César, con su revestimiento de cientificismo pedante, de mal aplicadas ideas de Taine o de sociólogos de menor cuantía que ya estaban completamente trasnochados o superados en Europa, propagó una resignación impotente, cuya influencia deletérea en el espíritu nacional examinaremos después. En el pesimismo, la alabanza fácil y la conformidad ante un estado social desventurado, como era el de nuestro país, se olvidó aquel pensamiento constructivo que tuvo la generación de la Independencia y que fué el

mensaje intelectual de un Fermín Toro o un Cecilio Acosta.

Desposeído el escritor criollo de toda misión social, no tuvo otro destino—si quería ser limpio y honesto—que evadirse por las rutas de la fantasía, verter en fábulas su dolor del tiempo presente. Para algunos, siguiendo el viejo ejemplo de Juan Vicente González, la Historia Nacional era como un castillo recóndito donde encerraban su callada y amarga protesta. Es el caso de ese como último discípulo de Rousseau y heredero de la tradición de don Simón Rodríguez, que se llamó Lisandro Alvarado. Alvarado es una de las mentalidades más curiosas y un poco malogradas que ha producido Venezuela. Su inconformismo—como el de don Simón Rodríguez—se transformó en espíritu nómade, en permanente curiosidad, en ansia de lo primitivo. Era el hombre que quería buscar en el idioma y la convivencia de los indios el sentido y explicación del Universo que no podían enseñarle los doctores de Caracas; que se ponía unas alpargatas y se dejaba apresar en la recluta para identificarse con los pobres soldados palúdicos que comen su ración de "topochos" y tocan su triste "cuatro" en la plaza de la aldea criolla; que en una recepción del Ministerio de Relaciones

Exteriores exhibe una corbata de púrpura y un prendedor con la calavera y las tibias de la muerte, como para escandalizar—un poco infantilmente—a los prudentes funcionarios; que defiende, contra la Facultad de Medicina de Caracas, al yerbatero Negrín, porque éste ofrece yerbas de nuestros campos y vosotros, señores doctores, usáis venenos químicos y cobráis veinte bolívares por la consulta. Esta simpática y buscada extravagancia de un hombre como Alvarado esconde de manera simbólica la tragedia de la inteligencia criolla, del hombre inconforme entre muchos hombres satisfechos. Quienes como él no podían dialogar con los indios o perderse por los caminos de Venezuela, arrastrando las alpargatas del recluta o leer los clásicos latinos, salían al extranjero—Morantes, Blanco Fombona, Pocaterra—a derramar sus panfletos y protestas. Otros solían malograrse en el clima trágicamente monótono de las tiranías estúpidas; de una existencia como al margen de las aspiraciones y los problemas del mundo moderno. Venezuela no sólo ha devorado vidas humanas en las guerras civiles, en el azar sin orden de una sociedad violenta, en convulsionado devenir, sino también marchitó—antes de que fructificaran bien—grandes inteligencias. Entre las no pocas cabezas que

surgieron de nuestra tierra no infecunda, tal vez la única que cumplió goethianamente con su nutrido mensaje fué la de Andrés Bello. Pero la obra de Bello fué a convertirse en organización civil, en norma jurídica, en tradición cultural de la República de Chile. Sobre otros grandes hombres nuestros cayó un destino de misantropía y soledad, como el que acabó con la extraordinaria existencia de Cajigal, o de ya insalvable fatalismo histórico como fué el caso de Gual, de Fermín Toro, de Juan Vicente González, de Cecilio Acosta. En la primera de sus novelas, *El último Solar*, ha contado Rómulo Gallegos esta historia permanente, y profundamente nuestra del idealista que no alcanza a convertir su ideal en acción, del reformador que no reforma.

* * *

Después de la Guerra Federal (1859-64) había entrado el país en un proceso de barbarización que no alcanzó a superar ni vencer el sedicente "despotismo ilustrado" de la época de Guzmán Blanco. Imbuído de la suntuosidad ornamental y aparatosa del Segundo Imperio Francés, inteligente e intuitivo, pero al mismo tiempo vanidoso y cerrado en su providencialismo, Guzmán olvidó por la obra

de ornato o por la empresa entregada al capital extranjero las cuestiones inmediatas de la tierra; su progreso se quedó en la periferia y no llegó a lo profundo de la vida nacional. Tuvo oportunidad de hacer una política semejante a la de Sarmiento, Mitre o Pellegrini en la República Argentina; encontraba un país que le hacía caso y podía poblar y sanear. (Era el momento en que grandes masas de población europea desembocaban en la Argentina). Pero su simple ideologismo y su vanidad de dictador limitaron la obra de Guzmán Blanco: en vez de unir una Venezuela agotada, desangrada y barbarizada por las guerras civiles, se complació en dividir. Venezuela, dentro de la idea guzmancista—que fué también la de aquella facción que se denominó el "Partido Liberal Amarillo", se dividía en los "buenos" y en los "malos", en los "liberales amarillos" y en los "godos de uña en el rabo". Fué muy inferior a Páez porque no logró formar en torno suyo una "inteligencia" que le diera forma, base jurídica o moral al Estado venezolano. El intelectual para Guzmán Blanco fué el amanuense, el rapsoda de las glorias del "Ilustre Americano". Y con el pretexto magnífico de una cuestión doctrinaria (Venezuela no quería que los sacerdotes se me-

tieran en la política) escamoteó el verdadero problema venezolano que era el de aquellas masas campesinas de la Guerra Federal, que con su oscuro instinto reclamaban justicia económica. "Anticlericalismo y alternabilidad republicana" fueron casi las únicas consignas que podían traducirse claramente dentro de la retórica vaga y proliferante de lo que se llamaba el "Partido Liberal". Anticlericalismo: el sonado asunto de las "manos muertas" y de la "laicización de los bienes de la Iglesia" no enriqueció precisamente al país, sino a los jefes y usufructuarios de la Federación. En cuanto a la alternabilidad republicana—no del César, naturalmente, que se hacía aclamar y reelegir, sino de los funcionarios, sometidos al arbitrio y la caprichosa voluntad del amo—, impidió que se formara en Venezuela ese elemento de orden y de disciplina social que se llama una reglamentada administración pública. (El funcionario que no necesitaba competencia ni adiestramiento técnico, sino dependía solamente del tornadizo humor del "jefe", consideró su empleo como una provisoria y eventual época de las "vacas gordas", como un premio de la lotería fiscal que es preciso aprovechar dado su carácter aleatorio. Sociológicamente, Venezuela, después de las guerras civiles de

la segunda mitad del siglo XIX, fué como una gran montonera—sin ejército, sin administración pública digna de este nombre—, donde el caudillo más guapo, inteligente o astuto se imponía sobre los otros caudillos provinciales).

Si para sus obras de ornato Guzmán Blanco pensaba en la Francia del Segundo Imperio, y por ello algunos edificios públicos construídos en esa época tienen un estilo de balneario, para gobernar sobre los voluntariosos caciques era como el super-cacique que hablaba... francés. Desaparece de la acción pública aquella inteligencia constructiva de nuestros primeros legisladores, hombres de Estado o pensadores, y el escritor y el jurista sólo sirven, como en Bizancio, para poner en mejor prosa los caprichos del jefe. Es el valor del "guapo" o la audacia arbitraria del "cacique" la más alta medida humana en ese largo período histórico (1864-1935), que se prolonga hasta el final de la dictadura de Gómez.

Ya en 1865 un escritor de la talla de Juan Vicente González se había colocado, con un poco de romanticismo histórico, en la posición del último venezolano que ha visto morir los hombres que hicieron la patria; que ha enterrado con Gual, al último grande hombre de Estado; con Fermín Toro, al último gran

humanista; que ha sido testigo de la lamentable senectud de Páez. Se objetará, y con razón, que lo que dolía a Juan Vicente González, a pesar de que su estilo y su visión histórica habían recibido la influencia de Michelet, era la desaparición de una tradición aristocrática, vinculada un poco a los "mayorazgos" intelectuales de Caracas. Venezuela, por la necesidad imperiosa de la realidad geográfica, no eran las cultas tertulias caraqueñas de don Manuel Felipe Tovar, ni el grupo de humanistas que habían hecho muy bien su latín en el Seminario Tridentino, ni las jóvenes genaraciones del "Colegio del Salvador del Mundo". Venezuela era también el desierto y los hombres del desierto, ansiosos de expresión, cuyo caudillo y profeta se llamó Ezequiel Zamora. Pero ocurrió que esa educación un poco para las *élites* intelectuales (la educación del Latín y del Derecho Romano de nuestros primeros hombres públicos) no fué reemplazada por una educación democrática, por el "humanismo moderno" con que soñaba Cecilio Acosta.

Cecilio Acosta fué uno de los hombres que entre los años 60 y 80 tuvieron una visión más aguda de los problemas y urgencias nacionales. Se han precipitado sobre el país las masas rurales, los "hombres nuevos" que mo-

vilizaron las facciones federalistas: era preciso incorporarlas a la cultura, "darles forma", como diría Spengler. Y ese humanista —esa especie de fraile laico—saber ver los caminos de la civilización contemporánea. Más que en los discursos académicos—demasiado adornados para nuestro gusto de hoy—el pensamiento vidente y vigilante de Acosta se vierte en aquellos artículos o cartas un poco familiares en que parece discutir con un interlocutor invisible el destino de nuestras democracias criollas. El mundo democrático sajón le sirve como ejemplo, contraste y amenaza, ante el desorganizado mundo indolatino. Pide para Venezuela nuestro humanista aquello que es un lugar común, pero que en la práctica no hemos hecho: una enseñanza democrática que a base de idiomas modernos bien aprendidos nos abra las rutas del comercio y el conomiento mundial; menos doctores y más agricultores y artesanos, estudios técnicos, conocimiento objetivo y directo de nuestro territorio. Contra el peligro imperialista sajón que ya había advertido admirablemente Gual, Acosta recomendaba "sajonizarnos" un poco, no renunciando a nuestra alma nacional, pero adaptándola a los valores y las formas del mundo moderno. Eramos los románticos, los soñadores indo-

lentes y desaprensivos, en una civilización dirigida por ingenieros y hombres de empresa.

Pero bajo la autocracia guzmancista no era un pensador aislado como Acosta quien podría transformar la vida nacional. El y otros intelectuales que no se plegaron a la alabanza y perpetua apoteosis del Dictador, vegetaban en ese "cementerio de los vivos" de que hablaba el propio Guzmán Blanco. La gran retórica de la "causa liberal" ahogaba en las aclamaciones del "septenio" o del "quinquenio", en los discursos y manifiestos presidenciales, en los editoriales de *La Opinión Nacional*—primera gran empresa de periodismo cesarista surgida en el país— el eco de un verdadero pensamiento nacional que ayudara a la edificación democrática. La fuerza del Estado guzmancista se expresaba en aparatosas obras de ornato: el Capitolio Nacional, construído en ochenta días; el paseo del Calvario, las torrecillas góticas de la Universidad, etc. Entre tanto, se extendía el paludismo en el llano, se estancaba la riqueza ganadera y pagábamos en contratos leoninos las pocas obras de efectivo progreso construídas con auxilio del capital extranjero (muelles y ferrocarril de La Guaira, ferrocarril de Puerto Cabello, etc.).

El clima propicio y los elementos raciales

más homogéneos favorecían a algunas regiones del país, como la región andina, que permanecieron un poco al margen de la vasta tormenta federal, y que aun sin recibir inmigrantes y disponer de buenos caminos al mar aumentaban, empero, de riqueza y de potencial humano. Son estas circunstancias étnicas y sanitarias las que en la alborada del presente siglo producirán una revolución andina. Lo que se ha llamado "la cuestión andina" reproduce en pequeño en nuestra Historia nacional el caso del Lacio agrícola y biológicamente fuerte y unido de los primeros siglos de la historia romana sobre las poblaciones más brillantes, pero más divididas, de la Italia meridional o de la Macedonia montañesa sobre los retóricos y discutidores de Atenas. Ningún problema de Historia venezolana requiere del historiador o sociólogo mayor cuidado y comprensión al interpretarse. Que bajo Castro y Gómez, los dos caudillos montañeses, la administración fuera rapaz, no es culpa de los Andes, sino de la vasta dolencia social. Y en la descomposición de ese período que Pocaterra ha llamado la Venezuela de la Decadencia, Castro y Gómez, ayudados también por sus "doctores", pueden afirmarse en el poder nueve años el uno y veintisiete el otro.

Medio siglo después de la Federación aún subsistía aquel estado social informe creado por ella. Castro, Gómez y sus "jefes civiles" eran como los últimos y tardíos representantes de esas masas rurales que entre 1858 y 64 destruyeron las "formas" del Estado venezolano. Habrían podido llegar a incorporarse normalmente a la vida nacional si lo que entre nosotros se llamó campanudamente el Liberalismo hubiera realizado lo que no alcanzaron o no pudieron realizar los godos: un plan económico y una reforma educacional. El poder público se deseaba como una industria en un país de tan rudimentarias formas económicas como era el nuestro. Si algunas pequeñas oligarquías provincianas conservan las haciendas heredadas de sus mayores, y la tierra rica (a pesar de la técnica agrícola primitiva) les da holgadamente para vivir; si a la sombra del capital extranjero empieza a formarse en Caracas y en los centros comerciales otra oligarquía que acapara los bancos y el comercio exterior, la gran masa carece de destino económico. El venezolano que no heredó hacienda y que no tiene vocación para médico o abogado (las dos profesiones liberales a que se aspira más anhelosamente) no encuentra qué hacer. Por esta razón, las guerras civiles y revoluciones de Venezuela en

el siglo XIX parecen movilizar en busca de un destino personal esa masa de población pasiva, sin ubicación ni sitio en el mundo. Pequeños comerciantes y gentes endeudadas se incorporan, así, en las facciones de la Federación y de las guerras que vienen después. La vida venezolana de aquellos días es la enorme novela de las gentes que se lanzan a perseguir la suerte. Se esperaba una revolución casi como un medio de circulación económica; se robaba al hacendado o se imponía un "empréstito forzoso". Cuando no había una revolución, eran aventuras como las del caucho o el oro de las selvas guayanesas, las que lanzaban a las gentes tras un nuevo Dorado de fortuna.

El atraso cultural iba de mano con el atraso económico y explica también la violencia inaudita de aquellas horas de historia nacional. Ante las masas nuevas y bárbaras que había aflorado la Guerra de Federación, un hombre como Guzmán Blanco llega a asustarse y tiene una gran idea: multiplicar las escuelas, crear la Educación primaria obligatoria. Esta idea guzmancista, como todas las suyas, apenas roza la superficie del problema. Indudablemente hay más escuelas en 1884 que las que se hicieron en el tiempo de los godos. Pero estas escuelas sin maestros

(porque los caciques locales nombran a su guisa los preceptores), sin material de enseñanza, sin relación práctica o emocional ninguna con el medio donde deben actuar, apenas enseñan a algunos proletarios o campesinos venezolanos a garrapatear su nombre o a leer deletreando. No se traducen en cambio moral o económico provechoso para el medio rural. No mejoran la producción ni las formas de la convivencia familiar, ni la comprensión cívica de la patria. Por lo demás, el esfuerzo educacional de Guzmán Blanco no tiene continuidad bajo los "césares" posteriores. Recientemente, y de manera muy sagaz, ha hecho Arturo Uslar Pietri un estudio crítico de los presupuestos venezolanos en el presente siglo. La instrucción pública es, naturalmente, bajo los regímenes de Castro y Gómez la rama más abandonada y peor dotada entre los servicios del Estado. En esta materia nos corresponde bajo el gomecismo el triste privilegio de ir como a la zaga de los países sudamericanos.

Ante las desgracias del país y el empirismo y la rutina bárbara que se suceden bajo la forma de malos gobiernos, la inteligencia nacional suele reaccionar conformista o pesimistamente. Un venezolano que hubiera nacido en las últimas décadas del siglo pasado

—el 70, el 80, el 90—y cuya edad de razón correspondiera a los regímenes de Castro o Gómez, no habría visto en torno suyo ni podía aspirar ni desear otra cosa. Lo que entre nosotros se llama la cultura no es propiamente la identificación o comprensión con la tierra, sino la fuga, la evasión. El "modernismo literario" de los años 90 a 900 significó para los intelectuales venezolanos el camino a Europa, la reivindicación individual de cultura de los mejor dotados en un país que todavía no los comprende ni los necesita. El nombre de la revista con que se inicia una de las más brillantes generaciones literarias que ha tenido el país—la de Coll, la de Díaz Rodríguez—es revelador de ese estado de alma. Se llama *Cosmópolis*, porque hay que buscar en otras tierras el contento espiritual que no puede ofrecer la nuestra. Porque en el medio no dominan las ideas, sino los instintos, el escritor o el artista se encierran en su "torre de marfil", en el shakesperiano castillo que sirvió como título a un libro de Pedro Emilio Coll. Las dos actitudes más frecuentes en la literatura y el pensamiento venezolano de ese período son el criollismo folklórico y el ausentismo exótico. El decadentismo europeo y el individualismo estético de los años 90 alejan al escritor de la tierra o

lo impulsan a erigir frente a la oscura realidad próxima su fantástico mundo de sueño y de errancia, como en el Tulio Arcos pintado por Díaz Rodríguez. Si los mejores escritores de esta generación y de la inmediatamente anterior—Gil Fortoul, Zumeta, Díaz Rodríguez, Coll, Urbaneja Achelpohl—han escrito páginas que cuentan entre lo más duradero de la prosa venezolana, a otros puede aplicárseles la definición de Francesco de Sanctis al explicar el barroco literario italiano de la época de la Contrarreforma: "Toda idea literaria—decía Sanctis—se refiere a la forma y carece, entonces, de contenido. La literatura es una especie de espectáculo vocalizado en que predomina y se busca lo intrincado del concepto, el brillo de la imagen, la sonoridad de la frase. Es un ideal frívolo y convencional con escaso sentido de la vida real; es un absoluto ocio interno." Mientras los bárbaros llegan—como en *Idolos rotos*, de Díaz Rodríguez— el artista que se siente desterrado en el medio, sin voluntad ni apetencia para un combate que advierte desesperado, se refugia en el amor o en un solitario e incomprendido ideal de belleza. O bien—ya que todos son bárbaros—con frenesí danunziano quiere buscar también la oscura y cruel hermosura de la barbarie. (Ha-

bía poetillas decadentes que comparaban a nuestros "jefes civiles" de la época de Castro y Gómez con los *condottieri* del Renacimiento.) Ser "guapo" en el sentido de la violencia criolla parecía también un valor estético.

A pesar de nuestro atraso científico, o precisamente por eso, el materialismo determinista de la segunda mitad del siglo XIX era la única corriente filosófica que había penetrado en nuestras escuelas. Como ya lo he explicado en otro ensayo mío (*Hispanoamérica, posición crítica*), surge en esa época, entre nosotros, una Sociología de tipo cesarista que pretende justificar el hecho venezolano y que puede esgrimirse como arma providencial de propaganda política.

Los ensayos del doctor Arcaya, por ejemplo, que ha hecho un trasplante tropical de las ideas europeas de Taine en sus *Orígenes de la Francia Contemporánea*, de Letourneau, Tarde o Sergi, tienden a producir este conformismo o renunciación del hombre ante el medio. Para su Sociología (que en este punto se acerca curiosamente al materialismo marxista) son causas de orden naturalista las que producen y concatenan con inexorable fatalidad los sucesos históricos. El hombre—aunque sea el grande hombre—no es sino

un contemplador pasivo de las fuerzas mecánicas e ineludibles que, según él, imponen el ritmo de la Historia. Bolívar tenía un pensamiento—parece decirse el doctor Arcaya—, pero las circunstancias geográficas, étnicas, económicas y sociales hicieron de la acción de Bolívar algo muy diferente de lo que él soñó o se propuso. En nombre del materialismo cientificista que atribuye al hombre del trópico las peores condiciones de realización, el doctor Arcaya ataca en un discurso memorable el sueño cívico y legalista de Muñoz Tébar en su obra *Personalismo y Legalismo*. Mientras que para ese genial creador de la Historiografía moderna que se llamó Leopoldo Augusto de Ranke la Historia es precisamente aquello "que no quiere someterse ni resignarse a la naturaleza, la creación cultural que predomina sobre la fatalidad telúrica, el conflicto grandioso de las voluntades humanas", para Arcaya la Historia es una especie de Ciencia natural. Por ello, porque las cosas suceden como suceden y la voluntad humana no puede torcer su inexorable curso, Arcaya es el pensador eternamente viejo, sin ilusión ni esperanza. Exagerando a Taine, todo se le explica por factores naturalistas: Bolívar sale para él de los antepasados vascos trasladados al trópico; Páez es un pro-

ducto puro de la sabana venezolana. Pero lo que con la expresión goethiana podríamos denominar "la formación y el aprendizaje", la gran aventura del hombre para forjar su destino no encuentra en él una explicación clara. Si a menudo los conservadores reclaman para sí una filiación espiritualista, el conservatismo de Arcaya es, por excepción, materialista. Antes de él los historiadores y escritores venezolanos—Larrazábal, Eduardo Blanco—habían visto el pasado nacional envuelto en las nubes del poema épico. Se escribía, se escribe aún de Historia, en fatigoso tono de himno. Pero para reaccionar contra ello se cae con Arcaya en el extremo contrario: se convierte la Historia en un como capítulo de la Geografía Física o de la Etnografía.

Mucho mayor viveza de forma y de intención dialéctica tienen los trabajos de Vallenilla Lanz. Este alegato apasionado, habilidosísimo que él formula en pro del cesarismo criollo se quebranta por su base. Vallenilla aspira a una teoría del pueblo y del Estado venezolano, a descubrir una "constitución natural" que oponer a las constituciones de papel de los ideólogos que desdeña, como si Venezuela fuese ya una nación fijada en un definitivo cuadro histórico. Argumenta un poco como podría hacerlo un Mommsen con-

templando desde una lejana perspectiva histórica el Estado romano. Para él Venezuela ya "es", y no comprende y no quiere comprender que Venezuela "deviene". Buscando un paralelo al caudillismo criollo, se encuentra con el caudillismo argentino de la época de Rosas; pero lo que puede ser una forma transitoria se le aparece ya como fijado y permanente. Al poder despótico, surgido de la montonera y de la guerra civil, él le agrega el epíteto "democrático". Pero la palabra "Democracia" apenas parece tener en Vallenilla un sentido racial, étnico. Venezuela es Democracia para Vallenilla porque algunos hombres de color o de humilde origen se convirtieron merced a las guerras civiles del siglo XIX en clase dirigente. Es decir, de sometidos se transformaron en opresores, sin que cambiara absolutamente la estructura económica.

Recuerdo—siendo yo un adolescente—haber escuchado dos o tres veces la charla vivísima y anecdótica de Vallenilla Lanz. Para ser un venezolano de su tiempo había acumulado una carga opulenta de fría desilusión. Manejaba cada anécdota de los caciques de la guerra civil como una ley de inexorable Sociología. Por no creer en la eficacia de las ideas, se entregaba a ese mensaje oscuro del

instinto bárbaro. Escribió con talento y seguramente fué sincero. A la corriente intelectual que él representó se le pueden aplicar algunas de las ideas-fuerzas de aquella política.

Desde un punto de vista puramente literario es *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos, la más significativa obra de ficción producida al final de la época gomecista. Es el libro en que mejor cabe, hecho símbolo, la tragedia civil que sufría Venezuela. *Doña Bárbara* es el instinto puro y devorador que consume toda construcción, todo orden de la inteligencia y la cultura. Ella se yergue ardorosa y terrible en su voluntad de barbarie. Es como la Venezuela mestiza surgida de la montonera primitiva, del pueblo sin guía, del Estado sin forma que hemos sufrido a través de las crueles guerras inexpiables y las dictaduras de los siglos XIX y XX. Y aquel mundo de *Doña Bárbara* se puede comparar—si no literariamente, por lo menos desde el punto de vista sociológico—con la Venezuela aldeana que con parecido dolor civil describiera Fermín Toro en un discurso famoso de la Convención de Valencia en 1858. Entre uno y otro testimonio literario han mediado setenta años: es decir, el curso de más de dos generaciones. Y, a pesar de algunos ferrocarriles y

carreteras, el estado social del pueblo parecía el mismo en 1930. Superstición, rutina, crueldad. Después de Fermín Toro, las masas campesinas en que ardía un como instinto mesiánico, siguieron a los caudillos que les prometían justicia. Pero los jefes de la guerra se convirtieron en los "jefes civiles" de la paz castrista o gomecista. Relatos fabulosos, los sueños de un mundo mágico, siguen llenando, como en 1858, el alma de la multitud analfabeta, crédula, infantil. Y la Historia que comenzó Bolívar está por proseguirse.

* * *

En 1936 se abrió como un paréntesis, se comenzó a ventilar la que era empozada existencia nacional. Tuvimos prensa libre y deseo de renovar nuestra historia. Nos faltaba educación política, que no pudieron transmitirnos los largos años de "cesarismo democrático", y aparecíamos de pronto en medio de la vida moderna, como confundidos e interrogantes ante la variedad de caminos. Democracia es la palabra permanente en que se han troquelado todos los anhelos de reforma y organización, advertidos en los últimos años venezolanos. Somos en la mayoría gente de tierra caliente, y más que el plan tranquilo

nos toma el arranque afectivo. El estadista debe contar con ello cuando se dedique a mejorar y transformar la realidad venezolana.

La Democracia —como ya lo enseñaba Cecilio Acosta entre los años 60 a 80 del pasado siglo— es entre otras muchas cosas, un problema de cultura colectiva. Replegada en el bizantinismo formal de muchos años de tiranía, cerradas e inexistentes las escuelas y Universidades donde pudieran formarse los hombres capaces de organizar un nuevo Estado, el problema cultural venezolano de los presentes días comporta una doble técnica y una doble solución. Por una parte, esperan incorporarse a la vida jurídica y moral de la nación esos "Juan Bimba" sin historia (así se les ha llamado en 1936), cuyo destino étnico y espiritual todavía es un secreto; masa campesina y proletaria en cuya sangre se han confundido al través de las generaciones el blanco, el indio, el negro; raza nuestra cuya única forma de expresión colectiva fué la violencia. Había hecho crisis la pequeña escuela—donde, como decían los programas de Instrucción Primaria, se les enseñaba "Lectura, Escritura, Historia Patria, Aritmética Razonada"—. Hay que enseñarles, también, a producir; a mejorar el trabajo de sus manos, a

hacer moral y estéticamente más sana su convivencia.

Educación económica (rural, manual, técnica), educación física y sanitaria, son rubros casi nuevos en eso que hasta ahora denominábamos nuestra Instrucción Pública. Simultáneamente con ello, hay que crear las cabezas que piensen para la nación, los hombres capaces de señalarnos los caminos de la vida moderna. El médico, el abogado, el poeta espontáneo, han solido ser los únicos representantes de nuestra vida cultural. Al humanismo clásico, que dió su mejor fruto en Bello, en Fermín Toro, en Juan Vicente González, no lo sustituyó en nuestra enseñanza universitaria (fábrica de profesionales) el humanismo moderno en que pensó Cecilio Acosta. Nuestra cultura superior ha sido—como en todos los países suramericanos—algo extraño al medio, flotante sobre nuestra realidad, ajeno al misterio propio que se llama el país. Glosa, repetición, traducción, fué la forma de nuestras universidades anquilosadas. El sabio solía ser el abogado instruído en los códigos de los más lejanos países, y que almacenaba en su memoria las sentencias de la Corte Federal y de Casación. Por ello existe tan profundo abismo entre las leyes fabricadas en Caracas y la oscura circunstancia autóctona.

Por ello lo que tiene más valor en la producción cultural venezolana son algunas obras de imaginación donde el instinto del artista —como en ciertas páginas de poesía o de novela—tropezó más inconsciente que conscientemente, con el secreto o el enigma nativo. Algunos hombres de ciencia bien dotados, capaces de investigar y crear en un medio que no los comprendía, han trabajado terriblemente solos. Al margen de ellos con el empirismo, la rutina, la copia mecánica de la ley y el decreto permanecía el Estado venezolano.

Contra la inteligencia creadora y renovadora que en un medio de lucha cultural como el europeo transforma la realidad, abre la brecha de nuevos destinos sociales, han conspirado entre nosotros no sólo la ignorancia, sino el materialismo de una época de tanta depresión moral como el de la dictadura de Gómez. El destino mágico y extraordinario de aquel campesino astuto y rapaz hacía pensar a muchos que el dinero adquirido de cualquier manera y el poder eran los dos únicos valores humanos. Conocible y explicable era el desdén de Gómez por los letrados: ¿no le daban forma ellos a sus más oscuras intenciones? ¿No le reformaban la Constitución cuando así convenía a los negocios del "jefe"?

El dinero fácil compraba los hombres o los hundía en el carnaval de favores, humillaciones e indignidades. Unos ingenieros yanquis habían descubierto el petróleo y la riqueza fiscal mal administrada servía para la corrupción cotidiana de almas. Muchos que tenían capacidad y talento se perdieron en esta gran feria de vanidad y de peculado. No hay una vida intelectual organizada porque no se le necesita, y los cuatro temas de la literatura oficial: la "paz", el "trabajo", el "benemérito", "los malos hijos de la Patria", agotaron ya su posibilidad expresiva. A través de veintisiete años ha caído regular, monótonamente, el mismo diluvio de adjetivos. Desaparecieron las revistas donde en otro tiempo se discutían problemas nacionales. Unos cuantos semanarios gráficos que publican las instantáneas de una corrida de toros o el "general en las Delicias" sirven para darle cabida y satisfacción a la intelectualidad gomecista. La otra intelectualidad está aherrojada en las prisiones, dispersa en el extranjero o reducida al silencio en la propia Patria. En la Universidad se seguía repitiendo el *Derecho romano* de Gastón May y la *Anatomía* de Testut. Con ello se obtenía un título, y si se era dócil, era pósible incorporarse al rodaje de la pesada.

rutinaria—pero eterna—máquina dictatorial...

Una tan larga experiencia de males nos da acaso, por contraste, la posibilidad de cambiar. Es ahora el instante de volver por esa tradición cultural que perdimos, pero que vivió con anhelo constructivo en algunos de los mejores y excepcionales hombres que ha dado el país. Contra el empirismo, la violencia, la eterna sorpresa y la aventura criolla podríamos invocar la inteligencia que planea. La inteligencia no como adorno y objeto inútil, como evasión y nostalgia, sino como comprensión y revelación de la tierra. Es una especie de plan para recuperar el tiempo; el tiempo que aceleró Bolívar y que después se retardó y empozó en la maleza oscura de nuestra ignorancia y nuestra desidia. El problema de la inteligencia nacional es el de aprovechar la energía perdida, de hacer consciente lo que hasta ahora sólo fué como rápida iluminación en algunos escritores y algunos artistas: de abrir—para los que estaban perdidos y ciegos—las ventanas y los caminos que se proyectan sobre el mundo.

ANTÍTESIS Y TESIS DE NUESTRA HISTORIA

HACE pocos meses uno de los escritores venezolanos más diestros en la reflexión histórica, Augusto Mijares, reunió en un conjunto de ensayos titulado *La interpretación pesimista de la Sociología hispanoamericana* lo que se puede llamar la crítica y el proceso de la tesis materialista y fatalista con que cierta familia de pensadores criollos abordó la explicación de nuestras sociedades vernáculas. Mijares polemiza un poco contra aquellos doctores que no vieron en la historia social y política de la América Latina después de la Independencia sino una pintoresca montonera insubordinada donde la agria ley del instinto bárbaro y un gusto del desorden por el desorden fué más eficaz que el principio jurídico y la construcción abstracta de los ideólogos. En el alba de la historia política de nuestras nacionalidades se opera ese conflicto entre el letrado y el jurista que

ha recibido la cultura europea y quiere arraigarla en el duro terral americano, y el violento hombre del destino que viene con sus jinetes nómades, su lanza y su violencia a destruir la abstracta y artificiosa construcción de los intelectuales. Es simbólicamente el conflicto entre Rivadavia y Rosas en la República Argentina, entre Carujo y Vargas en la historia venezolana. La Historia de América no fué en aquel oscuro momento genésico como debía ser, sino como pudo ser. Lo rural suele prevalecer sobre lo urbano; la inmensa tierra adentro—llano, pampa, serranía—no sólo manda a las más civilizadas ciudades del litoral la fuerza de sus vientos y sus lluvias, sino la más ciega voluntad de sus multitudes fanáticas y vengadoras. Son días de violencia y furor, verdaderos *dies irae*.

Cuando la civilizada y confortable Europa de aquel tiempo, que era para ella de expansión económica y de seguridad burguesa, y de fe en que las ciencias experimentales y el materialismo científico no sólo explicaran los fenómenos particulares, sino pudieran proyectarse, también, al fondo complejo de las sociedades humanas; cuando más allá del Atlántico, Europa y sus sabios miraban orgullosamente a nuestros pueblos recién nacidos.

lo hacían aplicando esquemas y prejuicios que coreaban después—porque tenían la suprema autoridad de lo europeo—nuestros repetidores y exegetas. En Sudamérica había frecuentes revoluciones; cambiaban con extraordinaria prisa algunos jefes de Estado, o bien, si lograban dominar a los pequeños caciques alcabrestados que competían con ellos, se afirmaban en el poder por largos e inconstitucionales lustros. La Constitución era una camisa elástica que cambiaba—zurcida y enmendada por los doctores—según fuera el apetito y la gana del caudillo dominador. Miradas superficialmente nuestras revoluciones y montoneras, parecían a la risa pronta de los europeos optimistas y bien alimentados de aquel tiempo, estupendos temas para las operetas y el *vaudeville*. En los espectáculos parisienses de *variété*, allá por el novecientos, las revueltas suramericanas competían con las balcánicas sus posibles argumentos de pintoresca teatralidad. Más de una canción parisiense de *avant guerre* inventa y ridiculiza un falso paisaje americano de cocoteros, indios y revoluciones.

De la misma manera en la zarzuela española el caudillo americano que viene de la manigua con su sombrero de cogollo y su melancólica voz cantante solía ser a menudo un

protagonista de la comparsa cómica. La estilización europea más lograda de esa visión arbitraria y absurda de nuestra América nos la ofrece la buida prosa del *Tirano Banderas*, de Valle Inclán; canto y caricatura magnífica de una América de cromo poblada de guitarras, hamacas, machetes y caciques de pelo hirsuto y ancho sombrero. Cuando se quería dar una explicación pretenciosamente científica de aquella turbulencia, se achacaba al clima tórrido y al mestizaje racial. Con estos dos factores de raza y clima se fundamentaron algunos estudios sociológicos nuestros—por ejemplo, en Venezuela, los del doctor Pedro M. Arcaya, discípulo de Le Bon o de Letourneau—. La Europa que nos juzgaba había olvidado la perspectiva histórica y pretendía que nuestras soluciones sociales se adaptaran armoniosamente a las suyas. Olvidaba la Europa del siglo XIX que ella también fué díscola y tumultuosa en su período de formación; por ejemplo, en la Edad Media. Y que los caballeros de la epopeya francesa no eran menos aficionados a la sangre que los caudillos de nuestra guerra civil. La técnica política, la crueldad fría y la astucia de un gran personaje de la vieja historia europea no eran—miradas en su medio y momento—diametralmente distintas de las de un

voluntarioso caudillo criollo como Juan Manual de Rosas en la Argentina. El error más grave era, así, aplicar a los fenómenos americanos los mismos valores de juicio que podían convenir a la Europa próspera, parlamentaria y capitalista del siglo XIX. La seguridad, la tolerancia, la organizada vida de la Europa de entonces, ¿no eran una consecuencia del bienestar económico, de la abundancia de mercados y productos, de la democratización de los progresos técnicos?

Un caso como el de nuestra historia nacional podemos los venezolanos estudiarlo y mirarlo sin los prejuicios de una pseudociencia marchita, porque es nuestro mismo tiempo y el ensanche de nuestra pupila histórica lo que está rectificando los dogmáticos esquemas de ayer.

* * *

Fué Venezuela uno de los países donde la Historia se vivió más como tormenta y como drama. El largo trazo de gloria y aventura marcial que una milagrosa voluntad venezolana—guiada por hombres del empuje y al estilo de un Bolívar, de un Sucre, de un alma tan potentemente conspiradora y demoníaca como la de Miranda—marcó en la Historia de América esa extraordinaria hora en que

nuestros jinetes y pastores llaneros, ansiosos de espacio, cruzaron la América del Sur e iban a disputarse Repúblicas, vive en el recuerdo y la tradición venezolana con todo su patetismo romántico y hasta servía de contraste para lamentarse de la miseria y el dolor inútil que después siguió en muchas horas oscuras de nuestro inmediato pasado. En nuestra vida histórica de cortos años, pues sólo comenzó efectivamente en 1810, ya los venezolanos hemos hablado de "apogeo" y "decadencia".

Como la historia es reciente y tiene por escenario una naturaleza inmensa y todavía en trance de domar, el esfuerzo del hombre es discontinuo y el hecho nuevo parece imprevisible. A la magnífica energía venezolana que se hizo sentir en el continente durante las guerras de la Emancipación, a ese momento triunfal en que Venezuela proveía de presidentes y libertadores a la mitad de la América del Sur, a la empresa libertadora que comenzando en el Caribe iba a finalizar en las lejanísimas punas heladas del Alto Perú, le sucede en nuestra Historia interior una época de intranquilidad y turbulencia que tiene su reverso terrible en las luchas sociales de la Federación. De la voluntad aglutinadora, de la conciencia nacional que habían

tenido los próceres de 1810, se pasaba a la anarquía y disgregación de las contiendas civiles, apenas apaciguadas en la paz con mordaza, de nuestros caudillos. Independencia y Federación eran como las dos claves históricas en que se desencadenaba el drama de nuestra nacionalidad. Una primera época afirmativa en que los venezolanos ofrecen a la libertad de América un caudal excedente de ideas y energía, y una segunda época negativa en que, recluídos ya de nuevo en nuestro escenario cantonal nos devoramos unos a otros; matamos venezolanos porque ya no hay godos ni españoles; guerreamos y peleamos y nos "alzamos" porque se ha destruído en el rencor fratricida todo concepto y toda idea de convivencia política. A los libertadores se oponen, entonces, los dictadores; los jefes de la mesnada ululante en quienes la ley se convirtió en látigo de cuero retorcido y la "cosa pública" se volvía despojo privado. Con breves interregnos de civilidad y legalismo que ni alcanzaban a gustarse, se desarrolla así todo un período de nuestra historia social que comenzó en 1858, o acaso mejor en 1848 con la primera presidencia de José Tadeo Monagas, para terminar en 1935 con la presidencia que parecía vitalicia de Juan Vicente Gómez. Interregno trágico de ochenta y siete

años en que los venezolanos hemos alternativamente peleado o llorado, o bien porque era menos peligrosa razón de vivir, nos adormecimos en el sopor de una vida material fácil, ya que exigía poca cultura y poco bienestar y el trópico regalaba sin esfuerzo sus opimos frutos. En ciertos momentos, y ante lo que sentíamos como invencible y empecinado desastre político, inquirimos si cuando Bolívar dijo su desconsoladora frase de "aré en el mar" no había descubierto la más dolorosa corroboración de nuestra historia.

Pero sólo en la Biblia o en los elevados y lejanos símbolos de la Teología existen pueblos perdurablemente marcados con un signo de maldición. La Historia no puede interpretarse sólo como antítesis, como alternancia de gloria y de miseria, de premio o de castigo. El hecho histórico tiene una vibración infinitamente más amplia que la que le impone nuestro subjetivismo romántico. Y ver, por ejemplo, en Venezuela una época grandiosa y dorada a la que se opone en claroscuro una época negra, es una forma de ilusión; una metáfora. La turbulencia y la ilegalidad violenta de todo un período de nuestra historia no significa para nosotros ninguna inferioridad específica en relación con

cualquier pueblo americano o europeo, sino una explicable etapa de nuestro proceso social. Y aún podemos preguntarnos si esas revueltas que retardaron nuestro avance material no contribuyeron, desde cierto punto de vista, a resolver o cuando menos a precipitar, la solución de otros problemas que sin ellas gravarían o complicarían más la vida venezolana.

De aquella antítesis, de aquel período oscuro, el historiador puede desprender también una tesis; algunos valores positivos susceptibles de hacerse razón y conciencia en el desenvolvimiento nacional. Veamos estas fuerzas y formas que marcaron la tipología de nuestro país en el conjunto de los pueblos de América.

* * *

La guerra fué—haciendo una desacreditada imagen romántica—como la enorme criba, el tremendo caldero de las brujas, donde iba a fundirse o a prepararse lo que empezamos a llamar democracia venezolana. Quien pueda sentir nuestra historia, no como documento inerte, sino como color, cuadro, imagen, notará cómo estas guerras fueron cambiando el tono y mudando el paisaje social. Hasta 1810, hasta 1814 tal vez, fué la colonia ce-

rrada y dividida en sus estamentos y castas. Rígidos prejuicios de clase y de raza, la etiqueta y el formulismo puntilloso de una sociedad hermética, caracterizan nuestra vida colonial como la de otros pueblos de América. Hay algo más que anécdotas y lance divertido en aquellas disputas coloniales por la limpieza de sangre, por el privilegio de servir en la milicia real o de llevar paraguas. Episodios y escenas que nosotros interpretamos con humor, los contemporáneos los sintieron como tragedia. (Aquello que un filósofo actual, Max Scheler, ha estudiado como un factor sociológico de suma importancia, el resentimiento, obra como un explosivo en grandes hombres de acción venezolanos, desde Miranda hasta Ezequiel Zamora. El joven Miranda que ha visto humillar a su padre, convierte en conspiración genial su soterrado rencor contra los españoles, del mismo modo como Ezequiel Zamora no olvidará nunca, hasta que muere en San Carlos, en plena tormenta federal, la bofetada que recibió de un jefe godo en el año 46.) Pero la guerra fué en Venezuela, entre otras cosas, una como descarga y liberación del rencor de castas que había sedimentado la Colonia. Episodios tan trágicos como el de la guerra a muerte y el de la gran emigración del año

1814 ante el avance y reconquista española, me parecen decisivos para la formación del alma criolla. Con la guerra a muerte—aunque haya sido tan horrible, porque los momentos genésicos de todo pueblo y toda historia suelen ser momentos horribles—el criollo (llamando criollo no sólo al blanco americano, sino a todos los que seguían la bandera de Bolívar) toma conciencia de su orgullo y de su valor frente al español; el derecho del suelo, su ocupación de la tierra, crean en él una como fuerza jurídica y moral que opone osada y cruelmente frente a la jerarquía administrativa y nobiliaria española. Bolívar trabaja y aprovecha la vehemencia de ese instinto popular: domina y es jefe porque no intenta imponer a esa belicosa montonera el orden y la disciplina militar, de tipo europeo, que había querido importar Miranda. El Bolívar del año 13 es muy diferente del pensativo legislador de Angostura en 1819 y del hombre ya un poco desengañado y un tanto reaccionario, que vive su noche triste en Bogotá en 1828: es aquél un Bolívar en plena fuerza de la edad, sumido y sumergido en el torrente del alma colectiva; el Bolívar que viviendo y comprendiendo a América ha sabido cambiar su casaca europea por la ruana y la chamarreta con que los "guates" serra-

nos cruzan los páramos o por la cobija terciada del jinete llanero. Un Bolívar que no ha sido sordo—porque era necesario—a la tremenda y espantosa lección de fiereza que daban en ese instante, desde campos contrarios, un Campoelías y un Boves. La Patria está ahí, con su mezcla de razas, de color, de regiones y costumbres, en estos venezolanitos rápidos y nerviosos que acampan junto a la iglesia de San Francisco en la Caracas de 1813.

Y el año siguiente es el año de la gran emigración. Seguidos de sus familiares y esclavos, conduciendo en pocos fardos lo que han podido salvar de la riqueza inmóvil de la Colonia—objetos de plata, trajes de lujo, papeles y viejos títulos de propiedad—marchan los patricios criollos en desalada e incierta fuga. La marcha de la caballería española, los crímenes de Rosete y de Boves, los patíbulos de Caracas, de Valencia y de Cumaná, son los espectros de sus noches. No saben adónde van, adónde llegarán. Es un viaje sin itinerario. Unos se salvan en barquichuelos que se dirigen a las Antillas. Para otros es la inmensa marcha a pie o a caballo que terminará en la soledad de los llanos o en las altiplanicies de la Nueva Granada. Para algunas familias serán tres o cuatro años

de nomadismo. Y es el peligro común, la trágica coherencia que produce el miedo, el impulso de la vida errante que ha roto el viejo orden sedentario, lo que acerca a las clases, lo que suaviza y aproxima la relación del amo y el esclavo. No es posible mantener en un caney llanero, junto a la siempre atizada fogata nocturna que los defiende de los animales feroces y de los peligros de una naturaleza bravía, la etiqueta y cerrado régimen aristocrático que imperó en las mansiones patricias de Caracas. La lucha por lo elemental: vida, alimento, choza o tienda habitable, disminuye las rígidas fronteras sociales. Hay una nueva e inédita comunicación entre el amo y el siervo.

* * *

El pueblo ha producido en esta inmensa faena de la guerra sus pastores y conductores. José Antonio Páez, un llanero humilde, que a fuerza de valor, galopadas y lanzazos se ha creado un inmenso destino personal, es el jefe de Venezuela en 1830. En él se apoyan los grupos oligárquicos, porque—éste es un fenómeno profundamente venezolano—sin él, sin el guerrero que viene del pueblo, ellos no tendrían voluntad de poder. Lo que en la Historia de nuestro país se llama el

régimen godo o la oligarquía conservadora, es un sistema de transacción entre el militarismo que tiene origen popular y la clase aristocrática que suministra los letrados, los financistas, los grandes funcionarios. Transacción que indica un tono de vida muy diferente a lo que fué el régimen colonial. Conteniendo sus prejuicios éticos y sociales para asegurarse la buena voluntad del jefe, la aristocracia criolla, en sus grandes personeros, debe visitar y rendir pleitesía a las esposas morganáticas del general Páez. En la Administración pública y las altas funciones del Estado se van mezclando, junto con los viejos apellidos historiados y rancios, aquellos nombres nuevos de militares y caudillos que afloró la guerra. Si pequeños círculos oligárquicos sirven para controlar y dirigir en centros urbanos y pacíficos como Caracas, Valencia, Mérida, Cumaná —ciudades godas—, tienen muy poca validez en provincias como las llaneras donde es preciso defenderse del doble peligro de un espacio inmenso y despoblado y de una gente nómada y díscola. De las grandes llanuras ha venido en la Venezuela del siglo XIX el ímpetu guerrero e igualitario. El militar criollo que comenzó siendo jefe de montonera bárbara, cumple en la Venezuela de entonces una misión análoga a la

del tirano griego: es un poco el creador de un orden nuevo y frecuentemente ilegal frente al constitucionalismo estático de la clase oligárquica y letrada.

Después de 1848, a la fuerza fusionante y belicosa que viene de la campiña llanera, se mezcla la demagogia urbana. Y el primer gran demagogo urbano que pone en una prosa galicada la teoría liberal y casi socializante que recogió en las gacetas europeas es Antonio Leocadio Guzmán; el viejo Guzmán, que merece una biografía novelada y pintoresca, análoga a las que están hoy de moda. Extraña alma de criollo, ambiciosa e inescrupulosa, a quien mortifican—para su inmenso deseo de figuración—algunas gotas de sangre mezclada y en quien también actúa "el resentimiento". El viejo Guzmán ha sido un segundón —por la edad y los cargos que se le confiaron—en la gran generación de la Independencia, y él aspira y necesita un sitio de primer plano. Su lucha es un poco contra los generales de la Independencia y la clase oligárquica que no le permite arribar plenamente; sabe, con un arte dual y complicadísimo, halagar a la multitud y fomentar la intriga secreta entre los viejos conmilitones como Páez y Monagas. Es uno de los espíritus más diabólicamente tentados por la política

que ha producido Venezuela; el demagogo máximo que en su vejez y frente a la sociedad nueva que surgirá de la revuelta federal podrá asumir su esperado y deseado papel de gran patricio y consejero de la "causa liberal".

Y por aquí marchan ya y se insinúan los caminos que a través de la dictadura de ambos Monagas han de conducirnos a ese revuelto mar de fondo, a ese profundo terremoto social que se llamó la Federación.

* * *

En su barbarie, en el encuentro del ímpetu rural e igualitario que venía de las grandes llanuras con la demagogia urbana, la Federación—entre muchos desastres—sirve para fundir y emulsionar, definitivamente, las clases sociales. Es sobre todo un violento impulso ascensional el que desde el decreto de liberación de los esclavos por José Gregorio Monagas en 1854 conmueve a todo el país; se agitan los más profundos estratos; hombres que ayer molían caña en el trapiche engrosan las facciones federalistas, se convierten—como un Martín Espinosa—en los guías y taumaturgos inexorables de una multitud vindicadora y desalada. Verdadera invasión de

masas campesinas; precipitado del campo sobre la ciudad; amalgama racial que se produce por el derecho de la aventura y la guerra. Y es ya una sociedad nueva la que debe presidir en sus veintidós años de cesarismo un hombre como Guzmán Blanco. O los godos aceptan la fusión y pactan con los hombres nuevos, o quedan reducidos al olvido y al silencio. A diferencia de otros países de América—como Chile o Colombia, donde subsisten los apellidos ilustres y la casta seductora— la vida social venezolana se caracteriza, entonces, por su extrema movilidad; nombres oscuros y venidos de las más remotas provincias, lustrados y descubiertos por la guerra, entroncan con los apellidos históricos. Una ciudad-crisol, Caracas, trata de civilizar y dar forma a esas gentes que, galopando en su instinto, salieron de la comarca más lejana a fijar su nombre e imponerse. Y es comprensible que, roto el marco jurídico y la jerarquía de la vieja sociedad fundada en la tradición y la sangre, sea el militarismo la única fuerza coordinadora, la disciplina instintiva de un pueblo en ebullición, en trance de fundirse.

El subconsciente individual o colectivo encontró satisfacción en esta como descarga psíquica que aportaba la guerra civil. Las fiestas

de Guzmán Blanco tratan de apaciguar o domesticar aquellos jefes rurales que con una espada—siempre a punto de desenvainarse—y una plebe mística que puede seguirlos, es preciso incorporar a los nuevos estamentos sociales. La aristocracia de ayer, empobrecida y probada por tantos años de horror y de privaciones, acepta y busca—como la aristocracia romana de fines de la República—el *jus connubium* que le ofrecen aquellos plebeyos afortunados. (Quedan, como en Roma, los "tradicionalistas", los Catones nostálgicos de una tradición y una jerarquía perdida.) Ellos evocan—como don Domingo Antonio Olavarría—el buen tiempo pasado y quisieran restaurarlo desde las páginas de sus escritos históricos y estudios políticos. No se dan cuenta de que lo que ocurrió en Venezuela fué algo mucho más profundo que "las malas ideas del viejo Guzmán" o el largo despotismo personal de Guzmán Blanco; que era una como fuerza plutónica que removía y cambiaba los estratos sociales. Y por no comprenderlo, los últimos godos románticos buscaron durante largos años un segundo Páez. El último mito godo, el último sueño tradicionalista, es a fines del siglo XIX y primeros años del siglo XX el general José Manuel Hernández, el "mocho" Hernández, el

caudillo de la fracasada esperanza. El "Mocho" fué para el tradicionalismo venezolano lo que aquel mito de "don Carlos, el pretendiente" para los legitimistas españoles del siglo pasado. Se nutren ambos mitos de idéntica materia emocional. Indefinibles elementos mágicos, el conjuro de los soñadores que no pueden obrar, unge de mesianismo a estos seres que son casi fantasmas y que por ello recogen la vaga nostalgia de todo un grupo social. En nuestra literatura criolla, el "Mocho", el eterno alzado y el eterno proscrito, requiere un artista que lo interprete—no tanto por lo que en sí mismo valía, sino por lo que en él puso el subconsciente colectivo—así como Valle Inclán hizo en España la novela y el poema del mito legitimista. Pero mientras los señores de provincia, el círculo de lectores de don Domingo Antonio Olavarría, siguen esperando y esperarán más de veinte años al infortunado "Mocho", nuevas masas rurales se alzan y mueven buscando su integración y fusión. Son, por ejemplo, las que seguirán a Cipriano Castro en 1899. En esta como traición de las palabras que debe debelar quien estudie nuestra historia criolla, Cipriano Castro llamó a su gran revuelta la "Restauración", cuando en ella no se restauraba ningún régimen antiguo, sino prose-

guía solamente aquel movimiento de desborde y subversión campesina que comenzara bajo la Federación. Eso sí, que en 1899 las facciones no venían del Llano, sino de las montañas de los Andes.

Desde cierto punto de vista—y en el proceso de un país que económica, cultural y demográficamente había permanecido estacionario; donde la aventura de la guerra civil se había convertido casi en una industria—esa época de nuestra historia es de crónico y obstinado desastre. El ruralismo desbocado y torpe fija el color bárbaro de un tiempo que es por excelencia el de los "jefes civiles" como han entrado en la imaginación y en el mito popular: el guapo aguardentoso y analfabeto, gallero, armado de látigo, puñal y revólver, que dispone como patrimonio privado de la "pesa", el juego y los "alambiques". (En la novela de Rómulo Gallegos, el "jefe civil" tiene un secretario; aquel Mujiquita, meloso y bachiller letrado, que pone en palabras esdrújulas y exuberantes "considerandos", los designios de su señor.)

* * *

Cabe pensar, sin embargo—y en un momento como el actual, en que los venezolanos

parecen estar dispuestos a rectificar su inmediato pasado: en que nuevas necesidades y progresos técnicos cambian forzosamente aquel primitivo medio social: en que nos modernizamos y civilizamos a pesar de nosotros, porque la vida moderna nos llega en el avión, el trasatlántico, la creciente influencia de Europa y Estados Unidos—cabe pensar si no hay algún saldo positivo en nuestra Historia; algún valor o fuerza que nos sirva en el nuevo combate por nuestra nacionalidad. Se ha ido formando, a pesar de todo, un pueblo venezolano que cubrió y borró en la guerra civil aquella separación rencorosa basada en la casta, el color y el prejuicio social, que hace ochenta años nos dividiera en irreconciliables facciones. De todos los mitos políticos y sociales que han agitado al mundo moderno a partir de la Revolución Francesa, ninguno como el mito de la Igualdad conmovió y fascinó más a nuestro pueblo venezolano. Desde cierto punto de vista, nuestro proceso histórico—a partir de la Independencia—es la lucha por la nivelación igualitaria. Igualdad más que Libertad. Para nuestra masa campesina y mestiza del siglo XIX, el concepto de libertad era más abstracto que esta reivindicación concreta e inmediata de romper las fronteras de casta que trazara tan imperiosamente el régimen

colonial. El impulso igualitario de los venezolanos empieza a gritar desde aquellos papeles de fines de la Colonia, en los que el criollo humillado manda a la Audiencia o al Capitán General su queja o lamento contra la soberbia mantuana. El valor personal o la audacia rompe con los grandes caudillos venidos del pueblo el marco de la vieja jerarquía basada en la sangre. La psicología criolla repudia en estas palabras vernáculas, que dan mejor que cualquier expresión española el justo matiz del fenómeno, al que se "vitoqueó" o se "sintió chivato". "Vitoquearse" o "sentirse chivato", es quebrar esta línea de llaneza que nuestro instinto popular venezolano pide a sus hombres. Y contra el solemne trato castellano que todavía subsiste en algún país de América —como Perú y Colombia—surgió entre nosotros el tuteo criollo, un poco brusco y francote, pero cargado de intención igualitaria. Psicológicamente, al menos, el venezolano ha logrado—como pocos pueblos de América— una homogeneidad democrática. Como nuestra historia se ganaba a punta de lanza y estaba llena de emboscada, aventura y sorpresa, no pudo formarse ni estratificarse aquí una aristocracia tan recelosa como la que en otros países hermanos fija y mantiene inexorables fronteras sociales. Quizás ninguna nación del

Continente haya vivido como nosotros un más precoz y tumultuoso proceso de fusión. Y esto, cuando menos, ha ido contribuyendo a nuestra homogeneidad moral. No existen entre nosotros diferencias ni distancias que obturen e impidan toda comunicación entre el indio, el blanco, el mestizo. Fuera de algunos millares de aborígenes, diseminados a la vera de los grandes ríos de nuestra floresta tropical, no hay entre nosotros ningún grupo de población de que nos separe profundamente el alma, el lenguaje, las costumbres. No tenemos multitudes indígenas que redimir. Y en el color de la piel, que va del blanco al oscuro—sin que ello sea límite de separación—cada venezolano ha fundido en sí mismo un complejo aporte étnico ya venezolanizado. Lo indio puro, entre nosotros es arqueología, como lo negro puro tiende a ser folklore. Sólo en muy circunscritas comarcas—como la costa de Barlovento—predomina un grupo racial aislado. Así, el venezolano parece haber vencido ya—y esto es un signo histórico positivo—aquel complejo de humillación y resentimiento étnico y social, que se mantiene de manera tan aguda y peligrosa en otras repúblicas americanas donde el proceso social fué más retardado y donde se siente aún el recelo y la desconfianza de las castas.

Todo esto es en la Venezuela de hoy un signo favorable. Porque, más allá de la demagogia y el rencor, pudiéramos iniciar la conquista y plena valorización técnica de nuestro país. Oponer al azar y la sorpresa de ayer, a la historia como aventura, una nueva historia sentida como plan y voluntad organizada. Hacer de esta igualdad criolla, por la que el venezolano combatió y se desangró durante más de un siglo, la base moral de nuestra nueva historia. Esto es lo que yo llamaría la "tesis" venezolana; el saldo positivo que aún resta y debemos fortalecer conscientemente, después de la prueba tremenda que fué nuestra guerra civil. Y en la comprensión de este problema, en la manera cómo la nación librada de sus tragedias y fantasmas puede ser creadora, radica el misterio alucinante de nuestro futuro. Materialmente, tenemos el espacio, el territorio y hasta los recursos. Se impone ahora la voluntad humana.

NOTAS SOBRE EL PROBLEMA DE NUESTRA CULTURA

PROBLEMAS Y OTROS QUE NO LO SON

Confieso mi aversión por la palabra "problema", palabra asediante y a veces demasiado enigmática si no se la penetra bien, que al pronunciarla parece que se traga toda explicación y, por ello, es tan favorecida de quienes nada pueden explicar. Esta palabra se está escribiendo mucho en Venezuela desde hace cuatro años—es decir, desde el momento en que nos dejaron la lengua y la pluma sueltas— como si en ella hubiéramos metido todo lo que en nuestro concepto le falta al país. Problema educacional, problema demográfico, problema sanitario. Pero a pesar de su frecuente uso y profano tráfico, la palabra aún tiene que servir—a falta de otra— para entrar en el espeso misterio de algunas

urgencias venezolanas que imponen que el sustantivo se escriba con letra mayúscula. Capitular y mayúsculo es, por ejemplo, entre nosotros, el problema educacional, al que le viene bien la trajinada palabra para distinguirla de otras cuestiones que son mucho menos problemáticas. Y aquí estaría bien un distingo, sutilmente dialéctico, entre los que llamaríamos los "verdaderos problemas" y otros que en la escala de valores nacionales podrían definirse con vocablos mucho más modestos. Si la cuestión educacional de nuestro país pudiera avocarse de una manera exclusivamente técnica; si se tratara sólo de cambiar métodos didácticos anticuados por otros más modernos; si—como lo creyeron algunos funcionarios—se habría aclarado la incógnita haciendo penetrar a nuestras pobres escuelas los sistemas y los hallazgos de la Pedagogía de hoy; si el Estado hubiese cumplido su función cultural lanzando muchas más copiosas promociones de maestros y elevando cada día más el presupuesto de Instrucción Pública, el problema casi no sería problema. Se solucionaría como tantas otras necesidades del Estado que requieren dinero y criterio técnico para ser dominadas y resueltas. Catalogar o clasificar una biblioteca, u organizar un departamento de Estadística son, por ejemplo,

cuestiones típicamente técnicas. El bibliotecario que clasifica los libros no puede pretender inventar en sus tarjetas una nueva división de las ciencias, y debe atenerse a una rutina bibliográfica ya internacional, si quiere ser eficiente en su tarea. Los yanquis, verbigracia, han creado unas cuantas pseudociencias, formadas de consejos y observaciones muy prácticas, con rutinas que, al observarse escrupulosamente, son de suma utilidad. Las bibliotecas principales del mundo, hasta las historiadas y casi milenarias bibliotecas europeas, han adoptado, así, los métodos de clasificación de la biblioteconomía norteamericana. De la misma manera, una oficina de estadística establecida en Venezuela tiene que cumplir en sus diagramas y cuadros de datos un sistema que ya es universal. Pero el enigma de una cuestión como la educativa es que, actuando sobre elementos mucho más diversificados y complejos, está más allá de la técnica, o la técnica es en ella solamente un procedimiento, y de ninguna manera un fin exclusivo. Por eso, porque rebasa los límites de una técnica, porque en ella se entremezclan lo social y lo político con lo puramente pedagógico; porque individuo y sociedad plantean en esta cuestión sus solicitaciones y reclamos, reservamos para la educación el denso

sentido que se encierra en la palabra "problema". Este sí que es un problema, y uno de los más serios y delicados que debe afrontar un país en trance de recuperarse, como el nuestro.

Al adentrarnos en la palabra "problema", y al escarmenar su apretado ovillo ideológico, encontramos otros vocablos contiguos y también extraordinariamente complejos, de los que ciertos hombres simplistas y prácticos se defienden temerosamente, como, por ejemplo, la palabra "filosofía". Y, justamente, la circunstancia específica de que vienen cargados de filosofía es lo que distingue los problemas de otras cuestiones que, si urgentes, son de una solución más fácil. Pero el hombre práctico, que rehuye lo puramente teórico, nos argüirá que se filosofa para algo, y concediéndole en este caso razón, ya que educar es actuar más que contemplar, descubriríamos en la vecindad otra palabra, que emplearíamos con su originario y noble sentido aristotélico, como la palabra "política". "Filosofía" y "política" son dos expresiones-brújulas que nos guiarán, entre otras, en una breve exploración por nuestro problema educativo. Y tendremos que luchar contra el común prejuicio que los limitados y los practicistas sienten contra estas dos palabras. Como ya en el lejano tiempo de

Erasmo, no es el completo desconocimiento, lo que podría llamarse el "analfabetismo virginal", lo que entraba y dificulta la discusión de un problema de cultura, sino más bien lo que en el idioma paradójico del gran humanista se denominó la "docta ignorancia".

UN POCO DE HISTORIA

En su sentido más lato, la Educación es entre nosotros embrollado problema porque nunca tuvimos un criterio filosófico, es decir, integral, para apreciarlo. Aquí, como en todas las cosas, prevaleció la improvisación y el humor, la pequeña receta superficial. Un Estado privatista sin idea nacional alguna, como fué nuestra pobre Venezuela durante un largo trecho de su Historia contemporánea, no pudo sino dar soluciones caprichosas y descoyuntadas. La "Instrucción Pública" se apreciaba, sobre todo, como uno de los tantos capítulos repartibles del Presupuesto. Y ministros inteligentes que llegaban a aquel servicio, nada podían hacer contra una dolencia profunda, que no era tan sólo de la educación, sino de todo nuestro organismo histórico. Si acaso, se lograba mejorar un poco la técnica, la calidad de los maestros, pero no era posible pe-

netrar hasta la entrañable raíz del problema Aquellos hombres inteligentes, por lo demás, nunca entraron a las funciones del Estado como equipo, expresando una teoría política, un programa de fija y definida estructura, sino como servidores individuales. En la incoherencia mental de los Gabinetes, Ministerios de "amigos" y nunca expresión de partidos u opiniones organizadas, naufragaban, por contemporización o incomprensión general, los propósitos mejores. Puede esto servir de disculpa o quizás de reproche—desde el ángulo en que se mire—a la participación de algunos destacados intelectuales venezolanos en las tareas del gobierno. No había tampoco para auxiliarlos, para "cubrir su retaguardia", fuertes organismos morales, opinión pública que tuviera voluntad y forma. Por lo demás, muy característico de nuestro altanero individualismo venezolano es que el alto y pequeño funcionario se aisla orgullosamente en su función y prefiere mandar antes que deliberar y escuchar. Aquella sentencia criolla, violenta y fatalista a la vez, de que "jefe es jefe", no sólo regía para nuestros caudillos y caciques, sino también para los intelectuales.

Contra la unidad nacional que hubiera podido convertirse en unidad y vertebración de

la función educativa, conspiraban una serie de causas como el propio sistema federal con su caciquismo aldeano, con su régimen de escuelas y colegios estatales y municipales no controladas ni supervisadas por el Ministerio y que eran una de las tantas prebendas de que disponían los "jefes". En los Estados de la Unión, estas escuelas y colegios eran las pequeñas dádivas que se ofrecían a las "señoritas decentes y vergonzantes", y los pequeños empleos para los pequeños amigos de la causa o—en el mejor de los casos—para ocupar a algún "bachiller calígrafo" que no alcanzaba apostura de Jefe Civil. La idea de "Causa" —"Causa de la Regeneración Liberal", de la "Restauración" y de la "Rehabilitación"—era la más opuesta y antagónica a la unidad nacional. Concretamente, la "causa", a pesar de su motivación abstracta, era la clientela particular del caudillo. Se estaba "con la causa" o "contra la causa", lo que quería decir, en otra de esas pintorescas fórmulas retóricas que usaron nuestros despotismos que se era un "buen" o "mal" hijo de la Patria. Y en la constitución práctica y efectiva de los "jefes", mucho más eficaz que las constituciones de papel que hacían los doctores, esta peligrosa calificación moral sin términos medios ni matices, daba o pri-

vaba de los derechos políticos. Un país inexorablemente dividido en "buenos" y "malos", en "amigos" y "enemigos" de la causa., no puede aspirar a una conciencia y un destino espiritual común. Evadiéndose del presente —tan amargo—los venezolanos se habían convertido en los Narcisos de su tradición histórica. Porque el genio de Bolívar fué tan grande, y la voluntad de los venezolanos recorrió en cruzada de Independencia, entre 1810 y 1830, casi toda la América del Sur, nos habíamos detenido en el pasado, embalsamándolo. Como folklore o fábula lejana, en borrachera épica, en procesión abigarrada, en gallardete retórico de papel picado, sentimos los venezolanos nuestra historia. Los fastos y las batallas de entonces, las cenizas de los héroes, la genealogía heroica—y cada venezolano tiene por lo menos un abuelo que peleó en Carabobo, en Boyacá o en el Alto Perú—no nos permitieron advertir estas cenizas más próximas que estaba amontonando nuestra imprevisión. Y en actitud de panteoneros, en quienes el pasado no sigue, sino se congeló y se guarda como rito funerario, nos ha sorprendido el tiempo. Por eso tenemos tanta historia épica y tan poca historia social; por eso faltan en la mentalidad venezolana, que compone discursos y ama las palabras brillantes, la noción

de lo concreto. La herencia de la educación colonial española, educación de palabras más que de cosas; educación que tras de los claustros del siglo XVII, parecía amurallarse contra la Naturaleza; educación que ya había procesado Miguel José Sanz, en la aurora de nuestra revolución de Independencia, vino a complicarse con la retórica delirante que nos cerraba un contacto más directo con nuestro medio físico y moral. Nuestro atrasado sistema educativo prolongó hasta hoy lo que llamaríamos el período fraseológico de la cultura venezolana: la palabra divorciada del hecho, suelta y autónoma en su vaga sonoridad. Y se impone, por ello, a las generaciones nuevas que quieren comprender y definir su país, el entrar en él como derribando un inmenso muro de frases: frases de los discursos académicos, de los documentos oficiales que tan frecuentemente se escribían en la más bizantina de las prosas; frases de los partidos y los grupos políticos de ayer, cuyos apetitos y pasiones se enredaban en las más culteranas fórmulas.

Si el Estado venezolano honraba a su manera a los héroes, y atendía a las cuestiones momentáneas con expedientes en que a veces se combinaban la violencia y la retórica, o en que la retórica era la forma pseudolegal de la violencia, careció de toda noción de futuro.

Desaparecidas aquella primera y segunda generación de estadistas con que se formó la República; barbarizada ésta durante la época de las guerras civiles; destruídas y desorganizadas aquellas pequeñas "élites" intelectuales que en los primeros lustros de nuestra vida republicana habían formado las "Sociedades de Amigos del País" y animaron una libre prensa de ideas, la política criolla ya sólo marchó resolviendo las urgencias de la semana, y completamente sujeta a la órbita del Poder Ejecutivo. Por eso, un problema como el de la educación, problema que mira al futuro, tenía que resultarle ajeno. En términos generales que puede corroborar quien estudie los últimos ochenta años de nuestra Historia venezolana, podemos decir que los únicos asuntos que preparó y combinó sutilmente la política autóctona fueron las reformas constitucionales que permitían prolongar el mando de los caudillos y satisfacer sus intereses privados o los de su círculo; las "aclamaciones" que daban un fausto de luces de bengala y de pirotecnia oratoria a los gobiernos que ya fastidiaban mucho, o las "conjuras"—que como las que se organizaran contra Guzmán y contra Castro—salían de los propios grupos de Palacio. En el juego de argucias de los abogados y el concreto apetito de los déspotas, se re-

tardaba toda cuestión verdaderamente nacional. Comparado con el proceso histórico-político de otras naciones latinoamericanas el desarrollo venezolano arroja el siguiente saldo en contra: Chile, por ejemplo, comenzó a organizar sus escuelas primarias y sus institutos de enseñanza normal en 1844, bajo el famoso ministro don Manuel Montt, y con la genial colaboración de Sarmiento; la organización de sus liceos y enseñanza secundaria femenina, en 1879; la formación de su profesorado secundario con estudios especiales en la Universidad, en 1888; Argentina, que hacia 1860 tenía menos población que nuestro país, empezó valerosamente a afrontar su problema demográfico desde 1868; Bolivia, la mediterránea Bolivia, trató de modernizar y unificar sus sistemas educativos desde 1912. Y, a pesar de nuestra aparente modernidad y nuestra riqueza, hay problemas que ahora se nos plantean, como los de Argentina en 1868 o Bolivia en 1912.

TRES PENSADORES VENEZOLANOS

Venezuela, donde siempre se dió vigorosa la planta-hombre, ha producido tres entre los más grandes pensadores y filósofos de la edu-

cación que pueda ofrecer la América Latina. Fueron estos hombres sobre cuyas ideas conviene meditar—porque nos aportan más actualidad que la que superficialmente podría creerse—don Simón Rodríguez, don Andrés Bello y don Cecilio Acosta.

Especie de Rousseau americano, con análogo instinto nómade, genial y destempladamente loco, menos poeta pero inconmensurablemente más hombre que el gran ginebrino, don Simón Rodríguez, en cuya prosa laberíntica, se revuelven entre los últimos restos del escolasticismo colonial español algunas de las grandes intuiciones de la época romántica, es, por la personalidad y por la doctrina que diseminó en un itinerario intelectual tan vasto como el itinerario de Bolívar en la guerra y en la política, uno de los grandes videntes que ha tenido el problema educacional americano. Vidente hasta en aquella tendencia a la exageración, la caricatura y la disparatada extravagancia de su enseñanza, como para que en choque violento se grabara más. Ciudadano imposible y casi exasperante, pésimo maestro de escuela cuando no tenía un discípulo de la talla del Libertador, don Simón Rodríguez vale por dos o tres ideas, que en manos de un estadista sensato que neutralizara la explosiva locura en

que venían envueltas, hubieran inspirado para su época, en la América Latina, un sistema educativo auténticamente valioso. Para su tiempo, y en el ambiente de aquellas colonias españolas que salían del espíritu medioeval en que las mantuviera España, es nuestro don Simón Rodríguez el más revolucionario y el más americano de los pensadores. Esos breves escritos suyos en que asoma entre desconcertantes apotegmas, una sonrisa socrática, marcan una inspiración educativa que quiere arraigarse en la tierra nuestra. "Más que de los asirios o de los caldeos ocupémonos de nosotros, los americanos", enseñaba don Simón. Y como la educación española había sido la de la letra muerta y del libro viejo, ausente de toda realidad vital, don Simón aconsejaba la terapéutica del viaje a pie, de la naturaleza contemplada directamente. Singularísima debió ser aquella escuela de Valparaíso donde en el extremo austral de sus andanzas, allá por el 1830 y tantos, y con métodos que antecedían a la pedagogía de hoy, pero que entonces resultaban de desconcertante excentricidad, don Simón hablaba de sus viajes y experiencias, y al tratar de las ciencias de la vida para que los alumnos conocieran la portentosa máquina del cuerpo humano no en una vana descripción, sino en su escueta rea-

lidad, don Simón—tan flaco como Don Quijote— se quitaba la ropa y se convertía en viviente lección anatómica. Al prudente don Andrés Bello le fueron a decir algunos padres de familia que en la escuela de su compatriota todo se resolvía en saltos y ejercicios gimnásticos, en hablar de los Incas, que para un muchacho de América, según la cantinela de don Simón, debía de ser más importante que los egipcios y los asirios; en recoger yerbas y salir a vagar por los cerros del puerto, y en contar cuentos, en los que a veces el extraño maestro sufría la traición de su descosido lenguaje. Más que las Gramáticas de la época y la Geografía con sus listas de golfos y de gobiernos, le interesaba a don Simón lo que el ojo puede ver, la mano palpar y el hombre formar dentro de sí mismo. Y machacaba la etimología de una palabra, su mundo de ideas afines, su proceso histórico, para exprimirle vida. En cuanto a la geografía de Europa y América, animada de llanuras, valles y torrentes, don Simón la había aprendido a pie, con sus grandes botas de caminador, que es la mejor manera de aprender geografía.

Justamente en la casa de don Andrés Bello—que en el fondo lo comprendía, pero cuyo armonioso equilibrio no podía sino defenderse

de todo lo inusitado, recóndito y demoníaco que había en aquel Quijote-pedagogo—hizo don Simón Rodríguez su última estación chilena. Y, pues, había asustado a los padres de familia y ya no podrá más ganarse la vida como maestro de escuela, se va de nuevo al Perú, donde terminará sus días, vecino de una aldea costera y en el oficio de fabricante y vendedor de velas. Puesto que estamos en el siglo XIX —decía don Simón—ésta es una de las tantas maneras de crear y repartir luces. En la pedagogía de don Simón se revolvían los más curiosos fermentos revolucionarios; en su otro gran interlocutor encontrado en Chile don Andrés Bello, se presentaba lo contrario: un orden intelectual que trata de canalizar las reformas.

Siendo uno de los hombres de mayor dimensión que dió nuestra República, nosotros no conocemos a don Andrés Bello sino a través del muro aislador de sus gramáticas y de sus odas neoclásicas, donde dejó, fuera de uno que otro cuadrito delicioso, mucho de aquella divagación erudita—y, por lo tanto, muy poco poética—cuyo modelo había dado el aburridísimo Delille de *Los Jardines*. Sin atreverse a decirlo, muchos venezolanos que no lo estudiaron, consideran a don Andrés como el primero y más notable de aquellos "acadé-

micos correspondientes" que en nuestra América tuvieron el monopolio de los versos tediosos; los que cantaban a la vacuna, a la lengua castellana, al cultivo del trigo o del maíz o al progreso del siglo XIX (todo con letra mayúscula). Pero aún mirado desde este solo aspecto, don Andrés no fué comprendido por sus fríos continuadores académicos, si exceptuamos un Miguel Antonio Caro, en Colombia, que se le puede equiparar por su armoniosa sensibilidad y fineza crítica. La *Gramática* de Bello tuvo en el momento en que apareció el valor de un pronunciamiento rebelde. Precisamente contra el prejuicio purista, contra la regla convencional, contra los muertos cánones que oprimían el idioma, fué don Andrés uno de los primeros hombres que aplicó al castellano los métodos de la ciencia lingüística y lo sintió no como campo cercado, lleno de límites y fronteras, sino como proceso dinámico. El no era un preceptista más que quisiera codificar el español y erizarlo de reglas, sino trataba de explicarlo. Acaso desde el lejano tiempo de Juan de Valdés ningún otro se había detenido en el idioma como ante un tema de reflexión filosófica. Y no fué culpa de Bello que muchos dómines mediocres se asiesen a su gramática como a una materia inmutable, cuando ella

sólo quería revelar—y muy ejemplarmente—un momento y una actitud de la ciencia lingüística del siglo XIX. Pero más allá del lingüista, del autor de odas, del intérprete de los broncos versos de la epopeya castellana, del jurisconsulto y del internacionalista, que todo lo fué Bello, hubo su personalidad de educador, de jefe intelectual en el más alto sentido. Todavía los venezolanos nos dolemos de haber perdido a Bello cuya capacidad de primer gran ministro de la cultura fué a enriquecer y servir a la República de Chile. Y precisamente tocó en suerte a este comedido e inteligentísimo caraqueño la magnífica tarea de ser uno de los fundadores espirituales de la entonces alboreante nación chilena. Se calumnia a Bello cuando se le describe—como lo ha hecho cierta crítica superficial—como el escribano y el alto preceptor al servicio de los "pelucones" chilenos de 1830, que con su bravo jefe Portales habían destruído todo romanticismo libertario, y se aprestaban, férreamente unidos en sus clanes familiares, en la paz de sus grandes haciendas, con la servidumbre sumisa y analfabeta, a asentar su dura ley, su poder de clase, durante largos lustros. Bello no era apóstol inflamado, sino sensato realizador. Si le toca en su iniciación chilena aquella sociedad de

grandes propietarios que después de la guerra civil de 1830 se había convertido en Gobierno y no ya el círculo liberal y europeizante de don Francisco Antonio Pinto—los "pipiolos" románticos que le habían convidado—Bello no se quiebra la cabeza por ello ni se pone a sacrificar a lo desesperado e imposible. Con admirable cortesía de huésped logra, poco a poco, imprimir un alto tono jurídico y un espíritu de ecuánime progresismo a cuanta institución—Relaciones Exteriores, Código Civil, Universidad—impregna de su personalidad ordenadora. Un poco por la influencia de Bello, especie de ministro sin cartera durante treinta y cinco años de la Historia chilena, Chile adquiere estilo entre otras naciones latinoamericanas que se debatían entonces entre regímenes personalistas y violentas dictaduras. Y justamente de los discípulos de Bello surge aquella inquieta promoción liberal que allá por el año 42 empieza a batir su impetuoso rebato de reformas. En el terreno de la cultura nadie en la América de aquel tiempo había realizado una labor equiparable; desde el idioma hasta el Derecho, pasando por la Historia, que bajo la influencia del maestro venezolano se trueca en seria disciplina documental, todo ha sido ordenado y mirado con pupila nueva

en aquel laborioso círculo universitario que Bello preside desde 1843. Contra el espíritu colonial, o sea el extremo conservantismo, y contra la demagogia estridente, o sea la ruta para los despotismos militares en la América de entonces, él trae un mensaje de evolución cultural, programada y concreta. Lo rodean en su tarea universitaria un grupo de sabios cuyo trabajo coincidía con el que Bello trazara para América desde las páginas londinenses de su *Repertorio:* un geógrafo y explorador como Claudio Gay, un naturalista como Domeyko. Junto a ellos, un juvenil equipo de investigadores a quienes Bello sabe apartar a tiempo de la tendencia criolla al discurso y la declamación, para que se pusieran a estudiar su tierra en los papeles de los archivos, en el análisis directo de las instituciones y costumbres. "Antes de interpretar, documentarse", era la fórmula con que Bello quería calmar el ímpetu de su discípulo Lastarria.

Y a los muchachos que le piden temas para doctorarse y llegar a las facultades de la Universidad, Bello les impone que no copien de otro libro, sino que trabajen la materia nueva que se guarda en los documentos o en la observación de la naturaleza. Las directivas intelectuales de Bello dan de este modo a

Chile—antes que la tuvieran otros países americanos—una literatura histórica, un molde jurídico, un sistema universitario, un ordenamiento sistemático de la tradición nacional. Hay un Bello desconocido—y el más admirable—que es el que durante seis lustros de su gloriosa edad madura, que se podría comparar por la armonía vital con la de Goethe, labora con su consejo y equilibrio en la fundamentación espiritual de un pueblo. Cuando otro hombre de América, Domingo Faustino Sarmiento, llega a Chile agrediendo y peleando como un toro bravo de sus pampas, lanzando su cruzada por la escuela primaria y la educación común, ella ya es posible, porque con Bello se ha formado el fuerte equipo conductor que echaría las bases de una cultura democrática. Que al Estado nunca le falte este grupo dirigente que comprenda las necesidades de su tiempo, de amplia mirada universal, fué una idea y un propósito cumplido por el gran venezolano. Y contra la improvisación y la abundancia caótica en que se suele mover el alma del criollo de América, él fué una personalidad diáfana y escrupulosamente ordenadora. Simbólicamente, su pluma escribió para la República de Chile un Código, una Constitución, una Gramática; las tres creaciones

normativas que requiere una sociedad para vivir en ecuánime convivencia, para pensar bien, para fijar las fronteras jurídicas y morales del individuo y del Estado.

Por el mismo tiempo en que Bello, largo ya de honores y de años, concluía en Chile su trayectoria fecunda, otro gran maestro venezolano, Cecilio Acosta, soñaba para nuestro país un sistema de educación que de pueblo atrasado y perezoso, contra la corriente del tiempo, nos pusiera en las rutas del mundo moderno. El pequeño trabajo de Acosta, *Cosas sabidas y cosas por saberse*, contiene, en su estilo condensado, algunas de las verdades de más bulto que se hayan escrito en nuestro país. Tal ha sido nuestro atraso, que esas palabras de Acosta rigen hoy y tienen la misma frescura que en aquel año lejano de 1856 en que fueron escritas. Acosta mira con alarma este contraste del continente americano entre una América sajona, creciente y audaz, que está aprovechando y desarrollando a mayor escala la técnica europea para poblar su desierto, y la otra América, soñadora y morena, que vive en la "erudición del pergamino", "las trabas del peripato", "el casuitismo". Una América se preocupa de lo "que es", mientras nosotros permanecemos absortos ante lo que "fué". Contra el espíritu

colonial hecho palabra muerta, fórmula o reglamento complicado, erudición barroca que se aisla de la realidad social, lanza Cecilio Acosta su ardiente homilía. Que el mundo cambia es lo que él se propone enseñar y repetir a sus graves colegas de la Universidad: "si el mundo truena y muge como una tormenta, con el torbellino del trabajo, si los canales de la riqueza rebosan de artefactos, si todos los hombres tienen derecho, ¿por qué no se desaristoteliza la enseñanza?" Y a los que siempre esperan la lenta evolución del organismo social, el curso natural de las cosas, Acosta les enseña esa nueva dimensión moderna de la rapidez. La época que inventó el ferrocarril ya no puede marchar como el siglo en que se viajaba en diligencia: "En otro tiempo había lentitud en la propagación de las ideas; decíase, hablando del progreso de las naciones, que para ellas los siglos eran días. Hoy un día que corre es un siglo que pasa". La idea de democracia se confunde en Acosta con la de Educación: "Enséñese lo que entienda, enséñese lo que sea útil, enséñese a todos. Los medios de ilustración no deben amontonarse como las nubes, para que estén en altas esferas, sino que deben bajar como la lluvia, a humedecer todos los campos".

Don Simón Rodríguez, don Andrés Bello, don Cecilio Acosta: desde distintos puntos de mira estos tres grandes pensadores de Venezuela habían intuído y sistematizado algunos de los aspectos más singulares de nuestro problema educativo indo-americano. El naturalismo de don Simón Rodríguez, de raigambre rousseaniana y romántica en que se reconocerían muchas aspiraciones de la escuela de hoy, no tiene por qué oponerse a aquella alta educación normativa, a aquel grupo ductor que, según don Andrés Bello, debería llevar al pueblo los progresos sociales, ni al propósito de Acosta de incorporar al concepto tradicional de "cultura" la realidad técnica del mundo contemporáneo. Pero el pensamiento de ninguno de los tres logró influir ni imprimir una directiva filosófica en este siempre improvisado e informe organismo que ha sido nuestra educación pública; miscelánea de asignaturas y reglamentos donde lo burocrático ahogó siempre lo creativo, donde el papel con timbre del Estado fué más eficiente que cualquier idea, donde por existir muchas cosas faltó lo esencial: una finalidad: un determinado propósito. Porque marchamos siempre a ciegas, soportando la circunstancia más bien que previéndola, siguiendo el humor y el capricho del momento, confiados en

que en el minuto necesario nos ayudaría el "pálpito". Todavía para muchos venezolanos la política es una cosa mágica e imprevisible; es suerte, azar, fatalidad. No en balde somos por excelencia un pueblo de vendedores y compradores de boletos de lotería. Antes que el plan y el trabajo metódico, cada venezolano se entrega a su musa o a su demonio, que en el instante crítico le inspirará una solución que pueda cambiar tanto como la del matador frente a los cuernos del toro.

SIN EMBARGO...

Sin embargo, desde hace algunos años ha penetrado en nuestro país, al romperse con la dictadura gomecista aquel muro de silencio y mentira que gravitaba sobre la vida nacional, una profunda emoción educativa. Descubrimos millares de analfabetos, falta de técnicos que nos ayuden en la valorización y aprovechamiento de nuestro desocupado territorio; cultura política no sólo en las grandes masas, a quienes guía el instinto vital más que la inteligencia ordenadora, sino también en aquellos grupos en quienes la sociedad delegaba sus funciones más responsables. A ninguna nación latino-americana como la nues-

tra—porque estuvo sumida muchos años en una catalepsia histórica—se le presentaba la tarea de recuperar con rapidez y voluntad actuante un inmenso tiempo perdido. Cuestiones que ya otros pueblos habían resuelto en el siglo XIX se mezclaban entre nosotros con urgencias modernísimas. En nuestro problema político hay una angustiosa doble faz, un anverso y un reverso que no es sino el necesario ajuste y equilibrio entre la cuestión interior de amoblar la casa, ordenarla, hacerla más adecuada a las exigencias de hoy, y la cuestión exterior, que no puede ser ajena a ningún pueblo, sobre todo cuando es potencialmente rico, pero políticamente débil, y está en los peligrosos caminos de choque de la economía mundial y de las nuevas luchas de predominio imperialista que hasta ahora se proyectan sobre el horizonte histórico. Porque hay que quitar—a quienes todavía la tienen—la falsa ilusión de que Venezuela, como las demás Repúblicas suramericanas, puedan ser países aislados, separados del mundo exterior tras sus peculiares regímenes de gobierno y de sus economías atrasadas, como fué el sueño de más de un voluntarioso caudillo criollo. Esta preparación y comprensión de lo que ha de venir, este sentimiento de que ya no podremos perma-

necer separados de los conflictos mundiales, debe ser en nosotros conciencia profunda, planeamiento del futuro para que éste no nos desconcierte y sorprenda. En un mundo voraz y violento como el presente, ya hay poco lugar para los países débiles que, o se fortalecen material o moralmente y de esta manera aseguran su autonomía; o rebotan como balones ciegos en la inexorable lucha de los fuertes. De que haya entre nosotros una segura, potente y comprensiva generación de hombres dispuestos a marchar, a equipar el país, a resolver en días lo que antes se hizo en años; hombres sin pequeñas ilusiones porque tienen la exclusiva y casi trágica ilusión de su deber histórico, depende nuestro destino nacional. Y que no se crea que las fórmulas de 1890 puedan servirnos hoy. Ninguno de aquellos tiempos prósperos y seguros —tiempos de un capitalismo bien comido, de crecimiento feliz de las grandes naciones, de ingenioso juego diplomático y de pulidas reglas de Derecho Internacional—puede compararse con el hervor patético de nuestra Historia presente. Y es en la realidad de ahora, aunque nos parezca brutal, y no en los sistemas de ayer, aunque nostálgicamente los sintamos más hermosos, donde debemos buscar nuestras soluciones.

En relación con ello fijamos el ineludible interés político de una educación nacional adecuada, en esta seria hora de trance. (Y hay que evitar el candoroso e infantil temor que algunos sienten contra la palabra "política", confundiéndola con las pequeñas trapacerías que en nuestro país se disfrazaron bajo tal nombre).

La política es—o debe aspirar—a una ordenación y descubrimiento del destino nacional. En toda alta política se hace práctica una concepción filosófica del mundo. Esta es la atingencia y relación que existe entre las palabras "Filosofía", "Política", "Educación". Esto nos explica que no puede existir una auténtica educación sin base filosófica ni fin político. Quienes pretenden recluir la educación en los límites del individuo, sin llegar al Estado, olvidan este imperativo social que a través de la Historia marcó todo sistema educativo; Esparta preparaba sus ciudadanos y soldados, como Atenas los gimnastas y oradores de sus asambleas, como la milenaria China sus funcionarios públicos y como los jesuítas del siglo XVII, ansiosos de poder, se encargaban de los príncipes y de la nobleza dirigente de los países católicos.

Si al penetrar en la escuela nueva los métodos de la psicología y la pedagogía de hoy

se atiende, sobre todo, y muy laudablemente, a los factores individuales—edad, temperamento, vocación y aptitudes, desarrollo biológico y formación de hábitos—la tarea educativa del Estado no termina en aquella función pedagógica de formar el individuo física y moralmente fuerte. Más allá del individuo adiestrado y hábil, empieza el fin social y político de toda educación. El Estado educa para algo; quiere utilizar colectivamente la educación suministrada; acentuar en ella ciertos valores, necesidades, tradiciones o formas que considera más cónsonas con su organismo histórico. Así, por ejemplo, en países formados y de conciencia nacional clara, distinguimos en cuanto cargan el acento sobre determinados valores sociales o tradicionales, una educación inglesa o francesa que no puede sino aspirar a la conservación o la formación de determinado arquetipo humano.

Distinto se presenta el problema en países como los latino-americanos—países en aluvional proceso de formación—donde la cultura ha sido como una masa informe de noticias, conocimientos y sugerencias venidas de todas partes y no sometidas a una disciplina o sistema coherente. El destino nacional se pierde entre lo contradictorio y confuso; una cultura de impresiones y retazos no soldados y

flotantes en nuestra realidad histórica, extravía más que dirige al alma venezolana en la búsqueda y comprensión de sus propios fines.

UNA VOLUNTAD NACIONAL

En el de la educación, como en los demás problemas orgánicos de nuestro país, se requiere. sobre todo, y tanto como las reformas pedagógicas que ahora empiezan a hacer más humanas y habitables nuestras escuelas y nuestros liceos, una voluntad nacional que descubra y fije los fines. No se educa por educar, ni—como pensaba Rousseau—para que surja el perfecto individuo aislado, el soñador y delicadísimo Emilio, que se propone descubrir en sí mismo todas las experiencias de la especie humana. La época no deja tiempo para ello. Pero también es cierto que toda auténtica educación como toda auténtica cultura, sólo tiene valor en cuanto se elabora en las profundidades del ser, en cuanto surge como voluntad y necesidad interna más que como mecánica imitación de lo que viene de fuera. Su carácter foráneo, inadaptado, es el mayor obstáculo que pesa sobre nuestro régimen educativo. Pensemos en lo que es Venezuela y en lo que es nuestra

educación y se acentuará el trágico contraste. A ella—como a Edipo la esfinge—podemos formularle las más desconcertantes preguntas.

Siendo en grado principal naturaleza, es precisamente el paisaje y el medio físico de nuestro país lo que menos se ha incorporado y menos dice en nuestros librescos programas escolares. Porque sólo la ha mirado a través de libros y discursos, hay que poner al hombre venezolano frente a su tierra, no sólo en cuanto ella puede ser conflictivo problema, sino también como emoción y goce estético. En un paisaje que a pesar de su potente hermosura se le antoja a ratos inhumano, porque él no ha hecho nada para sentirlo con mayor confianza y dominio, el hombre de nuestro país todavía no sabe querer ni aprovechar su tierra con esa seguridad laboriosa y sencilla con que la masa campesina europea afirma y sostiene la tradición del terral materno. Desde la educación del campesino nuestro que vive en la noche de la economía y de la cultura, el campesino víctima del mal alcohol de la pulpería, del gamonal, del yerbatero y del brujo, hasta la educación del señorito urbano, que prefiere ser oficinista o eterno pensionado del fisco, esta voluntad que nos impone nuestra propia naturaleza debe imprimirse como una inelu-

dible urgencia en nuestros sistemas didácticos. Sólo existiendo ella surgirá en el hombre venezolano el apetito geográfico de domar y vencer nuestro desolado e inmenso territorio; sólo de esta manera se resolverá el trágico contraste entre la ciudad que con sus automóviles y teatros pretende ser moderna, y el duro campo cerril, sumido en la prehistoria. Sólo por ello la potencial riqueza nuestra que se esconde en los bosques del Caroní, entre torrenteras y cataratas—que nos son tan desconocidas como en el tiempo de Lope de Aguirre—se trocará en riqueza mensurable, palpada y ceñida por la mano. Civilización del ancho camino vecinal uniendo pueblos y tierras prósperas; civilización de la huerta, del arbolado, del agua limpia, de la granja y la escuela aldeana es la que requerimos y anhelamos más que el hacinamiento mecánico y el estuco pretencioso de que se reviste la gran ciudad. Comarcas que tengan vida propia, donde el hombre no sienta la desesperación de fugarse, porque la tierra, la casa, el huerto, el paisaje que amansó e hizo suyo, arraigan en las más recónditas fibras del alma. Ahora educamos para que el venezolano alegue en los tribunales o persiga un puesto público, pero no para que su mano trace huella duradera sobre esta tela vacía, sobre

este enorme campo eriazo que ha sido nuestro país. Y hasta el problema económico de producir mejor y más copiosa y racionalmente, es, por esto, un problema del espíritu venezolano. Nuestra agricultura es tosca y rutinaria, como el alma rural que la produce. Y nada hacemos reemplazando con el tractor o el arado mecánico los viejos implementos agrícolas si no se transforma fundamentalmente la deprimida existencia material y moral de nuestra masa campesina. En Venezuela ello es una cuestión excepcionalmente grave, no sólo por el analfabetismo, la desnutrición, el atraso técnico, la miserable vivienda y los flagelos endémicos que pesan sobre la población agraria, sino por el éxodo y el abandono destructor que desde los dos últimos lustros ha comenzado trágicamente en nuestros campos. Las industrias extractivas del subsuelo que han alcanzado con técnicas y capitales extranjeros un desarrollo vertiginoso, están produciendo en Venezuela un trastorno social semejante al que ocurriera en la Inglaterra de los primeros lustros del siglo XIX, cuando el nacimiento de la economía industrial atraía y hacinaba en las ciudades nuevas cubiertas de humo, en miserables barriadas proletarias, una masa rural que había perdido su sano contacto con la tierra.

Por eso la repoblación del campo y la defensa biológica y adiestramiento educativo de nuestras decadentes masas rurales, pesa como uno de los problemas más inmediatos de la vida venezolana de hoy. Por eso en cuanto debe mirar y afrontar urgencias venezolanas que no están todas escritas en las teorías de los libros pedagógicos que vienen de fuera, nuestra cuestión educativa debe buscar y vertebrarse con otras cuestiones que, como la económica y social, la amplían y complementan. Por sobre todo problema particular hay en la ansiosa Venezuela de estos días un problema de coherencia. No trabajamos en sectores aislados; no podemos actuar en la materia doliente de nuestro país como quien pone una venda en el brazo herido o aplica un masaje sobre la pierna lastimada. Hay una cuestión más profunda de fisiología social. No se trata de mejorar órganos enfermos, sino de llegar a la profundidad y la integridad de nuestro organismo. Sólo por medio de una disciplinada acción coherente, con una pupila como la del médico que más allá del órgano busca el organismo, que relaciona causas y síntomas, podremos descubrir y establecer la terapéutica eficaz para esta dolencia nacional que nuestra ceguedad y desidia abandonó tan prolongadamente. Toda so-

lución técnica, toda reforma que se haga en la educación o en la economía, debe orientarse hacia un predominante fin nacional. No educamos sólo con un propósito individualista; educamos para que la nación utilice y recobre en energía humana, en inteligencia creadora, en esfuerzo técnico, lo que ella gastó y diseminó en su empresa educativa. No nos interesa, por ejemplo, la cultura que sirve tan sólo como el aditamento decorativo de una clase *snob*; la cultura, para conversar en el club o para tomar el té, a la manera londinense, entre mujeres exquisitas: la única cultura egocéntrica, narcisista, inútil y culpable a que aspiró durante mucho tiempo una sociedad decadente y ociosa. No queremos tampoco un país poblado de solitarios inmersos en la contemplación de su "yo", Hamlets pálidos que se pasean y divagan entre su inventado paisaje de sombras. Estamos en trance y necesidad de hacer una nación, es decir de darle un destino y una aspiración común a estos dispersos hombres que desde el Orinoco hasta Los Andes tratan de humanizar su inmenso y agobiante paisaje; navegan en las curiaras, lacean toros, cazan caimanes, trepan con sus recuas de mulas y puntas de ganado hasta los altos contrafuertes de la Cordillera. Sienten el calor

de Calabozo y el frío polar de Mucuchíes. En una educación nacional, el oficio y la actividad del hombre venezolano, el territorio y el clima, el dominio y comprensión de las cosas circundantes, tienen tanta o mayor importancia que aquellas listas de reyes, de lagos, de golfos, provincias o figuras retóricas que memorizábamos en los bancos de nuestras escuelas secundarias, creyendo que adquiríamos cultura. A la falsa pretensión universalista de nuestra enseñanza al programa-catálogo, debemos reemplazarlo por otro sentido, como actividad y creación. No son hombres de memoria amoblada, de esos que nos recitaban los fastos de la Historia Universal en pomposos discursos—en aquella época en que el discurso altisonante era casi la única manifestación del intelecto nacional—; no son los retóricos que sacuden los vanos bejucos de su palabrería los que han de ayudarnos y guiarnos en la gran exploración y organización de nuestra decaída nacionalidad. Requerimos las inteligencias lúcidas que reaccionen ante su tiempo y lo comprendan; que sepan mirar sin prejuicio cada circunstancia original, que tengan esa doble actitud para la creación y para la lucha en que se ejemplariza y hace magnífica la profesión del hombre. Lo peor que podría ocurrirle a Ve-

nezuela es que al amparo de un presupuesto próvido como el que la riqueza petrolera vuelca sobre el Estado, nos trocásemos en un país de burócratas y parásitos, en una inmensa oficina de pensiones que comenzando en el Distrito Federal se ramificase por todo el territorio, de hombres que escriben sobre papel oficial y cobran el día quince, mientras que la minería, los cultivos, la dirección de las empresas económicas, la aventura viril de conocer, dominar y aprovechar nuestra tierra va gravitando por inercia hacia el técnico o el industrial extranjero, que trae más voluntad, destreza y codicia. Ya advertimos cómo no es posible el sueño romántico de vivir aislados del mundo tras de nuestros cordones de cerros, en sociedades patriarcales que practican una simple economía natural, en la modorra de una existencia que puede parecer dulce y despreocupada. La tormentosa voluntad de la Historia, el empuje que ahora hace marchar y sacudir los pueblos a pesar de sí mismos, no consiente esas Arcadias poéticas y baldías. Si sobreviene—como es muy posible—una guerra mundial imperialista, nececitamos estar poblados y equipados. Necesitamos de generaciones enérgicas que no se queden escuchando los bellos cuentos y cantos del pasado, porque tenían los ojos, las

orejas y la conciencia en la previsión de lo que puede venir.

Una nación se hace con dos cosas: con un pueblo y con un comando. Pueblo no es la multitud inorgánica, dispersa y deprimida en su miseria física y moral, en su primitividad sin anhelo y sin Historia, que mantuvimos en Sur América como inocuo o humillado rebaño. Un pueblo atrasado acaso sirva —como en más de un país de nuestro continente—para que sobre él germinen y se mantengan, parasitariamente, las oligarquías ociosas o los caciquismos feudales. Pero la grandeza y vitalidad de una nación estriba en la capacidad y productividad de su pueblo que nuestro tiempo, tan concreto, quiere ceñir y fijar en cuadros estadísticos: natalidad, producción, consumo. Cuando comparativamente medimos el valor y significado potencial de cualquier otro país suramericano con el de la República Argentina, acaso sea el hecho palpable y corroborable de que el pueblo argentino es, de acuerdo con la Estadística, el que consume más alimentos y vestidos y el que compra más periódicos y libros, lo que explica su primacía. Industria y cultura se convierten también, así, en capacidad y adiestramiento del pueblo. Es el pueblo y no las oligarquías, que acaso puedan ser más re-

finadas en Bolivia que en Argentina, lo que señala el índice de potencia nacional. Aun más: países decadentes o atrasados suelen tener oligarquías refinadísimas. La Rusia del siglo XIX, hundida en su inmensidad geográfica, en la primitividad de sus masas campesinas, en su medioevo agrario y su atraso técnico, ofrecía por contraste una de las más pulidas aristocracias de Europa. En la Italia disgregada y decadente del siglo pasado que nos describieran Stendhal y Taine, en ese país al que la vejez y la gloria muerta habían convertido en museo o escenario de ópera, las llamadas clases "cultas" conservaban un magnificente estilo de vida, que no se compadecía con la miseria popular.

Pero junto con la idea y la necesidad del "pueblo", es decir, de unidad y conciencia colectiva, una nación requiere comando. La idea de "comando" indica coherencia, claridad, decisión. Que las aspiraciones y urgencias que vienen de las más entrañables raíces del pueblo se coordinen y unifiquen como en la copa del árbol se corona el esfuerzo de la savia germinal. Que haya voluntades capaces de imprimir a la nación un derrotero y destino, no dejándose llevar por los hechos y navegando en el azar, sino preparando y dirigiendo.

Formar pueblo, es decir, integrar nuestra comunidad nacional en un nuevo esfuerzo creador; trocar la confusa multitud en unidad consciente; vencer la enorme distancia no sólo de leguas geográficas sino de kilómetros morales que nos separan a los venezolanos, y adiestrar "comandos" es decir, hombres que comprendan su tiempo, que se entrenen para la reforma con que debemos atacar nuestro atraso; que tengan voluntad y coordinen sus esfuerzos, son las tareas educativas más presurosas que reclama nuestro país. Junto a la transformación pedagógica, a la necesidad de humanizar y difundir las escuelas y preparar maestros—maestros para Venezuela, es decir, que deben conocer y actuar en un medio y un ambiente precisamente determinado— la idea filosófica que nos conduzca a alguna parte y que imponga a esta acumulación informe y contradictoria de materias y propósitos que hemos llamado nuestra cultura, un sistema y un espíritu ordenador. No se trata tan sólo de cambiar reglamentos, leyes y planes de estudios, de adoptar los métodos de Decroly o de Kerchesteiner, de utilizar los *tests* o las estadísticas norteamericanas a que circunscriben el problema algunos pedagogos simplistas, sino de movilizar espiritualmente la nación, de darle

—porque vivió mucho tiempo una vida ciega, violenta y rudimentaria—la conciencia de su destino y la fe en lo que puede ser y hacer. (En el fondo de toda cuestión venezolana, más allá de la técnica y de la reforma administrativa, hay una aspiración espiritual y moral que no suelen ver los especialistas, pero que deben ver los políticos: la aspiración de un pueblo que desea recobrarse y reiniciar su vida histórica, ascender en capacidad y potencia. Y semejante ambición y anhelo debe prevalecer sobre la querella aldeana y la politiquería pequeña en los venezolanos de hoy). Es preciso hablar a los que tienen fe.

PERSPECTIVA DE LA PINTURA VENEZOLANA

IIITO INDÍGENA

Quizás fué Gilberto Antolínez el primero que contra la sordina y menosprecio de otros investigadores precedentes se acercó al arte indígena venezolano en actitud de amor, ansioso de desentrañar su misterio estético. No era ocasión de promover querella sobre el menor valor de esas cerámicas, tejidos y figurillas, que no alcanzaron la dignidad del jade y las brillantes piedras duras, y se quedaron en el humilde barro de la tierra. Ya se ha dicho demasiado que el indio venezolano en estadios casi primigenios de cultura no podía elaborar la vasta cosmología de mayas, incas y aztecas y erigir monumentos como los de Palenque, Machu Pichu y Chichén. Pero los estudios arqueológicos están demostrando que tampoco lo que ahora llamamos Venezuela fué comarca cerrada al empuje

de las varias oleadas culturales—a la fina cultura del maíz y a la más selvática de la yuca; a lo oceánico, lo fluvial y lo andino, que configuraban antes de Colón la complejidad americana. Influencias chibchas y centroamericanas se han observado en el arte de nuestros Andes; alguien señaló el parentesco de las figuras excavadas por el Dr. Requena en el Lago de Tacarigua con las de Costa Rica, y en comarca tan lejana del Perú, como la península de la Guajira, exploró Acosta Saignes, en 1953, los restos de una cerámica policromada que parece vincularse bastante con las bellas y lumínicas obras de las culturas costeras del Pacífico peruano.

Dispersos en tantas tribus y grupos lingüísticos como los que se extendían desde el golfo de Paria hasta los Andes y en el dédalo de ríos y bosques del Sur, conmovida todavía la tierra por el invasor empuje bárbaro de los caribes, y con tantas diferencias locales de Cultura como las que mediaban entre el cazador y pescador orinoquense y el agricultor timoto-cuica, esos indios venezolanos habían ya elaborado en su cerámica, tejidos y petroglifos una extraña y fantástica cosmovisión. El valioso trabajo de Antolínez *Elementos decorativos indovenezolanos*, publicado en la *Revista Nacional de Cultura*

número 3, diciembre de 1938, clasifica hábilmente los temas de aquel remoto lenguaje plástico que va desde las grecas y rombos decorativos de toda estilización, pasando por el esquematismo de la figura humana y los animales totémicos—ranas, águilas, murciélagos, lagartos, serpientes—hasta una peculiar grafía para describir el mar y las constelaciones. En el petroglifo de San Esteban, Estado Carabobo, el mar tranquilo se pinta como gran vasija, símbolo del agua en equilibrio, mientras en los de la zona guayanesa es "serpiente de extremos enroscados en forma de ola". La constelación de la Cruz del Sur se figura como un árbol—el "Gran árbol del mundo"—y coexisten con los abundantes jeroglíficos de temas hilomorfos, geomorfos y zoomórficos, motivos enteramente míticos como los de los pectorales timoto-cuicas en "que se funden alas de águilas o murciélagos con cabezas humanas para representar una divinidad del aire". Hay gran primor en la representación animalística en las vasijas timoto-cuicas donde con suma gracia dos cabezas de serpientes erguidas forman el asa que sostiene el cántaro o un lagarto—cuidadosamente modelado—parece arrastrarlo, y en los expresionistas monos, caricaturescamente humanos, del arte guajiro. De las recientes exploracio-

nes de Barrancas en el Oriente de la República emergió, también, una pequeña escultura cerámica de muy expresivo realismo. Si buscáramos en la multitud de piezas de todo el país que pueblan nuestro Museo de Ciencias los dos grandes arquetipos del Arte indígena, los más significativos símbolos de lo masculino y lo femenino, nuestros Apolos y Afroditas prehispánicos, habría que detenerse en la llamada *Venus del Tacarigua* y en aquel hombre sedente—casi parecido a un escriba egipcio—que eleva a la divinidad su sagrado cántaro de chicha en una pequeña obra timoto-cuica. La *Venus del Tacarigua*—como los más viejos símbolos matriarcales de la humanidad, como su tosca antecesora prehistórica y europea llamada de Willendorf—es sexo y gravidez pura, poder germinativo autónomo, ya que hasta el rostro en que podría individualizarse su belleza se trueca en abstracta máscara rectangular. Con las piernas abultadas y el pelvis henchido, parece simultáneamente dar a luz y sostener la tierra. A un mundo más claro y ordenado que sacrifica al dios solar el vino nutritivo del maíz, nos transporta la masculina estatuilla timotocuica. El ritmo quieto de la figura, su armoniosa frontalidad, la cabeza rala y la mirada como en oración o reflexión, evoca inmedia-

tamente—con una técnica mucho más imperfecta—el escriba sentado que se conserva en el Museo del Louvre.

Así ese primer hombre venezolano con medios rudimentarios forjaba ya un lenguaje de representaciones y símbolos en que desde su realidad próxima (iguana, mono, lagarto, serpiente, fruta del trópico) quería remontarse hasta el árbol astral, feérico varillaje del Universo según la leyenda de la Cruz del Sur, o al puro sueño mítico como en las mascarillas que decoran los pectorales andinos. En los petroglifos tan emocionadamente estudiados por don Arístides Rojas hace más de setenta años dejaron esos antecesores nuestros una especie de Biblia mítica de sus sueños y cosmogonías. Grabaron la barca en que el benéfico dios Amavalica vino sobre las aguas tormentosas y la rana totémica—símbolo de la fecundidad—y los pies y manos de los primeros hombres. Y el comienzo de una inicial Geometría de círculos, triángulos exágonos, elipses concéntricos, en que ensayaban una intuitiva mensura y abstracción del Universo.

COLONIA Y VÍSPERAS DE LA REPÚBLICA

Hasta el siglo XVIII, en una colonia pobre, marginada de las grandes rutas del oro y de las cortes virreinales, sin mano de obra bastante para las empresas de ornamento ni necesidad de oponer—como en México y Perú—a los suntuosos ritos indígenas una rival y agobiadora pompa católica, no floreció un arte venezolano. Las imágenes del culto venían, es claro, desde Sevilla. Por la ruta del cacao: La Guaira-Maracaibo-Veracruz, nos llegaba alguna influencia del Virreinato de México (lozas de Puebla de los Angeles se usaron en nuestro país desde el siglo XVII), como por los caminos marítimos a Cartagena de Indias y terrestre a Santa Fe de Bogotá, con las importantes escalas de Mérida, Pamplona y Tunja, recibíamos obras de Nueva Granada, Quito y el Virreinato peruano. En nuestras tierras andinas fueron frecuentes los ingenuos Niños Jesús quiteños con su monjil y primoroso vestido de batista y los cuadros neo-granadinos, de epígonos e imitadores de Gregorio Vázquez. Artífices de maestría parecida a los que repujaron los dorados baldaquinos y frondosos altares de los templos de

Santo Domingo y Santa Clara en Tunja, debieron pasar a Mérida, y hasta hace pocos años aún podía verse su elocuente artesanía en el florido templo de la hacienda de Estanques, levantado por una rica encomendera del siglo XVII, y que la incuria de sus poseedores contemporáneos y la común imprevisión dejó desvalijar por viajeros, "conocedores y maniáticos". Altares y tabernáculos fueron sacados por piezas y vendidos a los turistas en aquella pequeña y ya vencida joya del exuberante barroco colonial. Y en toda Venezuela las guerras y terremotos, agregado al mal gusto de nuestro siglo XIX, suplantó y reemplazó la pulida y enjoyada obra manual de la Colonia por el adefesio industrial décimonónico. Pequeños oasis dentro de nuestro ahistoricismo iconoclasta son todavía algunas casas, templos e imágenes de Coro, Guanare, Calabozo, El Pao, Araure; la caraqueña iglesia de San Francisco, revocada con portada neoclásica bajo el gobierno del general Guzmán Blanco y los muros comidos de yerba y abandono en "La Blanquera" de San Carlos de Cojedes, y en las misiones de Guayana.

El siglo XVIII—entre todos los de la Colonia—por el propicio desarrollo agrícola del país, abundante riqueza hidalga, mayor y más orgullosa conciencia territorial, estímulo ex-

tranjero suscitado por el contrabando y sentido más profano de la vida, empieza a perfilar muy despiertamente al alma criolla. Quizás la risueña y acompasada prosa en que el historiador Oviedo y Baños canta simultáneamente la gesta y hermosura del país y alterna la historia guerrera con su balsámico elogio del valle caraqueño, y la gran música colonial de fines del XVIII—que se ha llamado "el milagro de Caracas"—, son las primeras expresiones monumentales de un arte venezolano. Oviedo y Baños es deleitoso prosista como Lamas músico genial, y los otros altos maestros de la Escuela del padre Sojo parecen despedir ese crepúsculo de la colonia con graves y encantadas salves y motetes, himnos a la Virgen o altos trenos religiosos para bendecir el fuego y el agua en las doradas ceremonias del Jueves Santo. De este grupo musical del siglo XVIII que, junto con los madrigalistas españoles, empezaban a conocer a Haydn y a Glück, afinaron tantas influencias al temple de su definida sensibilidad criolla y trabajaban casi colectivamente comunicándose sus hallazgos y experimentos, saldrían también los músicos de la Revolución como Lamas y Landaeta. El *Popule Meus* de Lamas, escrito en el terrible año de 1801, año de hambres y de crisis, de ácido rencor na-

tivo contra la sevicia de un gobernante cruel como Guevara y Vasconcelos, parece transportar a una elevada esfera religiosa la angustia de un pueblo que preguntaba como Cristo en la Cruz: "Padre mío, ¿por qué me has abandonado?" Y de allí, en otra tensión multánime, nueve años más tarde, brotará con orgullo y rebeldía el *Gloria al bravo pueblo*, de Landaeta.

La Plástica de la época no logra, sin embargo, equiparable plenitud. Quizás lo que más se aproxime en nuestra pintura casi anónima del XVIII al apacible y luminoso arte narrativo de Oviedo y Baños sea aquel cuadro —tan querido de los caraqueños—que se llama *Nuestra Señora de la Luz*. También, como en Oviedo, es la luz del valle de la capital venezolana lo que parece iluminar el despejado y gozoso fondo en que se destaca la figura de tan amable patrona de la ciudad. No es el patetismo religioso a la vieja manera castellana, sino una dulce sentimentalidad como la de los seiscentistas de Italia, pasando por la escuela de Murillo, lo que expresó el pintor anónimo. Entre las flores y sonrosadas caras de los ángeles despuntan los iniciales primores de un escenográfico y un tanto azucarado rococó nativo. Los ebanistas caraqueños en las buenas maderas del país.

tallaban por entonces motivos ondulantes, cavidades de conchas marinas, hojas y flores de enroscado ritmo serpenteante, toda una flúida tracería ornamental que hace de los marcos del siglo XVIII—ya muy penetrados de influencia francesa—obras tan estimables como los un poco convencionales lienzos que contienen. Casi coetáneo del cuadro de *La Virgen de la Luz* es otro que yo llamaría más heráldico y topográfico que pictórico, en que la imagen de. Nuestra Señora desde su blanca alcatifa de nubes, mira la ciudad de Caracas. Y la escrupulosidad con que el pintor señaló las calles en damero, las torres de las iglesias, los portales de la vieja plaza Mayor y una procesión que avanza con sus estandartes, pértigas, faroles, velones, cruces altas y encapuchados, es lo que fija el interés documental de la imagen. El tema pudo ser goyesco, pero el autor lo desarrolla con escueto linealismo de topógrafo. El grupo de la Virgen y los santos contemplando la ciudad está tratado como la cimera y lambrequines de un escudo heráldico. Posiblemente con parecida caligrafía el autor trazaba los nuevos blasones y pretendidas hojas de nobleza de aquellos "grandes cacaos" caraqueños del siglo XVIII en quienes el auge de los frutos tropicales llevados a España por los

navíos de la Guipuzcoana suscitó el anhelo de comprar títulos de condes y marqueses en la Metrópoli.

De modo paralelo a estas influencias de estilos internacionales que llegaban ya al país desde mediados del siglo XVIII y que servían a los requerimientos del lujo reciente, manteníase la tradición de una pintura más popular. Es el de aquellos ingenuos retablos y retratos que se pintaban en la fecha memorable del grado de un doctor, muerte o aniversario fúnebre, o para dotar una capilla de hacienda con una imagen de la Divina Trinidad, de la Virgen o San José. En 1940, con la colaboración de coleccionistas de todo el país, pudo organizarse en el Museo de Bellas Artes de Caracas una muestra de aquellas obras que habían permanecido preteridas o ignoradas de nuestros historiadores de la Cultura. No caigamos en la exageración romántica de idealizarlas demasiado. Así como nos enorgullecemos de nuestra música colonial que resulta impar en la América de aquellos días, esa pintura anónima no se eleva de lo sencillamente detallista y rudimentario. Ni por asomo brotó un Gregorio Vázquez, un Echave, un Miguel de Santiago. No hubo imagineros o retratistas como los de Bogotá, Quito, El Cuzco, Guatemala. Hay a fines del si-

glo XVIII un Antonio Landaeta, pintor que no puede compararse pálidamente con su casi contemporáneo Juan José Landaeta, el músico de la *Salve*, del *Ave Maris Stella*, del *Pésame a la Virgen*, del *Gloria al bravo pueblo*. El obispo Mariano Martí en esas últimas décadas del siglo—del 1770 al 1792—auspició bastante el arte religioso, y muchos lienzos de entonces aparecen hechos bajo su mandato. Pero la mayoría de tales obras, como un retablo de la Virgen y el Niño fechada en 1783, parecen copias iluminadas de grabados renacentistas europeos, más rígidas e imperfectas por la mano que realizó la adaptación o metamorfosis.

Sin embargo, de ese primer aprendizaje plástico del siglo XVIII surgirán algunos pintores cuya obra penetra hasta las tres o cuatro primeras décadas de nuestro turbulento siglo XIX, como Juan Lovera, fiel retratista de clérigos y primer narrador de la gran escena revolucionaria del 19 de abril de 1810, acontecimiento emocionado de sus veinte años que ha de revivir en un conocido lienzo varios lustros más tarde.

DE LA INDEPENDENCIA A LA FEDERACIÓN

Puñados de venezolanos presididos por el radiante hombre tutelar llamado Simón Bolívar se fueron por los largos y abruptos caminos que conducían desde el Avila hasta el más alto techo de los Andes peruanos, en heroico e insosegable peregrinaje por la libertad de Sudamérica. No había tiempo para la pura contemplación artística. Bronces de campanas y oro de los retablos coloniales se despojó, transformó o amonedó para pagar el precio de la inmensa diáspora. De Caracas a Bogotá. Quito y Lima el gran héroe e inspirador de la jornada fué dejando sus retratos como los testimonios de un alma que se quema en su continuo caminar, combatir y pensar.

La gesta e irradiación bolivariana explica por qué la mayor parte de nuestra plástica del siglo XIX busca sus motivos en la Historia y leyenda heroica. ¿Pero no fué Bolívar tema también presente en el romanticismo europeo? Con su nombre bautiza Byron la nave en que quiere marchar a la libertad de Grecia; el sombrero a lo Bolívar lo llevan los ardientes gentilhombres que se pasean

por los portales del "Palais Royal" en 1830; es tema de numerosos grabadores e inspira, junto con las conocidas figuras de David d'Angers o Tenerani, páginas de la más caldeada prosa romántica de los viajeros o narradores europeos que describieron los desgarrados días de nuestra Independencia.

Carmelo Fernández, Antonio José Carranza y Joaquín Sosa son maestros de pintura en los años que siguen a la muerte de Bolívar y cuando sobre la disgregación de la gran república colombiana, fundada por el Libertador, se yergue la Venezuela de Páez. Fernández, quien es además militar y topógrafo, vive una arriesgada y fogosa existencia de expedicionario, viajero y combatiente. Pelea a favor de Páez cuando éste insurge contra la dictadura de Monagas en 1848 y la derrota del gran caudillo le obliga a buscar refugio en Nueva Granada. El Gobierno neogranadino puso bajo las órdenes de Agustín Codazzi, autor de una excelente Geografía y Mapa de Venezuela, la presidencia de la Comisión Corográfica, que se fué por todas las regiones colombianas haciendo planos y levantamientos y recogiendo en pinturas y dibujos el colorido y costumbres del país. Pintor oficial de la expedición era, precisamente, Carmelo Fernández. Con fidelidad y esme-

ro narrativo colorea en una serie de acuarelas las escenas y paisajes más característicos de un largo periplo terrestre, singularmente por las provincias de Tunja, Tundama, Ocaña, Socorro, Soto y Vélez. Ya pintores románticos europeos venidos a América, como Monvoisin y Rugendas, y criollos, como el gran acuarelista peruano Pancho Fierro, habían descubierto lo que puede llamarse el exotismo y temática pintoresca del motivo autóctono. Empezaba a morir ante el impacto de la civilización europea la más entrañable y hermética vida colonial, y la "rareza", tipos distintos y colorido curioso que los pintores europeos iban a buscar al África o al Oriente cercano, aparecía al alcance de los ojos en nuestros pueblos, provincias y caminos de herradura. Así Fernández debió entretenerse—como descubridor no exento de ironía y sentido caricaturesco—al trazar sus sabrosas estampas de las damas de Ocaña, de los linajudos hidalgos de Pamplona fisgoneando o murmurando a las puertas de la iglesia, del hacendado de amplio poncho y polainas de piel de tigre en tierras de Tundama; de los indios, los arrieros, los ríos crecidos, las ermitas, los trapiches y los puentes de cuerda en las fragorosas cordilleras. Abundante y deleitoso testimonio de la vida provincial y campesina co-

lombiana. al promediar el siglo décimonónico. En el legado cultural de Colombia estas pinturas del venezolano Fernández y de los otros artistas de la "Comisión Corográfica" asumen la misma validez significativa que su rica literatura de costumbres y viajes florecida en la misma época.

Antes de que la mala ventura de la política le alejara del país, Carmelo Fernández había dado las primeras lecciones de Dibujo al que será el más importante de nuestros pintores de Historia, don Martín Tovar y Tovar.

DÍAS DE TOVAR Y TOVAR

A ninguno de los pintores venezolanos se le otorga con mayores títulos el tratamiento de "don" como al solemne, ponderado y elegante maestro de *El Acta de la Independencia* y del gran cuadro de la batalla de *Carabobo*. Con sabio neoclasicismo no carente de emoción romántica, don Martín Tovar y Tovar (1828-1902) crea nuestra mejor pintura histórica y parece lograr en ella una curiosa síntesis del frenado arte dibujístico de un David con el colorismo de los españoles del siglo XIX como Vicente López y Federico de Madrazo. Hace con señera maestría la fe-

liz adaptación de la pintura de Historia como se desarrolló en la Francia napoleónica y posnapoleónica al escenario tropical, y eleva los nombres de nuestra epopeya a un sereno mundo mitológico. Maestro de equilibrada composición en que nada sobra y todo parece ajustado al mismo ritmo armonioso. Dentro de la pequeña pero vivaz tradición cultural del país, un gran cuadro como el del *Acta de la Independencia* en el que aprendieron a amar los próceres varias generaciones venezolanas, es por lo majestuoso del conjunto, la perspectiva espacial y el porte estatuario de las figuras, nuestra "Escuela de Atenas"; un modelo casi rafaelesco de olímpica dignidad. Acaso falta el *pathos* de la revolución, porque tan clásico maestro prefiere enlazar e idealizar el grupo de las grandes individualidades directoras. Esta obra de la madurez del artista—compuesto ya en la cincuentena, cuando la vida arremansada parece contemplarse en su más entrañable esencia, olvidando lo episódico y fijando sólo lo característico—es como el más alto coloquio de nobles espíritus que haya imaginado jamás nuestra pintura.

Por la compuesta prestancia que limita todo frenesí, se ha comparado la pintura de Tovar y Tovar con la prosa de tan atildado

prosista como don Rafael María Baralt, autor de la primera gran historia del país, a pocas décadas de la Independencia. En ambos lo que podría deshacerse en emoción y crispamiento romántico se acompasa en ritmo grave y tranquilo, en exactitud de detalles. Pero, además de componer un gran conjunto de lienzos históricos—*La firma del Acta de la Independencia*, el enorme cuadro de *Carabobo*, cuya vasta escena se pliega con la mayor justeza topográfica al plafond abovedado del Salón Elíptico donde se colocó, y los cuadros de *Junín*, *Boyacá* y *Ayacucho*—Tovar y Tovar fué excelente retratista de toda una época de Caracas. Nobilísimo complemento de los muebles "Segundo Imperio", de las poltronas forradas de damasco y terciopelo azul, de los pesados cortinajes, de las consolas y arriscados pianos-fortes en los salones de 1860, es la gentil galería de caballeros de levita en grave actitud penserosa; de dandíes románticos; de mujeres criollas de ojos negrísimos cuyos rostros de leonardesco modelado contrastan con el brillo velazqueño de los encajes, las sedas, las joyas. Muchas de estas figuras de Tovar y Tovar que compendian el espíritu de la sociedad de Caracas entre 1860 y 1890 valen lo que los mejores Madrazos.

También el lápiz del maestro, saliendo de los salones penumbrosos y los sofás en que se recuestan sus bellezas de época, pinta algunos personajes de la calle caraqueña (arrieros y vendedores, mujeres con pañuelo de Madrás, chicuelos que alborotan con estruendosos juegos). Son los días en que alcanza gran auge popular el costumbrismo, y un acuarelista como Ramón Bolet expone aquella colección de escenas que llevaría a Londres el viajero inglés James Mudie Spence y de que da amplio informe en su libro *The land of Bolívar*. Los bocetos traviesos de Tovar y Tovar en los que se revela el pequeño mundo popular—que no alcanzaría la dignidad de la pintura—reconstituyen la imagen de una lejana y extinguida Caracas, muy penetrada entonces de costumbres campesinas, y en la que las clases sociales estaban separadas por casi infranqueables fronteras de vestidos y utensilios. Esta corriente que parece ilustrar la obra de los narradores costumbristas de la época—Bolet Peraza, Francisco de Sales Pérez—marca una primera tentativa de venezolanidad frente a la solemne idealización de la pintura neoclásica. Y en croquis y caricaturas de tipos callejeros también se probará el lápiz de un muchacho excepcional llamado Arturo Michelena, quien ya

a los trece años de su edad, en 1876, ilustra el libro *Ratos perdidos* de Francisco de Sales Pérez.

Presidiendo un movimiento que será el más importante de la pintura venezolana en el siglo XIX, don Martín Tovar y Tovar está—como en su conocido autorretrato—con su negra y pobladísima patilla de guerrillero o contrabandista romántico, y la generosidad de corazón que le celebran todos los contemporáneos.

De la tradición pictórica iniciada por el maestro de *La firma del Acta de la Independencia* surgirán dos pintores de acusado genio divergente como Rojas y Michelena, y otros pintores discretos que conservan el legado sin modificarlo mucho, como Antonio Herrera Toro (1856-1914), Emilio Mauri (1855-1909), Carlos Rivero Sanabria (1864-1915). En escala más limitada hay todavía algunos más cuyos nombres y obras, hoy olvidados, pueden leerse en libros ya tan añosos como *El Arte en Venezuela*, de don Ramón de la Plaza, y la convencional compilación titulada *Primer libro venezolano de literatura, ciencias y bellas artes*. El trabajo pictórico de Antonio Herrera Toro nos conduce primero a las iglesias de Caracas—Catedral, Altagracia—en las que sirve de de-

corador y donde pinta con sentimentalismo muy décimonónico *La Inmaculada Concepción*, *La Asunción*, *El Bautismo de Cristo*. Quizá fué el más buscado pintor religioso de toda la época. Luego es retratista muy apreciable; pintor de género—en escenas un poco atiborradas que parecen más bien ilustraciones al gusto del sentimentalismo burgués—, pintor de historia *(La muerte del Libertador)* y aplaudidísimo pintor de flores. Tanto Herrera Toro como Emilic J. Maury, quien también pinta con parecida fórmula motivos históricos y mitológicos *(El desembarco en Curamichate; Miranda, mártir; Psyche bajando a los infiernos)*, parecen víctimas del alegorismo parnasiano y de la tendencia anecdótica que prevalece sobre los valores plásticos. Tampoco es un innovador Carlos Rivero Sanabria (1864-1915), que en sus flores y naturalezas muertas, trabajadas con cuidado, trae alguna influencia de los pintores realistas alemanes que le enseñaron, como Erwin Ochme.

Aunque ya desde 1880 triunfaba en Europa el impresionismo, no han tenido ojos para verlo. Anecdotismo y claroscuro de taller parecen apresar su pintura. Han de transcurrir todavía varias décadas para que, saliendo de una cita de sombras, los artistas venezolanos

conquisten la alegría del aire libre. Entre tanto, se impone la obra de dos maestros que desaparecerán demasiado temprano como Cristóbal Rojas y Arturo Michelena.

ROJAS Y MICHELENA

Rojas y Michelena completan con la figura venerable de don Martín Tovar y Tovar la alta trilogía de la pintura venezolana en el siglo XIX, aquel momento en que nuestra plástica sale de su lindero provinciano y costumbrista a mostrarse en salones internacionales. Treinta y tantos años menores que el maestro de *La firma del Acta de la Independencia*. Rojas, nacido en humilde hogar del pueblo de Cúa en 1858, y Arturo Michelena, de más acomodada familia, nacido en Valencia en 1863, coinciden a ratos en la época, la técnica y el aprendizaje, aunque bajo presiones e influencias parecidas ofrezcan una contraria imagen del mundo. El adolescente torcedor de cigarrillos en las calientes tierras de Cúa exhibe un primer cuadro histórico, *La muerte de Girardot*, en la Caracas del centenario de Bolívar; hace de ayudante del pintor Herrera Toro en varias decoraciones de la Catedral y logra del omnipotente

Guzmán Blanco una pensión para seguir estudios en Europa en 1883. Allí coincide dos años después con el más joven Arturo Michelena, quien llegó de Venezuela aureolado de parecidos triunfos. Frente al impresionismo naciente y aun rechazado por la Pedagogía oficial, concurren al taller de Jean Paul Laurens, quien continúa con aplaudida pompa la tradición de los cuadros de Historia en elegante corrección académica. Acaso el imperativo económico de que no abundaban en Caracas los coleccionistas de arte y el más fiel comprador era el Estado, hacía para los jóvenes artistas que ese estilo solemne de pintar se les ofreciese como el más seguro vellocino. Para triunfar en Venezuela—y ello será prolongada norma hasta Tito Salas—era necesario saber pintar caballos al galope, cargas de lanceros y fusileros, uniformes, cañones, presillas. Nadie podría enseñarlo mejor que monsieur Laurens, que había modernizado la técnica de neoclásicos y parnasianos. Su reconocido mérito oficial todavía opacaba la de esos grandes maestros heterodoxos que se llamaban Claude Monet, Pissarro, Sisley, Renoir. Pero a la doctrina de los salones oficiales se agregará en Rojas y Michelena la emoción social que suscitaba el arte naturalista de aquellos años. Al gran cortejo de histo-

riadas figuras que habrán de incorporar a sus composiciones se juntan estas de obreros, mendigos, pequeña burguesía vergonzante que encontraban en las novelas de Zola una nueva epopeya sedicentemente científica. Por una parte considerable de las primeras obras de aprendizaje de Rojas y Michelena pasará algo del aire lívido, angustiado e insomne del París zolesco, junto con otras levaduras espirituales tan contradictorias como el olimpismo alegórico de los parnasianos—la antigüedad interpretada en los marmóreos versos de Lecomte de l'Isle—y aún los éxtasis religiosos y la actitud buscadamente beatífica de los prerafaelistas ingleses. En este confuso contrapunto de influencias, no resulta extraño que el propio pintor de *La Miseria*, *La Taberna* y *El plazo vencido*—temas tan "zolescos"—sea también el futuro maestro del nebuloso cuadro *Dante y Beatriz*.

Aunque comparten la misma bohardilla parisiense y figuran entre los más fieles discípulos de monsieur Laurens, el temperamento individual de ambos artistas irá fijando el diverso temple psicológico de su pintura. Rojas, hijo del pueblo, con el alma continuamente excitada y ardida por la tuberculosis que le malogrará tan pronto, se agita con todas las tensiones de la conciencia social de

esos días: si ha visto y le ha contaminado al comienzo el mal realismo de los salones, ha visto también la obras de Daumier y ha penetrado a través de Caravaggio, Rembrandt, Ribera y los españoles del siglo XVII en el misterio del claroscuro y la expresividad barroca. El fondo un tanto tenebroso que sirve de fondo a sus primeros y grandes cuadros parece corresponderse con su patetismo espiritual, y el mismo pintor de la angustia física de *La Miseria* será también el del terrible coro de espíritus sufrientes de *El Purgatorio*. Diríase por este anhelo dinámico de expresión más que de tranquila belleza, un español del siglo XVII que hubiera resucitado en el tumultuoso París de fines del siglo XIX. Color pardo de taller, sombras lívidas y amoratadas, rojos pardos y amarillentos, enfriados en una luz de interior; tonos pastosos, predominan en esta pintura. Hace—como es natural—el gran cuadro de Academia de amplias dimensiones para obtener medallas en París y para que le reconozcan en Venezuela, y trata la moderna "naturaleza muerta" con la umbrosa gravedad de los "bodegones" españoles del tiempo de Ribera y de Zurbarán. Pero paralela a la enseñanza académica de monsieur Laurens y el cuadro con demasiada anécdota, se erigía ya en París la encantada

fiesta libérrima de los impresionistas. Su amigo Emilio Boggio, pintor de origen venezolano, relacionado con ellos y paisajista de singular gracia, acaso lo llevó —como quien escapa de la cautiva luz del taller— a estas fiestas de verdes y amarillos, de rosa y negro gasificado, de vibrantes y rotos reflejos de los nuevos maestros. Y junto a los grandes cuadros de exhibición y encargo —como *La Miseria*, *El Plazo vencido* y *La Taberna*— regresa a Caracas en 1890 con una serie de pequeñas obras: *Dama en el balcón*, *La lectora*; con numerosos croquis y acuarelas en los que ya comienza a despuntar el más ágil y dinámico impresionismo y que son para nosotros las muestras más puras y renovadoras de su genio. Aquí el joven y atormentado maestro ha superado las limitaciones —un tanto literarias— del tema: escorza las figuras con la fuerza de un Daumier, viste lo cotidiano con la leve y flúida atmósfera encantada de su *Dama en el balcón*; da dignidad de suprema forma y movimiento al sencillo boceto de *La mujer vistiéndose*, y logra los mágicos reflejos de aquella acuarela que se llama *La lámpara verde*. En la abundancia de sus bocetos a lápiz: niños, mujeres, figuras agitadas, se estaba ofreciendo la promesa del pintor más genial que hasta ese momento

había nacido en Venezuela; quizás la figura señera de toda la plástica hispanoamericana en aquellos años. Apenas el padre Olegario de Barcelona, cura de la caraqueña parroquia de "La Pastora", colocaba en su iglesia el enorme lienzo de *El Purgatorio*, por el que se habían pagado al artista en varios plazos doce mil bolívares, cuando un violento ataque de hemoptisis troncha la vida de Cristóbal Rojas, a los treinta y un años de su edad, el 8 de noviembre de 1890.

Su compañero Arturo Michelena vivirá ocho años más, para concluir a los treinta y cinco y víctima de la misma dolencia, en 1898. Pero si el mundo de Rojas fué atormentado y patético, el de Michelena parece más sereno y apolíneo. Dibujante insuperable fué Michelena, así como Rojas colorista. A veces por la justeza de línea, el bien recortado contorno y la calma armoniosa de la composición, podría llamarse a Michelena un parnasiano de la pintura. Y acaso los temas del Parnasianismo—después de pagar obligado tributo a los realista-burgueses como en *El niño enfermo* y *La Caridad*—le inclinan a la mitología de su *Pentesilea*, *Diana Cazadora* y *Baco*. De los tonos todavía sombríos de las primeras obras, envueltas en recogida luz de taller, el artista evoluciona hasta la tona-

lidad más luminosa, de bien cavada perspectiva y cabal virtuosismo dibujístico, de sus grandes cuadros históricos que comienzan en *Carlota Corday* (1888) y concluyen en *Miranda en la Carraca* (1896). Apenas quince años de intenso trabajo—1883-1898—colman su ardiente vida. Si no se atrevió a dar todo el salto que conducía de la pintura anecdótica y académica de los salones oficiales franceses de la segunda mitad del siglo XIX a la nueva visión impresionista, pronto el Michelena un poco convencional de *El niño enfermo*, arquetipo de sensiblera pintura burguesa, se empieza a plantear problemas técnicos: de ritmo y dinámico enlace de grupos, de agitados ropajes sueltos, de escorzos casi escultóricos como el de las figuras y caballos de *Pentesilea;* de bien distribuído claroscuro y ahondado espacio interior como en el cuadro de *Carlota Corday* en que las nítidas zonas de color contrastan con la nocturnidad de la muralla y los objetos colocados a la derecha; de perfecta composición sometida a un equilibrado eje central como en *La multiplicación de los panes y los peces;* de contrapunto de actitudes como en *Miranda en la Carraca* en que el movimiento de la pierna izquierda, que se prepara a saltar del sórdido y revuelto jergón, se opone al de la pier-

na derecha, que reposa, y una extraña antítesis de cansancio y opresión física y despierta energía espiritual, fijan la extraordinaria vivacidad del cuadro. Apacible armonía de color, con predominio de tonos claros, que hace recorrer todo el conjunto de estos cuadros sin choque ni esfuerzo como deslizándose en suaves planos. La fácil caligrafía de su dibujo cohesiona todo, impalpable y sosegadamente.

También había visto, como Rojas—aunque sin ahondar mucho en el problema—las primeras grandes muestras del impresionismo, y tan fino amador de la belleza y el misterio femenino (en contraste con la patética taciturnidad de su compañero) aplicará algo de las conquistas de la nueva escuela a la flúida luminosidad de las carnes, los cabellos, las sedas, tules y encajes de sus varias figuras de mujeres. El retorno a Caracas, saliendo del oscuro taller de París, le devuelve el goce de la luz del trópico. Se enamora de las flores que en tan deleitoso cuadro como el de la *Madre joven*—que pudiera ser el modelo mejor de la *madona* venezolana—vibran como en una pintura japonesa y ascienden casi aéreamente por el muro, a manera de símbolo de gozosa exaltación de la vida. Es también el retratista de una Caracas ya más fantasiosa, alada y grácil que la de las

solemnes y contenidas figuras de don Martín Tovar y Tovar. Si la *Madre joven* es uno de los más tiernos modelos de maternidad imaginado por nuestra plástica, en otros retratos femeninos—como el de su mujer doña Lastenia Tello—se nos ofrece el más encantado arquetipo de la dama caraqueña a fines del siglo pasado.

Casi la multitud de encargos, flores y retratos; de algunos paisajes—como la marina que posee la familia Torres Cárdenas, con su ya primera influencia impresionista—abruman a este fino hombre enfermizo que llega a ser ídolo de la sociedad. No faltan, es claro, dentro de su obra, concesiones a lo más convencional. En muchas casas caraqueñas deja el gran pintor de *Pentesilea* y *La madre joven* otra más liviana pintura de abanico. Pero descontando de su ardiente labor lo que debió sacrificar al gusto y las modas de entonces, es, entre otras cosas, uno de los mayores dibujantes que jamás hayan existido.

EL MODERNISMO DEL 1900

Con su nueva temática y el espíritu individualista, complejo, intencionadamente refinado y excepcional de sus creaciones, la Li-

teratura es como el arte arquetípico en Venezuela del 1900. Y Rojas y Michelena han muerto casi sin dejar tradición. Poco sabe ya el país de grandes artistas nacidos en su suelo que triunfan en Europa y se olvidaron de la patria tormentosa, agitada entonces por guerras civiles, como el pintor impresionista Emilio Boggio, que sólo vendrá a ser conocido de los caraqueños y a pintar paisajes nativos en la fecha aún lejana de 1919; como la gran ejecutante Teresa Carreño, quien no vuelve a Venezuela desde los días de Guzmán Blanco, o como el muy parisiense músico Reinaldo Hahn. De los gastados salones de la Academia de Bellas Artes, presididos todavía por don Emilio Maury, insurge a principios del siglo un muchacho inquieto, de fácil y comunicativo talento, quien en 1906 obtiene un oficioso premio por su cuadro *Los herreros;* es pensionado en París y puesto otra vez bajo la tutela de Jean Paul Laurens quien en su larga vida y magisterio parecía predestinado a adiestrar pintores venezolanos. Se llama Tito Salas; su fluencia creadora le permite obtener tempranas recompensas en el "Salón de artistas franceses" y los periódicos de nuestro país le saludan antes de cumplir los veinte años como el sucesor de Michelena. El vengará más de dos lus-

tros de silencio que ya pesaban sobre la plástica nativa. Pero junto a la enseñanza para el "Salón Oficial" que sigue impartiendo Jean Paul Laurens, Tito Salas es contertulio de los escritores y poetas modernistas hispanoamericanos que habitan París hasta la primera Gran Guerra: Darío, Enrique Gómez Carrillo; a ratos, Blanco Fombona. A través de ellos participa en ese *frisson* y aventura de la sensibilidad, un poco neurótica, que aporta el modernismo y lee las biblias espirituales—antes de que se impongan los nombres de Gide, Proust o Valéry—que vulgarizan la estética de la época. Se ama la vida peligrosa y antiburguesa a lo Barrès; se admira la crítica estética, no inmune al cultivado verdor de la decadencia, a lo Remy de Gourmont. Se estrenan en los teatros de París las obras de Gabriel d'Annunzio.

Tito Salas, de sensibilidad tan española, otea asimismo las corrientes que agitan la vecina península. Mientras se realiza aún en silencio y—como en círculos de iniciados—el triunfo definitivo de los impresionistas, el rescate de Cézanne y la iniciación de la gran aventura artística de Picasso, hay un pintor español que encarna durante pocos años los ideales del modernismo hispánico. Se llama Ignacio Zuloaga, y como un Goya menor,

más sombrío y más literario, quiere hacer una pintura que compita en temática y expresividad con lo que un Valle Inclán, un Baroja o un *Azorín* realizan en las letras. Reconstruye en su estilo nervioso, de poco sosiego plástico, rincones y escenas españolas casi arqueológicas; estampas que parecían redivivas de la España negra, o recorta sobre un paisaje casi crepuscular de Toledo el retrato de un *dandy* modernista como el escritor argentino Enrique Larreta. Si la tendencia histórica de otros pintores venezolanos como Tovar y Tovar y Michelena procede de su aprendizaje neoclásico, la de Tito Salas se emparenta bastante con la de Ignacio Zuloaga. Visión dinámicamente expresionista en la que la variedad de tonos y contorno del dibujo, se sacrifican a la energía totalizadora del colorido, y gusto por los horizontes borrascosos que sirvan de complemento al carácter de las figuras, parecen en él manifiesta influencia del pintor español. Y más que en el lento trabajo y ordenamiento de una Geometría de las formas en que se afana tanto la pintura después de Cézanne, Tito Salas quiere volcarse en pincelada directa, en brusca y coloreada descarga anímica. Después de obtener premios y medallas por sus primeros paisajes y escenas de género exhibidas en París, el gobier-

no de Venezuela le encarga el "Tríptico", inspirado en la vida del Libertador que ha de guardarse en el Palacio Federal, en la misma galería heroica que iniciaron las grandes escenas épicas de Tovar y Tovar y Michelena.

Desde el éxito que le depara esta obra juvenil, ya la carrera artística de Tito Salas se orienta de modo primordial a la interpretación de Bolívar. El paisajista de graciosos rasgos vivaces, la espiritual y moderna travesura que había en muchos de sus bocetos parisienses, será absorbido por el nuevo y dilatado oficio de pintor de Historia. Dispondrá—como ningún otro artista venezolano—de su propia Capilla Sixtina, que es la casa natal del héroe, cuya decoración le es entregada a partir de 1919. En el reconstruído caserón colonial emplaza una serie de grandes lienzos que comienzan como en una pastoral del siglo XVIII con el nacimiento del héroe en cuna rica, sus amores y juveniles andanzas, y ascienden en clímax trágico hasta la hazaña desmesurada, el patetismo, el dolor y la muerte. La nerviosa manera de entender el asunto hacen de Tito Salas un pintor muy diverso a como fué Tovar y Tovar. Quizás los más expresivos entre sus lienzos sean aquellos en que se mueven, barroca y agitadamente, grandes grupos

humanos como el de la *Emigración de 1814* o el de las sombrías figuras que siguen al Libertador por los helados desfiladeros del páramo de Pisba. A la visión más serena del héroe que dieran los retratistas anteriores, Tito Salas opone la de un Bolívar exangüe y quijotesco, conducido por su tormentoso fuego profético. El énfasis y agitación con que relata le importa más que el trabajo lento de los detalles y el enlace ajustado de las formas en que fueron maestros Michelena y Tovar y Tovar. El tipismo de la pintura española con su gusto del negro y de los tonos aborrascados, se impone a Tito Salas como al grupo de los pintores españoles que se marginaron del pleno aire impresionista y de la reacción constructiva que comenzaría con Cézanne para llegar al cubismo.

Hay otros pintores significativos dentro de lo que puede llamarse la generación de Tito Salas como Carlos Otero, actual director de nuestro Museo de Bellas Artes, quien desde las pobladas escenas que gustaba de pintar en sus juveniles años de París, evoluciona en su edad madura hacia el paisaje caraqueño buscando más flúidos efectos luminosos. También la influencia de la escuela española de comienzos del siglo en la línea que va de Zuloaga a Romero de Torres, pasando por Al-

varez Solomayor, se observa en tan cuidadosa retratista como Nina Crespo.

La temática macrocósmica que desde Tovar y Tovar hasta Tito Salas orientó la pintura venezolana hacia las escenas históricas, las batallas y los retratos, no había permitido a nuestra plástica profundizar en el misterio de la luz y la atmósfera tropical. Las tendencias impresionistas y su vívida manera fragmentaria de tratar la naturaleza (advertidas ya en algunas "obras pequeñas" de Rojas y Michelena) llegarán a nuestro país con más de treinta años de retraso. También desvía a otros artistas en la búsqueda de los problemas de la plástica pura el auge popular que desde fines del siglo XIX—y con el gran progreso de las artes gráficas—alcanzan los ilustradores de *magazines* y revistas. Aun en nuestro ambiente modesto de comienzos del 1900 una gran revista como *El Cojo Ilustrado* recoge trabajos de pintores como Herrera Toro, Almeida Crespo, Tito Salas, Pedro Castrellón; de escultores como Eloy Palacios, Lorenzo González y Andrés Pérez Mujica, y anima los primeros y muy expresivos apuntes de artistas de tanto talento—malogrados muy jóvenes—como Pablo Hernández y Abdón Pinto.

DEL IMPRESIONISMO AL CONSTRUCTIVISMO

Un pequeño núcleo de pintores que en 1910 se insubordinan contra la enseñanza demasiado académica que impartía en la vieja Escuela don Antonio Herrera Toro y salen a pintar paisajes caraqueños, forman en 1912 un heterodoxo "Círculo de Bellas Artes" donde ha de configurarse una nueva sensibilidad. Con ellos toma absorbente primacía la Naturaleza venezolana; están cansados de la Historia vestida de casaca y del mitologismo a lo don Emilio Maury. En lugar de Dante y Beatriz, aunque lleve la firma de Cristóbal Rojas, quieren pintar mestizos venezolanos. Encuentran en los árboles del trópico—bucares, apamates, araguaneyes, marías y en el nervudo chaguaramo parecido a una columna jónica—una fiesta de color y de formas que apenas asoman tímidamente detrás de un muro, y sin liberar todo su valor cromático, en algún apunte de Tovar y Tovar y de Michelena. Son andariegos y curiosos de toda montaña, toda playa, toda vieja aldea y todo verdor, estos jóvenes del "Círculo". Peregrinan al atardecer por las quebradas de los alrededores de Caracas y sus mancho-

nes de ocre y de verde; miran el Avila desde las redondas colinas de Gamboa, tienen fiesta los domingos en la casa campesina del pintor Marcelo Vidal. La emoción con que algunos escritores españoles muy leídos por ellos—el Baroja de *Camino de Perfección* y el *Azorín* de *Los pueblos*—pintan los más olvidados rincones, les excita a buscar la patria en una aventura de cosas menudas. Son pioneros de ese círculo cuya vigencia espiritual ha de prolongarse durante tres décadas del siglo, hombres de tan varia cronología como Federico Brandt (1879-1932), César Prieto (1882), Rafael Monasterios (1886), Antonio Edmundo Monsanto (1890 - 1947), Marcelo Vidal (1889-1943), Bernardo Monsanto (1894?), Próspero Martínez (1890), Armando Reverón (1890), Manuel Cabré (1890), y aun muchachos adolescentes de turbulenta precocidad como Luis Alfredo López Méndez (1901). En la vida y obra de semejantes artistas ha de cumplirse un poco el tránsito del Impresionismo a la nueva Geometría de las formas.

Fué quizás Federico Brandt, pintor solitario y casi deseoso de fugarse del profesionalismo pictórico, quien trajo al mundo pretenciosamente macrocósmico de la pintura venezolana el gusto del paisaje limitado, de la

naturaleza muerta mirada como valor en sí, en concentrada autonomía plástica; de la reducida escena doméstica. Frente al predominio de la anécdota y la sentimentalidad extra-pictórica en un Maury o un Herrera Toro, he aquí un hombre sumido en el gozoso ensimismamiento de los objetos. Ha visto en su juventud los pequeños maestros holandeses y flamencos; gusta de su contenido lirismo, del primor casi artesanal con que trabajan el más mínimo espacio, y paralela emoción quiere imprimir a su oficio plástico. En los colores fríos: verdes apagados, violetas, amarillos-blancos, rosas-grisáceos anhela revivir física y aun musicalmente, un Universo de cosas detenidas: callejuela colonial, rincón de patio, puerta que parece abrirse a un indefinido misterio. Pasó ya el tiempo en que la pintura debía hacer novelas históricas o folletines lacrimosos. Ahora la suave paleta contemplativa—por lo mismo que él pinta por gusto y no aspira a vender sus cuadros—puede deleitarse en el rugoso cuero de un sillón colonial, en la frágil estructura de una muñeca, el tramado de un cojín, el patinado zócalo polícromo de una callejuela. El artista—y es su mejor lección—no necesita empacharse de Historia y Mitología para alcanzar la sobre-realidad del Arte. Algo de

simbolismo alemán que estaba en su sangre y en su cultura, flota en esta atmósfera a la vez fluída y humosa del arte de Federico Brandt. Aunque las cosas que pinta parecen a veces terriblemente quietas, el aire peculiar que las envuelve las transporta en poético devenir. Por lo mismo que se nos presenta humildemente y sin declaración retórica, advertimos el alma que trasciende de ellas. Están en un "ahí" y un "momento único" de que las ha dotado la espiritualidad del artista. Acaso no lleguen a la grandeza de la sinfonía, porque permanecen en el marco y la melodía más limitados de la *Sonata*.

Desde que empezó a pintar en 1910, Armando Reverón es el más extraño hechicero de la Pintura venezolana. Los varios períodos de su vida y obra; su genialidad decorativa, sus únicos y cambiantes procedimientos técnicos, la peripecia inagotable de sus invenciones, merecían estudiarse en un extenso volumen. Cuando el autor de este trabajo escribió en 1939 un ensayo sobre Reverón, después de citar las varias influencias que parecen configurar su obra: Goya, los impresionistas, una admirable intuición lumínica que hace que algunos de sus cuadros estén tratados como mosaicos bizantinos, y la elegancia ornamental que logra arabescos y

esquematizaciones a lo Matisse, resumía la impar significación de nuestro artista con estas palabras: "El problema de su buen gusto, de su equilibrado refinamiento, de sus acordes de color—aun cuando use los tonos más sordos—es lo que destaca su pintura como valor único y depuradísimo. El proceso de alquitarada elaboración interior que su Arte constituye es tanto más admirable cuanto que él no tuvo a la vista el material documental —miniaturas, mosaicos o tapices orientales— a través de cuyo estudio llegará Matisse a crear un estilo ornamental del siglo XX. Trasponiendo a otras artes lo que sugiere Reverón, podíamos decir que es el más músico y el más poeta de nuestros pintores. En permanente fuga por el reino del color, poseído de su ritmo interno, el objeto no ha sido para él—sobre todo en sus últimas creaciones—sino un vago *leitmotiv* poético. Es el creador de una comarca encantada donde se recuestan enormes mujeres que descienden de la maja de Goya, pero cuyos cuerpos están ya sentidos como vibrátiles reflejos, donde la mancha azul o roja de un tapiz, el temblor de una flor o una cinta o cierto verde musgoso que sirve de fondo al cuadro, acentúan aquella impresión de misterio, de delicadeza y de fiesta. La nota venezolana (para él que está

tan lejos de lo costumbrista y de lo histórico) la da de pronto un detalle que parece extraído del subconsciente étnico, detalle en el que nunca insiste y que jamás describe: es aquel lorito que tiene en la mano la fuerte y sensual criolla de una de sus *gouaches* o aquel par de muchachas tendidas en la hamaca con un aire tan inconfundiblemente nuestro, o el payaso de circo pobre, en cuyo traje de colorines se amotinaba la luz y la gracia de todos los circos de nuestra infancia. O es—y nada hemos hablado del Reverón paisajista—aquel muro envuelto en la luz ofuscante y lechosa de un mediodía tropical; en ese como silencio del calor, muro de calle sola, sobre la cual se recuestan dos acacios gemelos. Artista de inagotable temática y de acendrada elegancia íntima (pintor de cámara se le podría llamar, así como hay pintores de exposición, Academia y Palacio) como no nos había nacido otro en Venezuela".

Aun en sus graves crisis de salud, casi rozado a veces por la locura, este artista genial—creador hasta en los extraños materiales que usa para sus cuadros—es quizás el más alto y admirado nombre de la Plástica venezolana de hoy; aquel en que se concilian todas las escuelas.

El paisaje del valle caraqueño, la abruma-

dora geometría cromática del monte Avila, toda la gama de verdores de nuestra naturaleza ha tenido un maestro constante y ejemplar en Manuel Cabré, formador de toda una generación de paisajistas. Hijo de escultores, peregrino durante largos años en las costas del Mediterráneo europeo—de contorno y volumen tan definido—el colorismo de Cabré está cuidadosamente frenado por su gusto riguroso de la forma, por el esmero de la composición y perspectiva. Sus masas luminosas de montaña tropical, las palmeras metálicas y los mangos centelleantes, la escala de verdores que enciende el valle, parece dominarlas como sabio orquestador que no deja un acorde suelto. Cabré logra como pocos un paisaje donde el anhelo de límite, volumen, equilibrada tonalidad y contorno, no apaga el brillo del color. Y es por su calmada búsqueda de exactitud, que artistas más nerviosos y sobreexcitados, que venían del surrealismo, y otros que en nombre de la abstracción repudian toda mimesis de la Naturaleza, han surgido contra el arte sereno de este maestro de paisajistas. Pero sin la amorosa entrega con que él se dió a la luz de su valle, lo analizó y profundizó en las más variadas gamas, no hubiera florecido en la Pintura venezolana todo un arte del paisaje en que son epígonos de Cabré pintores

tan distintos y entre sí tan distantes como Rafael Ramón González, Antonio Alcántara y aun Tomás Golding. Cabré ha sido un paisajista de voluntad arquitectónica, como en Rafael Monasterios predomina, más bien, una voluntad lírica.

Este paisajismo venezolano que ya despunta vigorosamente a partir de la segunda década del siglo es animado, además, por la visita y presencia en el país de pintores venidos de fuera, como el rumano Samys Mützner, entre 1916 y 1919, y el viejo maestro Emilio Boggio, quien ya anciano hace a su casi desconocida patria un emocionado retorno de hijo pródigo. Tanto Mützner como Boggio animan el trabajo de los jóvenes de entonces; recorren con Cabré, Monsanto, Monasterios y el siempre peculiarísimo Reverón, la campiña caraqueña y dejan memoria como Boggio en deslumbrante técnica casi puntillista, de la fascinación que les produce la tierra en el enorme cuadro titulado *Los samanes*. No menor inquietud y problemática trajo a esa generación en los años del 20 un excéntrico pintor ruso de rico y fantástico vigor ornamental como Nicolás Ferdinandov. Su colorismo bizantino, su decoración escenográfica, parece acoplarse bien con el cobalto violento y las formas marinas que encuentra en Margarita. Quería ser una especie

de pintor-buzo, anhelante de penetrar en las cordilleras y grutas abisales. Con sus teorías místicas de la Naturaleza y su patética locuacidad de personaje de Dostoiewski influyó mucho en la filosofía—como de yoga—que comenzó a forjarse entonces Armando Reverón.

Y en los años que median entre 1919 y 1930 ocupa un sitio en la historia artística del país la animosa generación de paisajistas. Se llaman, por ejemplo, César Prieto, artista de contradictoria versatilidad que ensaya a lo largo de su vida constantes cambios de estilos y temas; Antonio Edmundo y Bernardo Monsanto, hermanos de muy madura sabiduría plástica, en quienes el rigor crítico parece sofrenar la obra creadora; Rafael Monasterios, franciscano poeta de la Naturaleza, quien parece incorporar el color y tipicidad de la provincia en una escuela que casi se definía como peculiarmente caraqueña. En fluído juego de tonos recoge el ocre y la melancolía de algunos semidesérticos paisajes de su comarca larense, o el rosa más aéreo y vibrante de los cielos de Margarita; Luis López Méndez, precocísimo pintor del grupo, quien después de sus celebrados paisajes caraqueños alcanza en la edad madura suma virtuosidad en sus flores, marinas y naturalezas muertas. Sufren—como todos los hombres de aquellos días—el hosco rigor

y silencio de los años de dictadura gomecista: trajinan por el mundo; viven en países extranjeros, y tornan, como López Méndez, a animar el gran cambio que se operará en nuestra enseñanza artística a partir de 1936.

Estos hombres del "Círculo de Bellas Artes" vienen a darse la mano hacia 1930 con otra generación más joven y a ratos de divergente problemática, como la de Marcos Castillo, Francisco Narváez, Rafael Ramón y Pedro Angel González, Elisa Elvira Zuloaga, Juan Vicente Fabbiani, etc. Preocupan también ahora otros problemas de construcción y se ahonda en el proceso que en la Plástica europea ha conducido de Cézanne a Picasso, Braque y André Lhote, quien en su taller de París ha sido maestro de algunos artistas venezolanos. En sus extraordinarios retratos de niños y muy originales naturalezas muertas, Marcos Castillo expresa un vigor psicológico, un poético mundo de absorta introspección que dota a su obra de inconfundible personalidad. Acaso integra con Reverón y Monasterios una trilogía de pintores poetas. Rafael Ramón González que comenzó como paisajista de la escuela de Cabré, ahora parece orientarse —como en sus últimos cuadros de Margarita— a una visión más rota y sintética de la naturaleza en que ensaya juegos cromáticos, formas

más sueltas, simplificadoras e ingenuas, que evocan a Dufy. Pedro Angel González ha sido acaso el más diestro de los grabadores y aguafuertistas venezolanos. Tipismo popular, romántica del pasado, mitos y alegorías autóctonas, han ofrecido los grabadores salidos del excelente taller de González, como Gloria Pérez Guevara, Gilberto Antolínez, Julio César Rovaina, Angelina Curiel, Federico Reyna, Ventura Gómez, Argenis Madriz y muchos otros.

Francisco Narváez no es sólo pintor de acendrado gusto, de perfecta fineza decorativa, sino el más importante de los escultores venezolanos. Parecen coincidir en su doble ejercicio plástico la sabia y primorosa artesanía con el modernísimo instinto creador y equilibrio estético. De las más luminosas y sólidas maderas venezolanas ha sacado torsos que tienen el reposo y la energía tranquila de las figuras de Maillol. Hay, además, una simbología y un ritmo indígena en estas mujeres, que ondulan como sirenas o se levantan como cariátides de la tierra. Frutas, flores del trópico, alborotado cardúmen de peces, lo más coloreado y viviente de la Naturaleza venezolana, lo organiza el artista en ajustada fiesta de formas.

Los cuadros de Fabbiani—principalmente naturalezas muertas—se ofrecen en precisas

zonas de color cuidadosamente contrastadas. El pintor parece amar su materia casi autónomamente: paja, etiqueta o cristal de una botella, pliegue de un paño, sin otra significación que el agrado de pintarlos en ensimismamiento de pequeño universo. Elisa Elvira Zuloaga—discípula de Lhote—se ha planteado severos problemas de composición. La forma pura contra el color cambiante, distribución de espacio y ritmo de volúmenes, son tratados por ella con cautelosa sabiduría. Lo puramente plástico quiere afirmarse sobre lo pictórico. Y si es nota insistente de su pintura el tema del árbol desnudo, es para acentuar su preocupación morfológica, más que cromática. Pintura a ratos estructural con un gusto por los colores fríos—violetas y grises—en sorpresiva emoción de naturaleza detenida.

ÚLTIMAS PROMOCIONES Y CORRIENTES

La Escuela de Artes Plásticas y Artes Aplicadas de Caracas, radicalmente reformada en 1936, y donde han enseñado los maestros que acabamos de nombrar—los Monsanto, Cabré, Narváez, López Méndez, Fabbiani—y valiosos grupos de artistas extranjeros, tan venezolani-

zados como los españoles Ramón Martín Durbán y Ernesto Maragall, los chilenos Armando Lira, Marcos Bontá y María Valencia, el suizo Franz Rederer, el uruguayo Germán Cabrera, el francés Charles Ventrillon, etc., es el primer centro de irradiación e inquietud plástica en los últimos dieciocho años. Y así como en 1936 parecía predominar en la enseñanza artística una orientación post-impresionista y cezanniana, el tumulto y contagio de nuevas escuelas y teorías despliega ahora una doble corriente de cosmopolitismo y nacionalismo artístico. No hay que olvidar que en menos de tres lustros la casi recatada capital provinciana que fué Caracas hasta la muerte de Juan Vicente Gómez se ensanchó babélicamente; creció en superficie e inquietud. Frecuentes exposiciones de artistas de todas partes, abundancia de coleccionistas y *amateurs*, viajes constantes de venezolanos al extranjero, incremento de la cultura general, continuas corrientes inmigratorias, dilatan el ámbito y preocupación de la vida venezolana.

Si dentro de la más abundante floración de pintores que conozca la historia del país, eligiésemos sólo algunos últimos nombres significativos, definiríamos el agitado contrapunto de tendencias plásticas que caracterizan el momento. Y entre los menores de cuarenta

años ya se afirman algunos maestros que han merecido no sólo reconocimiento nacional, sino apasionada atención foránea.

Uno de ellos es Héctor Poleo, quien antes de cumplir los treinta y cinco años ha realizado obra de altísima categoría. Después de estudiar en Caracas pasó larga temporada en México contagiándose del impulso épico y vigorosamente autóctono de los maestros mexicanos: Rivera, Orozco, Sequeiros. Pero dotar a ese sentimiento no sólo nativo sino trascendente, de una sabia Gramática de las formas, fué precoz aspiración suya. Viaja por Europa y ahonda en el opulento misterio formal de los maestros renacentistas italianos. Las dos corrientes que se fundieron en la monumentalidad del Renacimiento: el linealismo escultural, la construcción y perspectiva de un Masaccio y un Mantegna y el lirismo decorativo de los últimos sieneses y primeros y grandes venecianos, pasan por la latitud de su pintura, interpretados por un alma moderna e introvertida a quien no satisface tan sólo la forma porque busca también la profundidad espiritual. Por su maestría plástica, el vigor de su línea, la clara justeza del color, se le ha comparado a veces con Salvador Dalí. Pero aunque ambos coincidan en la común disciplina renacentista, difieren profundamente en el tono emocional.

No le interesan al joven maestro venezolano las cabriolas y saltos en el escándalo, del famoso juglar pictórico de Cataluña. No necesita contarnos sus aderezados sueños freudianos. En formas a veces maravillosamente estáticas, congeladas de meditación y angustia, donde la plasticidad—casi a lo Piero della Francesca—de las figuras, alterna con los paisajes y elementos simbólicos de desolación y protesta contemporánea, quiere expresar su desgarrado clamor por un nuevo humanismo. Es pintura no sólo para los ojos, sino también para la reflexión. Sin caer nunca en la gritería del "cartel político", el grave joven maestro dispara su anhelo de Justicia insurgente y radical espiritualidad. Los cuadros de Poleo, que enlazados con la más venerable tradición plástica de Occidente son al mismo tiempo tan actuales, no sólo se han exhibido en los centros de cultura de Europa y América, sino exornan grandes museos de los Estados Unidos.

Otros jóvenes salidos de la Escuela se volcaron en las más varias y polémicas tendencias. Frente al Salón Oficial surgió otro de Independientes, y se formaron talleres libres sin sujeción escolar. Hay los llamados pintores sociales que contra el caballete, que consideran individualista y burgués, quieren lanzarse al gran mural multitudinario. Intentan una

pintura así, artistas como Pedro León Castro, César Rengifo, Gabriel Angel Bracho. Su intención, que no se satisface con la obra cumplida—porque invade también la teoría y el manifiesto—es ofrecer una vasta épica social de Venezuela. Y si todavía no lo consiguen o les faltan muros para realizarlo, presentan las primeras muestras y fuerte preludio de lo que quieren hacer. Artistas de tan equilibrado y sabio talento como Armando Barrios, después de haber seguido en sus retratos, paisajes y naturalezas muertas todas las conquistas plásticas del constructivismo moderno, han dado un salto a la pura estilización abstracta. La nueva tendencia también atrae ahora pintores que se iniciaron con tan rica mitología figurativa, como Pascual Navarro, Alejandro Otero Rodríguez, Mateo Manaure, Carlos González Boggen y Alirio Oramas. Quienes hace años admiraban la casi surrealista invención de Navarro, los paisajes de Otero Rodríguez y las composiciones de Manaure, de un precoz clasicismo picassiano, no siempre pueden seguirles en el nuevo proceso plástico. En recientes construcciones de Caracas, los murales y ornamentos de estos artistas y de otros más jóvenes, compañeros suyos, que se colocan en la vanguardia antifigurativa, se adaptan a las masas geométricas de la nueva Arquitectura

y al rabioso cromatismo de que quieren vestir sus edificios algunos arquitectos audaces. El público inquiere si la función de esta pintura novísima será plegarse, ancilarmente, a las exigencias de lo arquitectónico. En pintores de tanto color y fantasía como Mario Abreu y Oswaldo Vigas, lo abstracto es apenas elemento de deformación dentro de lo figurativo; simple apoyo o recurso de estilo, y cuidan de que la forma naturalista subsista aún dentro del arabesco y la tracería ornamental. El grupo "abstraccionista" ha animado los trabajos del Taller Libre, dentro de nuestra actual vanguardia plástica.

Aunque hay también abstraccionismo en la obra de MAS (Manuel Salvatierra), su intención procede de otro mundo de mitos y símbolos americanos. La búsqueda de un casi milenario subconsciente étnico que al hombre de este Continente le viene en las piedras mayas y aztecas, en los petroglifos venezolanos, en venerables fábulas mestizas, es lo que nos ofrecen sus obras, en las que el centroamericano Carlos Mérida encuentra otra solución expresiva para el Arte del nuevo mundo. Lo abstracto ocupa así un apasionante primer plano en la actualidad artística del país.

Mucho es lo andado y largo el desfile de nombres en este último proceso de nuestra

plástica, que se inició en 1936. En estos mismos días, toda una inquieta y estudiosa colonia de pintores de la postrera hornada que realizan la aventura abstraccionista, exponen en París. Entre las nuevas generaciones, un Carlos Cruz Díez y un Virgilio Trompiz encarnan una tendencia muy personal que casi no puede incluírse dentro de las citadas categorías. Julia y Mary Brandt traducen a una clave estilística, cada día más moderna, la fina sensibilidad que heredaron de su ilustre padre don Federico. Al margen de la Escuela siguieron su constante tarea otros artistas de tan varia tendencia y cronología, como Pedro Centeno Vallenilla, característico pintor del Modernismo; paisajistas como Eduardo Schlageter, Antonio Alcántara, Tomás Golding; tan ecléctico como Alvarez Sales (1904-1947) y Alberto Egea López.

Sitio de singular importancia en la historia moderna de nuestra Plástica debe acordarse a los artistas extranjeros que comparten con los venezolanos el entusiasmo y responsabilidad de la jornada. Hay entre ellos personalidades tan constantes y tan nuestras, como Ramón Martín Durbán, Abel Valmitjana, Armando Lira, María Valencia, caraqueños con tres lustros de adopción, y luminosos intérpretes de este valle. Nadie ha pintado en Venezuela con

tan franciscano desprendimiento como Ramón Martín Durbán. Dibujante y pintor de ornada y flúida línea zigzagueante, imaginativo, lírico y a ratos travieso como su descomunal paisano aragonés don Francisco de Goya, este grande hombre modesto, a quien sus amigos llaman *el Majo*, ha trabajado casi sin recompensa. Además de sus paisajes y composiciones ha sido fiel retratista e ilustrador de los escritores y poetas venezolanos. La nostalgia de su tierra española—conjurada en admirables alegorías de la guerra—se armoniza con el primor decorativo de sus estampas venezolanas. Abel Valmitjana, hombre de leonardescas aptitudes, que puede manejar con emoción y fluidez el lenguaje de todas las artes, ha cumplido una obra ingente de resurrección estética del más olvidado folklore venezolano. Si aquí llegó hace quince años mostrando sus imágenes europeas, de tan moderna gracia decorativa, después haría un viaje de retorno a Europa, exhibiendo en París—con mucho éxito—el nuevo y fantástico trofeo de mitos y visiones venezolanas. Armando Lira no sólo es excelente paisajista e intérprete gozoso del mar y la montaña tropical, sino respetado Profesor de Dibujo en nuestra Escuela de Artes Plásticas y Artes Aplicadas. Larga huella labró su cuidadosa didáctica, su sabiduría y amor por el

vieja muralla. contra el mar y las costumbres demasiado audaces. Quedaban todavía cubiertos de dura vegetación de ñaragatos los últimos conventos y las últimas casonas agrietadas por el terremoto, la guerra a muerte, setenta años de derroche vital y de desorden. De aquí saltaron de sus chinchorros o de los labrados lechos coloniales, la raza nervuda y febril de los libertadores. Quedaban las ruinas del convento de las Concepciones y de San Felipe Neri; la portadilla barroca, tratada con gracia y prolijidad de retablo, de la iglesia de San Francisco; las arcadas de la Plaza Mayor donde se puso precio a la cabeza de Miranda y se proclamó también el 19 de abril. Había una laguna—en esta ciudad que después será tan sedienta—llamada del "Espino", que en los días de Guzmán será surcada por muy parisienses botecitos, en los que aprenden a remar, cuidados por el ayo tuyero y por la sirviente martiniqueña, los chicos de la más escogida "crema". Con sombrero de paja, largo corbatón y pantalones bombachos jugarán también al aro y conocerán las primeras y horribles bicicletas de 1875. Por la calle de Mercaderes, bajo la muestra de los relojeros suizos, transitan doctores y generales de levita, sombrero de copa, lujoso bastón de monograma y negra barba

envaselinada, que apenas se defienden de la canícula con sus pantalones de dril blanco. Las mujeres van apresadas en sus altos corsés, en las campanudas faldas donde flotan las cintas y los encajes, y parecen bellas, extrañas y a veces cómicas aves tropicales. Según la edad, esbeltez, forma del sombrero y del peinado, semejan desde la gallina doméstica hasta el paují, el tucán, la reinita y el tucuso azul. Sobre el busto envarillado, donde el seno va a estallar junto al antepecho de terciopelo como bomba anarquista, cuelga el aúreo dije con el retratillo del bigotudo galán que se fué a la guerra civil. Los nombres de las batallas parecen también nombres de valses; se llaman, por ejemplo, "Río Tocuyo" o "Flor amarilla".

Los poetas—rizadas melenas y barbas que oscilan entre el romanticismo y la gramática neo-clásica—a veces se reúnen a conversar y abren sus parasoles en la esquina del Museo en que Guzmán Blanco ordenó reunir "herbarios y conchas marinas, objetos raros, petrificaciones y concreciones, caprichos de la naturaleza, producciones de climas extraños y de los nuestros". Alguna vez se abre un concurso óptimamente pagado sobre las "glorias del ilustre americano", un paralelo histórico entre "Bolívar y Guzmán" o una oda "al po-

der de la idea". Don Felipe Tejera—como nuevo Ercilla—está componiendo sus epopeyas interminables: *La Colombíada* y la *Bolivíada*, y del bolsillo de los hermanos Calcaño—nido de ruiseñores—salen discursos académicos, epitalamios, traducciones y cuentos exóticos que ocurren en las ciudades italianas del Renacimiento, en Stambul o en Venecia. De tiempo en tiempo llega de Maracaibo, con sus historias marinas, el trágico relato de la tripulación que se le enfermó de cólera y el gran chubasco en que comenzó a componer su balada de *Santa Rosa*, el bondadoso y hermoso gigante que se llama José Ramón Yepes. Dejó en el álbum de una caraqueña su aplaudida canción de *La Ramilletera:*

Ramilletera de estos alcores,
siempre vendiendo, llenos de cintas,
de cintas verdes, ramos de flores.

El mayor foro popular es el Mercado, junto a los soportales coloniales, que se demolerán para construir la Plaza Bolívar. Allí, una Caracas semi-rural de criadas y vendedores de pañolón o floreados pañuelos de la India; de borriquillos que traen la flores de Galipán; de yerbateros prodigiosos, de santeros que venden con las oraciones canónicas

las del Justo Juez, la de Santa Marta y la del Anima Sola; de ollas de chicha y carato, de mondongo y adobo, de todos aquellos especiados y fragantes productos de la zona tórrida, en cuya enumeración se entretiene el lápiz costumbrista de Bolet Peraza en un cuadro de aquellos días.

Pero ya había venido sobre su blanco caballo pasitrotero, con brío y jactancia de Santiago Apóstol, el general Guzmán Blanco, a modificar tan añejas costumbres. Quien se sentía el hombre más civilizado de Venezuela necesitaba, como nuevo Augusto o nuevo Pedro el Grande, no sólo pacificar, sino también refinar a los venezolanos. Desde el progreso material hasta el arte de combinar los vinos o iniciar una contradanza que se parezca a las de las Tullerías, quiere enseñarla tan altanero pedagogo. ¿No era tan infalible que quiso sostener ante los académicos de la Lengua que el verso castellano se medía por pies, como los exámetros griegos? Y la bella doña Ana Teresa será la emperatriz Eugenia de este Napoleón III, más hábil y buen mozo, que nos había nacido en el Trópico. En las *Glorias de Guzmán Blanco* se había publicado, en varias lenguas, su biografía; sabíamos en alemán que "Antonio Wurde am 28 Februar in Caracas der Haupstadt

der Republik Venezuela geboren"; en francés, que "il mit un terme à la guerre civil de la Federation"; en italiano, que "Venezuela lui deve la restaurazione del suo credito interno ed esterno, la istruzione, la inmigrazione e tutto il suo ingrandimento morale e materiale che le da oggi la fisonomía di vera nazione civilizzata". Y los venezolanos debíamos obedecer, sin crítica, cuanto quisiera imponernos, porque, según un frenólogo de Nueva York, que se acercó a medirle y definirle el cráneo, era hombre de "naturaleza excepcional, de constitución activa y excitable, que casi no soportaba que se le contradijera".

Ahí está ahora—como antes se impuso a los híspidos y barbudos caudillos de la Sierra de Carabobo y jugó dados con el lúgubre *Agachado* y no le temió a la ferocidad del "chingo" Olivo y arrojó su tremenda justicia de Padre Eterno sobre el irredimible Salazar—dirigiendo los artífices y obreros que levantarán, alternativamente, el templo masónico y la iglesia de Santa Teresa, las escalinatas y glorietas románicas del Calvario y el muy romano peristilo y cúpula del "Teatro Municipal". Que ha salido sobre su caballo peruano, seguido del fiel guardaespalda, a quien apodan *Tomás Mariposo*, por las ca-

lles de Caracas es indicio de que todos deben trabajar. Es gran maestro y gran pontífice. Discutirá los planes de un edificio con Roberto García y Juan Hurtado Manrique y la calidad de la mezcla con los albañiles. Con una especie de irritado complejo filial, su padre, el viejo Guzmán, que se había preparado para ser el supremo dispensador del liberalismo vernáculo, ha de calmarse escribiendo sus prolíficos *Datos históricos suramericanos*, cambiándose cada semana sus pelucas y enviando cartas fastidiosas a *La Opinión Nacional*, para consolarse de ese poder que le quitó el hijo altanero. Como es época de énfasis y adjetivos, el cachorro hecho león le contenta con un pomposo título de "ilustre prócer de la independencia suramericana", que él debe contestarle con otro aún más extenso: "ilustre americano, regenerador y pacificador". Y esta Caracas que ha de salir de los sueños de su cabeza y de la reminiscencia de sus viajes, parece un poco su propiedad personal. Los templos gemelos de Santa Ana y Santa Teresa tienen el anagrama de su mujer, como si se tratara de la marca de un ajuar o de una vajilla doméstica. Y erige su prestigio, casi divino, sobre dos cosas contradictorias y completamentarias: que se siente tan caudillo como un Venancio

Pulgar y un León Colina, y a la vez tan refinado y cosmopolita como el más presuntuoso gran duque europeo.

Hay algo de progreso de tarjeta postal, de civilización traída por la "linterna mágica" en esa Caracas que desde el adobe aborigen pretende ascender hasta el afiligranado gótico de relojería de la portada de la Universidad o el neoclásico partenón del Palacio Legislativo. Hay carencia de sentido histórico en sustituir aquel gracioso retablo de imaginería barroca a la española que servía de frontis a San Francisco por otra más liso y geométrico donde los santos policromados se cambian por los de la helada marmolería industrial francesa. Su bizarro gusto de la pompa y de la apariencia, no le permitió siempre adentrarse en el meollo de las cosas. Y cuando sea más dictador ha de imponernos una "Constitución suiza", como si fuésemos un país de pastores alpinos, ministros calvinistas y relojeros. Que todos se entretengan con sus graciosas invenciones; que los cuerpos de la nación se disfracen y desfilen como en una escena de corte en sus actos oficiales de gran parada; que mientras él esté en el país tenga la cuerda de Venezuela en el bolsillo.

Y quien contempla en las bonitas láminas

del libro de Miguel Tejera *Venezuela pintoresca e ilustrada (1876-1877)* aquel pequeño foro cívico de la Caracas guzmancista que conduce desde la Ceiba de San Francisco hasta la calle de Mercaderes, encuentra una deleitosa superposición arquitectónica. Allí hay pedacitos minúsculos y traducidos al estuco—ya que el presupuesto del país no alcanzaba para mármoles—de París y de Londres. Y la gran estatua del Saludante, mirando a la vez al Templo de las Leyes, puede evocar también al Marco Aurelio ecuestre de la romanísima Plaza del "Campidoglio". Pero en un país donde la violencia, la guerra, el ímpetu destructivo de la vida trataba a la naturaleza como una madrastra, Guzmán Blanco vuelve a ser el primer protector saludable del agua y los árboles. Quizás su mayor proeza civilizadora—además de la Ley de Instrucción Primaria—fué convertir aquel lúgubre erial del Calvario donde en los días de la Guerra a Muerte se fusilaron, alternativamente, realistas y patriotas, en la colina hecha jardín, que es todavía—para quienes saben verlo—el más bello rincón de Caracas. Culpa de los caraqueños actuales y de una edilicia insensibilidad estética es haber casi tapiado, con bloques de cemento, el acceso a esa florida terraza de la ciudad, que podría

ser nuestro "Pincio" o nuestro "Piazzale Michelangelo". Subía en coche el "ilustre americano" a mostrar su ciudad a visitantes como el príncipe Enrique de Prusia, con el orgullo de un sultán que hace desplegar su gran tapiz de Samarcanda. En las tardes de domingo una Caracas ingenua se congregaba junto al pequeño zoológico. El sabio doctor Ernst había bautizado los animales y los árboles; clasificó todo el delicado jardincillo de hierbas de olor. Pasaban las gentes de la vivaracha sociedad de los monitos "titi" a las grandes pruebas trapecistas de la "marimonda" y a la exhibición de modas y colores del paují de copete, de la "tigana", que parece diva de ópera, y a las menudas joyas del colibrí "topacio" y del "garganta rosa". Los más irónicos comparaban al viejo Guzmán, por la barba rojiza, indefiniblemente enmonada a fuerza de tinturas y tricóferos, con el araguato anciano, que ya sólo aúlla. E invirtiendo el refrán venezolano, los últimos godos que reservaban un sitio en el infierno a don Antonio Leocadio decían que, bajo el guzmancismo, hijo no carga a su padre.

Esa es la Caracas de Guzmán Blanco que a ochenta años de distancia asoma sus últimos capiteles corintios, sus hierros forjados a la francesa, sus cornisas de estuco y sus

mascarones de ópera, dentro del polvo de las demoliciones. Nuestros nuevos modelos de vivir ya no se buscan en Roma y en París, sino en Houston, Texas. El arquitecto individual, al que el dictador daba sus órdenes como Pericles a Fidias y Guzmán Blanco a Roberto García, le sustituye el anonimato capitalista de la empresa constructora. Contra esos pequeños dijes afiligranados de la época de Guzmán se levantan unos edificios enormes, de estilo impersonal, semejantes a grandes acordeones de cemento que dentro de ochenta años, acaso, nos parezcan mucho más feos que los que estamos demoliendo. Pisamos la Pompeya de una época, y de la muralla que se derriba aparece, como en un escenario existencialista, la gárgola de una canal haciéndonos muecas o el paisaje deleitosamente cursi de un papel de tapicería. Se entierran con sus álbumes de retratos, sus muebles muy decorados, sus espejos, sus pesados relojes y sus alabastros, los últimos vestigios del siglo XIX. En el Capitolio de Caracas aún se yerguen, como ironía o esperanza que nos legara Guzmán Blanco, dos blancas estatuas de la Ley y de la Justicia, con todo su profuso alegorismo décimonónico. Son cariátides que, simbólicamente, parecen sostener el edificio de la República. Y entre tantos azares y vio-

lencias de nuestro proceso histórico, no sabemos si aún se conservan vírgenes o han sido sucesivamente blanqueadas. Sobre el gran tazón de agua, junto a los árboles del patio, aún revolotean aquellas palomas de Caracas —las del viejo poema de Pérez Bonalde—, las que pueden siempre volar sobre la miseria de las cosas, las que ignoran los crueles cambios de la Historia.

II

CARACAS 1920

Podría compararse la Caracas de los años veinte con aquellas ciudades italianas de las novelas de Stendhal, que se detuvieron con su tirano sombrío, sus medievales mazmorras y sus bellas y apasionadas mujeres, capaces de inspirar las aventuras de Fabrizio del Dongo en el umbral de la vida moderna. O ésta llegaba en el equipaje de un viajero que traía una que otra noticia del tumultoso mundo, en los planes de un conspirador romántico o el explosivo libro que colmaba de ideas de libertad insatisfecha el espíritu insomne de los adolescentes. Por una parte la vida era hermosa—porque nos acercábamos

a los veinte años y los instintos y los sueños despiertan pronto en la demasiada luz del trópico—; por otra parte, la muerte también parecía acosarnos en el peligro, la persecución y el holocausto de que fueron víctimas muchos de los venezolanos de entonces.

Enclaustrada—como todo el país—en la censura y el silencio oficial del sistema gomecista apenas llegaban a Caracas los pálidos y recortados reflejos de la cultura foránea; llegaban compañías de ópera, opereta y zarzuela, dramas de María Guerrero; tonadilleras españolas, como Paquita Escribano y Resurrección Quijano; toreros, como *El Gallo*, que se anotaron tardes espléndidas y pávidas "espantadas" en el Nuevo Circo, o poetas recitadores al estilo de Villaespesa, quien logró estrenar en el Municipal un ripioso drama sobre Bolívar, en el que centelleaban, a veces, las más melódicas luciérnagas o lentejuelas poéticas. Además de las escenas de retrasado medievalismo que acontecían en la corte del tirano, en los lóbregos presidios, en el consultorio del famoso brujo Negrín, que por aquellos días—y contra las protestas de la Facultad de Medicina—tuvo fama de gran taumaturgo y sacaba del estómago de sus pacientes culebras de dos cabezas.

Fuera del estrado, donde corrían las gra-

ves presentaciones y donde el señor Veloz Goiticoa, con su emplumado tricornio bajo el brazo—a guisa de gallina muerta—anunciaba los nombres de los dignatarios: el procurador general de la nación, el presidente del Consejo de la Orden del Libertador, la Corte Federal y de Casación, el arzobispo de Caracas, había, con bellos sombreros de flores y *aigrettes* y volanderas cintas, perfiles de medalla clásica, chapines diminutamente chinescos y coquetos abanicos (porque en aquel año hubo una resurrección de abanicos), la más florida cosecha de mujeres caraqueñas. Pregunté sus apellidos (era un muchacho provinciano todavía extraviado en Caracas) y me dijeron que se llamaban Altunas y Parras, Toledo y Pulidos, De las Casas y Salicrup, Tellos, Olavarrías, Jiménez y Jahn, Blancos y Herreras y otros nombres que ya me habían parecido de hadas y diosas en las tricromías de las revistas ilustradas. A mi provincial timidez ellas semejaban inalcanzables, y estaba lleno, como todos los muchachos de mi generación, de disparados ensueños y fantasías reprimidas.

Pero la escena medieval que iba a contar ocurría a las puertas de la Casa Amarilla, después de un baile en honor del monárquico visitante. Los *chefs* del excelente restau-

rante El Louvre y aquellas tradicionales y honradas familias que durante generaciones enteras rellenaron y trufaron pavos y alcanzaron el punto justo y más difícil de los almíbares y las salsas, habían enviado sus azafates opíparos, sus montañas de viandas y postres al sarao y banquete del Ministerio de Relaciones Exteriores. Después de una noche espléndida de música, embriaguez y voluptuosidad, salían al amanecer con botellas de *whisky* y *champagne* escondidas en los capotes algunos jóvenes aprovechadores, y hasta cierta honorabilísima y anciana señora, que tenía fama de ser un Atila de los *buffets*. Con la luz del día siguiente ya comenzaba a amontonarse a las puertas del Ministerio una ávida multitud proletaria a quien los chambelanes del Palacio obsequiaban las sobras. Y como pobres perros hambrientos alargaban sus pedazos de periódico para recibir restos de pernil o revueltas migas de pavo relleno y ensalada de gallina. Es aquella escena, entre todas, las que me fija el dramático sentido feudal de la vida caraqueña de entonces. Porque con igual grosería ¿no lanzarían a su plebe—acumulada junto a las murallas del castillo—los residuos de su derroche, los más broncos barones del medievo? El ejemplo es bastante significativo de

la escasa conciencia social reinante en la Venezuela de aquellos días. Tampoco nuestra cultura penetraba más allá de aquellos territorios retóricos—muy al estilo del siglo XIX—y de algo de modernismo artístico que nos llegara en los libros de Darío, Rodó, Azorín, Valle-Inclán, Díaz Rodríguez, Blanco Fombona. La filosofía oficiosa más audaz se había quedado en el positivismo. Se llamaba hombre muy culto a quien podía poseer en su biblioteca los veinte y más volúmenes de la *Historia Universal* de Oncken. En materia artística, el suceso más extraordinario de aquellos días fué una exposición del viejo y excelente maestro impresionista Emilio Boggio, resucitado que volvía a su tierra natal desde los círculos de Manet y de Monet de los años 80. De las grandes cuestiones suscitadas en el mundo alrededor del problemático 1920: victoria de la revolución rusa, inquietud socialista en todas partes, primeros síntomas del fascismo, lucha por el derecho obrero, Sociedad de las Naciones, movimiento de reforma universitaria en casi toda Hispanoamérica, cambios sociales y políticos de magnitud considerable en México, Chile, Argentina, sólo sabíamos lo que podía filtrarse en una que otra revista salvada de la censura del Correo. En nuestra generación, demasiado

inclinada entonces a la literatura (tiempo de aplaudidos recitales en el "Teatro Capitol" de los poetas de moda: Andrés Eloy Blanco, Luis Enrique Mármol, Fernando Paz, Castillo, Jacinto Fombona, Pachano, Gonzalo Carnevali, Rodolfo Moleiro, etc., que los jóvenes recién venidos escuchábamos con entusiasmo de neófitos), sólo un hombre que nos llevaba pocos años y quien yo encontré en el grupo más activo de estudiantes de Derecho, tenía auténtica inquietud y curiosidad por los problemas internacionales. Fué a Adriani, que ya leía varios idiomas preparando su aprendizaje de estadista, a quien primero le escuché hablar en la crisis del positivismo del siglo XIX, del auge del bergsonismo, del alcance mundial de la revolución rusa, de las teorías económicas y sociales de Walter Rathenau, del instrumentalismo filosófico norteamericano, del psicoanálisis y de cuantas ideas explosivas afloraba la época. Los grandes escritores venezolanos que nosotros admirábamos desde la provincia (Gil Fortoul, Díaz Rodríguez, Pedro Emilio Coll, Blanco Fombona) no estaban en aquellos años en Caracas, y a falta de ellos recibíamos el consejo de los representativos de las generaciones siguientes. La cultura clásica y aquella pasión que hoy llamaríamos "existencial" de José Antonio Ramos Sucre;

el esteticismo cosmopolita y postmodernista de Ramón Hurtado; el claro don de análisis de Eduardo Arroyo Lameda; la estimulante cordialidad y curiosidad de Luis Correa; la erudición de toda rareza de Leopoldo Landaeta; el rigor, a veces implacable, de Julio Planchart; el silencio poblado de intuición mágica de Rómulo Gallegos, orientaban un poco, y muy contradictoriamente, nuestra juventud. En otro plano—también de convivio deleitoso—nos acercábamos a escuchar, en la Cervecería de la Torre, o en amables turnos de ostras y vinos españoles en La Glacière, las brillantes y humorísticas paradojas de don José Austria el mejor conversador venezolano que jamás escuchara; las anécdotas peraltadas de suntuoso estilo oratorio de don Eloy G. González, y aquella vieja sabiduría de radicalismo extremo, bebida contradictoriamente en Lucrecio y Spinosa, en Rousseau y en Darwin, del doctor Lisandro Alvarado.

También parecía Caracas una ciudad "stendaliana" en su gusto por las personalidades bizarras y la buena conversación. Los modelos entonces vigentes de la sociedad criolla eran todavía franceses y españoles, lo que quiere decir que la vida tenía menos prisa y más gracia. Las retretas dominicales de la Plaza Bolívar, dirigidas como por un vie-

jo almirante por el maestro Pedro Elías Gutiérrez, congregaban encantadores grupos de muchachas y nos hacían comparecer a los mozos, en trance de la primera conquista romántica, con solemnes palto-levitas, chalecos de fantasía y extravagantes plastones. Era fácil que nos presentaran en la Plaza a las chicas que nos embelesaron y que una luminosa mañana de domingo, poblada de esperanzas y fantasías sentimentales concluyeran amablemente en la pastelería "La India", en juvenil obsequio de helados y vasitos de vermut. Si teníamos éxito en esos primeros asedios, mediaban invitaciones a las muchachas para una función de cine en el Rialto o en el Capitol que ellas sabían corresponder con otras a sus casas, donde, al son de la vitrola, se improvisaban ingenuos bailecitos de *one step* o *foxtrot*. La generación de la primera posguerra ya sustituía el vals y la mazurca de nuestros padres por las danzas sincopadas al modo norteamericano. Tenían también suma audiencia los pasodobles y *schotis* españoles, con sus letras trágicas y ardorosas:

Pisa, morena, pisa con garbo,
que un relicario te voy a hacer.

O ésta, cursísima, de *Rojo como un puñal:*

Rojo como un puñal ensangrentado,
como el color de la española enseña,
como la boca húmeda que sueña
besar un corazón enamorado.

En ese dualismo de amor romántico, de palabras que no se atrevían a nombrar el cuerpo y la carne, y de instintos reprimidos para merecer—a fuerza de idealidad—la belleza absoluta, los versos y la música de ciertos pasodobles pasaban como cálido y enceguedor simún:

Sevillano clavel, rojo como el deseo,
cuando tocas mi piel, abrasada me veo.

Algo de los anhelos, represiones y frustraciones de la Venezuela de aquellos días se refleja en dos libros, quizá las más significativas obras de ficción publicadas en el país entre 1920 y 1924: *El último solar*, de Rómulo Gallegos, e *Ifigenia, diario de una señorita que se fastidiaba*, de Teresa de la Parra. La primera es una etopeya de las generaciones que nos precedieron, de su lucha contra la barbarie y la violencia nacional y, al mismo tiempo, de la vaga irrealidad poblada de impulsos contradictorios con que las más finas e inquietas minorías se habían situado ante la angustia del país. En el Reinaldo Solar de Gallegos chocan sin armoni-

zarse las más varias corrientes que configuraban la época: por una parte el personaje ejemplariza el refinado y contemplativo crepúsculo de una estirpe; es el último romántico envuelto en indefinible angustia cósmica; pasa del nihilismo al explosivo e inconstante entusiasmo; parece simultáneamente conservador y reformador y reuniría en doble naturaleza al superhombre de Nietzsche y al humilde y religioso *mujik* tolstoyano. Cuando se quiere liberar por medio del arte, le acecha la sensualidad más neurótica y junto a la pasión amorosa y la contemplación artística, está añorando el tumulto y frenesí de la acción autónoma. Cuando se precipita en ella y se sume en la violencia para superarla, y busca en la guerra civil—a la vieja manera criolla—un como testimonio de virilidad plena, el choque es tan desgarrador que ya desea más la muerte que la victoria. Acaso sin que Gallegos—como todos los creadores de símbolos—pudiera advertirlo en la novela llegaban a su climax y final conflicto sin salida, las fórmulas individualistas de una época que estaba cambiando. Desde otra perspectiva, el libro de Teresa de la Parra, más allá de su engañosa e insinuante frivolidad, plantea asimismo la crisis de una aristarquía social y de sus convenciones y represiones mo-

rales. La obra, que comienza como graciosa murmuración de muchacha inteligente y deleitable cuadro costumbrista, conduce a una tragedia desolada en las últimas páginas. También esta Ifigenia, como la otra, será sacrificada a los torpes ídolos de la tribu, a los prejuicios de un mundo de formas demasiado arcaicas. La historia empezó con risas y termina en desvelos y lágrimas. Y desde aquella alba trágica del último capítulo, en que las cosas parecen ofrecerse a la protagonista insomne con la más despiadada claridad, desnudamente crueles, parece que ella advierte en la conciencia y el dolor de su destrucción, los collados de otra tierra prometida más comprensiva y humana.

Ibamos a salir—los que éramos muchachos en aquel dilemático año 1920—a la conquista de nuevos mundos morales y sociales. Nuestro atrasado romanticismo juvenil sufriría la prueba y expiación de una época que se tornó terriblemente tormentosa cuando los conceptos y fundamentos de la vieja cultura debieron modificarse ante la eruptiva emergencia de otras realidades. Aquí estamos todavía con las huellas y el dolor del impacto. Sufrimos como toda generación bruscamente solevantada por la Historia, horas de naufragio y horas de esperanza. Si no logramos aquella

isla de Utopía, hacia donde pusieron proa nuestros sueños, algo hay de nosotros, de nuestras meditaciones, creencias y consignas, en lo que está discutiendo la época.

III

PERFIL DE CARACAS 1945

Aún quedan en la Caracas de 1945 algunos caraqueños ingeniosos y bien educados: don Pedro Emilio Coll, el Dr. Santiago Key Ayala, Eduardo Michelena, caraqueñísimo gerente de nuestra "Lotería de Beneficencia", que escriben y hablan un castigado e incisivo idioma y sienten horror físico y moral cuando leen en un periódico venezolano de estos días frases como la siguiente: "La culturización masiva del conglomerado promete ser exitosa". El área geográfica de estos caraqueños, últimos depositarios del estilo, se extendía en dirección oeste-este, desde el guzmancista "Paseo del Calvario", con sus ninfas y estatuas de bronce, a la moda de 1870, y su romántico jardín criollo, hasta el Parque de la Misericordia, deteniéndose—es claro—en sitios tan característicos como la Ceiba de San Francisco, el patio de la Academia de la

Historia, la esquina de Las Gradillas, la Plaza Bolívar, con los viejos guerrilleros que cuentan anécdotas de la revolución de 1903; del *Mocho* y del *Caribe Vidal*, y la antigua "Cervecería de la Torre", que hasta 1925 ofrecía a los trasnochadores unas deliciosas tostadas de queso amarillo y un casi sólido chocolate español. Todavía en 1936 Luis Correa era un insuperable cicerone de Caracas. Luis representaba como pocos caraqueños esa curiosa mezcla de costumbres francesas y españolas, que se superpuso al misterio y azar de nuestra vida criolla y marcó el tono social de la pequeña metrópoli entre los últimos años del siglo XIX y los primeros cinco lustros del presente: la Caracas de la época que puede llamarse con una palabra antipática "pre-petrolera". Era la Caracas donde las mujeres se vestían con los modelos de la "Compañía Francesa" que parecían reproducir las figuras de Toulouse Lautrec y de Renoir, aunque el exceso de plumas, de cabellera y de punzones en el sombrero, no estuviera de acuerdo con la circunstancia climática. Del "Colegio de San José de Tarbes", donde aprendieron la angulosa caligrafía francesa, con sus letras enormes y un tanto afectadas, las muchachas de la buena sociedad o de la clase media pudiente salían para ca-

sarse con tanta ostentación que durante una semana la crónica social de los periódicos publicaba la heteróclita lista de los regalos. Estos comprendían desde los más caros aderezos de la casa Gathman, hasta unas horribles estatuíllas de terracota italiana con escenas pastoriles, cazadores del Tirol o muy sonrosadas aldeanas del Lago de Como, de aquellas que describió Manuel Díaz Rodríguez en sus *Sensaciones de viaje* (Caracas. 1895). El desecho de esa Caracas que se fué, las últimas formas retorcidas del 1900 se pueden observar todavía en algunas casas de San José o San Agustín o en las "chiveras" como la del antioqueño Restrepo, quien con su cultura y formalidad colombiana ha actuado como un verdadero Proust del comercio: siempre a la busca del tiempo perdido.

El francesismo caraqueño de entonces predominaba en trajes y perfumes, en el exceso de *champagne Clicquot* en los matrimonios y grados académicos, en la literatura de la generación de *El Cojo Ilustrado*, que escribió cuentos a lo Maupassant, "manchas de color" y "análisis de almas". Prevalecía, además, en algunos restoranes ya desaparecidos, como el "Louvre", cuyos *menus* organizaban de modo insuperable los últimos *gourmets* que he conocido: Luis Correa o el Dr. Fran-

cisco Izquierdo. Gustavo Manrique Pacanins, ahora procurador general de la nación y adepto, por mandato médico, al Agua de Vichy o al "Evian", fué, hasta pocos años, un exigente anfitrión. Las nuevas generaciones—hay que decirlo—han perdido el sentido del gusto y hasta cometen el sacrilegio de beber *whisky* durante la comida. Pero aquel francesismo no chocaba, de ningún modo, con el españolismo más popular de viejos cafés, hoteles y botillerías como el difunto "Barcelonés"; el antiguo "Hotel Continental", de grandes balcones gaditanos; cierto "Hotel Familias", última Thulé de los cómicos y banderilleros sin contrata, ni con el entusiasmo por las corridas de toros, las inmensas apoteosis tributadas a Belmonte y al *Gallo* y la paciencia para escuchar recitales de Villaespesa, de Eduardo Marquina o de Juan José Llovet. Todavía en 1924 en alguna casa de la calle de Candelaria, en medio de una reunión con música y canto, la señorita recitadora que cultivaba como una orquídea su tuberculosis incipiente, disparaba ante el pequeño público los versos aprendidos en la "Academia de Declamación" de Fernández de Arcila:

En tierra lejana
tengo yo una hermana.

O de manera más cálida:

...Iba muerto de sed. Tu voz tenía
un trémulo frescor de agua corriente.

Era tan grande la separación de los sexos (aunque el *fox* y el *one step* representaron una verdadera revuelta moral frente al vals y la mazurca), que a través de los versos, muchachas y muchachos, en plena combustión afectiva, se decían lo que hubieran preferido decirse en el más elemental y eterno lenguaje de las manos.

Mucha gente—y es la diferencia con los presentes días—estaba, entonces, como fuera de la circunstancia histórica. Apenas se podía afirmar que vivían. No era sólo el horror de la dictadura gomecista que impuso a cada familia el tributo de un preso político, sino la mezquindad y pobreza de una clase media—que aún no se atrevía a llamarse de este modo—y el silencio y abandono del pueblo. Las pensiones de estudiantes por donde en 1922, 1923, los que teníamos veinte años entonces, padecimos hambre e incomodidad, eran frecuentemente comandadas por señoras de muchas campanillas, aspirantes a conseguir una protección fija del Estado como descendientes de próceres o de los veinte mil generales que a través de las guerras civiles se

sacrificaron por el país, y mientras la patria las premiaba, parecían cobrarse un anticipo en nosotros. Se puede hacer una novela triste y barojiana de aquellas pensiones de estudiantes. Están en la novela todos los elementos: el culto del pasado con la anciana señora que de su preterido esplendor efímero conserva los zarcillos con que fué a un baile guzmancista cuando el Centenario del Libertador; la tragedia de los "punta de raza", que interpretaron en algunos cuentos Pocaterra y Urbaneja Achelpohol; la del estudiante cuyo romanticismo contradictorio quiere conciliar el platónico amor a base de flores, versos y cartas y la "enfermedad de trascendencia social" de que está padeciendo, y la inesperada presencia en la casa de dos policías de "la secreta" que vinieron a buscar a uno de los jóvenes "porque se había expresado mal del Gobierno". Y ya se sabía demasiado, en los días de Gómez, cuál era el itinerario de quienes no trataban al Gobierno con irreprochable cortesía.

Una Caracas plutocrática reemplazó ya, muy definidamente, hacia 1925, a la Caracas afrancesada y andaluza de los comienzos del siglo. La antigua economía agrario-pastoril era sustituída por la vertiginosa e imperialista economía del petróleo. Naturalmente que los gran-

des jefes petroleros de aquellos años, los ingenieros de Texas que vinieron a perforar nuestro subsuelo y los *advisers* políticos que toda compañía americana paga para entenderse con la mañosa gente criolla, visitaban al general Gómez y en las concesiones que el Gobierno hacía a las empresas, se reservaban algunas *rovalties* de privilegiados personajes del régimen. Así los últimos años de la dictadura, constituyeron una invitación al enriquecimiento. Gentes que ni siquiera se habían capacitado para ser ricos, saltando todas las etapas sociales y culturales, se veían de pronto con una ingente masa de millones. Si los venezolanos del 1900 bebían en las botillerías españolas de grandes espejos y mesas de mármol o en los clubs de "La Concordia", "La Alianza", "La Unión", "La Amistad" y "El Comercio", que existían en las capitales de provincia su *cognac* "Hennesy" o sus capitosos vinos andaluces y tarareaban, cuando estaban borrachos, el dúo de "Los Paraguas" y la romanza del "Caballero de Gracia", desde 1925 el *whiskey and soda* sustituyó a los licores mediterráneos y una borrachera—cuando había norteamericanos—podía concluir con el idiota estribillo de una de las primeras películas habladas de entonces:

If I had a talking picture of you...

Las tertulias familiares, con valses románticos, sangría preparada en la casa, y poemas de Andrés Mata, fueron reemplazadas por los *parties* a la yanqui, en los "Country Clubs". La muchacha nadadora o tennista tuvo más validez social que la recitadora. Entre 1925 y 1936, Caracas edificó para el exclusivo disfrute de una plutocracia satisfecha algunos de los más bellos clubes campestres de la América del Sur: el "Country", con sus grandes avenidas de chaguaramos y mangos y el estupendo artesonado de su comedor; los "Palosgrandes", con sus terrazas que se recuestan junto al Avila y proyectan el mejor balcón para dominar todos los verdes del valle; el "Club Florida", con sus acacios rojos y su gran piscina de azulejos; el "Club Paraíso". También—y como otra cara de la medalla—un infeccioso mal gusto, de gentes que necesitaban mostrar su dinero, se vertía en algunas quintas de las urbanizaciones: quintas de doscientos a trescientos mil bolívares. En Maracaibo, ciudad más afectada aún que Caracas por esta riqueza sin estilo ni raíces, el general Pérez Soto hacía erigir el complicado y costosísimo merengue,

revestido de chocolate, fresa y sapote, de la "Basílica de la Chiquinquirá". El pueblo venezolano asistía mudo y desengañado a esta bacanal de los ricos; apenas los domingos, en las pulperías del barrio de Catia, mientras raya su canción mexicana o su tango argentino la última vitrola o una radio estrepitosa perifonea las carreras, consumían su "berrito" y su "caña" mala que daban a los hospitales una alta cuota de desnutridos, tuberculosos o cirrósicos. Para la "consunción", el "pasmo", la "bola de fuego en el estómago", el "quebranto de huesos" o la "lombriz de cuatro cabezas", el viejo brujo criollo ofrecía sus pócimas, sus parches, yerbas y bejucos. Y hasta el dictador Gómez, que nunca perdió su alma de labriego supersticioso y sorprendido ante el mundo, consultaba al yerbatero Negrín. Desconfiado de todo—hasta de su policía—había hecho traer de la montaña a una legión de mocetones sanos y analfabetos (a quienes se hacía creer que los "caraqueños" podían "madrugárselos") para constituir la feroz banda de "chácharos". En alguna oculta casa y por misterioso sistema de "células", estudiantes y chicas con deseo de emancipación se reunían para discutir las bases del "materialismo dialéctico". La censura intelectual la ejercitaban, a veces, en las li-

brerías los "chácharos", que alcanzaron a aprender el "Libro Segundo" y que tenían orden de incautarse de cuanto papel pareciera sospechoso. Pero se cuenta que una roja edición de *El Capital*, de Marx, pudo mostrarse impunemente, durante largo tiempo, en una librería, porque su título parecía a los censores coincidente con el pensamiento del general Gómez. ¿No era el "Benemérito"—como decían los periódicos—defensor del Capital y de los hombres de trabajo?

Para reposar y seguir mirando sus prados, los grandes bueyes zebú traídos de la India, los camellos de dos jorobas que eran ornato de su jardín zoológico, y escuchar de madrugada las coplas del ordeñador, el general Gómez había construído para sí y para los suyos que fueran muriendo una alta tumba en forma de minarete islámico, en la verde y jugosa campiña de Maracay. Allí duerme hasta ahora inalterable sueño, a partir de un trajinado mediodía de diciembre de 1935. Se parecía más bien a los califas de las Mil y Una Noches, en cuanto era profundamente desconfiado; hablaba en apólogos que se hacía necesario traducir al lenguaje lógico de Occidente, y practicó casi por obligación ritual —porque era ascético más que voluptuoso— la más seria poligamia. Aunque parezca ex-

traño, hay muchas gentes que todavía lo recuerdan y le rinden invisible culto, porque, entre otras cosas, la Venezuela surgida después de 1935 les impone mayor esfuerzo mental. Por enero de 1936, los viejos parques de Caracas y hasta los dos circos taurinos (el "Metropolitano" y el "Nuevo Circo") se convirtieron en foros ideológicos. Los emigrados que volvían de los más antípodas sitios del mundo, que vieron la "Plaza Roja", los mítines parisienses del "Vel d'Hiver" o la huelga de los mineros asturianos, abrieron ante los ojos de la ávida multitud su caja de sorpresas políticas. Se arengaba y se discutía: había liberales, socialdemócratas, socialistas de la Segunda Internacional, comunistas, trotskistas y aún numerosos inconformes que aspiraban a establecer su propia teoría sobre el Estado y la Sociedad. El lenguaje criollo que se estancara en la simpleza aldeana y la continua represión exigida por la dictadura, o en las formas ya convencionales de los "discursos de orden" y del pseudo-clasicismo académico, recibía un continuo aporte de barbarismos o de nuevas nomenclaturas para revestir las cosas. Surgieron palabras pedantes y difíciles, como "culturización", "conglomerado", "estructuración social". Una manifestación como la que en febrero de 1936 fué a

pedir al general López Contreras que "ampliara el radio de las libertades públicas" (para hablar en el lenguaje de aquellos días) se llamaba un "desfile masivo". Pero, a través de las nuevas palabras, y aun contra el rechazo de los académicos, penetraba en la vida venezolana mayor emoción social y sentido de justicia. Hasta las mujeres prefirieron a su antiguo *Nocturno* en el piano, junto al novio pálido y el ramo de rosas, la organización de centros culturales y filantrópicos, de casas-cunas, casas hogares y aún pronunciar arengas de lucha en la "Federación de Estudiantes" o en los incipientes partidos "democráticos". El Gobierno no podía menos que empezar a descubrir algunas palabras que, como "Sindicato", habían estado proscritas del vocabulario oficial. En los periódicos podía decirse que en el Llano había paludismo, que en el Estado Yaracuy la única forma de propiedad agraria es el latifundio y que los maestros primarios ganaban sueldos de hambre. Y aun contra todos los prejuicios (de los ricos contra los pobres, de una plutocracia irresponsable y satisfecha contra los intelectuales, de la mediocridad titulada contra el hombre inteligente, de los viejos contra los jóvenes, del venezolano que no salió nunca y se siente depositario e intérprete de cier-

ta misteriosa realidad autóctona que no podrán comprender quienes vivieron en el extranjero) mucho se empezó a hacer. Surgieron nuevos hospitales: unidades sanitarias, escuelas, comedores escolares, institutos y servicios públicos de toda índole. Al pueblo y la clase media se le dieron facilidades para adquirir vivienda propia sin tener que pagar a los bancos el honorable interés del 12 por 100 y gravar todo lo mueble e inmueble con la más sólida hipoteca. Junto a las urbanizaciones de los ricos aparecieron las de los trabajadores y modestos empleados, como "Bella Vista", "Pro Patria", "Lídice". En los grandes bloques del actual "Silencio", en que han trabajado arquitectos de fina sensibilidad como Villanueva y Bergamín, no se escatiman el aire, la luz, los prados verdes para que corran los niños. Son como la maqueta y prefiguración de una nueva Caracas más aséptica, justiciera y luminosa que la que desapareció con la dictadura. En la Caracas de hoy —como lo puede afirmar el doctor Baldó— la tuberculosis ya no es una enfermedad de moda. Y la caraqueña prefiere su rostro y su espalda "arrosquetada" por el sol del deporte a la "palidez lilial" de otros días.

Hay, naturalmente, grandes problemas por resolver. La vida es cara, y economistas y so-

ciólogos analizan los efectos que nos produce la racha petrolera. Se ha hecho bastante por la educación del pueblo, pero nos falta todavía un claro y preciso plan de alta cultura. A los veinte años los muchachos quieren ser ricos, miembros de los clubs más plutocráticos, irresistibles dominadores de la Sociedad, pero carecen de calma para prepararse. Quieren realizar, a veces, la Revolución o el alto Capitalismo sin cumplir las etapas previas que las dos metas antagónicas necesitan. El temprano discurso de mitin ahoga en algunos chicos que tienen talento todo serio trabajo de estudio y documentación. Ya repetirán con una voz que de armoniosa se hará gastada, las mismas consignas que fueron nuevas y que se van descolorando. Las damas, en lugar de conversar con su nativa gracia de pájaros, prefieren juntarse a jugar *bridge* o *rummy*. Lo que la vida social pierde en ingenio, buenas maneras y espiritualidad, se sustituye por inagotables rondas de *whisky* y de *cocktails*. Lo más necesario para el éxito caraqueño no es la imaginación diabólica o el razonamiento calculador de los personajes balzacianos, sino el hígado a prueba de "bombas" y de trasnochos. Junto a los dorados *high balls* se hacen negocios. Y algún inmigrante audaz que llegó hace poco tiempo,

aprendió pronto las mañas de los criollos y sobre esas mañas edificó su alta especulación, nos mira con piedad a los que en esta tierra tan próspera seguimos escribiendo o leyendo libros. Sin embargo, contra todos y contra la misma prosperidad, hay que seguir en nuestro duro oficio de ser venezolanos. La virtud nativa, por excelencia, es esta estoica y casi intemporal virtud del "aguante". Ella la pone a la ilusión y esperanza con que es necesario seguir combatiendo y soñando por el país, un revestimiento duro y viril como el de la "pitahaya", que bajo su corteza espinosa acendra tan tónica frescura.

LOS ANDES PACÍFICOS

CONTRASTES GEO-PSÍQUICOS

En los últimos años el automóvil y el avión, acercando las gentes, han disminuído los contrastes psicológicos que se advertían entre los pueblos andinos, y entre éstos y el resto de la República. El más visible de los antagonismos—dentro de la misma zona cordillerana—era el que puede llamarse geo-psíquico entre los habitantes de los valles y vegas calientes y los de las empinadas altiplanicies como se ejemplarizaba en las diferencias entre una villa bulliciosa, mercantil, igualitaria y extrovertida como Valera y otras de ceño más taciturno y jerárquico comó Mérida, La Grita o Boconó. A medida que se ascendía en metros de altitud y se remontaba a sus orígenes el curso de los ríos torrentosos, el alma montañesa parecía tornarse más conservadora y tradicionalista, regresábamos a estilos de vida Etica, recato y cortesía que se estrati-

ficaron en el siglo XVII español. Al caliente paisaje del cacao, de las vegas de caña, al sombreado y fresco del café y a la gélida paramera del frailejón, correspondían también psiques y actitudes distintas.

Como los primeros pobladores hispanos que huían de tan largas aventuras en el arcabuco tropical prefirieron asentarse en lugares frescos y propicios al cultivo del trigo y de las frutas europeas, a la llamada tierra fría o templada de la zona andina, se asoció un estilo histórico más patinado y venerable que el de las poblaciones de tierra baja, surgidas y desarrolladas en el siglo XIX como centros de tráfico hacia el lago o sitios de acceso a las tres únicas y pobres vías férreas que se quedaron orillando la periferia lacustre: el ferrocarril de Motatán a La Ceiba, el de los Cañitos al Vigía, el ferrocarril del Táchira. Del camino al lago, que era también el del mar y el del forastero mundo cosmopolita, brotaron poblaciones como la dinámica Valera, en el Estado Trujillo, y Colón, en el Estado Táchira. Eran las postreras etapas de los largos y despaciosos arreos de mulas que por cuestas y páramos conducían a Mérida, Tovar y San Cristóbal los víveres, las telas, los implementos agrícolas, el alambre de púas para cercar las propiedades, las drogas y las

cervezas foráneas. A espaldas de baqueano caminador se acarreaban también los pesados órganos de las iglesias, los pianos para las señoritas de la sociedad y las primeras plantas eléctricas. El transporte de un piano desde Maracaibo hasta Mérida por la primitiva costa lacustre del Vigía resultaba más caro que el instrumento mismo, y se elevaba a veces hasta trescientos pesos. Mientras en las villas nuevas y más próximas a los caminos de salida se albergó una sociedad más cambiante y dinámica, en otras como Mérida, La Grita y Trujillo se siguió viviendo una existencia más formalista y jerárquica que prolongaba en nuestra serranía el mundo ceremonioso y cerrado de la España de los Austrias. Centros de vieja cultura eclesiástica y conventual, la Iglesia frecuentemente configuraba y absorbía allí—a pesar de todas las reformas republicanas—instituciones que eran más del orden civil que del religioso. Los juristas de Mérida en pleno siglo XIX sostuvieron con los obispos Unda, Bosset y Lovera polémicas sobre fuero, diezmos o jerarquía eclesiástica que recordaban los de los regalistas españoles en el siglo XVIII. Y la catedral emeritense—como en la Edad Media—sometió a solemne excomunión y entredicho allá por 1913 a un ilustre catedrático de la Uni-

versidad, firmante de ciertos papeles heréticos. En tan hermosas montañas parecía vivirse para el sosegado cultivo de la tierra en haciendas que jamás enriquecían; para ganar el cielo y alegar en los tribunales haciendo todavía citas del viejísimo tratado de *Derecho Español* de Sala y del venerable Derecho Canónico. No era extraño que muchos de los doctores de la Universidad quisieran lucir por eso, junto a la púrpura del Derecho Civil, la cinta morada de la Divina Teología. Y a los lectores curiosos que podían traducir el latín de los canónigos, el *Boletín Diocesano* servía cada mes los más enrevesados casos de la Teología moral. En Mérida nos instruían latamente de las asechanzas del pecado, antes que de los gozosos bienes de la vida.

A los contrastes geo-psíquicos, determinados por el clima y el *habitat* humano, seunían ciertas diferencias de formación histórica. Hasta 1777 la jurisdicción del Virreinato de Nueva Granada se extendía por los actuales Estados Táchira y Mérida hasta la región de Timontes. Trujillo entraba, en cambio, en el gobierno de Caracas. Y así pugnaron en los Andes desde temprano dos grandes influencias culturales: la que seguía el camino Bogotá-Tunja-Pamplona-La Grita-Mérida, y

la que desde la costa Caribe, pasando por El Tocuyo y Carora, llegaba a las primeras "cuchillas" trujillanas. Aun el observador que mire más allá del camino real observaría en comidas, fiestas, supersticiones o trabajo artesanal la coexistencia o el choque de estas dos corrientes históricas. Pero el desarrollo y rapidez de las vías de comunicación unifican cada vez más, dentro de una estricta homogeneidad venezolana, los contrastes y antagonismos. Un habitante de Valera, por ejemplo, ya no siente tanto su diferenciación de las gentes de la tierra fría, porque en poco más de veinte minutos de autobús sube hasta la fresca explanada de Escuque o al boscoso y húmedo paraíso de La Puerta, como otro de Mérida descubre el trópico en toda su abrasada opulencia descendiendo en una hora a las antes terríficas laderas que caen a las vegas de Estanques y al bajo Chama.

Dentro de la unidad andina hay que atender, sin embargo, a la regional tipología de los tres Estados. Trujillo, de tan legendaria tradición guerrera, tan quisquilloso y castellano en su vieja Etica caballeresca del honor, es diverso de la Mérida universitaria, parsimoniosamente conservadora y más irónica que violenta, y del Táchira nuevo, progresista y emprendedor, con gran sentido prag-

mático. Irónicamente un merideño que acompañó a otros andinos en expediciones y aventuras políticas por toda la República, definía de este modo la actitud de las gentes de la cordillera ante el concreto hecho económico. "Los trujillanos—me decía—prosperan, si hay; los tachirenses, haya o no haya, y los merideños no prosperan, haya o no haya." Con el fatalismo de mi paisano y a fuero de buen merideño, me satisfice pronto con el destino de inferioridad económica que nos asigna tan graciosa máxima.

LA CULTURA QUE NO ESTÁ EN LOS LIBROS

Porque hasta comienzos de este siglo los Andes tuvieron una vida relativamente autónoma y comunicada con el mundo exterior más por el lago de Maracaibo que por el litoral del centro del país, venezolanos de otras partes cuando vieron insurgir las montoneras de Cipriano Castro, que de modo tan fulgurante ocuparon el Capitolio, atribuyeron a los andinos una serie de mitos y prejuicios fabulosos. Se habían ya olvidado los "orientales" de Monagas y los "corianos" de Falcón, y tocaba a las gentes de la montaña su

turno en el reparto y la ofensiva caudillesca. A la zaga de los caudillos venían también bachilleres, letrados o candidatos a funcionarios públicos. Como ocurre en todas las revoluciones, se habían quedado en casa las gentes que tenían algo que guardar y no querían exponerlo a los azares y precipitación de la guerra. También en los Andes—como en todas partes—había castristas y anticastristas, gomecistas y antigomecistas. Pero la imagen del andino belicoso que peleó en Tocuyito y usufructuó pueblos como jefe civil, opacaba la de multitud de montañeses pacíficos—inmunes a toda excitación política—que permanecieron adheridos a su pegujal. Para muchos compatriotas distantes, los "andinos" venían a descubrir la Cultura en Caracas, ignorando no sólo los ciento cuarenta y tres años que ya tiene la Universidad de Mérida, sino la más añosa tradición colonial de los colegios de Mérida, La Grita y Trujillo. Se sabe mucho de los guerreros de Tonomó y de La Mocotí, pero muy poco de un canónigo Uzcátegui que ofrecía al rey de España a fines del siglo XVIII todo su peculio personal para que le permitiese crear en los alrededores de Mérida una de las primeras escuelas de "oficios útiles" que debían fundarse en los dominios españoles. Y música, bibliotecas, periódicos y

libros impresos había en los Andes muchos decenios antes de que los andinos de Castro descubriesen el Capitolio. A fines de la Colonia ya hubo gentes que llevaban a la montaña—como el legendario obispo Torrijos—aparatos de Física y Química y muy profanos libros de lo que entonces se llamaba "Filosofía Natural". Y no es de gentes incultas, sino de teólogos y juristas, la vivaz dialéctica que exponen los patriotas merideños al adherirse a la Junta de Caracas y clamar por la independencia en septiembre de 1810. Después, en la Mérida de hace más de un siglo, Miguel María Candales podía enseñar a sus alumnos en su propio y muy novedoso texto de Gramática Latina; Juan de Dios Picón alegar liberalísimamente contra el fuero militar y eclesiástico, y escribir sobre Estadística, Geografía y planes de Industria y Educación para su provincia; el maestro José María Osorio instrumentar una ópera, y doña Berenice Briceño, en gentil acceso de frenesí romántico, componer una tragedia que quería emular con Zorrilla y el duque de Rivas y que se llamaba *La flor de cabiorá*. Había representaciones dramáticas de aficionados, tertulias con música y poesía, solemnes colaciones de grado, pícaras "ensaladillas" y epigramas de los estudiantes; vida espiritual que se abría paso

a pesar del soledoso hermetismo montañés. (En visitantes y viajeros de nota como el colombiano Laverde Amaya, autor de un pintoresco libro de viajes por nuestra cordillera, y la francesa madame de Roncajolo se hace justicia a la buena sociabilidad y cultura de aquellas provincias en las décadas del 70 al 80. Y en la *Geografía Universal* de Eliseo Reclus hay una encantadora página dedicada al penseroso sosiego de Mérida.)

Cultura provinciana, sin duda; de mucho madrugar, andar a caballo por la posesión agrícola y sentarse a leer reposadamente junto a los corredores de la hacienda, festoneada de albricias. Porque los caminos eran malos y todo no podía traerse de las costas a lomo de mula, la inventiva autóctona debía sustituir frecuentemente las deficiencias técnicas y los reclamos de la producción. Para el beneficio del café y la elaboración de la harina se improvisaban trilladoras, molinos, cilindros y descerezadoras, reemplazando ya la tracción animal por la fuerza hidráulica. Se adaptaba a la rueda Pelton y a las complicadísimas poleas traídas de Estados Unidos, algún pesado artilugio mecánico de invención criolla. Esto hasta que las carreteras y las modernas *caterpillars*, ensanchando las montañas, permitieron conducir máquinas de mayor precisión

e ingente tonelaje. Enternece a medio siglo de distancia la lectura de un periodiquito de tan sabias lecciones agrícolas y económicas y de tan progresiva conciencia industrial, como aquel *Paz y Trabajo* que dirigió en Ejido el doctor Julio C. Salas, que pretendía orientar a conuqueros y ganaderos, y en el que pedagógicamente se disertaba sobre semillas, conservación de suelos, abonos, cultivos y pequeñas industrias rurales. Y es que junto a los montañeses agresivos hubo también los pacíficos y sedentarios; los hombres de escuela y granja, los que continuaron una tradición que iniciada con el enciclopedista canónigo Uzcátegui, se prolongaba en gentes de tanto ímpetu moderno como un Rafael Salas y el primer Caracciolo Parra en el siglo XIX, y un Diego Febres Cordero—creador del milagro agrícola de Rubio—hasta la segunda década de la presente centuria.

Se mantuvo, asimismo, una tradición de artesanía autóctona que sólo ha venido a dislocarla nuestra modernísima cultura aluvional de mercancías importadas y de dinero fácil. En los Andes, la casa con su huerta doméstica, su horno para el gran amasijo, su gallinero, sus árboles frutales y hasta sus colmenas de abejas, era una unidad de producción en que las mujeres trabajaban como la "Pe-

nélope" de la *Odisea*. Codazzi enuncia en su vieja Geografía las ancestrales manufacturas merideñas de alfombras, cobijas, juguetes pascuales, confites y bocadillos, y toda aquella algazara de objetos nativos que aún en el tiempo de mi infancia se vendían en el rumoroso mercado de Mérida y en los tenduchos y talleres criollísimos de la hoy muy cambiada calle de Lora. Se mostraban obras de muy limpia talabartería, empinadas sillas de montar; estribos, polainas y gualdrapas; guruperas y petrales; frenos de muy fino trabajo; rejos para enlazar; cordeles y cabuyas; tripas y cuerdas para guitarras; violines y requintos de confección aldeana; muñecos para los pesebres, y santos de toda índole que acaban de salir con sus grandes chisguetes de pintura del beatífico taller de don Aquilino Briceño. Las "donadas" del ya extinto convento de las monjas Clarisas podían realizar en azúcar para deleite de un obispo humanista como monseñor Silva, los símbolos y emblemas del Antiguo y el Nuevo Testamento: el Cordero pascual, el buen pastor llamando a su rebaño, el viñedo de la Eucaristía.

Pueblos de muy concentrada religiosidad, en torno del templo—como en la Edad Media europea—parecía cobijarse la vida comunitaria. Antes que los arquitectos y los ingenie-

ros viniesen a planificar las ciudades, hubo alarifes de muy graciosa invención. Me acuerdo todavía del muy mentado Lisímaco Puente, a quien llamaban en toda la cordillera el "constructor de torres" porque desde las bajas y míseras casas de los hombres se había disparado con sus *duomos* de ladrillo y blanca argamasa a la conquista de la Eternidad. Supo levantar y rematar a plomada una de las torres gemelas de la Catedral de Mérida, que, según decían los mayores, estuvo a punto de convertirse en torre de Pisa después del terremoto de 1894; y aprendiendo en tan grande estructura lanzóse ya en profesión de torrero magnífico por todas las iglesias de la serranía. Cuando en cualquier pueblo de los tres Estados la junta de damas y caballeros piadosos había reunido los primeros cuatrocientos pesos para reparación o construcción del templo, se llamaba a Lisímaco Puente para que le aderezara su peculiar *campanile*. Había inventado un como estilo románico de su propio magín, potente de llenos y masas de ladrillos, que llega a su clímax artístico en la torre y las cúpulas de la iglesia de Escuque. Este pueblo trujillano quedó tan contento con la buena obra del artífice, que en el frontis de la iglesia se recuerda su nombre y se le sigue rememoran-

do como los florentinos al Giotto. Y tras de Lisímaco marchaba siempre en noble expedición estético-religiosa el maestro Antonino Dávila, extraordinario tallador en madera de púlpitos, baldaquinos, altares y confesionarios; el más genial ebanista que acaso hayan conocido los Andes. Todo merideño de las viejas generaciones y que se estime, nació en esas camas de muy florido y señorial copete, de recia caoba y muy robustas columnas salomónicas que el maestro sabía tallar y labrar como un Bernini de la madera.

Y en un paisaje de musgos y frescura navideña vuelvo a escuchar aquellos "violineros" del longevo y venerable maestro Deogracias, especie de Orfeo de los campos de Mérida en las liturgias pascuales; verdadero encantador de bodas, bautizos y pesebres campesinos. "Violineros"—para diferenciarlos de Paganini y Stradivarius—en cuanto sus instrumentos no habían sido fabricados en Cremona, sino en los Andes, y en cuanto las cuerdas metálicas podían ser sustituídas impunemente—como en el alba de la música—por las tripas de un recental. Pero con su repertorio de villancicos y músicas para las "paraduras de niño", para las fiestas de Reyes o de la Candelaria formó escuela; y transmitiendo su primitiva sabiduría a los en-

lusiastas discípulos, fué a morir, como un Pitágoras errante y casi centenario, en una aldea trujillana.

Otros oficios y artesanías andinas: telares indígenas de Mucuchíes; petates y esteras de Lagunillas; muñecos de anime, variada loza del Táchira, eran también la expresión de un pueblo laborioso que tenía que complementar con sus manos lo que no le daban los estrechos conucos. Y un amor de la casa campesina, blancamente encalada de vivo zócalo azul y rosadísimas tejas, que parecían acabadas de salir del horno. Cautelosa economía doméstica que gusta de la comida abundante, de la cama limpia, de la cosecha de cebollas y papas guardadas en la despensa, del altarcito poblado de santos y del patio florido de macetas. Un orden familiar y rural de la vida de que no se encontraba paralelo en otras comunidades venezolanas. No se contaba con los dorados promisorios de la Guayana ni el dinero más fácil de las poblaciones mercantiles y costeras, y la riqueza—cuando se conseguía—no era sino la suma lenta y heroica de millares de horas de trabajo, de ahorro, de inventiva y cálculo. Si—como todos los venezolanos—los andinos también esparcieron violencia en esta diáspora azarosa que fué la Historia del país, debe abonárseles, en cam-

bio, la positiva virtud de su prudencia vital. No sólo fué andino Juan Vicente Gómez; también lo fueron civilizadores y filántropos, hombres de tan benéfico espíritu creador como el canónigo Uzcátegui, monseñor Zerpa, el viejo Parra y Olmedo, Eusebio Baptista, Juan de Dios Picón, José Gregorio Hernández.

PROBLEMÁTICA DE HOY

Hoy los Andes—acaso con mayor angustia que otras regiones del país—ven en crisis su antigua y sosegada economía natural y requieren adaptarse a nuevos imperativos técnicos y capitalistas. La agricultura de cerros y vallecitos estrechos, arada por la milenaria yunta de bueyes, no puede competir con la mecanizada agricultura de las planicies. La erosión sigue destruyendo las tierras; ahondando calveros y profundas grietas en las que ayer fueron montañas húmedas y boscosas. Ya no basta para el tranquilo orden de las modestas familias labriegas asentar los hijos en el trabajo del conuco o sembrando a medias con el latifundista, o haciéndose curas, soldados y funcionarios, los que quieren dejar la heredad. A hacinarse, perder el buen color y el prudente estilo campesino de vida

marcharon centenares y millares de mozos a los campamentos petroleros del Zulia y Falcón. Cambiaron la mistela y el anisado por el *whisky*, las alpargatas por los "mocasines", y leyeron los *Tópicos Shell*, sin que ése refluyera para la provincia en verdadero progreso social. A otros, el camión de carga con que van a Caracas, Maracaibo o Puerto Cabello llevando o trayendo mercancías, los emancipó de la fuerte raíz tribal de la familia y se trocaron en gentes nómadas y escoteras, casi sin querencia en ningún sitio. Hay detrás de los cerros, blancas aldeas donde predominan las mujeres, porque la mayor parte de los hombres partieron en busca de una lejana riqueza. Quizás—y a pesar de la mayor circulación monetaria—hay menor abundancia de víveres y comidas que en aquellos años dorados de la gran producción cafetera, cuando no faltaba en cada casa rural el gran amasijo de morenas acemas, la espesa y nutritiva chicha de maíz (que en los Andes era alimento más que bebida), las cremosas cuajadas, la amarilla y potente sopa de arvejas maduras, sazonada de yuca, plátanos y ají, y la mazamorra y el guarapo caliente para nutrir a los muchachos. La población crece en progresión más alta que los recursos técnicos y económicos, y no es aventurado decir que

entre las primeras "cuchillas" andinas del Distrito Carache, por el Norte, y el río Táchira, por el Sur, habita ya un millón de personas. (Es un territorio dos veces más pequeño que los llanos del Estado Guárico: 6.000 kilómetros menor que el despoblado Estado Barinas y la décima parte del Estado Bolívar.) La que era existencia sosegada, patriarcal y casi autónoma con los cánones del siglo XVIII y aun con las formas económicas que prevalecieron en Venezuela hasta 1920, resulta ya dificultosa y problemática ante las exigencias de hoy. La mayor riqueza de los Andes era el vigor y sobriedad de sus gentes y sus hábitos de trabajo, pero esto ya no sirve cuando las tierras comienzan a erosionarse y empobrecerse. ¿Y cómo restablecer los módulos del antiguo trabajo rural en competencia con los altos salarios y fascinación del petróleo?

Dentro del plan general de Venezuela quizás se requiere un prospecto de los Andes —considerando los tres Estados como región natural y unidad geográfica—que reforeste y recupere las tierras perdidas, racionalice y modifique los cultivos, incorpore a formas modernas de producción el buen instinto artesanal de las gentes, y abra todos los caminos necesarios para la conquista económica de ese *hinterland* que al pie de la serranía forman

los llanos barineses y las tierras bajas de la periferia lacustre. Y cuando un gran ferrocarril de penetración se construya —preterido sueño andino de hace más de ochenta años—, las caídas de agua y los blancos chorrerones que se despeñan de los páramos, podrán electrificar una industria como la que al pie de los Alpes forjó la grandeza de la Italia del Norte. En esa soñada Venezuela, Mérida y Trujillo serían el Piamonte; y el Táchira, la más ancha Lombardía. Próvidas de aguas y con ritmo creciente de población, ciudades como San Cristóbal y Mérida ya no se conforman con su arcaico destino rural; quieren ascender a la moderna tecnología. Con mejores rutas y organización económica, el capitalismo, que ya comienza a ser henchido de una metrópoli mercantil como Maracaibo, podría volcarse también sobre la región montañesa. Los Andes tienen no sólo frescos paisajes, ríos blancos y lejana corona de nieves perpetuas para reparo y alegría de los turistas, sino esfuerzo humano que—como en toda Venezuela—a veces degeneró en aventura y violencia, cuando encontraba obturados los ecuánimes caminos del trabajo pacífico. Y no es cuestión de que cada comarca presente a las otras su lista de agravios y resquemores regionales, sino que todas se identifiquen en la tarea de la patria única.

MARGARITA

El siena de algunas tierras esperando el agua pluvial; los cerros duros, de vegetación espinosa, coronados de piedras y cardos como guerreros guiaqueríes; y por contraste, la suma dulzura y verdor de otros valles-oasis (San Juan, El Espíritu Santo) con sus cocales, lechozos y nísperos y su muy florido pañuelo de frutos menores; el mosaico líquido de la Arestinga, aladinesco brazo de mar donde la vegetación, el agua y la luz ensayan todos los colores, y el mar, siempre el mar cabrilleante, vestido cada día de nuevas turquesas y cobaltos, fijan la variedad y policromía de Margarita entre todas las regiones venezolanas. Tan extraordinario microcosmos geográfico se llamó así porque era un viejo nombre hispánico para las perlas, y porque la primera ocupación del territorio insular coincidió con las solemnes bodas de la princesa Margarita de Austria, hipotética heredera del milenario y fabuloso imperio de Carlomagno,

con el príncipe don Juan, hijo de los Reyes Católicos. La bella princesa, educada en la suntuosa Flandes, agregaba a los brocados y encajes de su ajuar aquellas "margaritas" enormes, de tan pulido y espejeante oriente que llevaron a Sevilla las naos de Pedro Alonso Niño y de Cristóbal Guerra. Era época de sorpresas y maravillamientos. "Grandes nuevas se publican por España y Portugal" decía el deleitoso romance del siglo XVI, y, entre otras, que a la inmensa joyería cósmica de la corona española se agregaba esta irisada perla indiana donde el mar pintor y escultor modeló las más brillantes nácares.

Duro rescate de perlas de aquellos ágiles indios que en sus delgados cayucos salieron ya al encuentro de don Cristóbal Colón cuando buscaba bajo los primeros cielos y aires de Venezuela el sitio balsámico en que debió localizarse el paraíso terrenal, es la obertura histórica de Margarita. Disputa la isla con su vecina Cubagua la primacía de un Dorado perlífero. Muchos de los aventureros españoles que—antes de la conquista de México—se aburrían en Santo Domingo y otras Antillas engordando cerdos y preparando cazabe para las expediciones de rescate, vienen a Margarita, donde, según la expresión popular, las perlas brotaban como garbanzos. ¡Y

cuántas joyas margariteñas decoraron los rojos y negros terciopelos de la nobleza; las grandes arracadas y aderezos para las vírgenes de Sevilla; el esplendor de aquel linaje de armiños y coronas, de principados, ducados, archiducados y virreinatos—Flandes, Lombardía, Borgoña, Austria, Nápoles, Alemania—satélites del imperio de Carlos V!

Pero el margariteño, el guaiquerí, que era el nombre de la raza aborigen, no era precisamente un indio triste, sumiso y ensimismado como el de otras tierras americanas. Sus músculos estaban impregnados de yodo; sus piernas andaban más ágiles que sus remos. De sus abuelos caribes había aprendido el manejo de dos instrumentos de dominio, como la flecha y la canoa. Ya Colón—apresurado turista que pasa por esa costa—encomia la belleza y vigor de los cuerpos, y hasta la tez que parecía más clara que en otras partes de Indias. Hacia 1530, Marcelo de Villalobos, oidor de la isla Española, levanta en Margarita la primera fortaleza y poco tiempo después la iglesia franciscana que profanada por los tiempos, aún yergue sus contrafuertes y medieval espadaña sobre las tortuosas callejuelas de La Asunción. El trabajo de la pesca de perlas hecha por los indios bajo el látigo de broncos mayorales españoles era

singularmente cruel, y Bartolomé de las Casas dejó sobre ello una estampa patética en su *Historia de las Indias*. "Llévanlos—dice el buen fraile—en las canoas que son sus barquillos, y va con ellos un verdugo que los manda. Llegados en la mar alta, a tres y cuatro estados de hondo, mandan que se echen al agua; zambúllense y van hasta el suelo, y allí cogen las ostras que tienen las perlas e hinchan dé ellas unas redecillas que llevan al pescuezo o asidas a un cordel que llevan ceñido, y con ellas o sin ellas suben arriba a resollar. Si tardan mucho en resollar, dales prisa el verdugo que se tornen a zambullir, y a las veces les dan de varazos. Están en esto todo el día, desde que sale el sol hasta que se pone. La comida es algún pescado y el que tienen las mismas ostras donde están las perlas, y el pan cazabe y el hecho de maíz. Las camas que les dan a la noche son el suelo con unas hojas o hierba, y los pies en el cepo para que no se les vayan. Algunas veces se zambullen y no tornan jamás a salir porque se ahogan de cansados y sin fuerzas y por no poder resollar, o porque algunas bestias marinas los matan o tragan." Es decir, las perlas, que habían sido para los indios sencilla diversión suntuaria, se les truecan en esclavitud económica cuando adelan-

tados y tratantes deben abastecer con estos nácares del Nuevo Mundo la creciente exigencia de lujo y comercio de la Europa renacentista. Y las mujeres de Tiziano y de Rubens, venecianas y flamencas, y las princesas de Van Dyck llevan, por eso, collares y gargantillas cuyo rocío y espuma congelada lo extrajeron de su estuche de meleagrina los angustiados indígenas de que hablaba el padre Las Casas.

Pero también los españoles—como lo cuenta en su enorme cronicón rimado Juan de Castellanos—habrán de sentir la belleza y apacible regazo de los valles tibios donde la fruta tropical es tan fresca y acendra tan maravilloso azúcar. Después de la inicial tarea de despojo, el conquistador comienza a ser conquistado por la tierra. Del gran cuadro de guerras, aventuras y expediciones de Juan de Castellanos surgen unas páginas idílicas en que cuenta los años de paz, jubilosos coloquios y canciones de los vecinos de Margarita antes de que viniera a desconcertarlos la diabólica aparición del tirano Aguirre. Entre los pobladores había poetas y vihuelistas como Bartolomé Fernández de Virués, Jorge de Herrera, Fernán Mateos y Diego Miranda, que entretienen sus reuniones campestres evocando

los romances y villancicos de España e improvisando otros:

> Pasaban, pues, la vida dulcemente
> todos estos soldados y vecinos
> donde la fresca sombra y dulce fuente
> al corriente licor abre caminos.
>
> En el val de San Juan principalmente
> eran los regocijos más continos
> y a sombra de la ceiba deleitosa,
> admirable de grande y hermosa.

La boca adolescente de Juan de Castellanos se solaza en su libro con los sabores nuevos del trópico margariteño. Antes que Andrés Bello y los poetas nativistas, encomió las guanábanas, anones, piñas, cotoperises, pitahayas, guayabas y mameyes que ofrecían sus vallecitos y oasis. Y con el elogio a los peces del Caribe, hecho ya por Fernández de Oviedo y Bartolomé de las Casas, parece completarse aquella cornucopia de bienes naturales, aquella "mesa de reyes" que hallaba en el apacible territorio insular el soldado-poeta.

También había en la raza—en el caonero y flechero guaiquerí y en el mestizo—un ímpetu creador, un gusto del riesgo, la acción y la aventura que fija muy tempranamente la psicología del margariteño entre todas las comunidades venezolanas. De soldado español y

cacica indígena había nacido en plena conquista aquel primer gran caudillo mestizo que se llamó Francisco Fajardo. Pudo convertirse —más que los gobernadores provistos de Reales Cédulas que enviaron Carlos V y Felipe II— en verdadero árbitro de la tierra, si no le asesinara con engaño y alevosía el cruel Alonso Cobos. En sus proezas de guerrero anfibio, de hombre de mar y de tierra firme, de negociador y colonizador, en el sutil cálculo e inteligencia con que este jefe genial asciende de su menospreciada condición a imponer sus puntos de vista a las autoridades peninsulares, se ejemplarizan ya las más viriles virtudes venezolanas y margaritcñas. Con tres siglos de anticipación parece Fajardo un precursor de los héroes de Matasiete, de los invencioneros, veloces y osadísimos "neo-espartanos", que burlan la empavesada flota de Morillo y a los veteranos ejércitos de Bailén.

Junto al hombre—en paz y en guerra—comparece también la ternura y energía de la mujer margariteña. Al lado de Fajardo estarán siempre los consejos y hábil diplomacia de su madre, la cacica Isabel Charayma, como el heroísmo casi infernal de Arismendi se completa y sublima en la estoica resistencia de Luisa Cáceres. Nunca hubo en Margarita sitio para la mujer indolente y ociosa. Como

singular supervivencia de quién sabe qué mariarcado prehistórico, cuando el hombre margariteño rapta a la hembra, acude—para sanficar sus nupcias—a pedir que la madre endiga la compañera, en ceremonia que suele preceder a la del matrimonio eclesiástico. Y la misma mano maternal se yergue para desear buenos augurios a la goleta que se lanza al océano. y al grupo de muchachos esforzados a quienes, la alta densidad demográfica de la isla y la esperanza de mejor fortuna, envía a trabajar y poblar en las húmedas tierras del Delta del Orinoco o en las petroleras del Zulia y del Oriente.

Semejantes a aquellos griegos de las islas, desafiadoras—como decían las inscripciones egipcias—de "la gran verde", los margariteños expedicionan, pueblan y colonizan en todos los rincones de Venezuela. Hubo algunos que, después de servir de buzos en la costa colombiana y en Manta, Ecuador, navegaron por todos los mares de la tierra, y aun llegaron a conocer los bancos perlíferos del Océano Indico. Capitanes de tres puños y goletas; tripulantes en naves de las más varias banderas, a veces los he visto en bulliciosos consulados, como el de New York, mostrando sus pasaportes poblados de exóticos sellos, y contando viajes a Noruega y Filipinas, a Nueva Zelandia y al

Japón. Con suma decisión y prontitud de inteligencia, tienen una especie de esperanto propio para pasar de uno a otro barco y a otro idioma. Nunca pierden, sin embargo, su "margariteñismo" esencial. Aunque estén trabajando en los muelles de Brooklyn siempre se reconocen los "cuñaos", y se juntan para preparar un sancocho de pescado a la legendaria manera de Juangriego y de Porlamar. El culto de la Virgen del Valle, especie de divinidad maternal y totémica de la Isla, los une también en patriotismo nostálgico. A ella acude el hombre insular cuando parte para sus expediciones marítimas, y a su santuario volverá siempre a pagar la promesa por la buena navegación y los éxitos y proventos recogidos en el ancho mundo. También, como a una madre que admirara el valor y la osadía y perdonase las equivocaciones, a la Virgen han de contarle hasta las aventuras más censurables y peligrosas como la de los buenos marinos que se convirtieron en agresivos contrabandistas.

Democracia social y humana, como acaso no exista en ninguna otra región del país. El mar compartido, esa zona colectiva de pesca y navegación, el linaje solidario de generaciones enteras que durante años y años hicieron el mismo oficio, la espera jubilosa de los más

plateados cardúmenes, abolía en el trabajo y a aventura todo prejuicio de clase. En pocos itios como allí el hombre fué hijo de sus bras. Cordial tuteo y abrazo, riqueza de diminutivos y apodos para reemplazar la severidad de los nombres propios, parecen romper toda vanagloria genealógica; integran las gentes en solidaria y afectuosa comunidad. El amor a la isla y a su oficio marítimo, los unifica a todos. El espíritu de la comunidad rechazará al abusivo y al demasiado egoísta. Discutirán por tal o cual caudillo o principio político, pero hay tregua y fraternidad cuando en la olla está humeando el sancocho, cuando la lancha viene o parte para el Continente, o cuando las campanitas del Valle, a través de los cocales y los cerros, en la brisa yodada del amanecer, convocan a la gran fiesta anual de la Virgen. De los sitios más distantes de Venezuela, de Cabimas y Caracas, de Barquisimeto y Ciudad Bolívar, acuden entonces los peregrinos con sus velas y sus ofrendas a contar a la gran madre, la humilde, entusiasta o heroica peripecia de sus vidas. A la sombra de la ceiba y el cotoperiz están encontrándose y abrazándose, antes de embarcarse de nuevo, esos Chenchos y Juanes, Petras y Josefas que, dispersos en toda la patria, han de congregarse una vez al año en inolvidable vínculo

de suelo y de sangre. La perla, el sombrero de paja y la botellita de fragante "ponsigué" con que regresan, serán a la distancia los más evocativos talismanes de Margarita.

Los sociólogos tendrán mucho que meditar y definir en esa tierra encantada. Ciertas formas de producción determinan allí una estructura social específica. El tren de pesca, cuya fina hilazón tejen las mujeres Penélopes, impone una especie de propiedad comunitaria, ya que familias enteras, amigos y allegados deben asociarse en los implementos y la complicada faena. Los ojos —casi mágicos— de los vigías atisban desde una colina o eminencia del litoral el paso rápido y saltarín de los cardúmenes. La voz del vigía anuncia desde la concha acústica de su caracol salvaje, el momento de comenzar la maniobra. Una tribu compacta de hombres, mujeres y niños se integra en la faena. El mar es de quien lo trabaja. Es más igualitario, y premia al esforzado con mayor ecuanimidad que la tierra. Tornan ya las redes pletóricas, tiradas por brazos hercúleos, con su brincadora cosecha de peces vivos. Y en el campamento playero —como en una escena bíblica— acontece el reparto de los bienes. Hasta el mocosuelo de siete años, aprendiz de lobo de mar, que también asió su pedazo de cordel, tendrá

participación en el botín. En tantas horas de comunión con el Océano, toda existencia individual parece sumirse en el esfuerzo colectivo. Ningún individuo sobra, porque todo se funde en el impulso de la comunidad. Hay una espontánea y vital división del trabajo, distinta de aquel riguroso sistema mecánico que ha debido imponer el industrialismo moderno. Y, del mismo modo, una cultura tradicional de canciones. danzas y leyendas parece transmitirse en el cotidiano coloquio de hombres y mujeres, de niños y ancianos; y cuando a la sombra del rancho la familia entera desconcha las ostras, de cuya encantada cavidad azul brota la perla como una princesa cautiva. Danzas de tanta gracia mímica, como la del "Carite", estilizan y llevan a un plano mítico la gran faena tribal, y con aires del siglo XVI español, alegremente modificados por la fantasía mestiza, como el "polo", canta el margariteño su gesta y su viril humorismo. Aquí hay demasiada luz y mar amistoso para sumirse en la melancolía y el menosprecio del mundo. Cada casita blanca, próxima a la playa, parece otro velero más, dispuesto a partir a la conquista de la fortuna.

Hoy la industria y la tecnología comienzan a transformar un poco las condiciones ances-

trales del *habitat* isleño. Se enlata el pescado, que ya compite en Colombia y en las Antillas con las mejores marcas del mundo. Hay ya fábricas y comercios regidos por el tiempo mecánico, diverso del profundo tiempo cósmico que antes señaló las horas de ensoñación y faena del pueblo margariteño. El turismo es otra industria inicial que empieza a erguir hoteles para que los visitantes del Continente se solacen en los colores de la Arestinga, disfruten las olas y los crepúsculos de El Tirano y de Juangriego, o miren desde los patinados torreones de los castillo la verdura del valle y el yodado pecho guaiquerí de las montañas. Mas, a pesar de cualquiera impacto de modernidad e irrespetuosa profanación de turistas, Margarita seguirá siendo una como perla encantada de la patria, en cuyo oriente se refracta con la gracia y tónico vigor del paisaje la luz de una extraordinaria historia: la de Francisco Fajardo y el Tirano Aguirre; la de Arismendi y los héroes de Matasiete; la inagotable gesta de sus hombres de mar. Es, por excelencia, entre todas las venezolanas, una comarca fundadora.

PEQUEÑA HISTORIA DE LA AREPA

La palabra "arepa" procede del cumanagoto "erepa", que en dicho idioma caribe era nombre genérico del maíz. Pero el uso de esta especie de pan en forma de disco, que hoy es unánime providencia de toda mesa venezolana, debe ser tan antiguo como la "cultura arcaica del maíz", que se extendió por toda América no menos de cinco milenios antes de que aparecieran en el continente los primeros europeos. Cereal de uso múltiple, que es para "bestias y para hombres, para pan, vino y aceite"—como decía el padre José de Acosta—el monumento americano más antiguo que testimonia su domesticación y uso es la venerable pirámide de Cuicuilco, cerca de Coyoacán, México, ejemplo de una cultura neolítica que algunos arqueológos alargan a una vejez de diez mil años. Y en todas las mitologías indígenas, en las leyendas cosmogónicas del *Popol Vuh*,

libro sagrado de los mayas; en el culto azteca del dios Cinteotl y de la diosa Xilonen, en las más diversas tradiciones y ritos, desde Norteamérica hasta Chile, los aborígenes veían en la dorada y nívea mazorca la más benévola y útil ofrenda que los dioses hicieron a los hombres. Sólo la palma moriche en las leyendas de nuestra Guayana, compite mitológicamente con el maíz, su calidad de extraordinaria dádiva celeste. Y ya un viajero filósofo, con pupila afectuosa para captar y definir todo lo que ve en América, como el gran jesuíta español José de Acosta, observa en pleno siglo XVI, que "en todos los reinos de Indias Occidentales, en Perú, en Nueva España, en Nuevo Reino, en Guatemala, en Chile, en toda Tierra Firme" era el próvido grano el primero y más vario de los alimentos. Su fina prosa en un capítulo de la *Historia natural de las Indias* describe y encomia todas las comidas que se elaboran con maíz: el "mote" de chilenos y peruanos; las "tortillas" de México; el vino que en "el Perú llaman azúa y por vocablo de Indias, común, chicha"; ciertos "bollos redondos y sazonados que duran y se comen por regalo", y nuestras "arepas" de Tierra Firme. Una excepción en ese universal banquete son—según el jesuíta—"las islas de

Barlovento: Cuba, la Española, Jamaica, San Juan (ahora Puerto Rico)", donde los aborígenes preferían la "yuca y cazabe". Pero el Padre Acosta formula un pronunciamiento caluroso a favor del maíz, que "en fuerza y sustento no es inferior al trigo, es más grueso y más cálido y engendra sangre". Tan noble producto fijaba, así, y aun antes de la Conquista, un como parentesco y linaje alimenticio entre los pueblos continentales: entre la "tortilla mexicana" y nuestra "arepa" y las "humitas" del imperio incaico: entre la "chicha" y "azúa" del Perú y el áspero masato llamado "muday" por los araucanos de Chile. Quizás algún arqueólogo que fuera también un poco poeta repararía en la circunstancia de que los dos más famosos "panes" de maíz de América: la tortilla y la arepa, tienen la forma del disco solar, como si en ellos las nobles razas que los crearon quisieran venerar a ese primero y más visible Dios que calienta la tierra e hincha los frutos. Asimismo el recipiente en que se cuecen "arepas" y "tortillas", "comal" entre los mexicanos y "budare" en Venezuela, tiene la redonda forma del sol. Es como piedra o arcilla de sacrificio para el rito del primer pan.

Al trasplantarse de su paisaje español, los

colonizadores que venían, debieron acostumbrarse a comer "arepas" o a hibridizarlas con otros guisos de su tradición culinaria. Pero era tanta la fuerza del alimento autóctono que aun en regiones venezolanas—como los Andes—donde pronto se cosechó trigo y el castellano y el extremeño pudieron disfrutar del pan blanco, y de las "roscas", "acemitas" o "mojicones", de noble abolengo peninsular, se injertó como buena mestiza, junto a la de maíz, una "arepa" de harina que aun convive con la otra, en las mesas de Mérida, el Táchira y los páramos trujillanos. El pan europeo se "arepizaba", así, como impulso e ineludible voluntad de la tierra. Ya en los cronistas coloniales—en el tan embustero y fantástico fray Pedro Simón, en Yangues, en la *Conversión en Píritu*, del padre Ruiz Blanco—se habla de la "arepa" como de la más obligada nutrición del país. Gumilla observa que hasta se produce en ciertas regiones del Orinoco "un maíz de dos meses", de pequeña pero muy blanda mazorca, que permite a los indios, en toda época del año y en inextinguible provisión de cosechas, comer siempre sus "cachachas" frescas.

Caliente regalo de las anchas cocinas coloniales, del legendario "pilón" y del budare de

barro —antiguo como las más antiguas culturas de Tierra Firme—sustento inaugural de la mañana acompañando a la *jícara* de chocolate, al meloso guarapo y, a partir del siglo XIX, del excitante café, la arepa evolucionó y aceptó múltiples metamorfosis y aliños a lo largo de su proceso histórico. No en balde la frase: "ganarse la arepa", es como la más unánime versión venezolana del Padrenuestro. Otro modismo criollo—que es toda una invitación al incremento demográfico—observa que no hay que preocuparse mucho por los hijos que nacen, pues cada chico que viene al mundo trae su arepa bajo el brazo. También con ella—como con una venerable abuela—se vinculan otros condumios del mismo linaje autóctono: la familia de las *Cachapas*, hijas del maíz más primaveral en las dos variaciones de la rubia "cachapita" de burdare y la de hoja, y toda la variada progenie de los "bollos" y "hallaquitas". La imaginación nativa vertió en las delicadas entretelas de la arepa una variada cornucopia de guisos y sazones: desde la inevitable mantequilla, los quesos de mano y criollo, las cuajadas llaneras y andinas, la ardiente "guasaca" y el chicharrón. "Denme la arepa con pasajero", dicen al dueño o mayordomo de la hacienda los peones andinos.

Y se llama "pasajero" al trocito de carne o al oleoso aguacate con que el pan de maíz complementa su rico sabor. Tanto cabe en la absorbente masa, que en ciertas sofisticadas fondas caraqueñas ya le agregan—como suma y comopolita modernidad—hígado trufado a la francesa y sardinas de Rodel.

Si en la austera provincia o en el campo es comida madrugadora, y al último canto de gallos, cuando los celajes de la mañanita comienzan a dorar los cerros, el chisporroteo del budare acompaña musicalmente el acto de colar el café y forma la primera sinfonía doméstica, en la Caracas mal acostumbrada se trueca en bocado de noctámbulos. El "carrito" del vendedor de arepas, con su candil romántico y su hornillo ambulante, es como una pupila insomne de la ciudad, cuando ya todo comienza a acallarse y a dormirse. Hay cortejos medianochescos de damas pintadas en traje de baile y de caballeros de frac que, de vuelta del festín y antes de retornar a sus casas, se detienen popularmente ante la tiendecilla nómade, o invaden —como extraña comparsa que hubiera pintado Goya—las últimas fondas donde expenden el venerable pan cumanagoto. A esa hora lívida de la alta noche, y en los venezolanísimos mostradores de los ventorrillos, con su

olor a mondongo y a pernil, desaparecen las clases sociales, y las gentes que bajaron del *Cadillac*—como sometidas a la misma ley igualitaria del hambre—no temen confundirse con el carretero que se desayuna, mientras los otros toman la última cena, o con el borrachito nocharniego que sigue repitiendo entre cabezadas de sueño, las frases de su monólogo. Durante largos años fué el muy criollo restaurant de Jaime Vivas, gran compadre y proveedor de "arepas", como el último refugio nocturno de la ciudad, la antesala abastecida y bulliciosa de los insomnes. Ahora que la metrópoli crece, con nombres tiernos y folklóricos: "Alma llanera", "Mi arepa y yo", se difunde en todos los barrios la oferta universal de las areperías.

El otro pan aborigen: el cazabe, hecho de yuca, no alcanza tanta extensión, popularidad y honores citadinos. Alimento específico de las llanuras y selvas del Sur del país, apenas logra franquear el límite de las altas cordilleras. Mientras la "arepa" es símbolo de vida agrícola, de pacífica y ordenada comunidad familiar, el seco y enjuto cazabe se adapta más bien a las condiciones de gentes pastoras y cazadoras: del llanero que terciando sobre la silla vaquera su "porsiacaso", recorre las vastas lejanías de la sabana,

o del explorador y aventurero guayanés, que en frágil curiara cabalga en la no menos pávida soledad de los grandes ríos. Poéticamente pudiera decirse que ambos panes, anteriores a Cristóbal Colón, inventos con que el dios Amavalica premió a los hombres, son símbolos primarios de la vida criolla, y todos los que nacimos en Venezuela somos un poco hijos de la arepa y del cazabe. Ya en el siglo XVI—como lo recuerda Arturo Uslar Pietri en su *Camino del Dorado*—las gentes híspidas y delirantes de "El Tirano Aguirre" llamaban "Comedores de arepas" a los primeros mestizos del país.

Naturalmente que en la varia geografía de la "arepa" cada comarca del país se enorgullece y exalta las suyas. Hay cábalas y peculiares secretos, como el de las mujeres guaiqueríes de Margarita que frotan y humedecen el budare (que ellas llaman "aripo") con grasa de tiburón antes de colocar la masa, pensando lograr una amalgana más perfecta. Hay la casi insoluble disputa—muy viva en ciertas comarcas andinas—sobre qué forma de arepa: la "pelada" con lejía, o la "pilada"; la de maíz amarillo o la de maíz blanco, complace más al paladar. Hay grandes diversidades morfológicas entre la arepita pequeña y muy abultada del centro de

Venezuela y el extenso y delgado disco de los Estados de los Andes. Ya en la zona de Carora, en el Estado Lara, punto de encuentro de varias influencias culturales, la "arepa" de la antigua provincia de Caracas comienza a "andinizarse", o a la inversa, la "andina" se centraliza. También en el Estado Lara se inicia una curiosa rama genealógica de la "arepa": la de los dulces "panes de horno" caroreños que en Mérida originan las deleitosas "arepitas" de horno, regalada y primorosa invención de los antiguos conventos de la ciudad serrana. Las nuevas generaciones casi ya no las conocen, porque para su artística manufactura eran indispensables aquellos grandes hornos semejantes a casas de esquimal y calentados con leña fragantísima, que fueron desplazados por el uso del kerosene, el gas y la apremiante economía de espacio. En el orgullo regionalista de cada arepa, los hijos de Coro pueden decir que las suyas son las únicas que "tumban budare", como los trujillanos que no hay blancura, hoja y "punto" como las del país de Sancho Briceño.

Viajo un poco por mis reminiscencias y andanzas gustativas en varios rincones venezolanos, para decir cuáles fueron las que más me deleitaron. A pesar de ser merideño, y

sin ánimo de ofensa o querella areperil contra ninguna provincia, daría mi voto por las del Estado Trujillo. No se han vuelto a ver en este universo mundo, que cada día se nos torna más uniforme y angosto, arepas que equivalgan en tersura y nitidez a las que hacía la rolliza negra Josefa en su fonda bautizada de "Hotel del Comercio", en el pueblo de Motatán y cuyos extraordinarios guisos saborearon hasta el año veintitantos los viajeros que aguardaban los despaciosos y chirriantes convoyes del fenecido ferrocarril de La Ceiba. Toda esa tierra del Distrito Valera es privilegiada de arepas. Y tres o cuatro especies de quesos: el salado de la tierra caliente, el mantecoso de los páramos, el arenoso de Perijá, contribuyen a sazonarlas en forma inenarrable.

Podría seguir extrayendo del desván de la memoria—especialmente de los primeros años mozos—la imagen y gusto de otras arepas a ejemplo de las gordezuelas como manos de abad e hinchadas de cuajada de los páramos, que hacía para el ilustre obispo de Mérida, monseñor Silva, su anciana y diligentísima criada Micaela. ¡Qué primores alimenticios que el virtuoso pastor casi no probaba, pero se ofrecían a los visitantes en aquel Palacio Episcopal de Mérida! Por de-

recho de infancia y de vecindad concurría con frecuencia a la cocina y solar del caserón, a escuchar los cuentos de Micaela, a hurtar higos de una higuera casi bíblica y a recibir la primicia de inolvidables boronas.

En este vínculo cósmico y casi religioso entre el hombre y los frutos de la tierra, los campesinos de Yaracuy aún llaman "estrella arepera" a la *stella matutina* de las letanías; e inclinada sobre el pilón, la mujer mestiza marca en música y versos el ritmo de la faena:

Las manos de este pilón
van subiendo y van bajando;
parecen dos corazones
cuando se están alejando.
.....

Ya me duele la cabeza.
que darle y darle al pilón
para engordar un cochino
y comprarme un camisón.

CARDONES Y HOMBRES

La visita a Carora me estimula una meditación sobre los cardones, sobre estos duros patriarcas de la estepa plantados tan enhiesta y virilmente en el paisaje erosionado como bravíos caciques indígenas. Tienen algo de aquellos indios jirajaras que se oponían a los Welser y a los conquistadores enfurecidos por el sol y la alucinación del oro, que anduvieron por estas tierras buscando los mil caminos indescifrables que conducían a los siempre inasibles reinos de Manoa. El cardón les enseñó, por fin, la recia conformidad de la vida; fué viril maestro del viejo estoicismo hispánico, tan enjuto y ayunador; y del aguante y frugalidad indígena. Y por allí, entre las empalizadas y los ranchos, junto al corral de chivos, hombres de gran sombrero y pecho desnudo, fabricando sus quesos y pastoreando sus ganados, tienen la misma nervudez y esbelta energía de su espinosa planta totémica. Se contó con ellos para to-

da desesperada aventura venezolana de caballería o cargas de machete, que salió a buscar una justicia más distante que el oro de Manoa. Sol y crecientes que bajaban de las cabeceras hinchando las grietas de las quebradas secas y arrastrando chozas y sembrados y buenas mulas de silla, acostumbraron al labriego de la región a su recio ejercicio telúrico. El clima tan fuerte—clima de machos y de cabríos—marcó también su erosión en los rostros morenos, en tórax y espaldas que se yerguen como rocas quemadas. Los pájaros cruzan entre los tunales con la rapidez que debió de tener la flecha del indicio apostado en su guazábara.

Hay algo de Arabia Pétrea, con sus Mahomas dueños de caravanas interpretando el rumor del desierto y los signos de las estrellas en las noches más claras, en estas estampas semiorientales del camino. Guerrilleros, poetas y místicos—productos de todo clima donde la vida circula más ardiente—salieron así de estos parajes. También es la comarca venezolana que recuerda más a Castilla, a la Mancha ocre y polvorienta cuyo cielo encendido y las nubes irisadas por el sol, engendran los más quijotescos espejismos. Por algo una leyenda regional dice que Don Quijote vino a morir a Carora. Fué el más en-

soñador, y al mismo tiempo el más voluntarioso, entre todos los pasajeros de Indias. Y el último Quijano el bueno que conocieron los caroreños, se llamó don Chío Zubillaga, hidalgo antiguo, fuerte como un cardón, con el radical idioma justiciero, pintoresco y sabroso con que el héroe manchego imprecaba a los malandrines y ofrecía brazo y escudo a los desamparados. Una vieja justicia rural —antiguo y venerable tema hispánico, dotado de nueva energía mestiza por el patriarca de Carora: un tema que ya está en el *Poema del Cid*, y en *El Alcalde de Zalamea*, y en *Fuenteovejuna*, y en el ímpetu con que Don Quijote se atreve a liberar a los galeotes—se ofrece en la obra valerosa y libérrima de Cecilio Zubillaga Perera. Fué abogado de campesinos pobres, de gentes vejadas y despojadas por el tradicional abuso de los régulos venezolanos. Pedía para el hombre la recta y nervuda libertad del cardón. Y la gran hamaca en que don Chío preparaba sus activos sueños, imaginaba sus artículos polémicos, congregaba al humo de su cigarrillo fantasioso cortejos de nombres y sucesos venezolanos para enjuiciarlos rectamente, o absolvía consultas de las gentes que le traían sus pequeños problemas de honor, trabajo o convivencia, es uno de los símbolos de la más ejemplar

tradición caroreña. ¡Qué pocas cosas necesitaba don Chío para ser justo! En esta Venezuela del dispendio, del lujo extranjerista, de la riqueza recientísima y chabacana, pisaba las baldosas de su caserón de ladrillos como un gran señor campesino del siglo XVIII; su bastón completando sus piernas de árbol, su blanco liquilique, su boina de abuelo bizcaitarra, sus anteojos y sus chinelas, le conducían a todo sitio requerido de más luces o de más justicia. No transaba con todo lo aceptado y convencional. La última razón, el argumento de don Chío, siempre erguido y franco como un cardón caroreño, solía templar los abusos, frenesí o malas intenciones de los poderosos. Por eso pudo ser tan buen contertulio de don Miguel de Unamuno cuando el vasco castellano y el vasco transoceánico se encontraban en un café de París y hablaban de cosas sencillas, pero en ellos profundas, como costumbres, regiones, alimentos y palabras extrañas para nombrar las cosas. Era como un diálogo simbólico entre la encina de Salamanca y el dividive de nuestras tierras agrias. "El corazón del dividive—dice un botánico—es compacto, fortísimo, incorruptible y hasta difícil de labrar con los útiles de mano. Antiguamente sustituía el acero en las ruedas de maquinaria, y podía emplearse para muchas cla-

ses de objetos torneados." ¿Y no era comparable el espíritu de don Chío al del acerado y firme corazón del dividive?

En don Cecilio Zubillaga y en su curiosa síntesis de justicia rural y de letrado se ejemplarizaba, también, lo mejor y más constante de los viejos linajes caroreños. Apellidos que desde hace varios siglos aprendieron a domesticar esta tierra áspera y permanecen en ella con su frugalidad, su trabajo y su dignidad sobre los vaivenes de otra Venezuela movible e inconstante, cortesana de políticos y argonauta inescrupulosa de cualquier vellocino. En Carora se formó—como en pocas ciudades de Venezuela—algo que muy lícitamente se pudo llamar una aristocracia, celosa de su comarca y de su cultivo espiritual. Gente raizalmente atada al paisaje venezolano por esos alfileres de energía y reciedumbre con que atraviesan el pellejo de su tierra viril los verticales cardones. Estas casas caroreñas de anchurosos patios—un poco conventos y un poco fortalezas—eran regidas por recios y austeros pater-familias. Albergaban una aristocracia, desde el punto de vista en que la primacía social puede ser defendida: "como rango que les impone el deber de respetarse a sí mismas, de tener conciencia de sí mismas y también de someterse a la más dura crianza

y, en ocasiones, de afrontar la muerte", según la clásica definición de Spengler. Y agregaba el mismo historiador, distinguiendo la auténtica y válida aristocracia sobre las espurias e irresponsables: "Este rango confiere a las clases primordiales la superioridad histórica, el encanto del alma que no presupone fuerza, pero que la crea. No es una suma de títulos, derechos y ceremonias, sino una posición íntima, difícil de adquirir, difícil de conservar, y que, si se entiende bien, parece digna de que se la sacrifique una vida."

No sólo sobre los antepasados que fueron, sino sobre los que serán por su trabajo, su digno sosiego, las virtudes de cultura, cortesía y frugalidad de una Venezuela que ya escasea, sustituída por otra aluvional y estridente, meditaba ante los caserones arcaicos y venezolanísimos de Carora. La ciudad es como un trofeo blanco arrancado a la recia tarea de la estepa. Dicen que más de un caserón de ésos se blanqueó no sólo con la cal casi monástica de las canteras, sino con la lecha espumosa de las dehesas provinciales. Y ante los muros y las gentes, y el seco vigor del mestizaje bien logrado, me puse también a pensar en ese arte de coraje templado de rectitud y moderación que se llama la hombría.

En pocos sitios de Venezuela puede estudiarse mejor como en este paisaje penitente, guerrero y místico de la campiña caroreña. Los cardones están siempre enseñando su recia y enjuta verticalidad.

APROXIMACIÓN AL ORINOCO

Mi experiencia venezolana del Orinoco es casi vergonzosa: una lectura infantil de la a veces disparatada pero muy estimulante novela de Julio Verne, con su tropical exotismo de aventuras; las láminas del precioso libro del explorador Chaffanjon, que vi también de muchacho en un viejo tomo del *Mundo Ilustrado*, o el gusto que me produjo en el umbral de la adolescencia la memorable obra del doctor Elías Toro *Por las selvas de Guayana*. Hay, asimismo, en esos días de emoción imaginativa el recuerdo de algunas tarjetas postales de la Alameda de Ciudad Bolívar, con su primer plano de grandes árboles y su fondo de piraguas y lanchas, o las vistas de los castillos o de la "Piedra del Medio", y el relato de ciertos caucheros fracasados que llegaban a mi montaña andina, después de atravesar todo el país, a curarse su paludismo y a contar aventuras extraordinarias de la sel-

va, entre serpientes, tigres y bandoleros. ¿No ha sido Guayana la permanente tierra de ensoñación colectiva; la esperanza y también el temor de una Venezuela que demasiado promete y que no concluye de hacerse?

Mi imagen infantil del Orinoco se tornó más concreta en el viaje que realicé hace más de diez años hasta Caicara, en el Estado Bolívar, por la vía de Cabruta, en el Guárico. ¡Pequeño y casi menospreciable prólogo para los aficionados a penetrar y sumirse en toda inmensidad fluvial o selvática! Verdad que iban en aquel viaje amigos y testigos excepcionales: el doctor Francisco Izquierdo que a su oficio y talento de médico humanista unía su extraordinaria vocación de explorador; fué nuestro generalísimo, nuestro director providente en dos deleitosas semanas de campamento llanero; el doctor Juan Iturbe, que había publicado en aquellos días su excelente trabajo sobre *La biología de los Llanos* y parecía trasladar su laboratorio a cualquier morichal o mata de sabana; el general Teodorito Velázquez, centauro guiraqueño, con las cicatrices de sus hazañas de guerrillero y sus historias de cazador de tigres y caimanes, y el general Arévalo Cedeño—el peregrino que mayores lances vivió en las selvas y soledades venezolanas en todo lo que va de siglo—. Cam-

hiamos en Cabruta los caballos llaneros que después del automóvil y la camioneta nos acompañaron en buen trecho de sabana, por la lancha a motor, que parecía otro corcel de crines revueltas sobre la planicie espumosa y remolineante del inmenso río. Caicara, con sus bonitas casas del siglo XVIII—testimonio todavía de las misiones catalanas que empezaron a civilizar aquellas regiones—los árboles de su plaza, sus riberas pobladas de tortugas enormes y aquel meloso y penetrante olor a sarrapia que emana de todas sus tiendas y negocios, es uno de los pueblos venezolanos de mayor extrañeza turística. Es, desde luego, la capital gastronómica de la sopa de tortuga. Se siente el trópico abrumador en el tamaño de los árboles, el plumaje y garrulería de loros y guacamayos, el olor de las frutas, la cólera del río y los cuerpos de las mujeres. Estas son excepcionalmente recomendables como atestiguando la buena raza pobladora, pero por desgracia engordan a muy tempranos años a causa de las comidas grasosas y la larga siesta canicular en el chinchorro. Pero ¿quién resiste después de mediodía y un condumio de tortuga la tentación de aquellos livianos chinchorros de moriche que se fabrican en Caicara?

Durante el breve pero excitante viaje, los

doctores Iturbe e Izquierdo y los generales Velázquez y Arévalo Cedeño fueron para mí enciclopedias vivas y distintas de temas llaneros y guayaneses. Pasábamos de las maravillas y misterios del paisaje al folklore y las costumbres y a una historia contemporánea de días de guerra civil, de violencias y aventuras militares y económicas. Fueron momentos inolvidables, en que uno se lamentaba de no tener a mano una máquina grabadora para recoger el gusto y la anécdota de tantas conversaciones impregnadas de inconfundible venezolanidad.

Y ahora mi horizonte y visión del Orinoco se ensancha singularmente en el vasto libro de medio millar de páginas que le dedica mi amigo colombiano el doctor Rafael Gómez Picón que acabo de leer en su versión manuscrita, y que será al publicarse una de las obras más comentadas del año. Estamos, además, en un año de jubileo orinoquense en que nuestro gran río—explorados ya sus misteriosos orígenes—se ha puesto muy de moda en todos los círculos científicos y económicos del mundo. Vuelve a ser otro Dorado. Ya no con aquellas cúpulas de oro y pórfido que colocó en sus Manoas imaginarias la fértil imaginación de Sir Walter Raleigh, sino con montañas de hierro y recursos hidroeléctricos capa-

ces de transformar a Venezuela entera en una inmensa usina.

El autor de este libro es uno de los más obstinados y entusiastas coleccionistas de ríos que me ha sido dado a conocer. Se mezclan en su curiosidad fluvial la pasión del explorador y del erudito. Su excelente obra *Magdalena, río de Colombia* es a pocos años de publicada obra ya clásica en la literatura geográfica del hermano país. Y el método de este caminante, con botas de muchas leguas, que acaso por haber nacido en la serranía de Ocaña—nudo genitor de ríos—sintió la tentación de seguirles valle abajo, describiendo paisajes, climas, tipos y actividades humanas, es completar la visión directa con el más escrupuloso material documental. Después de la inmersión acuática viene la dilatada inmersión erudita, en cuanto librote o papel viejo quedó la huella de exploradores, geógrafos, economistas y antropólogos. El río no es para él tan sólo un hecho geográfico, sino una historia de afanes, búsquedas, esperanzas o desengaños de todo un pueblo. ¡Cuánta frustración, riqueza aleatoria, cambios de aventura o trabajo puso el hombre venezolano en el espejo móvil, cargado de tentaciones fabulosas de su gran río! Hubo la época del oro, del caucho, del balata, de la sarrapia, de las plumas de garza,

de los diamantes. Estamos en la del hierro, la bauxita, la electricidad. En sus aguas turbulentas que a través de selvas y raudales parecían conducir a un paisaje de la primera edad del mundo se buscó el secreto de una fortuna rápida, captada al azar, la violencia y el despojo. Hasta muy avanzado este siglo nuestra gran zona selvática y fluvial del sur continuó siendo campo de la más áspera piratería. El Orinoco, también, vino turbio y arremolinado como algunas terribles horas de la historia venezolana. En su mundo de *Canaima* parecieron pactar y entenderse el sistema de Juan Vicente Gómez y el de Tomás Funes. Aun en días muy recientes se entregaba a cualquier favorito del gobierno el dominio del "Territorio Amazonas", como se podía ceder en la alta edad media el uso y el abuso de una baronía feudal. Se le dejaba derecho a explotar *ad libitum* la selva y los indios. Un relato como el que hace Blanco Fombona de sus días orinoquenses en el libro *Camino de imperfección* parece por la violencia y arbitrariedad de los sistemas descritos un testimonio del feudalismo europeo de hace mil años. A tan apartadas regiones sólo llegaba la fuerza del Estado en forma de atropello, robo, conscripción. Guayana sufrió como ninguna otra comarca venezolana—acaso por ser la

más vasta, la más despoblada y la que guarda también mayor esperanza—el continuo impacto de estupidez, imprevisión e iniquidad que caracterizó tantas horas venezolanas. Sus gobernadores fueron a veces los más pervertidos descendientes de los encomenderos. ¡Cómo se había olvidado el ejemplo paternal y enciclopedista de un Manuel Centurión!

Y cómo la gran promesa que constituye para los venezolanos el mundo orinoquense impone un trabajo más pacífico y planificado que el de las aleatorias aventuras económicas de ayer, es la mejor moraleja que puede aprenderse en el libro utilísimo de Gómez Picón. Ha hecho muy bien en titularlo *Orinoco, río de libertad*, porque si de sus aguas resonantes, frente a Angostura, partió la gran peripecia libertaria americana de Bolívar que sólo se detendría en las cumbres del Alto Perú, también de esa zona privilegiada podría partir la independencia económica de Venezuela. De río de bosques y mitos el Orinoco puede trocarse con su hierro y sus recursos eléctricos, en un futuro río de usinas. Las grandes aguas realengas ya están pidiendo ser arremansadas. El Orinoco, que hasta ahora casi no condujo a ninguna parte, inmenso potro bravío sobre la soledad meridional de Venezuela, nos está señalando las rutas de una

economía transformadora. ¿Habrá venezolanos capaces de dirigir, desarrollar y defender para las generaciones que vienen tan espléndido patrimonio? El porvenir de Guayana no nos lo asegura la aparente prodigalidad de ninguna compañía inversionista, sino nuestro propio, enérgico y venezolanísimo designio de crecer, de planear y de progresar. Ningún Santa Clauss forastero, de roja nariz y escarcela llena de acciones, dólares y secretos técnicos, hará lo que no puedan hacer los venezolanos mismos. Cuando tanto capital usurario no se empoce en los bancos porque esté obligado a circular; cuando nuestras universidades formen bastantes peritos para el nuevo trabajo tecnológico, no nos quedaremos esperando —como ahora—esa nueva visita de los reyes magos que descendían de un avión.

Y debo agradecerle a este pariente trasandino mío—de los que en el siglo XVIII se quedaron en la línea del virreinato—a tan fino experto y examinador de ríos como el doctor Gómez Picón, este cúmulo de noticias, este animado historial y proceso del Orinoco que puso tan amablemente en días pasados sobre mi escritorio. Andando en curiara y compartiendo el cazabe en la más íngrima soledad de Venezuela con los indios piaroas, él ha estudiado y se ha solazado o conmovido ante

el paisaje nuestro, como el más valeroso y tenaz de los venezolanos. Hay en su libro un como gusto de selva, riesgo y aire libre que parece ejemplar para tantos escritores poltrones. ¡Y cómo venezolanamente me avergüenzo de mi mínima y compendiada sabiduría orinoquense ante la magnitud de la suya!

COLOQUIO EN VALERA

TORNO a ver a más de tres décadas de lejanía algunos de los condiscípulos que compartieron conmigo las aulas del Colegio de Valera, muchos de los cuales ya son suegros o abuelos ejemplares. Hubo, como en toda promoción, los que triunfaron en los negocios, los que emigraron lejos, los que concurrieron temprano a la cita de la muerte. Desde el soportal arcaico que mira a la plaza y donde en las noches de calor nos permitían sentarnos al socaire, oír la próxima retreta y contemplar las muchachas que inspiraban, naturalmente, nuestras primeras efusiones de prosa lírica, asciendo a ese trémulo momento que con las palabras de Goethe, se llama de "formación y de aprendizaje". Circulaba mucho en esos días el *Juan Cristóbal* de Romain Rolland, y los más inquietos, los que comenzábamos a preguntarnos para qué habíamos venido al mundo, compartíamos la angustia tempranamente agónica de aquel personaje que desde su sue-

ño musical y poético quiere enfrentarse a la sociedad y combatir por la justicia y la belleza. Esas impresiones del alma en tormenta, la lucha prometeica entre el muchacho que deja de ser y el joven que aspira a tomar su sitio en la belicosa familia de los hombres, se sella—como esas lluvias que anuncian el tibio verdor de la primavera—con la impronta de las primeras lágrimas. ¡Y ay del adolescente que no lloró en algún momento de confusión y soledad, de vago misterio y asombro ante los conflictos que nos depara la vida! Todos teníamos que componer versos entonces; versos poblados de las palabras más comunes y entrañables, versos en que se repetían como insistente *leitmotiv* sustantivos como pasión y nostalgia. La vida en ese terrible instante es una suma multánime de ritmos, fragancias, intuiciones y rumores que nos llaman desde la oscuridad e insomnios y pesadillas como la de Jacob en su imaginaria escala o esperando la visita armada del arcángel. Es el patético momento en que los muchachos quieren, alternativamente, hacerse curas o internarse en una cartuja, o, por el contrario, romper todos los lazos, seguir a su demonio y marchar a la conquista romántica del Universo. Romántica porque el Universo nunca se conquista, y la gran aventura indi-

vidual que soñamos en los años mozos es sustituída por la coacción y el canon imperativo que nos imponen la comunidad y las cosas. Más allá de esa hermosa, trágica o libérrima vida que intuímos en la adolescencia, está el rigor del tiempo mecánico imponiéndonos sus horas de trabajo y oficina, la necesidad de ganar dinero, de servir a un jefe o a una institución, o, por el contrario, de dirigir a otro grupo de hombres. Contra la pura y bella autenticidad de la vida, contra la radical vocación de que el poeta cante y el inventor construya, y cada uno saque de sí mismo su deseado destino terrestre, conspiran estos mitos—tan espantosamente hipertrofiados en la civilización moderna—que son la pasión de poseer y de dominar. A medida que disminuye o se empobrece el caudal de nuestra vida interior, que fuimos perdiendo o entregando el alma en el tráfico demoníaco de los bienes materiales. el hombre empieza a buscar fuera de sí mismo el signo de su validez. Ya no es sólo él, sino también el ambiente y la circunstancia. No se contenta con su clásica virtud de sofrosine, de beatitud o plenitud del ánima, porque aspira a un violento imperio sobre las cosas. Ya no basta ser artista o inventor, porque se pretende ser también César o Creso. Y ha sido el sino de nuestra época

—como recordaba hace varios meses André Malraux en un luminoso ensayo—anteponer la producción a la creación. La primacía que ahora alcanzan lo económico y lo político, ocultan para el hombre moderno otras comarcas de su alma y prefiere reducirlo todo a fuerza y economía. La paz interior es la doncella perdida cuando prevalecen sólo el tráfico material o el poder autónomo; cuando estas fuerzas dejan de ser medios para trocarse en fines. Cuando la vida se centra en la meta unilateral de imponernos violentamente sobre los otros y supeditamos la autenticidad de nuestro ser al acaparamiento de las cosas. La "líbido" de poseer y la "líbido" de dominar se truecan, así, en las fuentes de toda discordia humana.

Entre las tantas crisis que ha visto la civilización, ninguna me parece más aguda que la de nuestra creciente incapacidad para ser felices y lograr aquella templanza y armonía del alma que, desde los filósofos griegos hasta los místicos cristianos, es el signo de una vida espiritualmente sana; vida "que se acompasa" según el dulce y casi platónico lenguaje de Fray Luis de León. Vida en armonía con el Cosmos y con nuestros hermanos los hombres: vida "con amor al prójimo" según el admirable mandamiento evangélico. Ya Rousseau

planteaba en el siglo XVIII esta primera crisis moderna de la felicidad que se acrecienta a medida que el hombre destruyó todos sus dioses y borró de la vida todo fin trascendente, toda ética que traspase lo puramente contingente y utilitario. Como en la película de Orson Welles *El ciudadano Kane*, el coleccionista de bienes materiales, cuando lo tiene todo y empieza a sentir el hastío del hartazgo, invoca en una palabra mágica aquello que ya no poseerá nunca: el amor desinteresado, la belleza y quietud del alma que no pueden comprarse. Venían a turbarle en la hora postrera los fantasmas de su rapacidad, la crueldad y discordia que sembró en las gentes, y todos los bienes acaparados no eran ya sino juguetes arbitrarios en las manos de un niño senil. Más trágico fué aún en los dolientes años que ha visto la Historia contemporánea, el sino de los totalitarios dominadores políticos, los que quisieron ver en la humanidad sólo un rebaño y aspiraban—como Hitler y los dictadores europeos—subyugarla con el látigo y la exterminación. Pero si aparente y temporalmente puede triunfar el odio y el menosprecio a los hombres bajo la consigna de un transitorio e inflamado mito político, más duraderas que los guardias nazis y las tiranías científicas que quiso crear la

tecnificada Europa, han sido los valores libres y creadores de la civilización, los que todavía a tanta distancia de siglos asociamos a la ética cristiana o a las formas de belleza y de pensamiento que nos legaron los griegos. Y porque—como residuo del positivismo y el inmanentismo estrecho en que se desorientó nuestra civilización—hemos educado durante mucho tiempo para formar poseedores y dominadores, cabe preguntarse si ahora no hay que restablecer los otros fines de la vida; pensar en el amor al prójimo, en la belleza, en la felicidad, en la concordia entre los hombres, de modo tan preferente al que hemos dedicado a hacerlos ricos o a hacerlos violentos. Por tantos "superhombres" aspiramos tan sólo a restablecer el sencillo nivel de lo humano.

En la moderna idealización del financiero y del hombre de presa, en la unánime invitación al dinero y al poder como fuerzas autónomas, válidas por sí mismas, sin ninguna otra trascendencia, se han ido perdiendo otras posibilidades grandiosas de la peripecia humana. Nuestros sentidos no se educan para saborear la belleza del mundo y aun para el arte—sumo consuelo y floración de las grandes culturas—; muchos de nuestros contemporáneos buscan sustitutivos en todas las formas de ruido, espectáculo y escándalo que ha logrado

difundir con poderosos medios mecánicos nuestra civilización. A veces el esfuerzo técnico parece gigantesco cuando se parangona con el escaso bienestar que produce en las multitudes. Cuando se compara, por ejemplo, el extraordinario y delicadísimo aparejo mecánico que requiere una planta de televisión con los míseros y chabacanos programas que ofrece a los espectadores, salta la modernísima paradoja de que ya el hombre actual —como en su mito de Frankenstein—no sabe siquiera usar y profana sus propios inventos. El Prometeo inventor se trocó en traficante y buhonero. La técnica no siempre libera, porque trata también de corromper o disminuir al hombre. El llamado progreso mecánico frecuentemente lo barbariza. Se empiezan a producir hombres en serie como los neumáticos o las lonjas del jamón de Chicago. Un conjunto de música de cámara en una pequeña corte alemana del siglo XVIII, una lectura de Voltaire en un salón parisiense en los días de los enciclopedistas, una exposición de los pintores del "pleno aire" en el agitado París de 1875, requerían mínimo gasto y esfuerzo técnico cuando se les homologa con cualquier espectáculo de los que nos transmiten las poderosas máquinas de nuestra época. Pero la Historia durante siglos y siglos se seguirá

acordando de Bach y de Mozart, de Voltaire y de Claude Monet, mientras trata de olvidar lo más pronto el horrible programa de lucha libre o el melodrama radial que transmitieron hace pocos minutos.

Protestar contra la estupidez y la bestialidad invasora sería, entre muchas otras, una de las funciones sociales del escritor y del artista. Misión frecuentemente difícil, porque él debe aparecer despierto entre los "hebetados"; porque a él se le confió o espera que se le confíe, el encargo delicadísimo de que no perezca—para que otras generaciones la conserven y la disfruten—esa flor frágil y primorosa que se denomina "cultura". Y toda cultura—ya lo dijo Paul Valéry—es mortal, si no hay espíritus sagaces que desafiando la impopularidad y aún enfrentándose a la demagogia, la cuiden y la enriquezcan. En la turbulenta Roma del Imperio que empezó a encenagarse en la crueldad y patológico bullicio de sus grandes circos, en la violencia cesarista, en la inexpiable explotación económica de pueblos indefensos, en el tráfico puramente mercantil y brutal de los publicanos, ¿no iba a morir aquella mesurada y armoniosa Cultura antigua que fué la de los mármoles de Fidias, de la gran tragedia ática y de los diálogos platónicos? Cuidado, si la aparente majestad de

Roma, su henchido colosalismo, el estrépito de sus masas, el aparato de su poder imperial, no eran ya sino alarde de fuerza desprovista de contenido y seguridad interior, cuerpo físico grandioso donde ya estaba putrefacta el alma. Y más allá del circo y de los ingentes edificios, de la Gigantomaquia sin espíritu, empezaban a aullar los bárbaros. Como dijo el gran poeta elegíaco:

las torres que desprecio al aire fueron,
a su gran pesadumbre se rindieron.

Al reencontrar en esta ciudad de Valera a algunos de mis condiscípulos de hace tres décadas, pienso que aquí, en un momento cualquiera de mi adolescencia, surgió la vocación de escritor que, si no pudo realizarse con toda la esperanza y toda la cabalidad que uno imagina a los veinte años, me ha producido sobre los quebrantos físicos y los contratiempos materiales, algunas horas de inigualable felicidad y equilibrio de ánimo. Había en esos años en esta ciudad trujillana un buen hogar de humanismo que impulsaba un maestro tan culto, tan sabio en letras clásicas y modernas, como lo fué Monseñor Mejía. Si a aquel ilustre profesor valerano no le debiera nada más, le estaría siempre agradecido de haberme enseñado a gustar

—aun con mi pobrísimo latín—los versos de Virgilio. El canto de Títiro, llamando con su flébil zampoña en la verde soledad a la fugitiva Amarilis, fué uno de los primeros milagros de la Literatura que se me revelaron. Luego, cuando desde mi Mérida nativa emprendí mi accidentada peregrinación del mundo, con un extraordinario verso de Virgilio en la misma égloga inmortal, parecía nutrirme y consolarme en mi nostalgia. "Nos patriae fines, dulcia linquimus arva", decía con el poeta de Mantua. Y traducía en pobre prosa toda la invocación de mi paraíso perdido: "Nosotros abandonamos los confines de la patria y los dulces campos."

Quizás cuando—bajo el sabio magisterio de Monseñor Mejía—empezó a abrírseme este mundo mágico de la Literatura, otros compañeros más cautos, más calculadores y prudentes se perfeccionaban en otras disciplinas llamadas prácticas. Aprendían ya la partida doble y el cálculo de los intereses compuestos; les aguardaban ya, fuera del colegio, los negocios prósperos. Para que el mundo se equilibre y cumpla aquel ideal de la Utopía platónica, cada generación trae consigo todos los tipos y toda la variedad de lo humano. Hay místicos, mercaderes, poetas y condotieros; hay hombres querellantes y hombres pacíficos.

Quizás ese Virgilio, tan deleitosamente explicado por mi maestro valerano, me enseñó a formar parte de quienes prefieren la comprensión y la concordia a la agresividad; convencer a vencer. Y aunque hubiese querido ser agricultor en Los Andes, cuidar cafetos sombreados de pomarrosos en mi fresca altiplanicie merideña o caña de azúcar en las espléndidas vegas valeranas, cabe el río Motatán, estoy contento de haber sido simplemente escritor. Es decir, un hombre que no pretendió poseer ni dominar, porque se contentó a tiempo con ese regalo de belleza y de meditación que nos ofrecen alternativamente la Naturaleza y las obras de arte. ¿No es don sencillo y bastante en esta época de Historia desaforada como la de nuestro siglo veinte? Y desde la lontananza húmeda del recuerdo —*lentus in umbra*—, como el Títiro de la égloga famosa, aún sigo dando las gracias al Colegio de Valera y a Monseñor Mejía.

LÍMITES DE VENEZUELA: LA ISLA DE CURAZAO

En mis recuerdos de infancia, Curazao tenía el gusto de las galletas de jengibre que se compraban por unas pocas "placas" en las tiendas de Punda pintadas como tulipanes holandeses, o de los calientes cacahuetes que íbamos a robar a las negras en un viejísimo mercado, y por el solo deleite de oírlas imprecarnos en esa lengua niña, prieta y sabrosa a níspero, que se llama el Papiamento. Muchacho montañés, en esos lejanos días curazoleños me familiaricé con el mar, y cruzaron por la fantasía infantil las primeras tentaciones marítimas: espacio, viajes, caracoles, vida fluída y dinámica. El puerto de Willemstad, con sus casitas góticas trasladadas a la zona tórrida, su cruce de lenguas, su Sinagoga y cementerio israelita—los más viejos del Nuevo Mundo—fueron mi primera y coloreada inmersión en la más distinta Geografía. El aire caliente difundía por los muelles un como

confuso olor a brea y a especies orientales, a cáscara de dividive y a naranjas agrias—de donde se extrae el licor de Curazao—a funche, flor de cují y malagueta de Jamaica y Saint Thomas. Curazao era a veces verde como las etiquetas de las botellas de Bay Rum, rojo como las estampillas de Sumatra, marrón como las pasas y los puros de Vuelta Abajo, amarillo como los girasoles de Van Gogh. Me encantaba permanecer, contra las prescripciones de la policía, junto al puente de barcazas que une a Punda con Otrabanda, y girar como en extraño carrusel sobre las aguas, cuando los pontones se abrían para dar paso a bergantines y trasatlánticos. Entonces dibujaba incesantemente barcos, mares a todo el cobalto que iluminaban el lápiz y surcados a la vez de las piraguas y goletas que venían de la costa venezolana y de los vapores en cuyos cascos se leían las palabras Bremen o Rotterdam. Una tarde, dos o tres chicos que comenzábamos a leer a Salgari, nos aventuramos mar afuera conducidos por un viejo canoero borracho; caían ya sobre el puerto los goterones calientes de un pequeño chubasco, y nuestro capitán, soñoliento, no podía sostener las pesadas pértigas. Fué como un acto heroico—digno de los lectores de Salgari, y para no ir a estrellarnos en uno de esos fara-

llones de toba volcánica, millonarios de corales, fuera de la bahía—apoderarnos de los remos para llegar de bolina, arrastrados por no sé qué favonio, entre regañón y paternal, hasta el atracadero de la fortaleza. Estábamos traspasados de agua y de sudor; lívidos y, al mismo tiempo, orgullosos, de nuestra peripecia. Otras veces, el mar—por ejemplo, en la pedregosa playa de Saquitó, donde hay ahora un leprocomio—parecía tan extraño como un paisaje de la Luna o de Marte. En noches enlunadas, la playa es de una blancura sorprendente, y los residuos volcánicos y la erosión milenaria modelaron una piedras, cuyas formas oscilan entre el realismo fantasmal y la más inventora escultura abstracta. Unas simulan pies o brazos despedazados, monstruosos fragmentos anatómicos, o composiciones de Arp o de Zadkine.

También desde Curazao un muchacho de aguda sensibilidad—como yo debería serlo—captaba, proyectados en otro escenario, patéticos aspectos de nuestra realidad venezolana. Por ser, a la vez, distinta y vecina, desde la isla se abría una extraña rendija sobre la Historia contemporánea de Venezuela. Gentes que se querellaron con Juan Vicente Gómez, esperaban allí, entre pobrezas y utopías, un bonancible cambio de las cosas. Viejos gene-

rales que con el traje blanco ya bastante raído, fumaban sus cigarrillos a la par de su nostálgica charla interminable. O hacían de conspiradores por los muelles de Punda transmitiendo a los marineros venezolanos de goletas y faluchos, mensajes misteriosos que debían llevarse a Coro, a Puerto Cabello, Cumaná y Margarita. Aquí—decía uno de esos forzosos y ya vencidos inmigrantes—se llega con mucha esperanza y prosopopeya; pero se acaban los florines, Gómez no cae, y se concluye comiendo funche y oyendo misa en papiamiento, con la población más misérrima. Recuerdo, como en la mágica deformación de un cuadro surrealista, ciertas veladas entre literarias y musicales que organizaban por aquella época algunas familias de emigrados y que salían reseñadas en *El Boletín Comercial*. Formas y maneras de un preterido, provincial y romántico siglo XIX venezolano que sólo me llegó en reminiscencias de viejos, parecían conservarse allí en ese como escabeche emocional de todos los desterrados. Niñas solteronas, balanceándose en negras mecedoras de Viena, o acompañando en el bandolín un vals de Ezequiel Bujanda; el maestro Díaz Peña, que como un Beethoven de liquilique y ensortijado pelo mestizo ejecutaba en el piano "Pleyel" aquellas músicas lánguidas

y calientes, músicas como para beber *brandy* en compañía de empitonadas muchachas morenas, de los saraos de Cipriano Castro. ¡Músicas que evocaban los caserones de La Victoria, la Villa o Maracay, con sus grandes enredaderas, su olor a magnolios, su voluptuosa noche en que la luna es como otro malabar más, blanqueando los ladrillos del patio! Y vida de esas gentes que era ya sólo añoranza, como si todo se hubiera congelado y detenido en 1905.

El Curazao de entonces también se nutría de otros residuos de angustia y frustración venezolanas. Aún se conservaba en el Curazao de mis imágenes infantiles la venerable Librería Bethencourt, que durante más de medio siglo nutrió a Venezuela de versos románticos y panfletos políticos de los emigrados. Don Agustín Bethencourt, hombre cuya biografía está por escribirse, pues pocos hicieron más por la Literatura venezolana del siglo XIX, había muerto muchos lustros antes, pero aún se veía en deliciosos libritos y grabados en cobre con los retratos de Andrés Bello, Rafael María Baralt, Cecilio Acosta, Guaicaipuro Pardo y Pérez Bonalde, su mano de editor cuidadoso. Había, también, el temible volumen en que Víctor Antonio Zerpa vapuleó la mala sintaxis y las pretensiones oratorias

del general Guzmán Blanco, y otros cargados de la diatriba y pasión política que no pudo ventilarse en nuestra propia tierra. Y admiré desde entonces—por infantil romanticismo—a tantas gentes que soñaron y fracasaron. Pero, a veces, del heroico y osado fracaso de las generaciones muertas, surgen los ideales de las generaciones vivas.

El Curazao que vuelvo a ver después de ese lejanísimo tiempo, sepultado ya en el recuerdo como una momia de la imaginación, sería casi igual al de aquellos años si no cambiaran el paisaje las torres de acero de la refinería de la "Shell", en la ensenada de Shottegat. Es otro despojo o botín de Venezuela trasladado a la isla. Los inversionistas que erigieron esas estructuras que en la noche se perfilan como rascacielos de Manhattan, nunca tuvieron fe en la tranquilidad venezolana para completar el proceso de la industria. El "Je mantiendrai" de la monarquía holandesa les aseguraba más firmes e inalterables dividendos. Del aceite de Venezuela se impregnan unas nubes rojizas, cargadas de gases, que galopan en la noche curazoleña sobre los canales dormidos. Pero en el viejo Willemstad aún se yerguen las casas de grácil juguetería y muy bátavo color de tulipanes. Los tejados, tan finos, simétricos y rojos parecen fabrica-

dos por un duende albañil. Y en las puertas de la Casa Rosada, que en mis años infantiles era tentadora, con su venta de patines, bicicletas y coloreados frascos de dulce, ya me está sonriendo la cara bondadosa de uno de los más amables abuelos de Curazao: don Carlos Winkel. "Cho Cai", se le dice en el más efusivo papiamento. Don Carlos, holandés muy venezolano, que sabe decir "vaina" y "chico", con muy gentil bonhomía nos está invitando a la primera cerveza.

HISTORIA
DE UN ANTI-HÉROE

En Venezuela, donde ya existe una Historiografía sobre los héroes, conviene, como el revés de la tela, como aquel tosco hilado sobre el cual se mantiene el trabajo brillante de los grandes creadores históricos, estudiar alguna vez los anti-héroes, ya que la acción heroica se ejecuta, precisamente, contra los obstáculos y la inercia de quienes no desean arriesgarse. Así como en la Zoología, junto al águila caudal que cubre los grandes espacios subsiste el ratón marrullero cuya peripecia no es de osadía sino de conservación y defensa, en la fauna de la Historia conviven las naturalezas heroicas y la masa de los anti-héroes. Suele ocurrir que éstos, que de ordinario están perdidos en el montón de los insignificantes, a veces se destacan falsamente por pertenecer a una muy nombrada familia, o porque sus intereses económicos pesan y se ramifican de tal modo que no es posible eludirlos, aunque sólo sea como estorbo. Entran,

entonces, como por la puerta falsa y los trascorrales de la Historia, y el héroe debe aguardar la zancadilla o la tramoya de quienes, sobre todo ideal lejano y difícil, levantan el de su conveniencia egoísta y el de prosperar con todos los gobiernos. Como Talleyrand y Fouché, dirán, disculpándose, que no fueron ellos, sino las cosas, las que mudaron. Son—como dice el rico refranero español, tan oportuno en todo género de matices humanos—los pescadores de río revuelto o la "sopa de todas las bodas". Gracián, a quien genialmente le complacía invertir el sentido de los refranes, observaba que existen dos clases de hombres: aquellos que prefieren "un pájaro en la mano que cien volando", y los que, por el contrario, gustan más de "ciento volando que de un pájaro en la mano". Los soñadores, los utopistas, los héroes, aquellos que aceleran el ritmo de la Historia, son siempre los del "ciento volando". Dentro de las complejidades de toda tipología se da también el caso—y es el tema del drama *Wallenstein*, de Schiller—de quien pudiendo ser naturaleza heroica se acomoda al rastrero cálculo del antiheroísmo; el cálculo que da, de inmediato, oro y poderío, y por pasarse de oportunista y precavido no prevé, finalmente, aquella parte de generosidad y utopía que cabe tam-

bién en el ser humano. En el drama de Schiller, Wallenstein, que engañó a todos y se aprovechó de todos, concluye siendo traicionado por todos.

Mario Briceño-Iragorry ha escrito la ejemplar historia de un anti-héroe venezolano: el marqués de Casa León quien en medio de la gran tormenta revolucionaria prepara siempre una puerta de escape, y sin ideas y convicciones sirve y traiciona, alternativamente, al Rey, a Miranda, a Monteverde, a Bolívar, a Boves; y de tanto traicionar y acomodarse hubiera acaso concluído como honorable agricultor y propietario; como una sedicente columna del orden social, si el general Páez, quien junto al impulso heroico conservó el cálculo sanchesco, no pensara que aplicando la Ley a Casa León podría adquirir, al mismo tiempo, las magníficas y bien regadas haciendas que el marqués poseía en los valles de Aragua. La posesión de aquellos fundos opimos del centro de Venezuela de gruesa capa vegetal, en cuyos jugosos pastos se ceban los ganados que vienen de las llanuras y donde se produce desde el suave café serrano hasta el cacao del litoral caliente, constituye un apasionante capítulo de la Historia Política y social de Venezuela. De Casa León a Gómez, pasando por Páez y por Crespo, allí se ilumi-

nan algunos de los móviles económicos de nuestro proceso histórico hasta días muy recientes, cuando las acciones bancarias y las regalías petroleras engendraron una forma de poderío, quizás más diabólico. Lo demasiado humano que coexiste en toda historia junto a lo sublime y generoso, se nos aclara en estas excelentes páginas de Briceño-Iragorry que sirven, más allá de su valor erudito y de su logrado colorido de reconstrucción histórica, para intentar lo que muy pocas veces se ensayó en Venezuela: una tipología de nuestros políticos. Si le quitamos a Casa León su comprada peluca de marqués, si le sacamos de la vecindad de aquellos grandes hombres, como Miranda y Bolívar, cuyo arrojo y grandeza sirven de contraste a la propia bellaquería y pusilanimidad, dijérase que la estrategia del resbaladizo personaje es de todas las épocas y de todos los regímenes que se han sucedido en nuestra tormentosa República. Es personaje para un Balzac criollo que chapotee y explore en el lodo de nuestra *Comedia Humana*. Hubo Casa Leones en los días de Guzmán Blanco, en los de Castro, en los de Gómez, en los más recientes de nuestra Cronología política. Nos parece haber conocido al anti-héroe redivivo en algún club elegante, entre vasos de *whisky* escocés, mientras se

tejen las más misteriosas cábalas financieras. Casa León hace, también, aquellas pequeñas generosidades que pueden pagar las almas pequeñas; los que esperan cobrarse el mínimo servicio con la tabla de intereses compuestos. No carece de mundanidad; alardea de cinismo, y en círculo de hombres solos goza fama de simpático, mientras pide otra ronda de copas y cuenta chascarrillos inocentes. "Mi amigo el marqués de Casa León", dice el joven arrivista que olvida que los seudolinajes criollos se pagaron con sudor de esclavos, con añil podrido y con cacao que comenzaba a fermentarse, del mismo modo que las plutocracias contemporáneas surgieron del préstamo a interés y de los amaños leguleyos de quienes siempre estaban dispuestos a hipotecar a una compañía extranjera el suelo y el subsuelo, el cielo y la tierra venezolanos. Pero lo característico de Casa León es no tener amigos, porque los amigos de hoy son sólo un escabel para saltar a los amigos de mañana; quema ahora lo que adoró ayer, y sólo conserva de cada metamorfosis la misma sonrisilla, el mismo ojo de lince para asaltar cada suculento bocado. Sus ideas, aunque siempre las esconde, son plegadizas y elásticas y así puede disculparse diciendo que aconsejó cordura cuando la violencia parecía

dominar, y fué partidario de la determinación enérgica cuando prevalecían los indecisos. Así, el cortesano de Miranda y árbitro de las rentas de la primera República, aconseja a Monteverde, pocos meses después, que remache bien las cadenas y mande pronto al más seguro presidio español al Generalísimo. Todavía tiene flema para salir a recibir a Bolívar en 1813, y Bolívar le atiende porque, al fin y al cabo, es don Antonio de León, viejo amigo de la familia, colindante de alguna hacienda, y con quien los suyos compartieron el café y las más fragantes hojas de buen "capadare". De Bolívar se pasará a Boves, y de Boves intenta pasarse a Páez si el astuto llanero ya no necesitara de este anciano chapetón cuyo repertorio de mañas se ha agotado en los diez años más dramáticos que conozca la historia venezolana. Pero así, de viejo y cansado, por sentimentalismo doméstico, María Antonia Bolívar consigue de su omnipotente hermano que se le pase una pensión, mientras el marqués echa su última boqueada en San Juan de Puerto Rico. Allí, junto al mar azul y las murallas del castillo del Morro que un tiempo estuvo lleno con las víctimas de sus delaciones, y entre todas la víctima máxima: Francisco de Miranda, meditaría el ya casi mendicante marqués en la mudanza de las cosas

humanas. De tanto calcular, casi nunca se calcula esta hora final de derrota.

Casa León inaugura—como lo destaca muy bien Briceño Iragorry en su magnífico ensayo—un tipo de político venezolano y suramericano. En sociedades nuevas, donde la cultura y la tradición no fijan los valores sociales, el dinero se convierte en el más indiscutible certificado de triunfo, en la máxima jerarquía. El prestamista que se trocó en propietario de tierras o en "honorable comerciante", el pleiteador que ensanchó sus linderos y destacó su boato, asume, por ello, un nuevo mérito moral. Los gobernantes le consultan porque se supone que el dinero es indicio de talento y de cabeza fría y equilibrada. Contra los ideológos y los reformadores, son ellos los que "pisan en la tierra". A veces, fingen desinterés ante los cargos públicos que tanto persiguen gentes más humildes y hambreadas. Frecuentemente dicen que "sirven por honor" o "por cumplir con la patria". Pero, más allá de las listas oficiales del Presupuesto, en las antesalas de algunos ministerios, en las oficinas de algún Banco, en un bufete de leyes y combinaciones, ellos ven y negocian lo que los funcionarios y aun los políticos más visibles, no pueden negociar. Y cuando caiga un Gobierno, y el pueblo

quiera cobrar la injusticia y el abuso de que padeció, volcará acaso su cólera contra el humilde guardia municipal, contra el escribiente que gana cuarenta pesos, el portero o el jefe de parroquia, descubriéndose ante el señor marqués de Casa León. Van a constituir nuevo Gobierno, y el señor marqués ya marcha en traje de gala a ofrecer patrióticamente su consejo y dictamen. Desde su trinchera de finanzas y relaciones sociales, él espera al político inexperto, a veces idealista, como Mefistófeles aguardó a Fausto. Se le puede llamar "industrial", aunque sólo produzca pagarés. Es alternativamente diplomático, presidente de muchas compañías, banquero y árbitro de numerosos juicios. Con el mayor énfasis declara que no es político, y merced a esta aparente apoliticidad se desliza rastreando como gran lagarto, por la contradictoria jungla de intereses y pasiones que crea todo Gobierno. Cuando los políticos de un régimen desaparecen, siempre subsiste Casa León organizando una nueva expedición pirática sobre las propias tablas del naufragio.

Una lección moral y una tentativa de mirar también (porque es indispensable) el revés de la Historia, se expresa en este libro de Briceño Iragorry. Es uno de los primeros es-

tudios en que se descubre, con noticias concretas, la influencia del financista inescrupuloso en nuestra complicada marcha civil. En la requisitoria frecuente que los venezolanos hemos lanzado sobre nuestro proceso político, se descargó toda la culpa sobre algunos caudillos arbitrarios, olvidando a quienes los apoyaban y los nutrían; los hombres de la nocturna y trapacera familia a que pertenecía Casa León. Ya en tiempo de Bolívar, Casa León no era sólo el anti-héroe, sino la Anti-República. Y después, en prolífica descendencia (los anti-héroes se reproducen más que los héroes), los herederos de Casa León medraron y negociaron y enturbiaron las aguas, en todos los sitios donde en Venezuela se manejaba el poder público. Fueron cortesanos de Páez, en la Viñeta; de Guzmán Blanco, en Antímano; de Crespo, en Santa Inés; de Castro, en Villa Zoila; de Juan Vicente Gómez, en Las Delicias. Ni siquiera necesitaban cambiar de casaca para penetrar en las maquinaciones de cada nuevo sistema. Eran la eterna fuerza corruptora que se oponía al aliento de creación y reforma, también palpitante—es justicia decirlo—en algunos venezolanos heroicos. Para aquéllos, marcándolos para siempre, escribió el Libertador sus últimas palabras desengañadas.

SANZ, JUSTICIA MAYOR

En reciente sesión del Colegio de Abogados de Caracas, el doctor Héctor García Chuecos—según informa la prensa—se refirió a varios aspectos ignorados de la biografía del ilustre patricio don Miguel José Sanz. Sanz es el político de más genio y previsión en los dos azarosos años de la primera República de Venezuela—1810 a 1812—, y de ahí el interés con que leamos cuanto atañe a su vida y a su pensamiento. Parece que el estudioso Archivero Nacional descubrió algunos papeles que se refieren a una extraña y poco conocida gestión del "Licurgo venezolano", cuando en las postrimerías de la Colonia y bajo el duro gobierno del atrabiliario Capitán general Manuel de Guevara y Vasconcelos, sirvió de "Teniente de Justicia Mayor y Alcalde" de los pueblos de Capaya y Curiepe, donde era propietario de extensas haciendas. García Chuecos—de acuerdo con la versión de su discurso, resumida en el diario *La Esfe-*

ra—homologó aquella función pública colonial con la de nuestros republicanos jefes civiles. Y ya se sabe la connotación peyorativa que en los momentos más calamitosos de la Historia nacional, tomó semejante título. No es culpa de los jefes civiles buenos, sino de los malos, la desconfianza con que el pueblo venezolano miró siempre aquella jerarquía administrativa. Y según una carta de Guevara y Vasconcelos que también exhuma el historiador, el pacífico don Miguel José se vió abocado durante el desempeño de su oficio a la rebeldía de varios vecinos y esclavos, presos en las ergástulas. La ley colonial no era muy piadosa y nuestro licenciado se comportó en esta circunstancia como lo hacían otros ásperos Justicias Mayores. "Rompieron los presos el candado y cerradura del cepo, y se fueron; entre ellos va aquel mulato que azoté", dice Sanz en su epístola al capitán general. Y agrega en un post-data del mismo mensaje: "Me han traído uno de los presos que dice ser esclavo, e inmediatamente le he mandado dar en el botalón de la Plaza cincuenta azotes, por pronta providencia. Este es uno de los medios, que a más de ser conforme a Derecho en delitos de esta naturaleza, es muy oportuno y eficaz consideradas las circunstancias locales".

Quizás no era de ese episódico Sanz, castigador de esclavos rebeldes, de quien querían oír hablar los juristas caraqueños que concurrieron la semana pasada a su muy añoso y venerable "Colegio de Abogados". Ni aclara tampoco la versión de *La Esfera* bajo qué circunstancias y tensiones el ilustre patricio venezolano obró con tan desusada cólera. Pero si Sanz no fuera sino el protagonista de un incidente semejante, no valdría la pena acordarse de él y su nombre daría sólo pábulo a la curiosidad y recreación erudita en los empolvados papeles que guardan las decisiones de un pequeño "Jefe civil", en una aldea venezolana. a fines de la Colonia. La historia—felizmente—es más que la suma de estos hechos torpes o monótonos. Y el historiador debería explicar por qué si Sanz se comportó de tan censurable manera, pocos años después actúa como político de tan noble y humana doctrina y refrenda con su vida en el trágico campo de Urica su amor por la República. Sobre ese "Teniente de Justicia Mayor" que nos merece un reproche (aunque habría que conocer con más extensión y crítica testimonial los documentos citados por García Chuecos), se superpone otro Sanz, el que verdaderamente cuenta en la tradición venezolana: el legislador, el político, el gran combatiente

civil de la independencia. Ese Sanz creador, humano y heroico, ¿conquistará el derecho a que se le perdonen sus explosiones de cólera o la justicia sumaria de un terrateniente y primera autoridad aldeana, bajo el régimen español. Hubo en él, venturosamente, una evolución que le conduciría a leyes y conducta más ecuánimes. Y no sería tan malo el recuerdo que dejó entre los humildes labriegos de Capaya y Curiepe, cuando Miranda le delega a esas tierras en 1812, a ver si aplaca por su consejo e influencia, una sublevación que esgrime consignas racistas. Abundan otros documentos históricos (por ejemplo, los que reunió el Marqués de Rojas en su libro sobre Miranda), en que puede comprobarse al ascendiente moral que tenía el ilustre licenciado sobre el proletariado negro de aquellas comarcas.

Además un historiador, en un tránsito tan profundo y tormentoso como el que conduce de los días coloniales a la Revolución de Independencia, no puede prescindir del enorme cambio en los espíritus y en la conducta humana que engendraran las ideas de reforma social, insítas al movimiento emancipador. No será sólo Sanz el único venezolano que rectifica. Con la Revolución y los libros y las ideas europeas que la inspiraron, viene también una

como nueva carta de derechos. Hay una concepción más democrática del Poder público y de las garantías ciudadanas. Ya las gentes dejarán de pensar con la mala glosa de una frase aristotélica que "hay esclavos por naturaleza" y que los dueños tienen poder omnímodo sobre ellos. También en esos primeros días del siglo XIX penetran en las colonias americanas—e influirán sobre Sanz—las doctrinas jurídicas reformadoras con que un Beccaria o un Bentham habían cambiado la concepción absolutista del delito y la pena y luchaban por la abolición del castigo corporal. Entre sus días de terrateniente en Capaya y los de la declaración de Independencia, Sanz leyó, sin duda, a Locke, a Hume, a Rousseau. Toda su vida y acción posterior, su obra señera de estadista y jurisconsulto, su íntegro pensamiento democrático que defiende contra los últimos prejuicios coloniales del patriciado criollo, ejemplarizan en él una nueva actitud política y humana.

Pero aceptemos la tesis de García Chuecos de que Sanz se condujo como un altanero "jefe civil" en los duros días del gobierno de Guevara y Vasconcelos. Su comportamiento futuro—aquél que le acredita una estatua en el Palacio de Justicia—demuestra cómo superó o sublimó el autoritarismo abusivo del sistema

colonial. El "jefe civil" de Capaya hubo de convertirse en el "Licurgo de Venezuela" y en el héroe de Urica en una escena que tiene la grandeza de una tragedia griega. Partiendo de su ejemplo, cabe plantear la tesis de si el progreso y perfección del hombre venezolano no consiste en ir superando por el estudio, la cultura y un sentimiento creciente de solidaridad social, ese contumelioso jefe civil o bronco y muy arbitrario "Teniente de Justicia Mayor" que muchos llevamos en el subconsciente. Acaso del bárbaro individualismo caribe y del orgullo y belicosidad del conquistador español subsiste todavía en las zonas más oscuras e irredimibles del alma nacional, ese complejo de ser "jefe". Se quiere ejercer alguna función no sólo para tener derecho al "uso", sino también al "abuso"; para satisfacer nuestro rencor o nuestra vanidad ante quienes suponemos que nos niegan o nos molestan. La *libido dominandi*, como la *libido possedendi*, son instintos primarios del hombre que sólo se afinan y se integran en la coherencia social, cuando por la cultura ampliamos nuestra órbita espiritual y moral y sometemos nuestro arbitrio a la ley y la razón.

Históricamente el problema más importante no es averiguar cómo Sanz fué transitorio "jefe civil", sino cómo aprendió a dejar de serlo.

Cómo la evolución de su pensamiento y de su ecuanimidad, cómo una más democrática concepción del mundo, venció aquellas cóleras del terrateniente de Capaya. Cómo para forjar la Independencia y la República aquellos esclavos y manumisos de Barlovento empezaron a gozar de los mismos derechos del patriciado blanco. Cómo sobre la superstición, el prejuicio y la violencia, debía levantarse una nueva imagen del ciudadano y del Estado. Y Sanz redimió en sí, con los pocos y grandes venezolanos que han merecido bien de la Historia, aquel torpe y primitivo complejo del "mandón" para integrarlo en las normas de la solidaridad social y de la cultura. Por eso se la ha llamado a presidir en el Palacio de Justicia las deliberaciones de la razón que subliman la arbitrariedad y el atropello.

EL TIEMPO Y NOSOTROS

(EN LOS DÍAS DE JUAN VICENTE GÓMEZ)

En los pueblos atrasados y dormidos, aquéllos que según la definición de Spengler son más naturaleza que cultura, el tiempo no apremia ni parece correr: con su cauda de soles y de noches, sus lluvias y sus sequías, es como un dominio compacto y lejano sobre el cual se ejercita el albedrío del hombre. Los seres están metidos en la cáscara del tiempo, pero ignoran cómo imponerle su voluntad; cómo modificarlo o acelerarlo. Los ciclos son largos, inmóviles y densos, sometidos a un ritmo puramente telúrico como aquellos de la mitología indostánica donde los dioses aparecen. se metamorfosean o se acuerdan de los hombres cada cuatrocientos mil años. Vegetan, así, en los más oscuros comienzos o en los crepúsculos de las culturas, los llamados pueblos *felahs* porque se les compara con aquellos campesinos del valle del Nilo, que habían perdido la memoria de su pasado y que sin acor-

darse de sus reyes y sus potentes dinastías, trenzaban juncos o recogían la cosecha eventual con que los obsequia el limo fértil después de las grandes crecidas del río con la misma resignación rudimentaria de sus olvidados abuelos, en la lejanísima época menfita. Más que conducir el tiempo, el tiempo los conduce. Sin progreso ni cambio, fundiendo la sangre y los huesos de las generaciones con el lodo milenario de la tierra egipcia, pertenecen a la Geología más que a la Historia. Apenas la marca de sus primitivos sembrados señala, al cabo de los siglos, las ondulaciones del río; lo que emergió o fué sumergido. De pronto, un arqueólogo europeo desentierra en las inmediaciones una estatua —una estatua de esos "servidores" que se colocaban en los hipogeos formando el séquito simbólico de los príncipes y faraones enterrados—y se advierte, entonces, la semejanza entre el campesino actual y el de hace seis mil años. Ni las razas, ni los conquistadores, que en tan dilatado trecho de Historia se pasearon por la tierra egipcia, produjeron en el *felah* otro apetito de vida, otro sistema de necesidades, otro anhelo de perdurar. Lodos y juncos arrastrados por las crecientes son el signo de su vida, como cuando Menes sometió los primitivos clanes a un orden religioso

y dinástico. La Historia en el Egipto la habían realizado grupos de guerreros, de sacerdotes y de familias reales que cuando fueron disueltas por los conquistadores persas, helenísticos y romanos, cuando se impuso sobre el país una dirección extranjera, no dejaron tras de sí sino estos campesinos miserables, estos *felahs* sin memoria y sin ambiciones. Al margen de ellos, confundiéndolos a ellos con la tierra milenaria de la muerta civilización egipcia, se desenvolvía una historia extranjera: persa, griega, romana, islámica, inglesa. El tiempo para el *felah* es lo puramente estacional y monótono. Su único reloj—su sola medida de las cosas—es el viejo río amarillento, donde bostezan hace más de sesenta siglos los cocodrilos sagrados.

En nuestro país venezolano durante más de treinta años tuvimos una dimensión puramente campesina del tiempo; la única que podía advertir un labriego trocado en pastor de hombres, más Naturaleza que Historia, satisfecho con su dinero y sus vacas, como lo fué Juan Vicente Gómez. La derrota biológica y moral de Venezuela se traducía en la renuncia a toda empresa histórica, en una conformidad naturalista con las cosas que no las dirijíamos o las creábamos, sino las aguantábamos. El "aguante" fué, entonces, la única

capacidad del pueblo venezolano. El aguante hizo posible todo lo empírico y arbitrario, la ruptura de toda jerarquía, la renuncia a todo plan y pensamiento creador. ¿A qué estudiar, pensar y prever cuando llamaban a Gómez "el gran intuitivo"? A espaldas de todo suceso o todo problema universal, el tiempo se distendía como un gran cuero seco a la entrada de aquel conuco; sobre la tierra apisonada de aquel rancho con que pudo comprarse nuestro país. Anécdotas rurales; acompañar al "jefe" a visitar sus sembrados de yuca, celebrarse su astucia de zorro en acecho, constituyeron la atención preferente, el único ejercicio de muchas cabezas nacionales. Dentro de esa concepción solamente vegetativa del tiempo, casi nada tenía importancia. Más que por fechas abstractas o por corrientes espirituales que nunca remuevan su conciencia, el tiempo rural se cuenta por sucesos telúricos, por fuerzas desconocidas y ajenas al hombre, que de pronto rasgan la soporosa costra de los días. Se habla vagamente del "año del cólera", del "año de la gran creciente", del "año del terremoto" o de "la revolución". Cuatro o cinco cosas así, perdidas y discontinuas, dentro de una enorme masa de tiempo innominado, recorrido apenas por el sol o por las lluvias; por la plata que se

ganó. por el deudo fallecido o por el becerro que le nació a la vaca sarda, marcan la trayectoria de muchas vidas. Y no conviene apresurarse, porque siempre sale el sol. Los hombres que se aseguraban o que triunfaban como Gómez, eran hombres de larga paciencia; hombres que se deslizaron por el inmenso túnel del tiempo, sin forzarlo, sin apremiarlo. El tiempo lento—verdadero reactivo del "aguante"—que se vivía en las cárceles donde veinte años equivalían en el habla rural, suave de diminutivos, a "algunos añitos", o el de los hombres que se iban momificando en el ceremonial de la corte, en la guardia de un viejo que nunca concluía de morirse y que sabía oponer su razonamiento labriego, su infinito fatalismo, al más sutil razonar de los doctores. Acaparaba el tiempo, y todo lo que era posible acaparar, una minoría brahamánica (que había renunciado a toda iniciativa, porque las iniciativas son peligrosas) mientras al lado suyo vegetaba un pueblo que se iba trocando en *felah*. Por encima de ese tiempo rutinario e inerte, empezaba ya a soplar sobre nuestras costas un agresivo viento de Historia moderna. Pero olvidar los problemas más que resolverlos, esperar que la Naturaleza obre—si ello es absolutamente necesario—parecía el secreto de aquella política, de aquella anti-Historia.

La incógnita que nos planteaba a los venezolanos la liquidación de una torpe dictadura, era que nuestro pueblo ya se convertía en pueblo *felah*, en pueblo que ha dejado de vivir su propia historia para entrar en la órbita de una historia extranjera. Mientras a la sombra del samán (con que tantas veces se comparó a Gómez) los viejecitos "echaban cuentos", se aferraban a su tiempo-naturaleza, gentes foráneas descubrían nuestros recursos explotables; empezaban a establecerse sobre el sopor y la ignorancia de la casta brahamánica, así como los violentos publicanos de Roma llevaban el tumulto de sus negocios, de su audacia y su dominación, a las poblaciones perezosas de un Oriente demasiado podrido.

Todavía en Venezuela luchan estas dos concepciones del tiempo: la de aquellos que, como los *felahs*, esperan que llegue la divina crecida del Nilo; que se cruzan de brazos o apenas rezan para invocar el milagro, y la de los que comprenden que también el tiempo es tarea dirigida, creación de la conciencia y voluntad que modifica el letargo, el silencio y la fatalidad de la Naturaleza. Ser una nación, o un inerte y olvidadizo clan de *felahs*, es tarea que deben resolver nuestra capacidad y nuestra decisión en un momento en que la Historia Universal empuja y preci-

pita tan tumultuosos destinos. Sabemos que viene un tiempo en que a los pueblos aletargados les espera la suerte de aquellos campesinos del Nilo ante la sucesiva presión de persas, de griegos, de romanos; los que tenían más empuje y se montaron sobre la Historia, dominándola, haciéndola caminar, como un infatigable caballo de poderío.

A VEINTE AÑOS DE "DOÑA BÁRBARA"

La aparición de *Doña Bárbara*, en 1929, durante los días más aletargados de la dictadura de Juan Vicente Gómez, dió a la obra —a más de su intrínseca calidad literaria— el valor emblemático de cuanto Venezuela necesitaba redimir. Con este libro, leído de inmediato y con avidez en todo el orbe hispánico, un callado profesor de Algebra del Liceo de Caracas, autor de numerosos cuentos y de dos novelas que a pesar de su mérito artístico sólo se difundieron dentro del país, entraba de pronto en el ámbito de la literatura universal. Iba a conocer glorias y responsabilidades de que no disfrutaron antes de él otros grandes artistas de la prosa venezolana: ni Cecilio Acosta y Juan Vicente González en el siglo XIX; ni Manuel Díaz Rodríguez en los primeros años del XX. Si fuera de Venezuela el libro se leyó como animado y potente fresco de la vida rural en las gran-

des llanuras; obra gemela por su vigor autóctono y por su exaltación y angustia de la nacionalidad de la de los grandes muralistas de México, rapsodas de un mensaje telúrico, de gentes que pugnaban por entrar en la Historia, para los venezolanos, a más de todo eso, el libro contenía una clave simbólica, un críptico "más allá" de la descripción de la Naturaleza y el retrato de los personajes.

Adentrarse en el problema humano y moral que suscitaba entonces la dictadura gomecista equivalía al viaje a la selva y a la prehistoria, a los más siniestros tremedales, que emprende desde la primera página, en "un bongo que remonta el Arauca" el civilizador Santos Luzardo. Y en el bongo se ha introducido "uno de esos hombres inquietantes, de facciones asiáticas, que hacen pensar en alguna semilla tártara caída en América quién sabe cuándo ni cómo". Le llaman el "Brujeador" y las reservas y oscuras reacciones que guarda en la conciencia, no son traducibles al pensamiento lógico, porque están imantadas de magia, de aquella tenebrosa "magia negra" que tanto asusta a los campesinos y cuyo torvo hechizo no logra siquiera conjurar la oración del *Magnificat*. ¿Pero es que en la vida y acción de Juan Vicente Gómez no hubo tanto de "Brujeador"?

Sin necesidad de hacer teorías, por el hecho de estar recogidos en el libro no sólo con su vida externa sino también con sus secretos; porque junto al inmenso paisaje de Naturaleza ilímite, de árboles, de nubes, de agua, de caballadas y rebaños cimarrones, de horizontes batidos por la lluvia, la tempestad y las tolvaneras, hablan por boca de Gallegos los hombres buenos y los hombres malos de su fuerte creación: los analfabetos y los cultos, los derrotados y los agresores, el pueblo venezolano leyó en la novela mucho de lo que estaba reprimido en el subconsciente colectivo y petrificaron largos lustros de estancamiento dictatorial. Abría el libro una resquebrajadura para mirar aún desde los indolentes cafés de la Caracas de entonces, desde ese "vivamos, callemos y aprovechemos", en que se consumieron varias generaciones de venezolanos, la más encendida realidad del país. Acaso desde la romántica *Venezuela heroica* de don Eduardo Blanco, canción de linaje, registro y genealogía de una patria hazañosa, no hubo libro más unánimemente divulgado. A la virtud del estilo y fuerza de la invención añadían los lectores una como sobrentendida clave simbólica. En la cárcel leyeron la novela los estudiantes prisioneros en las intentonas libertarias de 1928 y 1929.

Con el más generoso ímpetu criollo pensaban ellos actuar contra el enmarañado desastre de la dictadura, como Santos Luzardo sobre las ruinas de Altamira; oponer una ley y sistema nuevo contra esa "ley de llano", ley de sangre y atropello, impuesta por doña Bárbara. Pero aun doña Bárbara, cacica de cuatreros y brujeadores, dañera ella misma y aconsejada del "socio" diabólico, también fué una vez doncella enamorada que vió frustrar su amor y cegar el remanso de toda ternura en el desenfreno de los asaltantes. Como su llano, ella también fué campo quemado, hollada por el desbarajuste y tropel de los caballos salvajes. Y en su perversidad había una concreción de resentimiento. Santos Luzardo se le planta—aunque ella quiere destruirlo—como una desconocida verdad pura y justiciera; como otra diáfana y mejor voluntad del mundo que disolverá el complejo satánico. Y de la suma impureza y "porque las cosas deben volver al lugar de donde salieron", la feroz cacica marcha por la noche del tremedal, en el último capítulo de la novela, a buscar aquella virgen que fué, antes que la maltrataran y endurecieran los violentos. "Desaparece del Arauca el nombre del "El Miedo" y todo vuelve a ser Altamira", dice el novelista. ¿Y no era en tales días doña Bárbara el arquetipo de una Venezuela torna-

da cruel e insensible por los "Brujeadores", los "Pernalettes", los "Balbinos Paibas", los "Míster Peligro". pero en cuya sofocada entraña palpitaba aquella nostalgia de justicia, ese otro resplandor de esperanza que la protagonista mira "como pura luz de estrellas, entre la tiniebla alevosa" reflejada en la hija. la noche de su fuga expiatoria? Del mismo modo—"estrella en la mira"—la novela terminaba buscando aquella aún redimible y eterna patria "propicia para el esfuerzo, como lo fué para la hazaña; tierra de horizontes abiertos. donde una raza buena ama, sufre y espera".

En pocos libros literarios como en éste las dos corrientes en que se debatiera la literatura venezolana—como las otras regionales de América—hallaban su síntesis y conciliación. De una parte había comenzado con los costumbristas del siglo XIX el intento de describir la vida rural pero como captada desde fuera, en holganza, caricatura o recreo del hombre urbano que se apiada y sonríe de lo pintoresco o arcaico que observa en el campesino; por otra hubo la literatura de los demasiado cultos, que apenas tejieron sobre el modelo de las formas importadas—temiéndole a una auténtica expresión nacional—el tímido testimonio de su presencia y angustia. Lo puramente externo del relato, la ironía o sá-

tira circunstancial y el tono, a veces demasiado chabacano del lenguaje, invalidó a los costumbristas—aunque hubo entre ellos escritores tan eximios como Nicanor Bolet Peraza—para penetrar ese "más allá" de nuestro pueblo que era más que traje, pintoresquismo o expresión dialectal. Explotó el cosumbrismo y después el sainete, el simple choque y asustado asombro del labriego cuando cae en la ciudad como en aquel delicioso *Palmarote* de Daniel Mendoza, jovial abuelo del *Pajarote* de Rómulo Gallegos, cuya desenfadada llanería irrumpe en la gazmoña Caracas de 1850 con sus reflexiones, que serían radicalmente revolucionarias si no fuesen ingenuas. Pero por sobre lo accidental del vestido y la Gramática arcaica o estropeada del campesino, subsistía el símbolo y secreto que no podía profundizarse en una literatura de simple burla y burgués regocijo. Frente a la obra criollizante de los costumbristas, se erguía el mundo más elaborado de quienes, al ejemplo de nuestro Cecilio Acosta, dijeron hondas verdades venezolanas en ensayos académicos que no penetraban más allá de las minorías letradas.

La prosa modernista con sus mejores realizadores venezolanos, entre los cuales el nombre más ilustre fué el de Manuel Díaz Rodrí-

guez, aportó, sobre todo, un instrumento de alta calidad y matiz, de suma vivacidad plástica, para mirar y expresar las cosas de otra manera de como se expresaron en el estilo oratorio, o sin mayor esmero artístico, del siglo XIX. Nunca se había pintado el paisaje venezolano con más graciosa y animada luz como en los primeros cuentos de Urbaneja Alchepohl; nadie miró el valle natal caraqueño en tan fantástica degradación de color, en lejanía impresionista, como Manuel Díaz Rodríguez. Pero prevalece en las novelas del modernismo, como *Sangre Patricia*, *Idolos Rotos*, *El hombre de hierro*, *En este país*, etcétera, el conflicto—más individualista que social—del hombre de cultura y tradición refinada que no logra acercarse, o casi le teme, al rudo y elemental secreto de su pueblo, que pasa por la vida en desengaño o evasión neurótica. Según el conocido verso baudeleriano "habían venido demasiado tarde a un mundo demasiado viejo", o a la inversa. Ante el impacto de la más hostil circunstancia, los protagonistas de nuestro "fin de siglo"—al ejemplo del Tulio Arcos de Díaz Rodríguez—quieren evadirse buscando la vida más plácida de las metrópolis europeas o se ensimisman como desdeñosos Narcisos junto al hermético pozo de sus propios sueños. Son griegos anti-

guos, parisienses modernos, artistas del Renacimiento, caballeros de una muerta caballería española, en la vorágine de nuestra existencia tropical. Subsistía sin conciliación aquella antítesis sarmentiana entre las minorías cultas, de estilo europeo, y el pueblo adormecido aún en la embrujada noche de su atraso y supersticiones.

Mérito singular de doña Bárbara fué aproximar estos dos mundos, estas dos caras de la existencia vernácula, como no se lograra hasta entonces en la ficción venezolana. Conquistado ya el paisaje y descrito el duro oficio de las gentes, era necesario entender con sumo amor y hasta suma paciencia, cómo reaccionaban las almas. Cuál puede ser el sentimiento del mundo, la cosmovisión del hombre solitario que mira brotar las estrellas y abultarse los espantos en las engañosas lejanías de la desierta llanura. Todo lo circundante—estero, laguna, tremedal—está poblado de animismo; la Naturaleza hace signos misteriosos, envía sus extrañas claves auditivas, visuales, hasta olfativas, que sólo descifra el avezado navegante de aquella inmensidad terráquea. Aunque el cuadro de las más rudas costumbres de jinetes y pastores, de cazadores de caimanes, de vaqueros y rumbeadores, alcanza en la novela en capítulos como "La doma", "El ro-

deo", "El espectro del Bramador", sumo valor artístico, predomina, sin embargo, una ejemplaridad de índole psicológica. No era tan nuevo el ambiente que describía Gallegos como el misterio y complejidad de las almas. Y todo ello en un arte sereno que hasta se libró del excesivo primor del Modernismo; en seguridad de río caudaloso, en estilo que es clásico y popular, a la vez, como en un "Galerón" o "corrido" del llano, en el "joropo" o la "marisela", se intercala de pronto una melodía española del siglo XVI. Y escuchamos de pronto en el "cuadro" o el arpa llanera, el eco de los vihuelistas del tiempo de Lope, de Cervantes, de Góngora. Esto emparenta curiosamente al escritor venezolano con el mejor linaje de los creadores hispánicos, desde Cervantes hasta Galdós. Y conozco pocas páginas más auténticamente cervantescas en la literatura de América; cervantescas más por el espíritu que por la letra, sin arcaísmos ni alarde estilístico alguno, como ese admirable capítulo IV de la novela en que el viejo Melesio habla como un Sancho nativo, con análogo realismo metafórico y la dura y terrestre poesía del escudero de Don Quijote. Qué de elementos tradicionales hispánicos, qué elevado *ethos* de la raza circula por el cuerpo de la novela, sin mengua de su peculiarismo

venezolano, habrá de ser tema de investigación para filólogos e historiadores de la cultura.

Con la fuerza de auténticos arquetipos en que viviera, dialécticamente, lo afirmativo y lo negativo del alma venezolana; lo que debía redimirse y lo que debía aprovecharse, se yerguen así las figuras de *Doña Bárbara*. Ellas resumen: el valiente Carmelito, el rapaz Pernalete, el cobarde Mujiquita, el generoso Santos Luzardo, no sólo lo que era la vida nacional en tan duros años, sino hasta el nuevo destino que debería trazarse a la historia venidera. Sobre la inmensidad de su tierra, geómetra bajo la vía láctea, Santos Luzardo es el buen rumbeador. La fórmula de América, dentro del viejo y conflictivo problema que ya estudiara Sarmiento en su *Facundo*, no era tanto que el culto Santos Luzardo con su flamante título universitario y en nombre de una presuntuosa civilización, impusiese su exclusivo y absorbente módulo a la vida llanera—la fórmula de todos los "despotismos ilustrados"—, sino tratara, más bien, de entenderla, mejorarla e incorporarla a su experiencia vital. Si Luzardo debe reeducar a tantos llaneros que se acostumbraron a la violencia y al abandono, el Llano le reeduca por obra de viriles maestros como el viejo Melesio, el osado Carmelito, o la centenaria

sabiduría apodíctica que habla en la lengua invencionera de *Pajarote*. La antítesis de "Campo" y "Ciudad", "Civilización" y "Barbarie" planteada en el *Facundo*, logra una síntesis, se transforma en consigna histórica cuando los cultos se acercan a los analfabetos; cuando la cultura saliendo del cerrado Sanedrín de los doctores, se lanza a surcar ríos selváticos en el bongo de Santos Luzardo y descifra y hace conciencia, el anhelo de justicia elemental que se agita en el alma de los atrasados e irredentes. Cargado de esta nueva verdad—tan diversa de la desdeñosa evasión estática de la novela modernista—Santos Luzardo se proyectaba como una esperanza de salvación.

Y hubo tan cálida veracidad en esta galería de personajes galleguianos, que del círculo de los cultos el libro pasó al pueblo y animó más de una velada llanera en la más remota vaquería. Conuqueros y gentes aldeanas encargaban el libro a su proveedor como completando la sal y el pan de cada día. En grupo de vaqueros y rapsodas de los campos, se discutía y comentaba la novela con mayor y más honda prolijidad que la de los críticos literarios. Con su bastón nudoso, sus erizados bigotes, su mascada de tabaco y sus rapaces intenciones. Ño Pernalete era identificable diariamente, yendo a la Jefatura Civil, en "El

Rastro". "Parapara" o "Guardatinajas", las aldeas asoladas y diezmadas por el arbitrario poder público. Con su mejor caligrafía, siempre pálido y menguado, el pobre Mujiquita redactaba otra carta para el "General", a fin de que le aumentaran el magro salario. Todo cuanto el pueblo soñaba o sentía, se expresaba en el libro como en un gesto colectivo hecho de miedo, de sueño, de indignación, de áspera experiencia cotidiana. Como en los cuentos de *Pajarote*, cada sucedido tenía su entrañable moraleja; cada personaje parecía ser la suma de múltiples situaciones, la síntesis de muchos conflictos. Y cuando junto a sus "greyes sin cuenta", bajo los grandes árboles de sus haciendas, en que impartía sumaria justicia feudal, Juan Vicente Gómez—vaquero él mismo, aficionado a los relatos misteriosos de todo "Brujeador"—hizo que le leyeran la novela, nunca imaginó que allí se le ofrecía el testimonio más insurgente, más cargado de reivindicación de toda la Dictadura. "Este bachiller sí sabe cómo trabajan los hombres", fué el juicio entusiasta del dictador. Y cómo la fábula le había complacido; como allí se pintaba bien un rodeo y una doma de caballos salvajes, buscó en las listas oficiosas un cargo vacante de senador por el Estado Apure—la tierra donde transcurría la ficción—para ofre-

cérselo. Nombrado por Gómez, Gallegos hubiera sido representante de doña Bárbara. Había sido padre y también discípulo de Santos Luzardo; agradeció y renunció ante el general y puso tierra y mar de por medio, hasta que el siniestro "Hato del Miedo" se pudiera trocar en *Altamira*.

Con ese admirable sincronismo de los grandes libros, éste llegaba a tiempo no sólo para delatar y reflejar la más estremecida circunstancia, sino para iluminar, también, el futuro; a abrir las nuevas empresas de Santos Luzardo. El libro era, por eso, política, aunque Gallegos no lo hubiera querido. Y el caudaloso río del relato encauzaba tan bien la verdad estética y el mensaje humano, que la novela fué clásica desde el momento de su aparición. Más allá de las modas y convencionalismos estilísticos aparecía socorrida de su propia y segura fuerza. Por ello, y aun contra el arte más alquitarado y deleitoso de otros libros de Gallegos—como *Cantaclaro*—es *Doña Bárbara* el que le asegura más unánime y aun combatiente, popularidad. Superará el futuro lo que en esta novela fué dolor y reclamo de un momento de la vida venezolana, pero ha de vivir lo que es en ella entrañable poesía, metáfora y símbolo de la tierra y la estirpe.

ARMANDO REVERÓN

(1939)

Físicamente Armando Reverón (que aunque no lo parezca es uno de los venezolanos más importantes que en este momento viven) tiene una de esas extrañas figuras en que a través de indefinibles procesos raciales, surge en Venezuela un árabe más bronceado todavía por el sol de nuestra tierra caliente y por los caciques que hablan en su sangre un lenguaje de muchas generaciones. Arabe andaluz e indio venezolano no son—como después lo veremos—aportes desdeñables de su misteriosa personalidad. Toda la persona y la obra de Reverón se expresan bajo un signo de misterio que no es tan sólo el que observan los turistas domingueros que llegan hasta esa fortaleza incaica mezclada de caney venezolano que él se edificó en Macuto—que no concluye de edificar, más bien—y que es la más arbitraria vivienda que existe en nuestro país. Allí, medio desnudo, ceñido por su cinturón de bejucos, que

según la teoría de Reverón le sirve de frontera cerrada entre el sexo y la cabeza, entre lo material y lo espiritual; en la peregrina compañía de sus monos amaestrados a los que enseña a manejar los pinceles y los viste con los más surrealistas de los trajes, y bajo la suave pedagogía de Juanita, su cocinera o escudera, plena de milagrosa comprensión y fidelidad, Reverón hace un poco el artista extravagante y tremendo; comercializa con gentil inocencia su fama de loco. Ahora que el Mar Caribe derribó los muros de los antiguos baños, que el democrático automóvil por puestos hace de la vieja y romántica playa una sucursal plebeya y sudorosa de los más plebeyos y sudorosos barrios de Caracas, Reverón se ha convertido, con más propiedad que las palomas y los uveros del balneario, en la mayor atracción turística de Macuto. Algunos padres de familia conducen allí a sus hijos, para indicarles, con el ejemplo, cómo un artista es un ser naturalmente chiflado; las muchachas lectoras de novelas observan cómo en la realidad también viven seres novelescos. Robinsones que levantan en poblado su isla desierta, y aquellos turistas yanquis que en circuito de ocho días, desde Nueva York, se tragan todo lo pintoresco de las "West Indies", tienen un tema delicioso para sus kodaks.

Frente a los turistas, Reverón es el más alucinante de los Frégolis; él ha preparado, para conmoverlos y asustarlos, guayucos indígenas; collares de plumas, maniquíes pintarrajeados entre su áspero y cobrizo cuerpo de coleta —los maniquíes de Reverón, seres que están sentados en sillas de junco o tendidos en los chinchorros de cocuiza como grandes caciques muertos—. En el "soberado"—porque todas las piezas de la casa de Reverón lo tienen— acechan personajes, muñecos o sencillamente, uno de los monos que recibe sus lecciones de pintura. Reverón, que con las tierras que muele y emulsiona prepara su caja de pinturas; que con fibra de cocuiza fabrica sus pinceles, que bebe y ofrece el café tinto en aborígenes totumas, que tiene su especialísima vajilla de conchas marinas, es uno de los pocos venezolanos que no necesita de la civilización occidental. El ha descubierto la fórmula de una peregrina economía natural y afronta, ante el mundo, su personalidad robinsónica. Es cierto que da el número para los turistas pero es cierto también que nadie como él sabe amar y aprovechar las cosas humildes: lo que botan el mar y la tierra. Y en las noches de tempestad está, como un marino curtido, sobre la más alta viga de su caney, como si fuera el trinquete de una nave fantástica, avi-

zorando el horizonte. Hay algo de mágico y animal al mismo tiempo en sus gestos, en su agilidad, en sus orejas y su olfato de perro cazador. Y una conversación perfectamente ilógica. Una conversación en que el viaje a España y a París, la complicada historieta de una pequeña casa que hipotecó y retrovendió en la ciudad de Valencia para irse a Europa, está transcrita como un sueño freudiano. Oyéndole relatar su viaje a Europa, hecho de imágenes rapidísimas y simultáneas, uno puede pensar en un hombre que de pronto, en una noche de lluvia, cayese en la Gare Saint-Lazare; lo metieran en un coche, viese una ciudad proyectada en la humedad del pavimento, donde los colores, las luces y las formas se deshicieran en apretado haz rutilante. Y uno no sabe—no lo he sabido a través de varios diálogos con Reverón—si hay algo de cálculo, de conciencia que se disfraza de subconciencia, en su manera de exponer y contar. (Sólo otro artista en Sur América me causó una impresión parecida: el poeta peruano José María Eguren. Son los dos más curiosos e inspirados mensajeros del aire que me ha sido dado conocer; pero en Eguren hay algo de desvalimiento físico que no existe en el pintor venezolano, infinitamente más ágil y astuto).

¿Cómo ha aprendido Reverón; cómo ha lle-

gado a tan singular gracia y refinamiento, a tan profunda síntesis, a su elegancia desmaterializada, y al mismo tiempo voluptuosa, que le fijan un sitio único entre los pintores venezolanos? ¿Cómo nos nació y se nos formó este artista, que es, a la vez, nuestro Renoir y nuestro Henri Matisse y también, de cierta manera, nuestro Goya? He aquí un problema absolutamente inexplicable, algo que se generó y radica en lo más hondo y misterioso de la personalidad, porque todas las circunstancias de su vida estaban precisamente en el camino opuesto. El no hizo en Europa el aprendizaje metódico de un Cabré; no fué huésped atento de los Museos ni se metió en aquellos abstrusos problemas de la Matemática de las formas que preocupan a algunos investigadores nuestros, como un Bernardo Monsanto. Sin embargo, no es tampoco un pintor espontáneo que pinta, como Rafael Ramón González, las gozosas cosas que ve, sus muros y placitas criollas, los árboles gigantes, las coloreadas gentes que pasan al lado suyo. Hay en Reverón una extraordinaria genialidad decorativa, y habrá que dolerse de que muchas de sus obras las haya trabajado en aquellos papeles deleznables y con aquellas pinturas destinadas a descolorarse, que se propuso inventar. Pero que haya llegado

un hombre de Venezuela a una solución de lo decorativo moderno que se aproxima mucho a las de un Matisse es algo que puede entusiasmarnos y enorgullecernos, sobre todo cuando se piensa cómo ha vivido y cómo se ha formado Reverón. (Una nota previa para los que me leen: Reverón, como Renoir, no es pintor fotografiable. La fineza de su color, la música de su pincelada y hasta el material infame en que ejecuta sus obras, resiste toda lente fotográfica. Las obras de Reverón hay que verlas directamente, y ello bajo cierta luz y en adecuada lejanía).

Cuando el extraño muchacho valenciano que seguirá siendo para sus contemporáneos un hombre enigma, iniciara su aprendizaje de pintor, reinaba en Venezuela Tito Salas. Había venido de Europa cargado de aventuras y de premios, chispeante el genio andaluz, ducho de un lenguaje fácil y coloreadamente romántico que había aprendido en la escuela española de Zuloaga y Romero de Torres. Su misma facilidad dañará, a la larga, la obra de Tito. Amigo de literatos, su pintura se literatiza un poco; erigido en pleno centro de Caracas y en lugar tan venerable como la casa natal del Libertador el taller del artista es atrayente centro social donde se aliñan anécdotas y se suelen reunir los más ágiles

charladores y las muchachas más lindas de la ciudad. Durante veinte años de la historia caraqueña Tito Salas es como un Rafael de nuestra pequeña Roma tropical, pródigo en la vida y dictador del arte, como el otro. Su Capilla Sixtina, donde se le ofrecen muros y cámaras a discreción para que las ornamente, es la propia casa del héroe. Y en su *prestissimo*, en una abundancia que no se compadece con la alegre desenvoltura de su vida, las obras de Tito pueblan la enorme mansión. Allí está, sin simbología, contada en forma a ratos excesivamente presurosa, la vida y la hazaña de Bolívar. Ciertos óleos que hubieran requerido más reposo están sentidos y tratados como inquietas aguafuertes románticas. El talento de Tito se suele disgregar allí en pequeños detalles: trabaja muy bien un rostro y un objeto, narra graciosas fábulas, como la del gran cuadro *El matrimonio de Bolívar*, pero en todo el conjunto las figuras y los grupos se precipitan como para lograr cierto efectismo. Tito no logra aquella gran calma en la composición en que fué maestro Michelena, y si comparásemos, por ejemplo, los caballos y las figuras de un cuadro como *Pentesilea* con los del cuadro de Tito *La expedición de 1814*, observaríamos la diferencia entre caballos y jinetes reales y otros

que están alumbrados y deshechos en un ambiente fantasmal de pesadilla. Cierto pintoresquismo español, su propia facilidad narrativa, su tendencia a considerar el arte más como impresión que como forma, no han permitido, sin duda, que el pródigo talento de Tito Salas se realice en la más perdurable cabalidad. Pero quién sabe si en esto mismo radica el secreto de su éxito. Frente al arte de los antiguos pintores venezolanos, a la grave honradez de un Tovar y Tovar, al clasicismo lineal de Michelena, al patetismo atormentado de un Cristóbal Rojas, Tito Salas erigió—aún pintando cuadros de historia—su animada fiesta bohemia.

Con ese sonambulismo con que Reverón empezó su marcha por el mundo, fué perfectamente inmune a la general influencia que sobre los pintores y literatos de 1910 tenía el joven monarca que se llamaba Tito. Si alguna vez se hubieran encontrado, ambos se habrían repelido, ya que profundos contrastes y diferencias temperamentales les marcan insalvables fronteras. En una simple fórmula sociológica podemos decir que Tito es el criollo español de fácil lenguaje y amenas anécdotas, de claro desenfado, y suficientemente extravertido como para que el mundo exterior le preste y él obedezca todas sus solicitacio-

nes, mientras que en el alma de Reverón se reconcentra algo más misteriosamente venezolano: algo mágico, subjetivo y decorativo a la vez, que puede explicarnos ciertos enigmas de su biografía. La idea de un *yoga* del artista, de cierto ascetismo vital—profunda y obsesionante preocupación que años después lo conduciría a encerrarse en aquella fortaleza o morada robinsónica que se construyó en Macuto, a imponerse un severo control de los sentidos y hasta a asustar a los buenos burgueses con sus peregrinas teorías—se hace pronto sensible a Reverón. Sin definirlo —como Leonardo de Vinci—, él desde muy joven empieza a considerar la pintura "como una cosa mental", y de allí su tendencia a rodearse de defensas contra la sensualidad en forma casi maniática. Y una vez me explicaba que sus más bellas figuras femeninas le nacían exclusivamente de la cabeza, a diferencia de Adán, a quien le surgieron de las costillas, porque mientras él estaba pintando tenía firmemente ceñida la parte baja del cuerpo. Sobre estos temas y sobre su inquietante vocación espiritualista, parece haber conversado mucho con ese curioso y alucinante decorador ruso Nicolás Ferdinandov, quien apareció en Caracas allá por 1920, y en cuyo taller, decorado con viejos iconos y con mo-

tivos submarinos—taller que parecía el santuario de una esotérica religión— Reverón aprendió a tomar el té a la manera eslava, a pronunciar algunas palabras rusas y a discutir y buscar a Dios como un personaje de Fedor Dostoievski. De este momento de su existencia algo penetró en su arte, en ciertas figuras que están tratadas con la técnica de un mosaico bizantino, sumidas en un misterioso fondo lumínico, pretendiendo una vaga simbología. como en aquel cuadro titulado *Las hijas del Sol*, propiedad de Carlos Eduardo Frías. Sin saberlo—porque Reverón tiene todo, menos una cultura de arqueólogo—ha logrado. así. figuras y retratos casi mágicos, como los de Ravena del siglo IV. Del fondo decorativo emerge el rostro, envuelto en una luz nocturna. en una masa de colores disgregados. en absoluta fuga del espíritu.

Y aquí conviene ya detenerse en otros aspectos de su obra y en la elaboración de su estilo.

* * *

Un muchacho venezolano llega a Madrid un día del invierno de 1912. Pregunta en la casa de huéspedes por un profesor de pintura y le dan el nombre del señor Moreno Carbonero,

especie de grueso costumbrista del arte de pintar en cuyos muñecos sólidos se transcriben las páginas del *Quijote* o de la Historia de España con dura rigidez. En un espeso mundo de condecoraciones y academias, muy formal y sin ninguna audacia, amigo de las autoridades monárquicas, ese pintor representa no la decadencia—porque en toda decadencia hay algo de trágico—sino la más espesa platitud del arte. Sancho y su burro, Don Quijote y su lanza, los duques y sus golillas, y todos los elementos de una utilería descolorida, afirman su fama y mantienen sus cátedras. Hay en ese momento una gran pintura en Francia, pero los Pirineos y los aduaneros de grandes bigotes no la dejan pasar. Si existe en España, no se la ve o no se la muestra en sitios tan serios como la Academia de San Fernando. Hay también una gran pintura española, pero admirando al Greco se cae en el decadentismo; *Las lanzas* de Velázquez, no tienen nada que ver con las casas de huéspedes y Goya—aquel aragonés de Goya, dice el señor Moreno Carbonero—era demasiado travieso. Hay también los románticos: don Mariano Fortuny; pero ya saben ustedes cuál fué la suerte de los románticos. El señor Moreno Carbonero recomienda un realismo saludable, como ese de que él inunda las revistas ilus-

tradas: *Blanco y Negro*, *La Esfera*, *La Ilustración Española y Americana*. Con su buena conducta y su realismo el señor Moreno Carbonero ha llegado a la vejez cargado de cruces y de sueldos.

El friolento venezolano repara que el taller del señor Moreno Carbonero tiene una estufa magnífica. La estufa justifica al profesor. Y con ella ha resuelto su principal problema madrileño: el profesor recomienda que ustedes, los alumnos, estudien un gran tema de composición. Por ejemplo, usted, que es americano, cuando los españoles llegaban a las Américas y los indios iban a rendirles vasallaje. (La Historia Universal para el señor Moreno es un permanente besamanos: Cristóbal Colón debió tener una corte en Guananí.) Pero en Armando Reverón hablan, en ese momento, los caciques callados e indómitos. Yo como que no sirvo para eso, señor—le dice un día—. Y con su cantadito y sus diminutivos americanos: —Déjeme aquí más bien a la orilla de la estufita. Si usted me permite, le voy a pagar la pensión por adelantado.

Mientras el señor Moreno Carbonero diserta y proyecta sus cuadros tomados de una lectura literal del *Quijote*, Reverón esboza en un papel temas de la tierra lejana.

(Cuando él salió de Caracas, todos los jó-

venes pintaban marinas. Aquellos paisajes de Macuto con los mismos uveros y las mismas rompientes se vendían por docenas. Un impresionismo tímido se insinuaba en la amarilla hojarasca deshecha y en aquellas rocas indefinidas del último plano que parecían salirse del cuadro.)

—¿Todavía no has visto a Goya?—le preguntó una tarde el escritor venezolano Salustio González Rincones, huésped, entonces, de Madrid.

Y esa tarde, en el Prado, con las dos majas y la familia de Carlos IV, Goya destacó su presencia.

Ese Goya sometido al alambique de un alma misteriosa, olvidado a ratos, pero actuante siempre, iba a tener descendencia en el arte de Reverón.

Si Reverón hubiera sido escritor, habría escrito el día en que conoció a Goya algo que yo le oí veintisiete años después.

"La diferencia más palpable entre mi nuevo maestro Goya y mi más viejo profesor Moreno Carbonero es que la pintura de éste, concluye con el cuadro. Está terminada precisamente en el sitio donde comienza la moldura del marco. En cambio, de Goya me queda flotando algo en la retina. El perrito de aquella vieja señora del retrato se me deshace en vi-

braciones. La cinta con que se ajusta la mantilla de la marquesa de la Solana me la llevo en los ojos. Es materia más bella que la materia misma. Me voy con ese ritmo tumultuoso, con esa música—no puedo decirlo de otro modo—que tiene aquel cuadro de la *Carga de mamelucos* en el Prado."

Aquel día que Reverón visitó a Goya empezaron a nacer algunas figuras que nos encantarían a nosotros, los venezolanos: dos cuadros, biznietos de Goya, que están veintitantos años después en la colección de Enrique Planchart y que por no tener nombre los he bautizado con los apodos de la "Dama del clavel" y la "Odalisca del manto azul".

Lo goyesco hará en Reverón el mismo proceso, la misma alquimia que ha hecho en el arte moderno pasando por los impresionistas, por Manet y por Renoir y llegando al depuradísimo lenguaje decorativo de un Matisse.

Más delgada, más oriental, pero inolvidable e insistente, la maja de Goya se sigue acostando en toda una inmensa comarca lírica y ornamental del arte de hoy. Porque existe y todavía nos turba, es porque le oponemos la bañista más abstracta de Cézanne o la "maternidad" a lo Pablo Picasso.

* * *

El estilo de una época artística—afirman los entendidos—se produce en la alternancia o la simultaneidad de dos maneras de concebir la forma que a veces se aproximan e intercomunican en una gran corriente cultural, como aquella que con variados aportes nórdicos y meridionales desemboca en la gran disciplina del Renacimiento italiano. Pero otras veces las corrientes opuestas luchan, coexisten y se enfrentan, así como junto al lirismo decorativo de los sieneses se erigía la contorneada línea y la tendencia escultural y arquitectónica de los florentinos, como junto al arte lineal de Ingres se levantaba el arte colorista de Delacroix, como ahora frente al constructivismo cezannino y cubista se yergue el mundo feérico y la evasión lírica de los surrealistas y expresionistas. Y si buscáramos la genealogía más próxima del arte contemporáneo, tendríamos como dos ramas, dos grandes árboles familiares que, por definirlos con un patronímico, llamaríamos la de los "plásticos-constructivos" y la de los "líricos-decorativos". A la cabeza de la primera corriente estarían nombres de predecesores como los de Ingres y Cézanne; en la segunda, uno de los más importantes abuelos sería precisamente Goya. ¿Saben, por ejemplo, los soliviantados "surrealistas y expresionistas" de

hoy, que Goya está en la más venerable y robusta línea de su ascendencia?

Los pedantescos críticos actuales que tienen la pretensión de llegar hasta la más secreta elaboración de las formas y de los estilos; hacer una Historia del Arte como desde dentro del artista, en aquella comarca donde se forjan los signos, le suelen dar muy poca importancia al tema. Que Cézanne haya pintado bañistas, o jugadores de cartas, o grandes olivos de la Provenza, no es lo que importa—dicen ellos—, sino la manera como los pintó. Sin embargo, hay temas que expresan y encarnan por sí solos capítulos fundamentales de la Historia de la Cultura; temas que nacen, evolucionan y se hacen nuevos meandros como las curvas de un gran río. Así sería posible escribir toda una Historia del Arte siguiendo la marcha y el avatar de los temas. (Jacobo Burckhardt en su viejo y admirable *Cicerone* ha trazado, por ejemplo, la trayectoria formal y anímica de temas como el de "Apolo" y "Afrodita" en el proceso de la cultura griega.)

Detengámonos—porque es uno de los temas más constantes que se repiten en la pintura de Reverón—en este tema de la mujer yacente, el de las "Venus dormidas", que ya desde el siglo XVIII perdieron la idealización

que les habían impuesto los maestros italianos y se transformaron en las "majas" de Goya. ¿Cuál ha sido el destino de este tema en los cientos y tantos años que lleva de existencia? Una hija francesa y universal de la Maja de Goya es la Olimpia de Manet. El cuerpo femenino ya no es aquí recortada silueta y escultura como lo fuera en Ingres y en los clásicos, sino vibrante masa de color. Y en los desnudos de Renoir el mismo tema sigue siendo vibración lumínica, reflejo fugitivo, musicalidad. Las *Odaliscas* de Matisse, recostadas sobre sus tapices azules, interpretando, estilizando y trocando en gran motivo decorativo la voluptuosidad de nuestro tiempo, vienen por la misma línea de descendencia. Y de igual modo las *jeunes filles* del yugoslavo Pascin, que guardan más de una analogía con la de nuestro Armando Reverón. Son las manifestaciones de un arte lírico, lumínico y decorativo, frente al otro arte de la abstracción y de la forma, sentida como la Geometría, que también se inscribe en la realidad de ahora.

Reverón le ha dado, por éllo, al arte venezolano la más variada fiesta decorativa. El problema de su "buen gusto", de su equilibrado refinamiento, de sus acordes del color —aun cuando use los tonos más sordos—es

lo que destaca su pintura como un valor único y depuradísimo. El proceso de alquitarada elaboración interior que su arte constituye es tanto más admirable cuanto que él no tuvo a la vista el material documental—miniaturas, mosaicos o tapices orientales—a través de cuyo estudio llegara un Matisse a crear todo un estilo ornamental del siglo XX. Transponiendo a otras artes lo que sugiere Reverón, podríamos decir que es el más músico y el más poeta de nuestros pintores. En permanente fuga por el reino del color, poseído de su ritmo interno, el objeto no ha sido para él —sobre todo en las últimas obras—sino un vago *leitmotiv* poético. Es el creador de una comarca encantada donde se recuestan enormes mujeres que descienden de la maja de Goya, pero cuyos cuerpos están ya sentidos como vibrátiles reflejos; donde la mancha azul o roja de un tapiz, el temblor de una flor o de una cinta, o cierto verde musgoso que sirve de fondo al cuadro, acentúan aquella impresión de misterio, de delicadeza y de fiesta. La nota venezolana (para él que está lejos de lo costumbrista y de lo histórico) lo da de pronto un detalle que parece extraído del subconsciente étnico, detalle en que nunca insiste y que jamás describe: es aquel lorito que tiene en la mano la fuerte y sensual

criolla de una de sus *gouaches*, a quien por darle un nombre (y los cuadros de Reverón uno debe bautizarlos) y por el aire de fiereza aldeana yo me permití llamar la "esposa del jefe civil"; o aquel par de muchachas tendidas en la hamaca con un aire tan inconfundiblemente nuestro; o el payaso de circo pobre, en cuyo traje de colorines se amotinaba la luz y la gracia de todos los circos de nuestra infancia. O es—y nada hemos hablado de Reverón paisajista—aquel muro envuelto en la luz ofuscante y lechosa de un mediodía tropical. en ese como silencio del calor, muro de calle sola. sobre el cual se recuestan dos acacios gemelos.

Artista de inagotable temática y de acendrada elegancia íntima (pintor de cámara se le podría llamar, así como hay pintores de exposición, de academia y de palacio) como no nos había nacido otro en Venezuela.

"CARTAS" DE TERESA DE LA PARRA

En sus finas ediciones que recuerdan las que hacían a mano los tipógrafos holandeses, la Editorial "Cruz del Sur" lanza un manojo de cartas escogidas de Teresa de la Parra como anticipo de lo que será en el futuro el *Epistolario* completo de nuestra grande escritora. (Habrá que pedirle a Gabriela Mistral, a Lydia Cabrera, a Luis Eduardo Nieto Caballero y a otras personalidades americanas algunos de los papeles que deben guardar de Teresa para que se vea en más amplia abundancia cuánto significó en este arte difícil, nervioso, vital y grácil—sustituto escrito de la buena conversación—el talento de la autora de *Las memorias de mamá Blanca.* Como en toda vida hermosa, en la de esta encantadora musa caraqueña hubo gloria, esplendor, padecimiento y melancolía, y ella a ratos ha sido su propia biógrafa.) En una muy selecta antología de la epístola española abierta con

su tocaya la monja de Avila y continuada a través de la historia de la lengua con otros grandes nombres que tuvieron la gracia o el fuego comunicativo que exige la literatura epistolar, ha de figurar Teresa. No todos los grandes escritores son hábiles y entretenidos corresponsales, y las cartas de Góngora, por ejemplo, rezuman tristeza, áspera soledad e hipocondría, así como las de Proust son serviles y relamidas. En Hispanoamérica, Bolívar y Martí son espléndidos escritores epistolares, porque al primero se le ve hablar, atisbar, adivinar y dar órdenes al través de su correspondencia, como la del cubano tiene todo el ímpetu y, al mismo tiempo, la ternura de su rica vida interior.

Nos sentamos un rato a conversar con Teresa a través de estas cartas impregnadas de la misma agilidad y volatilizada gracia de aquellas dos pequeñas obras maestras que se llaman *Ifigenia* y *Las memorias de mamá Blanca*. *Ifigenia* equivaldrá siempre en nuestras letras a una especie de *Madame de Clèves* venezolana con toda la agudeza psicológica, cristalino lenguaje y hondura introspectiva de la clásica obra francesa. Y *Las memorias de mamá Blanca* emanan, como pocos libros venezolanos, una fragancia solariega, un olor de tradición matizado de poesía y de son-

risa, una vertiente de buen folklore, ejemplarmente nativo—si no fuera también universal, como los cuentos de Andersen o las leyendas de Selma Lagerlof—. Por su estilo y su fantasía, Teresa es uno de los nombres que Venezuela puede delegar a la Literatura del mundo. ¡Y qué bonita delegada hace (aunque haya muerto tempranamente) entre tantos escritores célebres, pero arrugados y cavilosos, esta encantadora venezolana que tenía, simultáneamente, espíritu de duende y de ángel!

Recuerdo cuándo la conocí—siendo yo un muchacho de expresión demasiado provincial y balbuciente—en la Caracas de 1921. No había publicado aún Teresa la primera y esquemática versión de *Ifigenia*, que se llamaba originalmente *Diario de una señorita que se fastidia*, pero era secreto a voces que tan hermosa mujer, a quien se veía en todas las fiestas con sus espléndidos ojos y su aire de joven marquesa española que se vistiera en París, estaba escribiendo una misteriosa crónica lírica, sentimental, irónica y amable de nuestra sociedad criolla. Y ya en la conversación se le deslizaban los rasgos de algunos personajes. Usaron las damas de 1921—en un curioso paréntesis de las primeras enaguas cortas de la posguerra y de las melenas "garzón" de 1924—unos trajes largos, de estrecha

cintura y acampanada falda que estilizaba vagamente las crinolinas de nuestras abuelas, y que sentaban muy bien a aquella mujer esbelta, con algo de estatua praxiteliana, que se llamaba en sociedad Ana Teresa Parra Sanojo. Había, además, en su elegancia y sus gestos, aquello que sólo se puede traducir por la palabra española "solera"; es decir, cultura que se lleva en la sangre, tradición y linaje espiritual en el mejor sentido. Oírla hablar era singularísimo deleite. Porque en un español que corrigió su languidez tropical en largas permanencias madrileñas, Teresa hacía leve lo serio. Amaba con pasión de artista el paisaje de Caracas; lo comparaba con otros que encantaron sus ojos de viajera—el de la vega de Granada, el de las colinas de Florencia—y deducía gentilmente el carácter caraqueño por la riente gracia del valle. Otras veces parecía una historia viva, como si todos los magníficos fantasmas de su infancia—los que después recogerá en *Las memorias de mamá Blanca*—le estuvieran soplando y avivando su haz de encantados cuentos. Y Teresa, musa de la mejor tradición venezolana, podía contarnos, porque lo oyó de sus abuelas o de las viejas criadas, descendientes de las más locuaces manumisas, episodios y anécdotas que remontaban a un siglo atrás. Hasta el dolor,

el estoicismo y cierta elegancia venezolana de antigua estirpe—la que ejemplariza la figura del tío Pancho en *Ifigenia*—se asociaba a tradicionales nombres propios, a paladines y bellas mujeres del tiempo romántico; a la pobreza decente de otras familias defendiendo el decoro y la dignidad; a este continuo azar donde lo épico se mezcla con lo lírico, de la aventurera y, a veces desventurada, Historia nacional.

Todo expresado—antes de ordenarlo en los libros—en un prodigioso idioma. La conversación de Teresa sabía fundir—como después su prosa literaria—ese español rico y concreto, síntesis maravillosa de su aprendizaje madrileño y del más anecdótico y vivaz criollismo, con ese poquito de espíritu francés que en los hispanoamericanos más refinados, suaviza los colores demasiado fuertes o las antítesis violentas del alma castellana. Era una ventaja que, contra el engolamiento y el excesivo decorativismo en que cayeron algunos de nuestros modernistas, ella no tomara al principio con demasiada seriedad su oficio literario. Y a la Caracas remilgosa de 1922, donde todas eran caras conocidas, debía explicarle que si había escrito no era en función de "literata", sino para no aburrirse del todo. Había aún en la autora del *Diario de una señorita que*

se fastidia la actitud de una muchacha traviesa, intérprete de un gran linaje, quien, junto a los vestidos, los libros y las joyas que llegaron de París, se pone a revolver los arcones de los antepasados, a soñar y sonreír frente a los retratos y reliquias, como contraponiendo dos estilos o dos antagónicas imágenes del mundo. Pero esta escritora de tan extraordinaria sensibilidad tiene, además, ojos y oídos para recoger todo lo que le ofrece la naturaleza del trópico: el agua, las plantas, el olor de la tierra y de los trapiches, el barro en que se revuelve su prodigioso y muy humanizado enano velazqueño, Vicente Cochocho. Todo palpita en su palabra con arte tan magistral y sencillo que no se siente un solo instante la angustia de la frase o el esfuerzo de la pincelada.

Muchas mujeres hispanoamericanas, prisioneras todavía en las más ñoñas rutinas y convenciones, estaban esperando un mensaje semejante. *Ifigenia*, obra única por su gracia y su adolescente malicia—que no es sino la más pura forma poética del candor—conquistó todo el mundo hispánico. Se leía, simultáneamente, en México, en Bogotá, en Montevideo, en Santiago de Chile. Conocí un viejo profesor chileno de Filosofía que me confesaba como un pecado deleitoso, haber dedicado a

la pequeña y fantástica María Eugenia Alonso un tiempo robado a Kant.

Las cartas de Teresa que ahora recoge la Editorial "Cruz del Sur" y que son como el anticipo de un *Epistolario* más vasto, nos permiten seguir varios de los momentos de la vida artística y personal de nuestra deliciosa escritora. A la más fina sonata con su *allegro*, su *scherzo* tempestuoso, sus instantes de nocturna melancolía chopiniana, su elegía de vida breve en lúcida marcha hacia la muerte, se parece este memorial de confidencias. Apenas en doce años, divididos en seis de esplendor y seis de penserosa nostalgia, se realiza la obra de Teresa de la Parra. En 1925 obtiene en París el primer premio de autores americanos su novela *Ifigenia*. Francis de Miomandre la traduce al francés, en la misma colección en que se editan las obras de Katherine Mansfield y las de Virginia Woolf. Está ya Teresa en la más ilustre sociedad de mujeres del mundo. Pero también su América la llama, y en Cuba y en Colombia cuando mira en proyección más lejana la obra de Bolívar, sueña en escribir una biografía del Libertador que no habría de parecerse a ninguna otra. Le bastará para su extraordinaria fantasía adivinadora, interrogar todos los fantasmas de la melancólica quinta de Bogotá; del pala-

cio de San Carlos, de San Pedro Alejandrino: así como en Caracas le son familiares la quinta de Anauco y la casona de San Jacinto, y toda una crónica bolivariana —más íntima y confidencial que la de las historias—que se ha ido transmitiendo de viva voz, de generación a generación, como los primitivos cantares de gesta. De aquel proyecto queda un manojo de espléndidas notas, en sus cartas entusiastas al señor Vicente Lecuna. La historia no es para ella solamente lo que se congeló en los libros, sino lo que escuchó y evoca como inmensa tradición de familia. Como en las viejas cocinas, al caer la noche, en la memoria poética de Teresa siempre hay cita de duendes y fantasmas. Ella sabe hacer contar su testimonio fantástico a las cuarteadas puertas de cedro, a los cofres, las sayas, las espadas y dolmanes de Ayacucho, a las cartas y papeles amarillentos que se guardan en los bargueños. Ella enseñará al mundo, cómo ha sido la aventura, pasión y heroísmo de nuestra alma de criollos tropicales. Y el júbilo de lo que se propone hacer y de todo lo que tiene que contar, colma esas cartas vibrantes de su momento esplendoroso. Vuelve a París para completar su imagen del Bolívar juvenil, del que se paseaba por las arcadas del "Palais Royal" y de la calle Rívoli, soñando ya

en las grandes peripecias del siglo. La fama, el talento y la belleza ya son como círculos fatales que acosan su vida, y pronto se sentirá cansada. Hay un retrato suyo de cuando termina en el Sur de Francia *Las memorias de mamá Blanca* que revela en la melancolía y fatiga del rostro, los primeros síntomas de su enfermedad. "Comencé a adelgazar sin razón aparente; sentía un infinito cansancio moral, un gran desgano de vivir", escribe a su amigo Zea Uribe.

Y ya se inician entonces los años melancólicos de Teresa de la Parra, los del largo monólogo e introspección de sus mejores cartas. La fiesta del mundo y el turbador llamado del arte se interrumpió bruscamente, y hubo que guardar el último vestido de baile para ir a internarse en un sanatorio alpino. Allí, en unos largos meses de 1932, homologando su caso con el de los personajes de la famosa novela, lee *La montaña mágica*, de Thomas Mann. "Me causó una especie de molestia invencible ver cómo el autor sólo parecía fijarse en lo exterior: páginas y páginas con todas las manifestaciones vulgares de los vulgares: cuando hay a veces en una sola palabra, en una sola mirada silenciosa, toda la revelación de un drama desgarrador que se calla", comenta patéticamente en una carta a Rafael

Carias. Y es que ahora Teresa, despojándose de toda gala, parece internarse en la noche de espíritu. A través de la enfermedad y del trato con tantos seres que padecen, descubre otra dimensión del mundo. O marcha—como dice en otra carta—a buscar tesoros distintos de aquellos que se aguardaban a los veinte años.

Teresa de la Parra hubo de morir silenciosamente en un instante en que los venezolanos ni siquiera nos detuvimos a meditar cuánto significaba su nombre en la más depurada tradición cultural del país. Se mezclaron en esos meses de 1936 la primera liquidación de la dictadura gomecista, con todas sus luchas y sus esperanzas, y la trágica zozobra de la guerra española. Muchos sin leerla, y enceguecidos de política, consideraron superficialmente la obra de Teresa como un elegante testimonio aristocrático que nada decía a las pasiones de ese momento. Pero ya venciendo tiempos y modas, Teresa se destaca como uno de nuestros pocos escritores clásicos. En la prosa más cristalina, en el perfecto tono natural de una buena conversación, ella recogió lo más íntimo y añorante del alma venezolana. Le salvó de toda retórica transitoria aquel perfecto equilibrio de forma, espontaneidad y gentil intuición feme-

nina que hace que en la Literatura francesa la novela de madame de La Fayette valga tanto como los sermones de Bossuet. ¡Qué gran magisterio de estética, poesía, diáfano idioma y fragante venezolanidad podrían cumplir *Las memorias de mamá Blanca* en las escuelas y colegios del país! Si en nuestra educación hubiera mejor gusto y menos pedantería, ya se estaría leyendo a Teresa en todas partes para enseñar el lenguaje en que todos quisiéramos hablar. Y hay que agradecerle a la Editorial "Cruz del Sur" el gusto inolvidable de esta conversación póstuma.

MEMORIA DE BLANCO FOMBONA

El Nacional quiere conmemorar este día de octubre el noveno aniversario de la muerte de Rufino Blanco Fombona. En el tráfico fenicio a que se entrega nuestro país, en la furia de negocios y *cock-tails* con danza y sin danza, la memoria de los venezolanos que expresaron desgarradamente la conciencia de la nación parece olvidarse pronto o hay que rescatarla de los papeles amarillos de las bibliotecas. Este recuerdo del escritor no es ni una canonización de todas sus obras (¡cuánto de inconcluso y elemental hay en muchas páginas de Blanco Fombona!), ni un responso fúnebre, ni un balance de sus ideas, que no cabrían—sino deformándose—en un artículo periodístico. Es sencillamente una evocación, ya que a dos lustros de su muerte, entre los odios, el encono y virulencia que él desató, las gentes jóvenes ignoran mucho del agresivo condotiero de *Más allá de los horizontes*

y de *Camino de imperfección*. Unas obras completas de Blanco Fombona se necesitan ahora que sus libros están agotados; que muchos ni siquiera pudieron penetrar a la hermética Venezuela de Gómez y nadie parece cuidar del candente e inequívoco testimonio de venezolanidad que hierve en ellos. Si los románticos del siglo XIX pedían verdes y voltijeantes sauces o graves y olorosos cipreses mediterráneos para adornar sus tumbas, a Blanco Fombona conviene el símbolo de una tuna bravía; de un cardo herido de sol y de pasión, crucificado en los cerros rojos de nuestra tierra, para expresar su virilidad vigilante y aún lo que hubo de incomportable y áspero en su trayectoria humana. Hay páginas de Blanco Fombona que a tanta distancia aún siguen erizadas de espinas.

Sin la maestría estilística de un Díaz Rodríguez ni la fineza meditativa, risueña y tolerante de Pedro Emilio Coll, Blanco Fombona fué la figura más varia y completa del modernismo venezolano; fué, por excelencia, el escritor cuyo incansable combate con la palabra escrita se prolongó en peripecia tan vasta como la de su vida, poblada de riesgos, desafío y azar polémico. Aún puede decirse que imprimió en el modernismo de América (cuyo peligro era el excesivo primor, la palabra afi-

ligranada y la melodía autónoma) un ímpetu de instinto y salud, un criollismo raizal que devolvía y afincaba en la tierra el botín de la literatura cosmopolita. Pocos hombres más significativos de su convulsionado país en formación, que este díscolo criollo del valle de Caracas. De los tres grandes nombres de la generación del 95, la que en las propias páginas de la revista *El Cojo Ilustrado* libró ruda cruzada contra sus predecesores académicos, Blanco Fombona era orgánicamente el hombre de pasión, como Díaz Rodríguez el esteta y Pedro Emilio el recatado y benévolo contemplador de los libros y las ideas. Con su fuerza viril, cargado de lo que tenía que decir, él se defendió también del "camafeo" y la "miniatura" a que a veces se redujo—es el caso de Zumeta—la voluntad estilística de muchos de sus coetáneos. Ninguno como él sintió la Literatura como oficio ferozmente amalgamado e inseparable, de la propia función de vivir. No cabía engaño con Rufino, que era igualmente violento gobernando un Estado, sublevándose en Guayana, escapándose de la cárcel y librando polémicas históricas—por sobre los grandes muertos de América—con don Bartolomé Mitre y don Ricardo Palma. Su trabajo de escritor nunca se interrumpe por el ocio diplomático, la sinecura oficial, los de-

leites y tentaciones de la vida fácil. Como extraño plenipotenciario de un linaje, apasionado hasta la monstruosidad, venezolano hasta en el delirio, juzgador de muertos y de vivos, haciendo de la Historia y la tradición del país una especie de legado personal —como Don Quijote con la caballería—jamás cesó en su tarea crítica y reconstructiva, que se remonta tan lejos como su *Conquistador español del siglo XVI* y tan cerca como los corrosivos planfletos contra Juan Vicente Gómez. Tiene una singular fiereza de indio caribe cruzado de adelantado y guerrero español de los días de la conquista, y se hubiera lucido por igual en un torneo o en una guazábara. Acumula, como ninguno, un inmenso desfile de temas venezolanos e hispanoamericanos en que se mezclan barroca pero muy vitalmente las hazañas de la conquista y la independencia, los recuerdos y anécdotas de sus antepasados, sus contradictorios viajes e imágenes desde París hasta la selva bárbara, sus aventuras de guerrillero y Don Juan y los menguados y humillados hombres de los días de Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez. Con su demonismo criollo, con trágica intranquilidad, se mete en todo y es—según la urgencia del tema o la actitud que quiere asumir—simultáneamente historiador, panfletista, poeta, crítico, novelista. Para

un temperamento como el suyo no se habían hecho las fronteras entre los distintos géneros y formas de la cultura, y a todo imprime un volcánico *pathos* personal. Vista de conjunto su ingente obra, casi llega a parecernos —aun cuando esté escribiendo novela o poesía—un inmenso libro de memorias en que la ardiente subjetividad del testigo importa más que los hechos mismos.

Esto da a su literatura—sobre la de todos sus contemporáneos—una cálida "historicidad" que obliga a acudir a Rufino aunque sea para negarlo o discutirlo. Que mire el mundo desde una posición inconformista; que no se ablande con los halagos, que profiera siempre las más descarnadas palabras, convierte sus libros en testimonios de excepción de una tremenda época venezolana. En contraste con su arrogancia y despiadada sinceridad, ¡cuánto debieron callarse otros escritores venezolanos! En días de derrota y vergüenza nacional recorre el mundo como armado paladín del honor perdido, como tardío representante de Bolívar en la tierra que anhelase repetir los últimos alardes y los últimos gestos libertadores. Un poco por la acción suya, Hispanoamérica supo que la Venezuela de Gómez era más que un potrero de reses mansas o una gehena enmudecida, y que producía, también, trágicos e

indómitos vengadores. Sus escritos mantenían, por ello, un fermento de rebelión y coraje; parecía él solo con su fuerza de sarcasmo, dicterio y caricatura, con su memoria implacable, toda la oposición contra Juan Vicente Gómez. No importaba mucho (pues era el alegato de la indignación y no de la razón) que al analizarse con frialdad sus panfletos careciesen de un sistema ideológico coherente, y que la causa del país, conjurada por él, se confundiese con la propia venganza. Era también lógico—y Blanco Fombona al volver a Venezuela en 1936 debió sufrir el impacto de nuevas actitudes y más riguroso sistema crítico—que las nuevas generaciones introdujesen otros métodos en la apreciación de la Historia y de la política, y anhelasen coordinar, dialécticamente, lo que en el autor de *Judas Capitolino* fué impulso y explosión más que teoría. Con su vehemencia congénita, el escritor siguió repartiendo estocadas, reales o imaginarias; provocando polémicas y conflictos, mostrando entre otras contradicciones aquel espléndido furor que no se congelaba a los setenta años.

Es ya el instante de que algún biógrafo reconstruya la desorbitada dimensión de su vida; una de las más significativas y hazañosas que pasearon por el escenario nacional en los

últimos años del siglo XIX y primera mitad del presente. En la obra de Blanco Fombona —y de allí su imponderable valor histórico— también la Venezuela de su tormentoso tiempo se agita, se desgreña y padece. Sufre los horrores del *Camino de imperfección*, la mediocridad de *El hombre de hierro* y las mascaradas y las befas de *Judas Capitolino*. El escritor, mezclándose a la angustia común, ha recogido el patetismo, el rencor y la desesperanza de los peores días de la patria. No hay que reprocharle demasiado—como intérprete de esa circunstancia—si su musa no fué siempre la de la belleza, sino la de la desgarrada voluntad de sobreexistir. Así, Blanco Fombona —acalladas y enfriadas ya las pasiones que rodearon su vida—ha sido uno de los pocos venezolanos universales del presente siglo.

LA ESTATUA DEL VIEJO GUZMÁN

La municipalidad de Caracas hará viajar ahora la estatua del viejo Guzmán desde su caraqueñísimo rincón murmurador y demagógico de la antigua plaza del Mercado, tan cónsona con su temperamento, donde estaba oyendo—como en vida—la charla de los traficantes, de los vendedores de pájaros, hierbas y oraciones mágicas, a un más moderno sitio en el Retiro. Como todas las cosas caraqueñas, el viejo Guzmán también se "reurbanizará" y habrá de merecer nueva pintura. Casi setenta años de aire libre entre la heteróclita sociedad de ese pueblo de vendedores; recorrido de todos los pajarillos que venían a manchar su levita de bronce y sus barbas a lo Gladstone, justificaban su fuga a un lugar más apacible. Alguna vez escribí cómo este discutible Mesías, hecho de nuestra más tumultuosa pasión mestiza, este profesor de una gramática social incorrecta, pero de sumo alcance popu-

lista, había venido a ser honrado en el lugar donde el pueblo caraqueño semeja más turba, donde se parece más a aquella arrobada multitud mística que le siguió en su igualitario evangelio de 1846. En los dos últimos años, merced al brillante y animado libro de Díaz Sánchez, el viejo Guzmán ha vuelto a estar de moda, y cada uno—según sus intereses—ha visto en el grande y demoníaco político del siglo XIX un Maquiavelo criollo poblado de artimañas o un líder en que se hicieron voz y combate las primeras reivindicaciones sociales del pueblo venezolano. Acaso el gran arte de novelista que Díaz Sánchez despliega en su libro insista más en la "estrategia de poder", en los aspectos demasiado humanos y censurables del apasionante personaje, que en sus ideas y convicciones.

Gran intuición de Díaz Sánchez fué integrar la vida del viejo Guzmán con la de su hijo Guzmán Blanco, ya que en el proceso social del país ambos personajes están unidos, y sus analogías y diferencias se complementan y marcan con extraña impronta de cesarismo liberal, nuestro desarrollo político. Aún ese "destiempo" que frustra o reduce a segundo plano muchas de las acciones en que el viejo Guzmán hubiera querido intervenir como personaje decisivo (era apenas un adolescente cuan-

do se realizaba la gran empresa de la Independencia y bajaba la pendiente de los sesenta años cuando acontece la Federación) es, en cambio, en el hijo, perfecto sincronismo de quien surge y actúa en el momento oportuno. De cierta manera padre e hijo, dentro de esa mística un tanto confusa, pero no carente de intención renovadora, que se llama la "causa liberal", son el precursor y el realizador, el tribuno y el caudillo, y en algunos momentos de esas biografías, a la vez rivales e identificadas, el hijo se yergue contra el padre y le dice como el héroe altanero del conocido corrido mexicano:

Aparta de aquí, mi padre,
que estoy más bravo que un león.

Pero las dificultades, sublimados complejos y pasión dirigida con que el viejo debe forjar su exuberante personalidad, serán el sustentáculo sobre el que se edifique la gloria y destino de su hijo, Guzmán Blanco. No en balde don Antonio Leocadio fué un contemporáneo tropical, y, por ende, más ardiente, de los personajes balzacianos y del Julián Sorel de *Rojo y Negro*. Pudo terminar en el patíbulo —como el protagonista de Stendhal—si la Venezuela de 1847 hubiese sido la Francia sólidamente burguesa de la Restauración borbónica.

Creo que en el excelente libro de Díaz Sánchez—para esclarecer bien el problema de nuestro liberalismo venezolano desde sus orígenes—falta un capítulo inicial que se refiera a la formación ideológica de Antonio Leocadio Guzmán durante sus años de aprendizaje en España, cuando como discípulo de Lista participa en el gran movimiento de los liberales españoles contra la autocracia de Fernando VII. Tengo sobre esa temporada de la juventud de Guzmán en la península, algunas notas que acaso aclaran cómo el veintiañero Guzmán trae ya a Venezuela una dialéctica y doctrina popular a la que será fiel durante toda su vida. aunque la estrategia que emplee, parezca a ratos bastante sinuosa. Y la diferencia de Guzmán con sus opositores políticos —a ejemplo del incontinente Juan Vicente González—es que ninguno de ellos podía presentar una doctrina con la coherencia, simplicidad y don de contagio popular del redactor de *El Venezolano*. Que Guzmán no sólo fué un demagogo oportunista, sino también un ideólogo, es lo que no siempre se define en la brillante biografía de Díaz Sánchez. Y es más fácil juzgar a un hombre por la línea contradictoria y zigzagueante adonde le llevan sus defectos, que por la permanencia de sus cualidades.

No hay disonancia entre el pensamiento de que se empapa el inquieto estudiante venezolano en las "logias" españolas; en las llamadas "torres" de los "comuneros y vengadores de Juan de Padilla" y en el círculo de los alumnos de Alberto Lista, y las doctrinas que predicará en Venezuela. En los cafés madrileños de 1818—como el que después sería famosísimo, de *La Fontana de Oro*—se congregaban a leer los periódicos de aquella época tan excitada de política, los estudiantes y jóvenes conspiradores. ¡Cuánto aprendería con ellos—en el muy masónico *Espectador*, en *La Libertad*, en *El Sol* y en los periodiquillos más dislocados y agresivos como *El Zurriago* y *La Tercerola*—el gran periodista y agitador que ha de llamarse Antonio Leocadio Guzmán! El fué aplicado alumno de las cátedras de Matemáticas y Literatura del Colegio de San Mateo, que dirigía don Alberto Lista. Y la fervorosa ortodoxia católica de Lista no era obstáculo para su propaganda de liberalismo universal. Guzmán aún estaba en España en 1820, cuando al grito de Riego las tropas españolas congregadas en Cádiz para marchar a América, se niegan a perseguir liberales ultramarinos. Y presencia en Madrid aquel asalto de las turbas madrileñas a las cárceles de la Inquisición, en una como violenta imita-

ción hispana de la toma de "La Bastilla". Muchos liberales españoles afirmaban la fe en su causa y en la transformación de la caduca monarquía fernandina, con el posible triunfo de los patriotas americanos. Y es investigación por hacer cuántos admiradores tendría Bolívar en aquellas activas logias y sociedades revolucionarias de la península, en 1820. En el breve intermedio de liberalismo que tolera Fernando VII, las prensas reformistas españolas fueron sumamente activas. No sólo en periódicos y folletos como las *Cartas del Pobrecito Holgazán*, sino en numerosas traducciones del francés se propaga la nueva ideología política. En las obras de texto como los *Elementos de verdadera lógica*, de Juan Justo García, y los *Principios de Legislación* de Ramón Salas, se vulgariza entonces en España el pensamiento radical de un Destut de Tracy o de un Bentham. Algo del primer socialismo utópico a lo Saint-Simon, expresado en el conocido lema: "A cada uno según sus necesidades, a cada uno según sus obras", penetra en los comentarios y revistas de libros que publican los periódicos de la época. Creo que en esos años españoles empieza a formarse no tanto la habilidad política de Antonio Leocadio Guzmán, sino lo que vale más que eso: su doctrina de refor-

mador popular, y sería hermoso trabajo para Díaz Sánchez en venidera edición de su libro, estudiar esos orígenes del pensamiento guzmancista y definir cómo coinciden con la futura propaganda del gran líder político.

Su naturaleza de estudiante era la de un asimilador rápido, un poco superficial, para quien las ideas serán, sobre todo, armas de combate. Ni el buen casticismo y las perfectas lecciones de "Literatura española" que transmitía don Alberto Lista, le enseñaron a manejar el idioma con suficiente pureza. Aprende —porque también lo requiere—un francés apresurado, en que recoge mayor número de noticias políticas que en el español de los clásicos. Muchos galicismos y una gramática atropellada, una verbosidad que quiebra toda síntaxis, encontraremos después en su estilo. Pero ya está provisto de frases y dialéctica para cumplir una extraña misión en su lejana patria. En España comenzó, también, su carrera masónica, que en aquella época podría abrir a los desprovistos de linaje y dinero, algunas secretas puertas e influencias. El desparpajo con que habrá de pasearse muchos años después por la América del Sur, siendo, además de político venezolano, diputado granadino en Río Negro; planificador de ambiciosas ofensivas diplomáticas en el Perú, su-

mo lenguaraz y maestro de inesperadas combinaciones en todas partes, es un desparpajo masónico. Y con sus barbas—que después del año 40 querrán imitar a las de los estadistas ingleses—y sus insignias de caballero "Kadosh", paseará por los más recónditos escenarios.

Cuando en las logias de España que él frecuentó en su juventud, el "Gran Castellano" —traducción local del "Gran Oriente"—preguntaba al neófito, al que habían conducido a la "Torre" con los ojos vendados: "¿Quién eres?", éste debía responder: "Un ciudadano que se presenta con bandera de parlamento a ser alistado." Y no sólo porque fué un político con la común impureza de los hombres de su condición; porque fué un intelectual luchando con los mayores e influyentes espadones de la República, sino porque ofreció al pueblo verdades sencillas y convincentes y alistó ciudadanos para el primer gran combate antioligárquico, parece hoy tan vivo y con tanto vigor polémico como hace cien años.

De sus antiguas y bulliciosas amistades del mercado público, ahora se conduce la estatua a un lugar de mayor sosiego. La de subsistir, hecho escultura, fué la única batalla histórica que ganó a su contumelioso hijo, Antonio Guzmán Blanco, quien le fué reducien-

do a la incómoda y decorativa función de "momia" y "reliquia" del Liberalismo amarillo. Se merece un retiro honorable, con más árboles y aire libre, en una progresista urbanización. O acaso no convenga que aprovechándose de la vecindad, le sople ideas peligrosas—como en 1825—a su amigo y vecino el Libertador.

CENIZAS DE SIMÓN RODRÍGUEZ

En un barco de guerra peruano, envuelto en las dos banderas de Venezuela y del Perú que le dieron cuna y sepultura, regresan en estos días a su Caracas natal los restos de don Simón Rodríguez. Hace ciento cincuenta y seis años, después de cuando la conspiración de Gual y España—en la que estuvo secretamente comprometido—, dejó don Simón la graciosa luz de este valle para cumplir una correría universal que no tenía mejor objeto que el de perfeccionar al contacto de los principales pueblos y lenguas su muy revolucionaria profesión de hombre. Fué el segundo caminador universal venezolano después de Miranda. Y como el Precursor, también se metamorfoseaba en nombres y oficios, se hacía contertulio excéntrico de las más diversas gentes, estudiando toda la variedad de lo humano. Antes de partir había dado las primeras lecciones de hombría, de espíritu crítico y de justicia casi quijotesca

al genial adolescente llamado Simón Bolívar, con quien volverá a encontrarse en Europa. De una hora de meditación en Roma, frente al sol poniente, los mármoles, las ruinas y la demasiada Historia clásica que suscita la campiña romana, surgió en el discípulo el casi turbulento proyecto de libertar el Continente entero. Detrás de la empresa política de Bolívar, Rodríguez se reservaba la tarea de ir esparciendo sus "luces y virtudes americanas". Quería ser el pedagogo universal del nuevo hombre democrático. Aprestábase a una batalla descomunal contra los endriagos de la rutina, la ignorancia y la superstición. Repetía hasta la saciedad que no pueden constituirse nuevas Repúblicas, si no formamos, paralelamente, los hombres nuevos. A la revolución política debía seguir la revolución cultural y la profunda metamorfosis de las almas.

De toda la ideología iluminista del siglo XVIII daba agresivo énfasis en su propia "Suma" de ideas, a un nuevo y radical método de veracidad, que permitiría estudiar las cosas sin prejuicio ni tabú, como mirándolas por la primera vez, y en acercamiento también radical a la Naturaleza, primera maestra del hombre. Parece, a ratos, un Franklin o un Jefferson suramericano más desasosegado, ya que la lucha entre arcaísmo y modernidad,

autocracia y democracia, se presenta con caracteres más trágicos en nuestra América Hispana, con su colonial separación de castas, su prolongada y humillada obediencia, los contrastes de su Economía feudalista. Este estudiar las cosas de modo directo, libre de todo velo y convención tradicional, levantaría en contra suya el rebaño de los pusilánimes e indecisos y la conjura de los privilegiados, cuando Bolívar le da el encargo de echar las bases de una nueva Educación popular en la República de Bolivia. El defendería la causa del indio contra el corregidor o el latifundista armado. Buscaba para sus escuelas el talento y la vocación de las gentes creadoras, y no el prestigio del apellido aristocrático. Junto a la enseñanza libresca acreditaba—contra el viejo prejuicio español—la de los oficios y el trabajo manual. Su Etica—demasiado audaz para su siglo—no era sólo la del cuerpo vestido y el sexo ignorado, sino la del hombre fiel a su conciencia. Decían los bolivianos que con su palabra y sus lecciones, el diablo andaba suelto en Chuquisaca. Y cuando ya no le permiten ejercer su modesta profesión de maestro de escuela que en la tremenda América de entonces la desempeñaban hasta los ex-presidiarios, se venga escribiendo el lejano mensaje democrático para las Repúblicas que

todavía estamos esperando. El fermento de una nueva dialéctica que quiere llegar sin tapujos a la propia naturaleza de las cosas, que no le teme al escándalo cuando éste sirve para aislar la verdad, es lo que nos ofrecen sus extraños escritos. Y hasta la estructura estilística, la puntuación, el insistente subrayado de palabras y conceptos, como para grabarlos en las cabezas más ociosas, obedecen a su desvelado combate por la libertad y la modernidad. Cuando ya se ha muerto Bolívar, y muchos quisieran olvidar el gran compromiso histórico que involucra su nombre, él se trueca en su voluntario albacea espiritual. Como errante vengador de su nombre, y profeta incómodo que no transa con la opresión y el privilegio, vaga entonces por los caminos de Chile, del Perú, del Ecuador. Prefiere, a la acomodaticia Filosofía oficial que en el Perú conservador excomulgaba a Vigil y en Chile quemaba los escritos de Francisco Bilbao por manos de verdugo, aquella cátedra al aire libre, de desenfado hablar, que establece en cualquier villorrio de los Andes, entre arrieros y troperos, o cuando aparece un visitante forastero de tanta imaginación como el francés Paul Marcoy. Vende velas o yerbas indígenas porque ya no tiene dinero para imprimir sus escritos,

pero sigue redactando en sus extraños cuadernos las revolucionarias proposiciones, según las cuales debería organizarse una América dispuesta a completar la revolución de Bolívar.

Ahora sus huesos andariegos tornan a Caracas, a encontrarse en el Panteón Nacional con los de su gran discípulo caminador y libertador. Se habían despedido en Lima en 1826. ¡Cuánto cambió, y cómo en parte se frustró en ciento veintiséis años aquella nueva América Hispana que ambos auguraron! No se unieron, sino se disgregaron, las naciones hispano-americanas que el Libertador quiso juntar en Panamá. Bolívar y Rodríguez parecen todavía, a tanta distancia, los desvelados caballeros andantes de un continente inconcluso. Diríase que ambos preludian el programa político y el programa moral de nuestras Repúblicas insatisfechas. Aun desde el punto de vista de la Historia del pensamiento, y despojando a sus escritos de toda e inmediata aplicación pragmática, Rodríguez se adelantaba en sus planteles de Chuquisaca, Concepción y Valparaíso, a lo que los pedagogos de nuestra época llaman "escuela nueva" y a un método filosófico que, al aislar y definir la cosa como si se viera por primera vez, se semeja curiosamente a lo que ahora denominamos Fenomenología.

DON TULIO, RAPSODA DE MÉRIDA

Don Tulio Febres Cordero nació en Mérida el 31 de mayo de 1860, y falleció en la misma ciudad el 3 de junio de 1938. Fueron sus padres el ilustre jurisconsulto y profesor de la Universidad de los Andes, Dr. Foción Febres Cordero, y doña Georgina Troconis, descendientes ambos de viejos y famosos linajes de la Venezuela colonial y de los años heroicos de la República como los Díaz de Viana, Gogorza, Añez, Umpiérrez, Andrade y Urdaneta. Por línea materna, la familia de don Tulio asciende venezolana y denodadamente hasta aquel togado español don Francisco Troconis, su sexto abuelo, uno de los defensores de Maracaibo durante las varias invasiones de piratas que asolaron la región lacustre en la segunda mitad del siglo XVII. Y si la vida de don Tulio permanecerá siempre fiel y sedentaria en su fresco y majestuoso paisaje merideño, los Febres Cordero

habían peregrinado por los más diversos lugares de la patria, y partiendo de Venezuela llevaron su abolengo a otras tierras americanas—como la República del Ecuador—antes de levantar casa duradera al pie de las sierras nevadas. Los primeros que vinieron al país poblaron en tierras de Coro, jurisdicción de Casigua, donde en el siglo XVIII poseían propiedades raíces, fundando asimismo la parroquia del Curadiral y proveyendo al congruo sustento de sus párrocos. El alférez real don Antonio, casado con doña María Bernarda Pérez Padrón, engendró entre otros hijos a don Bartolomé y a don Joaquín, troncos de ilustre progenie histórica. Hijos de don Bartolomé serán el general León de Febres Cordero, héroe de las campañas del Sur y jefe de los ejércitos conservadores en la batalla de Coplé, durante la guerra federal, y don Antonio Febres Cordero y Oberto, letrado y jurista, miembro de varios Congresos de la gran Colombia. De la rama de don Joaquín procede tan andariego personaje como el doctor Esteban Febres Cordero, cuatriborlado en Teología, Filosofía y ambos Derechos, quien a la zaga de su pundonoroso primo, el general León, se traslada al Ecuador en 1829 y se convierte en hombre de confianza y consejero del general Juan José Flo-

res. Actúa como su secretario y más notorio ministro cuando el Ecuador se separa de la unión colombiana. Se le ve después en Panamá como profesor de Derecho Civil y autor de una obra titulada *Ciencia administrativa o principios de administración pública*, editada en aquella ciudad en 1838. Es allí amigo de otro venezolano heroico y nómade, quien, después de las jornadas del Perú, se fijó en el Istmo, animando los primeros movimientos autonomistas contra el distante gobierno neogranadino: el general Francisco Picón y González. ¡Así eran de caminadoras e inquietas aquellas generaciones venezolanas! Llevaban almofrez y botas para viaje de muchas leguas; y capeando revoluciones granadinas, ecuatorianas o panameñas, recorrerá don Esteban otras tierras de América, se casa en Cuba con una parienta y torna a Venezuela cuando la dictadura de Monagas se torna hostil a los paecistas, lo que le obliga a regresar y quedarse en el Ecuador. Uno de sus descendientes, el "hermano Miguel Febres Cordero", dejó allá renombre de varón celestial, y se ha elevado a la vaticana Congregación de Ritos su milagroso expediente de canonización. Así, muy castellanamente, debía confundirse en el linaje de los Febres Cordero la Mística, la Guerra y la vocación literaria.

No menos andariega fué, hasta la primera mitad del siglo XIX, la rama de la familia, que permaneció en Venezuela y sufrió todo el rigor de la guerra larga. El domicilio coriano, que ya para fines del siglo XVIII se había trasladado a los Puertos de Altagracia, exige nuevas diásporas. En vísperas de la Independencia, y mientras los hijos varones como don Esteban estudian en el merideño Colegio de San Buenaventura, los Febres Cordero se establecieron en la rica provincia de Barinas, donde negociaban en reses y tabaco. El padre de don Tulio, el doctor Foción Febres Cordero y Díaz de Viana, nació en la villa de Obispos el 8 de diciembre de 1831, pero toda la familia se mueve después a Mérida cuando allí funda casa con su bella mujer Isabel Morlás, el futuro vencedor de Coplé. Es como árbol majestuoso que ampara con su gloria y renombre a toda la familia.

Y un poco el gusto añorante de plática de próceres y abuelos que tiene la obra literaria de don Tulio, procede de haber conocido en su infancia a aquellos últimos veteranos de los días heroicos, viejos letrados y guerreros que paseaban sus reumas y sus anécdotas por las soledosas calles de Mérida. La sosegada ciudad andina, centro eclesiástico y universitario, de sana agricultura, era

sitio propicio para ir a comer en paz la magra pensión de los grandes servidores de la patria. Cada vieja casa merideña—la de los Paredes, la del general León de Febres Cordero, la de los Campoelías, la de don Manuel Nucete, la del maestro Juan de Dios Picón, la de su hermano don Gabriel, héroe baldado de "Los Horcones", la de don Juan José Maldonado—eran entonces como museos vivientes, donde la gesta de la patria se confundía con una larga crónica de familia. Frecuentemente llegaba a la ciudad con sus cicatrices de cien combates, su longevidad de roble y sus historias contadas en el más descosido lenguaje vernáculo, el viejo centauro trujillano, general Cruz Carrillo. Otro duro titán de Mérida, el general Justo Briceño, andaba por el Centro haciendo de las suyas, y la oligarquía serrana nunca le perdonó sus compromisos con Monagas. Del Perú, de Ocaña, de Santander, del Congreso Admirable, hablaban aquellos viejos en su final y casero refugio de gorra y chinelas bordadas. Junto a las briseras del salón se desteñían las cintas de las condecoraciones. Guardaban cartas de Bolívar, de Páez, de Gual, de Miguel Peña. El erudito maestro Juan de Dios Picón seguía discutiendo, en su correspondencia frecuente con don Valentín Espinal, la oportunidad de

abolir en las Constituciones venezolanas todo fuero eclesiástico o militar, y defendía, al mismo tiempo, su viejo proyecto de dividir el país en ocho grandes provincias, de acuerdo con las realidades geográficas y económicas.

La propia inconformidad de los "godos" merideños con el violento orden de cosas que imperó en la República después de 1848, era propicia para que se sumieran en la saudade y el recuerdo. Venezuela, para muchos de ellos, había muerto el trágico 24 de enero. El pretérito se idealizaba como una época clásica, poblada de varones de estilo plutarquiano, de grave señorío, frente a la turbulencia y el desenfreno contemporáneos. Desde Mérida se avistaba, además, como de un nido de águilas, aquel combate de facciones que encendía la Federación en las provincias distantes; y jóvenes de la oligarquía fueron a detener a los federales en la emboscada de Mocomboco. Las familias merideñas abrían además sus puertas, cedían casas y ofrecían hospitalidad a aquella inmigración de linajes barineses—Jiménez, Pulidos, Gonzalos—que escaparon de las llanuras calcinadas, y salvando sólo lo puesto, después del gran combate de Santa Inés.

Ya hay, así, todo un material legendario

e histórico y un como *leitmotiv* subconsciente que inspirará la obra de don Tulio Febres Cordero, sin llegar por su gracia y ecuanimidad, a la intransigencia del viejo partido deshecho. Lo sienta en sus piernas en los años de niñez, y le cuenta historias, el venerable tío abuelo don León. Su tío paterno, don Fabio, que alcanzará una extremada longevidad, le familiariza al mismo tiempo con la historia civil de la República y le hace leer los viejos periódicos—coleccionados escrupulosamente por él—donde los letrados paecistas y los hombres de la Gran Convención discutieron los formas y atributos del Estado. Comparte su adolescencia entre el taller de imprenta del doctor Eusebio Baptista, donde ya a los quince años gana su pan como tipógrafo, los estudios en el Colegio y la Universidad, y toda una mina de papeles viejos, inclasificados y llenos de datos extraordinarios que invitan con su letra pastrana y sus rúbricas engoladas, en el Archivo del Estado y en el de la Curia Eclesiástica. La vida de Mérida está borbotando allí con sus querellas coloniales de Cerradas y Gavirias, sus pleitos de aguas y tierras, sus murmuraciones de convento, su ingenua quisquillosidad jerárquica. Y así comienza a formarse el niño prodigio de las veladas literarias del

setenta y tantos, el mejor y más enamorado testigo de la ciudad.

Un periodiquito minúsculo, deliciosamente impreso (porque don Tulio ha de ser, entre otras cosas, un excelente impresor) encanta las reuniones merideñas entre el 85 y el 94. Se llama *El Lápiz*, y pocas veces se dijo en menos hojas de papel, materia más rica, variada y pintoresca sustancia. Allí don Tulio persigue la curiosidad histórica, y sabe servirla con gracia impregnada de sencillez. Su prosa—en aquellos días de tanto encrespamiento retórico—corre clara, fresca y apacible como el agua serrana que baña los campos de Liria sobre lecho de berros y pastos nuevos. Mérida y toda la región merideña será el concentrado motivo de su obra, donde la minucia informativa no apaga el sentimiento poético. Si el trágico terremoto de 1812 destruyó torres, claustros y portalones de la vieja ciudad andina, entre los arcos ya tapiados y ciegos, en los solares que antes fueron iglesias y conventos, busca el joven investigador la impronta romántica del pasado. Y en despaciosa mula, y con libreta de apuntes, recorre también en busca de noticias sobre lenguas y cultura indígenas, los gibados caminos de serranía que conducen a poblachones viejos, ausentes del camino real, pero

donde hay todavía "huacas" y "adoratorios", y descendientes de caciques conservan palabras, leyendas y ritos de tribus desaparecidas. Trae de una excursión a los vetustos campos de Aricagua la letra de un canto guerrero de los aborígenes, que ha de incorporar a una de las más bellas fábulas de sus *Mitos de los Andes*. Era ya—al cumplir los treinta años—el rapsoda y depositario de todos los secretos y consejos de la ciudad; el insustituíble resucitador de muertos.

Mérida y él habían sellado un como pacto de fidelidad poética. Mientras intelectuales más ambiciosos o andariegos de su generación —como Gonzalo Picón Febres—venían a Caracas, eran cónsules, ministros o plenipotenciarios, él prefirió permanecer desde 1887 en aquella casa, frente a lo que se llamó después Boulevard de los Pinos, donde instaló su imprenta, su pequeño museo de curiosidades, y donde fueron naciendo sus hijos. De la casa a la Universidad donde dictaba amenísima cátedra de Historia, y de ésta al taller de imprenta para armar e imprimir con deleitoso esmero los propios libros: los *Cuentos*, la *Cocina criolla*, *Los mitos de los Andes*, *La hija del cacique*, *Tradiciones y leyendas*, *Don Quijote de América*, las monumentales *Décadas* de la historia merideña.

Y entre obra y obra de minuciosidad, gracia e investigación, los pequeños menesteres intelectuales de un hidalgo de gran familia y mejor cortesía que preside los exámenes de un colegio de señoritas, organiza los productos y manufacturas de una exposición regional, escribe una laudatoria que habrá de repartirse entre músicas y cohetes en las fiestas de los santos patrones de Mérida, o pronuncia un discurso de orden para la inauguración de tantos bustos de próceres como los que se reparten en las placitas de la ciudad. Y el Consejo Municipal que le encarga la historia de los "ejidos", donde las gentes pobres pastan sus vacas en el llano, al sur de la ciudad; y el Gobierno del Estado, que le reclama estudie los títulos de Mérida a poseer un puerto en el Lago de Maracaibo; y otra familia de campanillas que le ruega completarles el árbol genealógico, rescatando algún abuelo o línea de sucesión perdida en las complicadas testamentarías de la Colonia. Se suceden—sin que se altere su sosiego—años, gobiernos y revoluciones. Ve nacer la luz eléctrica desde que, en 1894, don Caracciolo Parra trae a lomo de mula, desmenuzada en piezas, la potente maquinaria; el fonógrafo y las primeras funciones de cine "Lumière" cuando el siglo estaba naciendo;

el automóvil, que entra en la ciudad piloteado por un francés de apellido Duhamel—héroe de aquellos días—en 1915. Dos o tres lustros después, ya cruzaban las crestenías nevadas, espantando a las águilas blancas de su famosa leyenda, los primeros aviones que tramontaban la cordillera. Envejecía, con su delgada figura de hidalgo, su bastón y su paso menudito, su sonrisa y humor bonancible, éste que fué el más dulce y entretenido abuelo de la región merideña. Y qué buenas y sabrosas tertulias de caballeros letrados, cuando aún vivía su memoriado y longevo tío don Fabio, el brillantísimo doctor Federico Salas Roo, el naturalista Pedro Enrique Jorge Bourgoin, los canónigos González, Carrero, Chaparro, Gil Chipía, el astrónomo y coleccionista don Emilio Maldonado, los un poco volterianos don Constantino Valeri y el señor Liparelli. Así como Koenigsberg sabía la hora exacta, cuando atravesaba las calles el enfurruñado profesor Kant, las dueñas de casa—que avistan desde las celosías—ordenan el fuego del sancocho cuando don Tulio sale de la Universidad. Pero las aceras de ladrillo rojísimo, cocido en los tejares de la Otrabanda, que recorre hasta su casa, parecen hablarle como aquellas losas babilónicas en que reyes y sacerdotes milenarios escribieron sus mitolo-

gías y sus preces. Y aquellas seis o siete cuadras de matinal caminata, se interrumpen de grandes saludos en las esquinas, de asedio de gentes que inquieren por tesoros ocultos, que vienen a mostrarle una onza de la época de Felipe V, rescatada de un arcón familiar, o le llevan, como supremo trofeo histórico, los documentos de una antigua capellanía del siglo XVIII.

¿No vivía él también como añorante caballero de la época de las onzas y de las capellanías? Otras gentes audaces con la llamada "Revolución Restauradora" que movió a labriegos, guerreros y doctores, desde sus peñas andinas, vinieron a triunfar en el centro; a inaugurar las comienzos de una Venezuela más despreocupada y derrochadora, la que descubriría con la "paz" de la dictadura las concesiones de petróleo, las prebendas oficiales y los grandes negocios. Pero don Tulio rehuyó toda tentación de poder o de fácil granjería pública. Una sola vez vino a Caracas en 1912. Se cuenta que rechazó entonces el Ministerio de Instrucción, que le ofrecieron en nombre de Gómez. Y después de visitar el Panteón y a sus colegas de la Academia de la Historia, cerró las maletas en el hotel, prometiendo no aventurarse más en expediciones tan largas. Estaba ya añorando la gran silla

de suela—que fué del milagroso obispo Arias—donde le placía conversar con los amigos, y aquel pacífico sol de los venados en que mueren tan dulcemente las tardes merideñas. Hubo años de magro salario y escasez, pero una mujer admirable—doña Teresa Carnevali de Febres Cordero—le ayudaba con la prolija industria de sus manos a apuntalar la casa. Recuerdo cuando iba de niño al hogar de don Tulio, en busca de aquellos indescriptibles bizcochitos fabricados por doña Teresa y de algún ejemplar de *Don Quijote en América*—primera de mis lecturas criollistas—adquirido en tres reales. Con austeridad y sencillez, dignas de los tiempos más clásicos, la casa de don Tulio olía, simultáneamente, a tinta fresca, a pan recién salido del horno y a aquellos claveles y violetas—tan merideñas—plantadas en el patio. Veo también en la memoria (y no sé si sería cierto) un pequeño ciprés. Y al fondo del corredor, en amplia pieza, don Tulio está ensimismado en la escritura. Doña Teresa va andando pasito para no interrumpirle. Pensé entonces, por primera vez, en ese recatado goce y maravillosa confidencia que hace el hombre a una hoja de papel, y que llamamos Literatura.

Muchos podrán escribir sobre los méritos de don Tulio en las letras nacionales; a mí

me basta señalar, más modestamente, cuanto su obra significa para quienes nacimos en la altiplanicie de Mérida. Y cuando él desentrañó la vida de aquellos agricultores, pobladores y letrados que formaron la cultura de la ciudad colonial. ¡Qué de figuras extraordinarias aparecieron! Desde el canónigo Uzátegui, el que dijo a los guerreros de 1811 hay calzones debajo de estos hábitos", educador y filántropo, que ya a fines del siglo XVIII funda y sostiene de su propio peculio la primera Escuela de Artes y Oficios conocida en Venezuela, y sacrifica de viejo cuanto posee en la lucha por la Independencia, hasta aquel puñado de héroes niños que la ciudad delega en 1813 al ejército de Bolívar. En el silencio de los claustros, en la biblioteca ya enciclopédica que formó el obispo Torrijos, se habían forjado aquellas cabezas insurgentes que rubrican la declaración patriótica de Mérida en 1810, cuando el joven Rivas Dávila llega a matacaballo trayendo las ardorosas consignas de Caracas. El canónigo Uzcátegui hace entonces fundir cañones en su hacienda del Albarregas con los bronces de las iglesias, y la criada Anastasia se escapa del convento de las Clarisas para disparar en la neblina y el espanto de la noche los primeros trabucazos patriotas. ¡Y los que siguen a

Campoelías, y los que morirán en los pontones de Puerto Cabello y en la desesperada inmigración de familias—después de la ofensiva realista de 1814—vagando como tribus del Antiguo Testamento, por las más nómades y desiertas llanuras de Barinas y Casanare! Así se dispersa la familia y la fortuna del "Rey Chiquito", don Antonio Ignacio Rodríguez Picón, a quien Bolívar invita en una carta a interrumpir su prolongado llanto por los hijos muertos y desaparecidos en las campañas del año 13; y de las de Dávilas, Nucetes, Paredes, Uzcátegui, Maldonados y Briceños.

De todo ello ha guardado fe la obra literaria de don Tulio Febres Cordero. Y junto a nuestro vernáculo cantar de gesta, la interpretación poética y costumbrista de toda la región andina. Las *Tradiciones* de don Tulio poblaban para mí y para los merideños de anteriores y posteriores generaciones, cualquier sitio o aledaño de la ciudad de aquel encanto o de aquellos fantasmas, sin los cuales la Historia sería el relato más soso y descolorido.

Soñábamos de muchachos frente a las paredes, pobladas de añoranzas, del viejo convento de San Agustín; imaginábamos al endemoniado Gregorio Rivera, tenorio y es-

padachín, raptarse una monja de conocido linaje o íbamos a buscar en las noches del "Llano Grande" la sombra de aquel gran caballo blanco que arrojaba fuego y que según algunos timoratos debía ser jineteado por mi bisabuelo Rafael Salas, por haber tenido la pretensión de fundar en Mérida una logia masónica. (Con su corbata de plastrón y su barba rapada a la inglesa, don Rafael se impresionó de joven con aquel movimiento de los jacobinos colombianos allá por 1827, y trajo a Mérida las palabras y liturgias del "Rito escocés antiguo y reformado" y una serie de planes progresistas, y quizás heréticos, para hacer caminos y desarrollar pequeñas industrias locales).

Lo que se puede llamar el buen arte costumbrista de don Tulio que complementa, poéticamente, su tarea de historiador, se expresa con sencilla gracia en algunas de las *Tradiciones*, en las *Memorias de un muchacho*, en los *Cuentos* y en los mejores capítulos de su discutida novela *Don Quijote en América*. Todos nosotros hemos vivido en esos "Mapiches" o "Sanisidros" imaginarios en que transporta a un mundo de fábula la vida merideña de fines del siglo XIX y la polémica—tan del gusto de entonces—entre el progreso y la tradición. Para un estudio—que

si parece muy actual sobre los orígenes del nacionalismo venezolano—tienen sumo interés aquellas animadas páginas.

Todo está narrado en un estilo que tiene la fluidez reminiscente de la mejor conversación de viejo. Era el suyo aquel idioma de familia, sin énfasis, nutrido de las metáforas más directas que inspiran el paisaje y la tierra, como el que hablaban los sosegados agricultores, que solían ser también catedráticos de Universidad, en la Mérida tan castiza y cortés del siglo XIX. Parecía tan nuestro y autóctono como las mariposas azules de la Sierra que coleccionaba su amigo don Emilio Maldonado; como los colibríes y "chupitas" que exhibía en su pequeña tienda, como fabuloso Rey Mago, don Salomón Briceño; como el incinillo que las vendedoras mestizas bajan a vender de los páramos, en días de aguinaldo; como esas tejas rojas que sirven de colonial copete a la ciudad, salidas de los "hornos" de Milla, la Otrabanda y el Vallecito, y que invitan a la vista como el pan bien cocido. Mérida necesita guardar la imagen de su rapsoda en alguna de aquellas placitas recoletas, acompañadas siempre por el subterráneo rumor del agua—El Espejo, Belén, San Agustín—o en los maravillosos miradores sobre el Chama, el Albarregas y el Mucujún,

donde, con el estímulo del paisaje, provoca ponerse a conversar en el lenguaje insinuante, curioso y anecdótico de don Tulio Febres Cordero. Fué el merideño que siempre se quedó, por tantos otros que partimos.

ALMANAQUES

Algunos amigos vienen a pedirme colaboración para un Almanaque del año 1952, que será como un mensaje de simpatía y entendimiento que hombres y técnicos de la ciudad, escribiendo en modernísimos escritorios de metal y absorbidos en sus diagramas estadísticos, habrán de enviar a sus olvidados hermanos del campo venezolano. Agricultores y ganaderos que trabajan la tierra o apacientan sus rebaños en los más lejanos rincones del país, adonde sólo de tiempo en tiempo llega una avioneta o brota, todo enfangado, un automóvil. Mientras que estos terribles y casi deshumanizados seres que somos los vecinos de la ciudad, casi no necesitamos del almanaque, o, nos basta, para nuestros asuntos, ver en el periódico del día la fecha que marca el año, el labriego o el ganadero viven presos en el círculo cósmico que forjan las fases de la luna o el retorno de las estaciones. Como un augur, el campesino descifra el

tiempo en las nubes; ve marchar las garzas cuando se acerca el invierno tropical o comenta—como en la Mérida de mi infancia—que ya está lloviendo en los llanos, porque sobre los tejados de la ciudad volaron una noche los primeros patos güiriríes. Cuando yo era niño, en un mundo más asido a la Naturaleza que éste en que ahora vivimos, los merideños pedíamos a nuestra Sierra Nevada, a las cordilleras enormes que parecían separarnos del resto de Venezuela, el secreto de nuestras vidas. La Sierra, ora diáfana, ora encapotada, como esos jefes civiles de la época de Gómez que escondían sus revólveres bajo la ruana, nos enseñaba que era el tiempo de sembrar, de recoger la primera travesía del café o bien que después del borrascoso y mortuorio noviembre, tiempo de lágrimas, de lluvias y de responsos, entraba y se asentaba sobre cielos de perfecto cobalto, la transparente claridad y dulzura de los días navideños. En las bodegas de las "Cuatro Tiendas" los rapsodas y músicos de mi ciudad campesina templaban sus requintos y bandolinas para las serenatas de aguinaldos; los estudiantes conversadores y enamorados que cada tarde tenían tertulia en el enladrillado altozano de la iglesia de San Francisco, improvisaban las anónimas y versificadas "ensala-

dillas" que se dedicarían a las muchachas y al mercado de la ciudad—que en mi recuerdo se me aparece enorme como el Foro romano—entraban, con su indio conductor, los bueyes "cargueros", que traían el oloroso laurel, el díctamo, el incinillo, los frailejones y prodigiosos musgos de los páramos con que habría de esmaltarse y perfumarse, en cada caso, el pesebre del Niño Dios.

Pero como el Almanaque es necesario en toda familia que vive del trabajo, había uno muy merideño y lleno de consejos agrícolas, que durante más de cincuenta años elaboraron en su vieja imprenta de mano, los sucesores de Juan de Dios Picón Grillet. Tengo por ese viejo pariente mío, a quien no conocí sino por su leyenda, una admiración casi romántica. No fué, precisamente, de los parientes prósperos de la familia, porque tuvo una extraordinaria fantasía de poeta unida a una singular inventiva manual que aplicó a las cosas más heteróclitas que podía emprender un merideño del siglo XIX. Además de su Almanaque, con sus curiosos grabados en madera, dibujados y fundidos por él (en una época anterior al fotograbado), dibujos que me enseñaron a admirar y casi a temer los signos del Zodíaco, compuso una ópera con el viejo maestro José María Osorio, que

ensayaban las señoritas de Mérida allá por el año 1860; inventó un arte *sui generis* que él llamó la "foliografía" para reproducir con sus colores las plantas de la flora andina, y levantó los graciosos campanarios y portadas de algunas iglesias, como la merideñísima del Carmen, con su encantadora placita. Especie de pequeño Gutenberg, mezclado de León Batista Alberti, nacido a los pies de la Sierra Nevada. "Juan de Dios no tiene fundamento le arrastra la fantasía", decían de él otros parientes que poseían potreros, cafetales y vacas lecheras, o expendían mercancías secas en las tiendas de la Plaza Bolívar. Pero para organizar coros de música, inventar grabados y muñecos para las "laudatorias", ensaladillas o programas pascuales, traducir o interpretar los estilos arquitectónicos a la buena argamasa de las tierras de Milla o del Vallecito y echar a volar globos fantásticos de luces cuando su propio almanaque señalaba un día beatífico, no había en la ciudad vecino y artífice mejor. Señorador, creador de cultura, cuando otros iban en caballos briosos arrasando a Venezuela.

Y porque aprendí a amar los almanaques, en el que todavía en mi infancia, se llamaba en Mérida "del cojito Picón"; el que entraba cada primero de enero con su olor a tinta fresca y sus estupendos signos del Zodíaco,

que parecían arrancados de una aguafuerte de hace tres siglos y leía allí los consejos a los campesinos y me impresionaban algunas palabras, como el "Adviento", las "cuatro Témporas", el "Domingo de Cuasimodo", simpatizo con la idea que desde Caracas se escribía un Almanaque para el campo de Venezuela. ¡Cuánta falta hace en tantas soledades del país ese librito, que ayude a rescatar para los venezolanos la aporreada y fiel tierra labriega; la que contra el aluvión cosmopolita y la tentación financiera de las ciudades sigue produciendo caraotas, yuca, maíz; la de aquellas buenas gentes que perseveraron junto al pegujal, junto a la vieja casa de adobes de sus mayores, mientras otros venían al Centro a tomar *whisky*, a buscar dinero y poder más fácil, entre intrigas cortesanas y grandes bocanadas de cigarrillos "Chesterfiel"! Y sólo el intercambio benévolo de campo y urbe; sólo esta piedad con que el higienista, el maestro de escuela, el agrónomo, el ingeniero, el mecánico, el escritor, se acerquen a los problemas de nuestra tierra abandonada y profunda, la tierra de *Doña Bárbara*, de la *Silva Criolla*, de las cantas y de los Galerones. salvará a Venezuela, no para los inversionistas internacionales, sino para los que llevamos en la sangre la pasión y el deber del país.

ESTRELLAS Y MARIPOSAS

DESENGAÑADO acaso de aquellas damas de faldas revoloteantes y medioeval y alto corsé, que bailaron tan gentiles contradanzas en los saraos que organizó el doctor Carlos Rangel Garbiras, en 1888, con motivo del centenario de su heroico abuelo, el joven Emilio Maldonado, también descendiente de próceres y emparentado con los Rangel de Cuéllar, se sumió en el estudio y en sus colecciones de mariposas. Una pequeñísima heredad familiar, pañizuelo de cafetos y frutos menores; otra casita en la ciudad de Mérida, más unas clases de dibujo topográfico, matemáticas y astronomía en la Universidad y eventuales mensuras de tierras para resolver las querellas de litigantes que disputan linderos o "tomas" de agua, proveían a la congrua sustentación de él y de su no menos inteligente hermana, Juana Paula. Eremitas en medio de la ciudad, ya sólo tenían ojos para las estrellas y para esas como enormes flores volátiles, orquídeas

con alas, que en los días más secos y transparentes del verano tienen sus cónclaves luminosos y emprenden vuelos nupciales en los campos de Liria, El Vallecito, La Otrabanda. Es casi lugar común decir que entonces los picachos nevados de la sierra destacan sus quilates diamantinos sobre un límpido cobalto celestial. Estrellas y mariposas, y explicar a los estudiantes las leyes que rigen el movimiento de los astros, y las hipótesis que desde Kepler, Copérnico, Kant y Laplace se formularon sobre el Cosmos y la formación de la Tierra, sería, desde entonces, la más determinante razón de su serena y larga vida.

Para ser buen astrónomo invirtió el producto de una próspera cosecha de café, allá cuando finalizaba el siglo pasado y en sociedad con su hermana, en uno de los mejores telescopios que fabricaban los ópticos alemanes. Así tendrían ameno e instructivo recreo en las más solitarias noches. Y en luna despejada, cuando mozos y estudiantes alegres recorren las calles en trance de serenata, ambos, desde la higuera del patio, por encima de los arriscados aleros, disparaban el largo tubo visual como una atarraya de constelaciones. Una fórmula matemática y memorias sobre lo que acontecía en Venus y en el cinturón de satélites de Saturno, eran el resul-

tado de toda una noche de observación y desvelo. Y cuando Juana Paula—que se volvió tan sabia como él—comparecía en las ceremonias de la Catedral a arrodillarse en el reclinatorio y alfombra que por antiguo privilegio colonial correspondía a su familia, más de un estudiante travieso la hubiera apodado "la musa astrónoma". Ella y su ensimismado hermano eran los más fieles testigos del Otromundo que tenían la ciudad de Mérida; y de todas aquellas peregrinaciones estelares se les hubiera pedido noticia, como hacían los florentinos con Dante Alighieri.

De la tierra les interesaba, también, esas aspirantes a estrellas y candidatas y novicias del mundo sideral que son las mariposas. Casualmente el año 88, para recoger toda la multiplicidad de formas y familias en que se manifiesta aquel paraíso de gracia papillonesca que son los campos de Mérida, don Emilio proyectó una revista que se iba a ilustrar con grabados en colores hechos por él, y que se titularía románticamente: *Las Mariposas de la Sierra Nevada*. Veinticinco años más tarde, en mis días infantiles, aún esperaban los merideños la aparición de semejante obra, en que habría de exaltarse esa como flora de los aires, las flámulas y banderitas de coloreada ilusión que están al alcance de

cualquier ojo o mano curiosa en nuestra campiña serrana. (Desposeídos de otras riquezas, nosotros teníamos un como orgullo patriótico, del inigualado primor de nuestros colibríes y mariposas. Pero en tan equitativo reparto de tan enjoyados bienes de Dios, don Emilio había dejado los colibríes a la no menor ansia coleccionista de don Salomón Briceño). La revista, por otra parte, de que apenas alcanzó a imprimir cuatro paginillas en un taller casero, resultaba empresa titánica, porque él —como nuevo Gutenberg y a puro invento de su magín—estudiaba extrañas combinaciones de tintas y ahuecaba maderas para lograr aquel imposible grabado policromo en que se reproducirían con tanto esmalte como en la realidad, las mentadas mariposas.

Años más tarde, siendo yo estudiante suyo, me explicó don Emilio otras complicaciones de la empresa. Los profanos dicen "mariposas" y el término es tan vago y genérico como si dijéramos "hombres" o "familia". Porque ese inmenso y fantástico mundo mariposeril está más dividido en clases, grupos y recelos sociales que nuestra ciudad de Mérida. Gozaba don Emilio pronunciando los nombres de las mariposas como un cronista social al describir las bellezas que asistieron a un baile. Hay las suntuosas "ninfálidas", cuyas grandes

alas delanteras contrastan con la grácil pequeñez de sus extremidades. Y entre ellas la "heliconia" tiene la refulgencia, los violentos amarillos, la cinta roja o anaranjada de un turpial papillonesco. Si las "ninfálidas" parecen pájaros, las "licaénidas" son joyas; topacios o záfiros esparcidos en una piñata aérea. Las "piéridas" son un poco el proletariado de este mundo volante; son como simples hojas arrastradas por la ventolina y carecen de dinero para adquirir un bonito traje estampado. En las "noctiduas" hay ya un misterioso y siniestro parentesco con los murciélagos. Es un poco la mariposa tentada por el demonio, que comenzó a tornarse vampiro.

—A Juana Paula no le gustan las "noctiduas"—terminó diciéndome don Emilio.

A muchas leguas de Mérida, y a muchos años de mi infancia que—como la de todos los niños—estuvo festoneada de calcomanías y mariposas, pensé en el viejo maestro andino y en su pasión de coleccionista. Había subido frente a los fantásticos volcanes gemelos que custodian la altiplanicie mexicana, al extraordinario observatorio que cerca de la ciudad de Cholula mantiene el Gobierno de México. Allí mismo, y casi con tanta sabiduría como la de los astrónomos que dirigen este instituto de Tonancintla, los sacerdotes aztecas ob-

servaban el paso de Venus y miraron a Quetzalcalt, convertido ya en lucero de la mañana. Preside el Observatorio el astrónomo Erro, uno de los hombres de más disparada imaginación matemática y más vivaz y originalísima inteligencia que me haya sido dado conocer. Erro maneja unos ecuatoriales y lentes gigantescos, ante los cuales parecería una flébil caña el telescopio merideño de don Emilio Maldonado. ¡Cuánto han andado los astros y perfeccionado los instrumentos ópticos desde los días de mi infancia! Y tantas estrellas pasan por esos lentes multiplicadores; tantos luceros y constelaciones nuevas para nuestros ojos acuden a las citas astronómicas a que convoca Erro, que el astrónomo ya no sabe cómo nombrarlas. Ha agotado la Mitología y las palabras latinas. Ofrece a sus amigos el padrinazgo y el nombre de una estrella como quien nos invita a colonizar en una lejana urbanización. Ya todas las muchachas bonitas que uno conocía en México, Berenices de la nueva Astronomía, dieron sus nombres a verdaderos ramilletes de astros inéditos. Y cuando allí, entre océanos de nebulosas, separadas entre sí por inmensas cavidades y golfos de sombra, parpadearon dos estrellitas, me acordé de don Emilio y Juana Paula. Estarían acurrucados, como en las noches de Mérida,

tratando de captar el cabrilleante Cosmos, sumidos en el deleite de todas las cosas vivas, lumínicas y nómadas que pueden encantar nuestros ojos mortales. Y el cielo todo era como un campo de Mérida o valle de Tonancintla—que es también límpidamente azul—tachonado de mariposas. Empecé a nombrar las palabras casi mágicas: "ninfálidas", "licaénicas", "piéridas", "uránidas". ¿No parecían, igualmente, nombres de constelaciones?

COCINA ROMÁNTICA

Hojeo y acaso me tentará publicarlo como un testimonio del vivir venezolano en el siglo XIX, un inédito volumen de recetas de cocina en que la viejecilla nonagenaria que me lo entrega perfeccionaba, escribiéndolo, los perfiles y orlas de su letra inglesa y las labores domésticas que le enseñaron en el colegio de las monjas. Las casas eran grandes entonces; las cocinas, de seis fogones, anchamente monástica y—para no aburrirse y prepararse para ser perfectas casadas o diligentísimas tías solteras—las muchachas ejercitaban un tradicional artesanado de aguja, bordado o repostería. Nada parecía valer el tiempo que se destinaba a la confección de un prólijo manjar, de una inútil relojera o de un recamado paño de iglesia. Espumas de azúcar salpicadas de vivas grageas, mostacillas y cuentas brillantes, coloreaban y vestían los objetos de boca y adorno. En farmacias y tiendas no siempre podían comprarse, como hoy, los productos cosméticos con que las mujeres se hermo-

sean. y el libro contiene también recetas de afeites y menudas artes caseras. Con este menjurje, anterior a la costosa Elizabeth Arden, refrescaban y blanqueaban sus lindos rostros las caraqueñas de 1875: "Se hierve un litro de agua con medio de ácido bórico. Después que está frío, se le vierte medio real de óxido de cinc, una cucharadita—no muy llena—de tintura de benjuí y un poquito de glicerina. Se decanta bien y se usa". No sólo la economía de la fórmula, que contrasta con el alto precio de los productos de la cosmetología moderna, sino el parsimonioso empleo de ciertos verbos, como "decantar", es lo que celebramos en la receta. Y si algo falta en estos días, extremadamente derrochadores, comprometidos y nerviosos, es la paciencia para "decantar". Nadie decanta nada: ni las soluciones para refrescar el rostro ni las ideas para esclarecer la cabeza. Sonreíamos de la cursilería del más humilde y morigerado tiempo en que vivieron nuestros padres o se escribieron estas recetas, y no advertimos los elementos de chabacanería ostentosa, de dilapidación sin gracia ni estilo que caracteriza nuestra vida presente.

Conmovedoramente ingenua pero entretención sana para las niñas desocupadas, era la técnica de fabricar y colorear flores de pas-

ta: "Se remoja un poco de papel de seda ordinario en agua de cola, de regular espesor. Cuando ya tiene dos días remojándose, se mueve bien y se "amasa" con blanco de España hasta convertirlo en una pasta muy suave. Se extiende y prèsiona con cuidado y cuando esté del grueso que se desee, se pica con un vidrio, utilizando un molde de cartón o papel. Se forman las flores, pétalo a pétalo, pegándolos con agua de cola gruesa. Después de pegados, se pintan a gusto, se dejan secar y se les da "charol".

De un tiempo todavía asustado de las necesidades corporales y en que—según la clásica *Urbanidad* de Carreño—las cosas debían idealizarse con elegantes perífrasis, la cocina también se contagió de sublimación y perifollos románticos. Y en el libro hay recetas coquinarias caraqueñas que lucen nombres de poemas o de valses. Frente a la muy realista, indigesta y viril cocina criolla de mondongos, sanchochos, tropezones, pabellones, mochados y olletas, floreció también una más sofisficada cocina romántica. La tradición árabe-española, santificada por el sosiego y prolijidad de los conventos, que ya en la época colonial engendraran los "tocinos del cielo", "manjares de ángeles" y "suspiros de monjas", se complicó con otros productos criollos en que

participaban frutos y aliños vernáculos, bautizados de graciosos nombres. Antes de que se inventara la dietética y se descubriesen las vitaminas, podían sumirse en muy tropicales orgías de azúcar y especies, amables para la vista y excitantes de olfato y de gusto. Un típico y popular producto del barroco alimenticio venezolano, además de la hallaca, fué la hoy un poco olvidada "Torta Caraqueña" en que la mescolanza árabe-española de azúcar, clavo, canela, almendras, vino de Málaga o malvasía, huevos, leche y mantequilla, se completó con el plátano criollísimo. Banano, maíz y toda una varia familia de tubérculos fueron acompañantes o sucedáneos mestizos, para viejas recetas peninsulares. Morisco y conventual era el dulce de huevos que en Venezuela originó, además de los "huevos chimbos", los de "faltriquera", los "rellenos con almendra y canela", los "moles", los de "sorpresa", con crema de vainilla, limón y chocolate, los de "nieve", con azúcar en polvo y flor de naranja y los "espirituales", muy cargados de vino y aguardiente, con sazón de nuez moscada.

El romanticismo dió, naturalmente, nombres románticos a muchos de estos manjares. Según el recetario, sirve para fiestas y cumpleaños la "crema de rosa", que imita las mejillas de una doncella con su color de carmín líquido;

la "Mazzantini" o "espuma de Italia", aliñada de fuerte vino Madera; la de "flor de naranja" y la "frangipán", con su fragancia andaluza de azahar y limones, y la llamada "crema báquica", un poco embriagadora, por su exceso de aguardientes de la tierra. Junto a los elementos seráficos de todo romanticismo que sirven para nombrar los "melindres", las "pastillas de señorita", los "ponqué violeta", "rosa blanca", "rosa piña", "vanidad", "rosquete de olor", "bizcocho de espuma" y la casta familia venezolana de las "delicadas" y "gelatinas", hubo también elementos diabólicos. Se presentaba en las mesas de Caracas cierta "manzana infernal", digna de que Fausto la hubiera ofrecido a Margarita. Después de cortar, cocer, aliñar y macerar las manzanas en grueso caldo de esencias, de recibir los efectos del fuego y del azúcar quemada, se erguían en opulenta pirámide, se embriagaban de bastante ron (el de Carúpano era el más recomendable) y flotando en alcohol se encendían de nuevo hasta levantar una llama luciferina. Populares e insurgentes eran el llamado plato de "ahoga-gatos", con su indigesta mezcla de manteca, almidón, azúcar, mantequilla, anís y especies, y cierto "Pan de Lima" o "Tumba-gobierno", que debió venir a Venezuela con los héroes de Ayacucho,

y cuya receta tenía algo de liturgia mágica. A las doce del día se empezaba a hacer la masa con harina y papelón; a las cuatro de la tarde se le agregaban nuevos condimentos, a las siete de la noche se le sobaba con manteca, a las ocho se le ponía al rescoldo de un horno flojo y a las cinco de la mañana ya esponjaba y difundía su final fragancia de anís y limón, el famoso bizcocho.

Otras rarezas del mismo y bien nombrado florilegio de cocina romántica, eran una "Torta de la Soledad", en que ésta se alivia con un complejo condumio de harina, huevos, leche, canela y clavo, vino blanco y gotas de agua de azahar; las que se hacían para onomástico y llevaban los muy comunes y femeninos nombres de "Adelaida", "Panchita", "Herminia" y "María Teresa"; el "dulce de la viuda", para que éstas engordaran amodorradamente, y el "ponkué negro" que la autora recomienda para todas, a causa de su heteróclita mezcla de ciruelas, pasas y nuez moscada, que contribuían a darle su color, un tanto fúnebre. Este plato de un romanticismo a la vez erótico y luctuoso, sugiere, inmediatamente, aquella canción de Carlos Borges *Bodas negras*, que la época trocó en espeluznante bambuco. Azúcares, especies, pastas de harina flor,

endulzadas en vinos añejos, parecían entonces suma paradisíaca de todas las delicias gustativas. Bien me sabe a qué, inquiría desde su floreada bandeja el postre de este nombre, príncipe aún vigente de la dulcería criolla. De otros manjares, como el teológico y barroco "tocino del cielo", se cuentan la vida y milagros. La mejor receta que llegó a Venezuela, acaso con las monjas Concepciones, es la que se logró elaborar en un convento de Extremadura. Y el secreto del "tocino del cielo" es que al preparar su almíbar éste sea tan fino que haga hilo entre los dedos índice y pulgar. Luego hay algo de rito brujeril cuando se cuece sobre unas "trébedes" bajitas, con lumbre menuda y se les deja largas horas tomar color y espesar, esparciendo brasas sobre la tapadera que lo cubre.

Casi se hostiga nuestro paladar en este tiempo de dietética y vitaminas, con la especiada invitación a la gula que nos ofrece el viejo libro caraqueño. Y estudiar otras de sus recetas nos sirve para reconstituir los despaciosos menesteres y el adornado formulismo de una casa venezolana en la segunda mitad del siglo XIX. También sobre lo que usaba el pueblo y la ponderada y prudente economía familiar antes del vellocino petrolero, encontramos preciosos datos en tan prolijo cuaderno.

ACTUALIDAD EN UN LIBRO VIEJO

Encuentro en una librería de viejo este delicioso volumen del Marqués de Caracciolo: *Verdaderos Intereses de la Patria*, traducido al español por don Francisco Mariano Ninfo y editado en Madrid "con las necesarias licencias", por Miguel Escribano en 1785. Se vendía, "con las demás obras del autor", en la librería de Correa, frente a las Gradas de San Felipe el Real. (Calles y nombres que evocan el Madrid goyesco). Envidiamos el delicioso papel "cuartino" y la magnífica tipografía, con viñetas y letras capitulares, muy dieciochescas en que está impreso. Ciento setenta y cinco años de permanencia en el trópico y el haber pasado por innumerables poseedores, no lesionaron el librito ni lo contaminaron de la más leve polilla. Quizás lo trajo a Caracas, en su explosivo equipaje de "novedades ideológicas", alguno de aquellos jóvenes hidalgos con naciente conciencia re-

volucionaria de la generación de Roscio o Francisco Espejo, o de la más tormentosa a que pertenecía Bolívar. Puede ser testigo de todas las cosas patéticas que ocurrieron en Venezuela: la independencia y la guerra a muerte, el dominio de Monteverde y Boves, las no menos fieras persecuciones de Arismendi, las entradas triunfales de Bolívar; la Cosiata, la disgregación grancolombiana, las varias decenas de revoluciones que hicimos en el siglo XIX. ¡Cuántos de los libros impresos de hoy, en tan detestable papel y tipografía, gozarán de tan añosa y firme longevidad! Porque el librito—aunque no nos importaran sus ideas—es buen regalo para la mano y los ojos.

Teníamos noticias de él porque fué un vademécum de sencillo civismo y discreta educación política para nuestros tatarabuelos. Es una de esas obras que influyeron sobre aquel *Catecismo* en que nuestro Roscio trató de enseñar a los venezolanos las normas de una ordenada vida civil. En muchos de los discursos que pronunciaban los congresales de Valencia en 1830 e inspiraron la teoría de nuestro primer periodismo, hay sobre temas como el de las Rentas Públicas, la Agricultura, la Milicia, la Población, la Usura o el Comercio, algunos de los gentiles lugares comunes escri-

tos en fresca prosa, casi periodística, del anciano autor setecentista. No es de ninguna manera un pensador de importancia; no se acerca al pensamiento de un Hume, de un Locke, de un Montesquieu, ni del lado conservador al brillantísimo Burke, pero su transparente y didáctica sencillez le hizo sumamente popular; enseñaba con dulzura algunas de las nociones elementales en las que un hombre o mujer del siglo XVIII podía estudiar los principios de la Economía Política o de la Ciencia del Estado. Aquel ideal que tuvo un Bernard Shaw de orientar aun a las mujeres inteligentes para el conocimiento del socialismo y demás doctrinas políticas que dividen al mundo contemporáneo, lo realizó en más reducida escala el Marqués de Caracciolo con su imagen del Estado pre-liberal del siglo XVIII. Y como escribió viejo, agrega a la Ciencia de las teorías, la de su zamarro conocimiento de las sociedades y los hombres.

Lo curioso es que el Marqués me ha parecido, a ciento setenta y cinco años de distancia, una especie de anticipado columnista de *El Nacional*. De haber vivido en esta época, Miguel Otero le hubiera ofrecido con gusto un artículo semanal en la cuarta página. Porque muchos de los problemas que hemos tratado los colaboradores de este diario se nos ofrecen

con regusto y fragancia muy añeja, en la diáfana prosa del libro que es envidiable modelo de buen periodismo. No es que las soluciones que un Uslar Pietri, un Briceño Iragorry, un Acosta Saignes y demás colaboradores del periódico tengan nada que ver con las del simpático y lejano tratadista; han pasado por la Historia, desde entonces, "tantos y profundos cambiamentos" (como diría el autor en su lenguaje neoclásico); hay formas y estructuras sociales que él no hubiera sospechado, pero subsisten otras cuestiones políticas y humanas para las cuales aún puede servirnos su amable y casi empolvado consejo. El ya habla del "desenfreno mercantil" de su época, de los "ricos repentinos", del absorbente prestigio que toma el comercio sobre otras actividades y servicios más útiles. Y en materia de tributación, tiene el Marqués ideas que casi parecerían modernísimas y dignas de inspirar esa reforma del impuesto a la renta de que se habló, hace pocos días, en Venezuela. Divide él la sociedad, un poco drásticamente, en "ciudadanos necesarios" e "innecesarios". Necesarios son aquellos que contribuyen con su dinero y su trabajo al proceso de la producción, aquellos que con su industria e inventiva ayudan a que circulen los bienes humanos; innecesarios quienes prefie-

ren vivir del estático privilegio o abuso de sus rentas. En una palabra, hay herederos inútiles y trabajadores. Favorecer a los "ciudadanos necesarios" y hacer que los "innecesarios" o parásitos de la riqueza muevan también su dinero empozado, sería—según el buen Marqués—la fórmula de una tributación ecuánime. Y hace todo un cuadro de época pintando esta doble categoría social. "Llamo ciudadanos necesarios—dice—no a esos individuos de tupé rizado y de vueltas de encajes, que sólo existen para molestar a cuantos tratan; no a esas mujeres ambiciosas que temen tener hijos y se abstienen de dar súbditos al Estado. Hablo, sí, de esos hombres preciosos que fertilizan nuestros campos, de esos artífices respetables que trabajan noche y día para alojarnos, vestirnos y mantenernos; hablo de esas personas de talento que hacen florecer las ciencias y artes útiles". Contrasta con el boato un poco vacío, con que viven algunos grandes prelados del siglo XVIII, los "curas de aldea, que pasan su vida entre agonizantes y muertos y que apenas tienen la congrua necesaria".

Arturo Uslar Pietri que ha hablado de la inmoderada pasión del juego en Venezuela, del abuso de las loterías y de nuestra enfermedad colectiva del 5 y 6, se contentará en saber

que tuvo un precursor de su prédica en el venerable Marqués de Caracciolo. Todo un sabroso capítulo del libro está dedicado al juego y las loterías. Dice de éstas que "es muy peligroso para un Estado multiplicarlas". (Parece que adivinara el verdadero abuso de las loterías regionales que ahora cunden en nuestro país). Y como para enseñarnos que nada es nuevo, nos da a indicar que ya los genoveses habían inventado una forma de apuesta, bastante parecida a la de nuestro estridentísimo 5 y 6. "La lotería mejor combinada (para sus propietarios, se entiende), es la de los genoveses. Consiste en adivinar cinco, cuatro o tres números, y por esta razón es muy ventajosa para los banqueros". Y agrega el Marqués con suma ironía: "Puede haber extracciones en que no haya un solo billete que pagar".

Otras páginas del autor como su deleitoso elogio de la agricultura como el primero de los oficios humanos, encantarían a Mario Briceño Iragorry y parecen anteceder y coincidir con su libro *Alegría de la Tierra*. Como Mario, el Marqués se duele de que "la agricultura, que fué el primer estado de nuestros padres, desgraciadamente ha decaído entre nosotros y pide renovación y aumento". Para él, la agricultura es "como un Perú nuevo.

mucho más lucrativo y con menos riesgos". Tampoco el Estado—según su filosofía social—debería permitir "terrenos inmensos y sin cultivo". Diserta amablemente sobre "semillas, abono, arado y barbechos". Dice—¡y que actuales y venezolanas parecen sus reflexiones!—que "no basta ocuparse especulativamente en este objeto; no basta que haya compañías o academias de agricultura que, juntándose gravemente alrededor de una mesa, pierdan el tiempo en hacer disertaciones. El grano y los frutos no nacen en las ciudades y jamás se hará cosa alguna mientras no se examine el suelo de los campos, los trabajos de los labradores y se les hagan preguntas a los paisanos". La fórmula de una sencilla y equilibrada economía rural, donde cada labriego tenga su pañizuelo de tierra, ya se fijó hace veintitantos siglos—según el Marqués—en los versos de las *Geórgicas* y en esta perfecta frase de Cicerón, que podría servir de lema a cualquier granja y comunidad agraria: "Abundat fructus, abundat lacte, abundat haedo, abundat porco".

Apenas en una que otra frase del Marqués y en su indudable inquietud enciclopédica, se advierten los futuros "cambiamentos" que remecerían la estructura social, en los casi dos siglos que nos separan de su amable librito.

Pero es grato repensar en él muchas de las sencillas cuestiones cívicas y humanas que a veces nos han preocupado en nuestra defensa de la tierra, los recursos y el hombre venezolano, a los colaboradores de *El Nacional*.

HORA DE LA LITERATURA VENEZOLANA

(1954)

Porque he publicado en las últimas semanas un libro que ha obtenido venturoso favor de los lectores y que dentro de la estrechez de nuestro mercado librero se ha considerado un *best seller*, esta revista se sirve pedirme un conjunto de breves opiniones sobre la Literatura venezolana contemporánea. Quien en esta sobre-mercantilizada Caracas viera desde fuera el trabajo de los escritores, sin meterse en la entraña de sus libros ni en las meditaciones que aquéllos deben tener frente a su máquina de escribir, pensaría que en nuestra ciudad—externamente tan fenicia—muy pocos disponen de sosiego para los temas del espíritu. Hasta hace apenas tres lustros, en el ocio o el humor de una vida mucho menos agitada, era posible encontrar en las mesas de los cafés, en los corrillos de las esquinas, los periódicos, y aún las oficinas públicas el mo-

vido convivio de escritores y artistas discutiendo, accionando, manoteando o pidiéndole al cantinero nuevas rondas de espumosa cerveza en nombre de los altísimos intereses del Arte. Hoy el escritor que sólo complementariamente puede ayudarse a vivir, con el producto iluminado, lírico o dramático que segregan sus sesos o sus sueños, no difiere en el estilo de sus existencia de un disciplinado productor cualquiera. Su reloj debe marchar de acuerdo con la hora astronómica que señala a los caraqueños el Observatorio Cajigal. Su vestido debe estar tan planchado como el del más tranquilo burgués y en su escritorio los papeles—para no naufragar en un maremagnum de confusa fantasmagoría—necesitan estar tan ordenados como en la mesa del ingeniero. También al escritor corresponde formular los más diáfanos planes de la vida del espíritu. Y si estamos perdiendo en bohemia, aventura o azar fantástico, estamos ganando, sin duda, en precisión. Un ochenta y cinco por ciento lo hace el talento para la obra literaria y el resto pertenece al método y documentación con que se trabaja. Es difícil esperar en estas noches de Caracas, tan trepidantes de tráfico, la visita de un ardido ángel de Jacob que venga a rozarnos la frente y musitarnos al oído las palabras de la inspira-

ción. La llamada inspiración también es cultura, ahondamiento en el problema, aseo y exigencia de formas. Y sabemos que por ponerse a esperar el ángel inspirador—sin esforzarse en merecerlo—fracasaron muchos espíritus que, teniéndolo todo, carecían de ese quince por ciento de estudio y de método. Además el lector comienza a contar en la vida venezolana en una dimensión que no conocieron, por ejemplo, los escritores del Modernismo para quienes la Literatura parecía un gozoso ejercicio "inter pares", un mutuo intercambio y dádiva entre literatos. Era posible en aquellas épocas escribir tan sólo con la rareza del vocablo y la melodía de la frase, escribir sobre el viento y la ceniza, para probar la destreza estilística. Hoy el lector nos reclama que no nos fuguemos tanto y echemos toda el ancla en las aguas profundas de una verdad o auténtica inquietud humana. Hay, en una palabra, para el escritor, mayor exigencia problemática. Contar y expresar cosas que interesen o sacudan a los hombres, es el valor primordial de lo literario.

Por eso, propiciamente, en nuestra poesía está desapareciendo lo simplemente ornamental y madrigalesco para llegar a lo humano. Esa virtud de trascender, de no quedarse en un quieto paisaje de cisnes para llegar al

hondón del alma, al pánico y la sorpresa que el mundo plantea siempre al pensativo, es lo que hemos admirado en una poetisa de la calidad de Ida Gramcko, figura impar dentro de nuestra tradición poética. Y en otros poetas —de los que han publicado libros o muy significativos poemas en los últimos meses, como Vicente Gerbasi, Luz Machado de Arnao, José Ramón Medina, Alí Lameda, Rafael Pineda, Rodolfo Moleiro, Rafael José Muñoz—hay un gusto y una angustia de Venezuela, una prospección emocional de nuestra tierra como no había sido frecuente en la poesía vernácula. Está surgiendo, junto a la lírica, una nueva épica del siglo XX que revela con amor el secreto y esperanza de nuestro país; busca su dulzura maternal aún entre el gigantismo y aspereza de su geografía; lo quiere hacer útil, pacífico y convible a todos los hombres. Esta vibrante nota nacionalista que dan, por ejemplo, Luz Machado, Gerbasi, Pineda o Lameda parece identificarse así con un humanismo de concordia ecuménica a la que convida el espacio y utopía del país, a donde ahora llegan inmigrantes de todo el mundo. Desde el folklore reelaborado por el artista ya en los poemas de Andrés Eloy Blanco, Jacinto Fombona Pachano, Antonio Arraiz o Miguel Otero Silva pasaba una vivificante corriente a la

lírica, para expresar el color y la vivencia peculiar de la tierra y el hombre venezolanos. Y acaso un estudio por hacer es el gran préstamo que la música y las leyendas del país están dando a nuestra poesía. De mitos perdidos en la memoria fabuladora del pueblo ha extraído Ida Gramcko su *Belén Silvera*, que promete ser—por las partes que ya se han publicado—uno de los mayores poemas dramáticos de Venezuela.

En la prosa, si por el momento parece detenido aquel vasto caudal de la novela campesina—a la manera que ejemplarizó Gallegos—surgen otros intereses como el de la más viva y preocupada aproximación del hombre venezolano a su historia reciente, como en el *Guzmán*, de Ramón Díaz Sánchez. La conciencia más aguda del venezolano de hoy ya no se satisface con la visión solamente gloriosa e idealizada de la historia, al modo como nos la ofrecieron don Eduardo Blanco y los románticos del siglo XIX, porque quiere conocer también las impurezas de la realidad. La historia—ya lo dije en mi *Cipriano Castro*—no actúa tan sólo como ambrosía y estimulante vino de dioses, sino también como catártico purificador. La sencilla y casi elemental fábula labriega de que se nutría la mayor parte de nuestra cuentística ha alcanzado des-

de Uslar Pietri y Arraiz, siguiendo con los narradores más nuevos y de estilo e intención tan varia como Guillermo Meneses, Gustavo Díaz Solís, Antonio Márquez Salas, Oscar Guaramato, Alfredo Armas Alfonzo, Oswaldo Trejo, etcétera, mayor profundidad psicológica y temática más universal. Inquiero—sin embargo—si cierta hipertrofia poética y metafórica en el nuevo relato venezolano, una búsqueda calculada del enigma y la vaguedad, no rompe a veces la línea narrativa y disminuye—contra la propia estructura del género—su ritmo y acción. La nueva y veloz instancia de la vida urbana, la influencia de casi revolucionarios cambios económicos en el estilo tradicional del hombre criollo, el reciente babelismo de una ciudad como Caracas, han de producir —como ya lo ha insinuado Uslar Pietri—otras formas de expresión novelesca. Y nunca como ahora contaron más en la Literatura nacional formas más complejas y especializadas como el Ensayo y la visión crítica e interpretativa de hechos y fenómenos venezolanos. Viajando por el interior del país, he comprobado hasta qué punto se leen y discuten esos exámenes de Venezuela en su turbulento y heroico pasado y en su crecimiento presente con los que hemos contribuído a la cuarta página del diario *El Nacional* un conjunto de sus cola-

boradores. Libros recientes de ensayos como los de Augusto Mijares, Mario Briceño Iragorry, Arturo Uslar Pietri, Luis Beltrán Guerrero, Juan Oropeza, J. F. Reyes Baena, Carlos Augusto León, etc., han logrado amplia acogida pública.

Que el venezolano parece entrar en una etapa que con palabra de Dilthey llamaría de "autognosis", de penetración de sí mismo, de balance objetivo de su historia pasada, de inquieta búsqueda de las coordenadas que le señalan el futuro, es pronóstico palpable que se ejemplariza en nuestra Literatura. Aún los escritores forasteros que residen en el país, como Alejo Carpentier en su última y muy hermosa novela *Los pasos perdidos*, aluden simbólicamente a cierta utopía venezolana que no sólo puede encontrarse en las calles de Caracas o en los muelles henchidos y las torres de petróleo de Maracaibo, sino remontando la Historia y la Naturaleza, en ese verde hontanar primigenio que los duendes o los demonios de la geografía parecen haber guardado con sus mitos y casi agobiantes recursos. Orinoco arriba.

En otras épocas la Literatura venezolana lloró o añoró demasiado. ¡Qué hermosas páginas debemos a la añoranza en Pérez Bonalde, Pedro Emilio Coll, Díaz Rodríguez, Tere-

sa de la Parra. Enrique Bernardo Núñez; en todos nuestros artistas! Ahora el crecimiento del país, la conciencia de nuestra cultura, nos ponen a mirar el porvenir con más acentuada firmeza. La nación destaca un promisorio y próspero perfil entre los pueblos hispanoamericanos. Aún el inconformismo trágico del artista, debe luchar por la parte del espíritu en la hora de la ciega abundancia económica. Y también como el ingeniero, junto a una ventana clara, en la mesa en que se ordenan sus papeles, tiene que trazar los planos de esa vida de la Cultura sin la cual la otra carecería de sentido.

SÍMBOLOS DEL CARACOL

Se pueden decir muchas cosas sobre el caracol. el organismo más solo y amurallado contra el mundo en la blanca celda en espiral de su calcáreo; en la eminencia única y cavidad resonante que erige su pequeñez frente al infinito. En el viajero terrestre abrumado por su propio equipaje, el pequeño Atlas que conduce su Universo de soledad. La extraña monja de México sor Juana Inés de la Cruz, quien tenía ella misma la naturaleza del caracol y encerró su hermosura en un claustro, no tanto por vocación religiosa como para nutrirse de su hermética vida interior y poblar su alma como secreta concha acústica de las más misteriosas revelaciones del mundo (Música, Poesía, Matemática), buscaba en el molusco un símbolo de la armonía; quizás la más peregrina forma de la belleza. Había compuesto la monja cierto *Tratado del caracol* que desventuradamente no llegó hasta nosotros. pero del que nos informan los versos de

cierto romancillo sobre la Música dirigido por la poetisa a su protectora la marquesa de Paredes:

> que es una línea espiral,
> no un círculo, la armonía.
> Y por razón de su forma
> revuelta sobre sí misma
> la intitulé «Caracol»,
> porque esta revuelta hacía.

En la polémica renacentista sobre la "divina proporción", sobre la forma o la fórmula matemática que pueda definir la belleza, la monja, partiendo de su complicada estética barroca, de su arte un poco congelado y gustoso de los laberintos, los enigmas, las sutilezas escolásticas, se decidía por las vueltas del caracol contra la geometría más clara y rotunda del arte clásico. Pocos siglos como el de sor Juana, tan replegados sobre sí mismos, tan aficionados a vueltas y circunloquios, tan cultivadores de sutilezas y primores difíciles, tuvieron tan definida vocación caracoleante. El "caracol" era, a la vez, en su hermetismo un símbolo del desengaño y del refugio ascético, de la defensa contra el mundo de quien probó la banalidad de la vida y su forma parecía propicia a aquel enrevesamiento decorativo e individualismo misántropo a que aspiraba el arte de la época. "Caracoles" y "gru-

tas", es decir, lo solitario y enrevesado y lo nocturno y henchido, son metáforas y adornos primarios de todo barroquismo. Ellos pueblan las *Soledades* y el *Polifemo y Galatea*, de Góngora; y por las escaleras de los palacios, la encendida asimetría de muros y cornisas, los nichos ahondados de los santos y las volutas de los retablos, la doble voluntad artística de cavidad y repliegue se impone en todas las creaciones espirituales de entonces. Puede pasar desde la arquitectura y la pintura hasta las pelucas de los nobles que llegan a asemejarse a un tupido collar de caracoles y a los abullonados encajes, mangas y hopalandas que lucen los retratos barrocos.

En algunos recientes poemas de Ida Gramcko vuelve a encontrarse con significación y valor distinto al que le daba sor Juana, este misterioso símbolo del "caracol". Desde que publicó tan encantador libro como *La vara mágica*, que marca para mí uno de los momentos ejemplares de la poesía venezolana, había querido decir sobre Ida algunas palabras de fervor y admiración. Pero se trata de una poesía de tan alta coherencia lírica, tan cerrada y abastecida en su unidad temática que no se alcanza a definir, espigando versos sueltos o rompiendo en ese ritmo unitario como de grande e indivisible recitativo, qué tienen

todos sus poemas. El análisis de cada uno de ellos casi nos llevaría a través de una rica escala de símbolos y metáforas, a un proceso de creación o recreación tan compacto como el que los inspiró. La poesía de Ida supera la habitual circunstancia amorosa en que se confina en la mayoría de los casos el tema poético de las mujeres. O el motivo amoroso que ella no puede sino sentir con alta delicadeza, parece el salto que la conduce a más concentrada inmersión metafísica. Ante el espectáculo del mundo, Ida se apresta como la telaraña de uno de los poemas de *La vara mágica* a una danza exploradora que abarque cada vez mayor horizonte anímico: "¡Oh bailarina del desván, comienza!" Del motivo más legendario y humilde ella extrae el *substratum* de tragedia, de sobrerrealidad o de pávido y fosforescente mundo fantasmal que guardan más allá de la fábula hasta los cuentos de los niños: *La bella durmiente*, *Piel de asno*, *La cenicienta* o *Caperucita*. Cada uno de estos mitos experimenta en el arte de la poetisa una extraordinaria metamorfosis dramática y sólo la gracia de su poesía, la riqueza musical y plástica de los elementos que acompañan al drama, elude que todo concluya en desolada tragedia. Hay un hada madrina que dice en su arte palabras más esenciales y ve-

races que las que dijo a Cenicienta al regalarle el principesco chapín:

El pie desnudo y solo
ha de subir a la colina,
sin rosa, ni abalorio,
ni cinta;
el pie descalzo, como vino al cosmos
en su lejana danza primitiva.

.....

—Cenicienta,
ceniza,
tu propia carne, tu futura ausencia.
¡tú misma!

Disolución y nacimiento, polvo y rocío, lucha cósmica entre la sensualidad y el espíritu—como en el extraño poema *Barba Azul*—y hasta la coexistencia de pasado y futuro que acuden, a la vez, al espejo de *Blanca Nieves*, son como en todo auténtico lirismo, la materia de su poesía. En cuentos de niños puede entretenerse la artista en ver ya encarnado lo más eterno del destino humano. Y ahora en otros poemas recientes—con sentido y uso diverso al que le daba sor Juana Inés de la Cruz—aparece el símbolo del "caracol". He aquí un pequeño poema, uno de los más significativos y quizás más concentrados y herméticos de su última obra:

Caracol, el hermano,
el mismo yo, más caracol. Concisa
su forma sigue sin barniz ni estrago
para que el hombre sufra un alma rica,
un alma suya en el vellón y el gajo,
íntima, inmensa, siempre en sed y ahita.
Así contruímos un lugar humano,
pero tan lleno de él como de brisa.
Inventamos
una pared de cal... ¡Y tan distinta!
¿Un muro nuevo, raro?
Sólo en su fresca soledad continua.
—Soledad, ¿otra vez lo solitario,
otra vez la distancia? ¿Y la caricia?
Cálmate, amor, lo nuestro es lo lejano,
toca el largo perfil, la piedra lisa
dice por voz de su vigor: yo te amo.
La forma singular es la infinita.

Si para sor Juana la espiral del caracol era como una clave estética, signo de la armonía, simultáneamente acompasada y distendida hacia lo infinito y expresando en sus encrespadas volutas el primor y rareza que ella le atribuía al arte, en Ida Gramcko parece un símbolo existencial. Es la ilusión de consistencia e individualidad que se forja el hombre ante lo múltiple y perecedero. Pequeña piedra de Sísifo o roca de Prometeo, a la que nos aferramos con nuestro grito y nuestros sueños; morada de cal para refugiar el alma. Y la tragedia de todo espíritu es que está separado de los otros por ese muro impenetrable con

que se defiende el molusco. Aún en el mayor amor hay distancia. "Cálmate, amor, lo nuestro es lo lejano." Golpeamos angustiadamente el muro de nuestra soledad, y somos como el caracol, un pequeño Atlas abrumado; el pasajero que conduce la pesada armazón de su casa.

El caracol tiene forma de cuna y sepultura. Torpemente transita sobre lo terrestre; quiere guardar en su escondida gruta el rumor del océano, y aspira a ver el sol y el cielo desde ese último y agudo promontorio en que se juntan todas sus volutas. Para el poeta que sabe concentrarse y ensimismarse, ¿no es ésta una imagen del destino del hombre?

Desde el paisaje coloreado y florido de su poesía, desde sus jardines de imágenes rescatadas del sueño y la naturaleza, su alto lirismo—como el de todos los grandes líricos—ya puede llegar y soportar también esa roca de soledad y clima enrarecido en que lo humano deja de ser circunstancia para trocarse en esencia.

Es demasiado lo que ya logra esta joven Décima Musa, cuya penetración y maestría debiera celebrarse como celebraron a la otra poetisa del caracol, hace ya tres siglos, los más graves y pasmados doctores del Virrei-

nato de México. Inquirimos como ellos dónde esta muchacha venezolana, que apenas ha cumplido los veinticinco años (edad para que empiece a nacer un poeta) adquirió su ciencia infusa.

SOLEDAD Y VISIONES

Un poco sobre la tierra ha solido andar la poesía venezolana. El gusto tropical por la palabra adornada. lo exteriormente melódico más que lo profundo, la poesía como anécdota, piropo o manifiesto, han impedido en nuestros poetas aquel impulso anímico levantado sobre lo terrestre, aquella ascensión a las estrellas que es el signo de toda gran realización poética. Hay en el pasado algunas ilustres excepciones, una estimable familia de poetas elegíacos en que se destacan los nombres de José Ramón Yepes, de Pérez Bonalde, de José Antonio Calcaño. En los llamados poetas modernistas, el "rubendarismo" imperante en los primeros años de este siglo se sintió sobre todo como reforma verbal, como selección de la palabra rara y brillante, sin penetrar aquella zona de angustia que ofrecía, también, ejemplarmente, el poeta de los *Cantos de vida y esperanza.* Los poetas de la generación de 1920 que experimentaron la influencia depu-

radora y el diáfano clasicismo moderno de un Antonio Machado, sacrificaron a veces el ornamento y la elocuencia para lograr ese arte más sintético e intenso que nos ofrecen algunos poemas de Paz Castillo, de Luis Enrique Mármol, de Andrés Eloy Blanco, de Jacinto Fombona Pachano, de Enrique Planchart. Pero, en general, es posible decir que la poesía no ha sido entre nosotros oficio demasiado serio y que muy pocas veces se encuentra en ella aquel afán trascendente. "aquella zona nocturna de la naturaleza humana" en que lo poético afirma su misterio, su depuración espiritual, su desmaterializado vuelo, frente al dominio de lo cotidiano. La poesía, la gran poesía—que no es precisamente la que trajinan las recitadoras que salen de las escuelas de declamación—cae sobre el mundo con cierta sorpresa de catástrofe, y acaso por su fascinante peligro, por su excesiva individualización, los poetas estaban excluídos de aquel estado colectivista y bien organizado de que se ocupa una de las famosas utopías platónicas. La *Signoria* florentina debió librarse por sentencia comunal del inquieto vecino que se llamaba Dante Alighieri; los *Sonetos* de Shakespeare constituyen todavía un secreto indescifrable para los profesores de Literatura, y Arturo Rimbaud que estaba maldito,

debió tomar pasaje con nombre supuesto y como mercader de artículos coloniales, en uno de los barcos que por el Canal de Suez se dirigen al Océano Indico. En uno de los poemas en prosa de Baudelaire se alude al espanto justísimo de una de aquellas buenas familias a quienes les nació un hijo poeta. Por eso el *Album* en que comenzaba y concluía la obra de muchos poetas nacionales, es el peor enemigo de la poesía. El *Album* ofrece palabras, motivos decorativos, alabanzas a la belleza física o a las condiciones morales de su agraciada propietaria, pero muy pocas veces esa extraña materia—demoníaca y angélica a la vez—de que se nutre el complejo poético. Lo angelical y lo diabólico como en uno de los sonetos de Gerardo de Nerval, se identifican—como en el seno de Dios, antes de que Luzbel se rebelara—en el proceso de la poesía. Y el poeta mira al mundo con aquella extraña mezcla de hastío y de poder, de iluminación y de magia de ese "Príncipe de Aquitania de la torre abolida" con el que se confundiera el propio Nerval.

Otto D'Sola, autor de este libro cuyo título *De la soledad y las visiones* evoca aquellos en que los místicos germanos—un Tauler, un Eckhart, un Ruysbrock—recogían su experiencia interna y su anhelante busca de Dios, es

uno de esos jóvenes y muy escasos poetas que en los últimos años se han preocupado de que una poesía terrestre como la nuestra reciba la visita de los fantasmas. Y el combate de Otto y de sus compañeros de generación con algunos contemporáneos incomprensivos se debe a que él es de los que oponen a la música externa y al verso demasiado redondo de nuestra vieja poesía un arte más subjetivo, íntimo y velado, envuelto en la niebla de los símbolos. Más que en el mundo exterior, sus metáforas se elaboran y cristalizan en el sueño; quieren volar más que pesar. Yo no sabría decir si esta expresión de la nueva literatura venezolana aparece en retraso con el movimiento poético mundial que en Europa, por ejemplo, ya superó la etapa simbolista, pero entre nosotros donde floreció la elocuencia más que la poesía, no habíamos tenido de él —hasta el momento—sino los más pálidos atisbos. Un romanticismo que se diferencia profundamente del de aquellos poetas que en orden histórico denominamos los románticos venezolanos, pero cuya obra se detuvo en la anécdota y el episodio, es así el signo de su poesía. Y como en todo genuino arte romántico, la muerte y la juventud fugaz, la soledad del hombre ante el tumulto ingobernable de la vida y de la naturaleza, constituye la más

obstinada materia de su monólogo. Algunos hasta se preguntan si efectivamente puede llamarse venezolano este poeta que habiendo nacido a las orillas del lago de Valencia, en un trópico de tan violento color, prefiere a la siringa del sensual estío los violines del otoño. Como en los mitos nórdicos, en el arte de Otto D'Sola la princesa sale flotante y vaporosa del estanque dormido. Al arte clásico y mediterráneo, de preciso contorno, de soleada objetividad, él opone otro en que la forma se diluye, asordina y gasifica las palabras que —más que a una realidad—aspiran a una vivencia, a una iluminación completamente interior de las cosas. Acaso algunos antecedentes biográficos si no nos explican, al menos nos aproximan, al misterio de su forma y de su expresión anímica.

Otto D'Sola vivió una infancia melancólica de niño ciego. La proeza de un oculista lo gratificó con la visión cuando ya su alma de muchacho sensible andando a tientas por uno de esos caserones agrietados y medrosos de la provincia venezolana, había acumulado en su terrible memoria de artista las más extrañas hipótesis del mundo. Desde un punto de vista estético pudiera decirse que existen dos tipos de ceguera: la de los ojos que se cansaron de tanto ver, pero en los que se guarda

como en un negativo fotográfico el externo perfil de las cosas como, por ejemplo, los ojos de Homero en los que vivía el recuerdo plástico de los hoplitas, de los reyes, de los promontorios del Mediterráneo, y la ceguera del que todavía no ha mirado—como aquel niño músico de una novela de Korolenko—que recibe del mundo, como si tuviera un único sentido totalizador, un misterioso y móvil mensaje de olores y vibraciones. Una ceguera de esta especie anima el sutil mensaje, lleno de pasos, de brisa, de ecos sin localización, que recoge la poesía de Otto D'Sola:

En la noche miramos siluetas sin adivi-
[narlas,
grises, borrosas, sin tocarlas nunca en nuestro
[albergue
con nuestros dedos ansiosos, como a ruidos de
[nieblas,
como a distancias prohibidas por los seres
[celestes
en los parques de la bruma, en los aires que
[se elevan
rozando jardines, aguas dormidas, estatuas in-
[somnes.

La ceguera hace pensar en la muerte que es precisamente la inmovilidad sin luz. En la autobiografía—un poco fantasista, autobiografía en claroscuro, sembrada de metáforas—que el poeta suele narrar a sus amigos, la Muerte

penetraba a aquel caserón de Valencia donde transcurrió su infancia, jineteando el cansado caballo nocturno que en los pueblos de Venezuela simboliza lo misterioso y sobrenatural. El jinete, que viene de la más empolvada lotananza—quizás de las llanuras—y trae el testimonio de las supersticiones y los espantos que visitan aquellos caminos solos, habla parcamente y acepta la hospitalidad que le ofrecen las mujeres. Pero el poeta no se engaña y ha adivinado que se llama la Muerte:

...La Muerte que llega en un viejo caballo,
y sacude sus cascos y borra sus nervios, y
[levanta
un látigo de tiniebla, y lo hunde en el olvido.

Porque la ceguera es como una premuerte y los sentidos del ciego palpan lo que no descubren los seres comunes. el poeta no la teme y la invita como a una sombra a dialogar con él. La poesía de Otto D'Sola es especialmente cortés con los fantasmas. A su vera se detiene el fantasma en la humedecida paz nocturna e imprime su presagioso aliento en la noche:

Oh bello fantasma de los sueños inmensos,
[rodeado
de frágiles murmullos, de ríos eternos y mon-
[tañas

El húmedo soplo de la noche entre los árboles
te ausenta de la tierra donde mi voz te canta.
¿Hacia dónde diriges tus pasos, hacia qué islas
viajas, despertando tristezas y flores san-
[grientas?

Sin darme tus manos de nardo, ¿hacia dónde
[caminas?
¡Ah!, no quiero ver hundirte en dorados mis-
[terios.
Ya siento el dolor que sentirá tu cuerpo al
[llegar.
Te espera un fondo gris, como un adiós de
[invierno.

Sumido en su profundo círculo del *yo*; pleno de rumores, de vibrátil misterio, de estupefacción de los ojos que estuvieron mucho tiempo sin ver pero que imaginaron mucho, el arte de Otto D'Sola—tan depurado de música y lejanía—ha equivalido a uno de los monólogos de más espiritualizada subjetividad que se hayan escuchado en los últimos años en la Poesía venezolana. Su viaje al trasmundo, su familiaridad con la Muerte, la simobología mística en que se envuelve su expresión poética, ha parecido extraña en un país como el nuestro donde se prefiere lo sensual a lo espiritual, lo público a lo íntimo, la palabra que resuena y que pesa, a la alusión ingrávida. El tributo de sus visiones y de su soledad, su experiencia de niño ciego, aquella

Muerte florida, y de ninguna manera medrosa. que transita por el territorio de su poesía, lo ha ido liberando en dos o tres libros juveniles. El peligro del *yo*, como único miraje estético, es que apresa al artista como en una cisterna oscura y profunda, donde las manos que buscan se estrellan siempre contra el mismo muro musgoso. Puede ser un naufragio o un grito irremediable y sin respuesta. Alguna vez vimos a Otto D'Sola amenazado de aquella subterraneidad introspectiva, de aquella inmersión en el pozo, a que dieron todo el arte, toda la vida hasta perecer, un Holderlin o un Novalis. El viejo Goethe que como un Zeus con bastón de alpinista, había bajado en aquellos días a Weimar, después de una temporada en las montañas, les aconsejó que no se fijaran solamente en los símbolos, sino también en las cascadas; que neutralizaran alguna vez el *yo* con el *tú* que requiere toda empresa humana, aunque esa empresa se llame Poesía. Después del monólogo, el arte de Otto D'Sola, que con este libro avanza hacia una magnífica madurez, ha descubierto también el diálogo. A la experiencia interior que hasta este momento alimentó su obra y que podía agotarse y repetirse—porque toda soledad es también finita—y el hombre embriagado de ella puede dar la vuelta inexora-

ble del laberinto—comienza a agregar el mundo de los demás, el choque y comunicación con los otros seres. El alma, entonces, no sólo vive de sí misma, sino capta, a la vez, el móvil perfil del Universo. Y estas nuevas voces, los *tú* que conversan con el poeta, es lo que añade este libro a la creciente afirmación, al variado ámbito en que ahora se expande su Poesía.

USLAR PIETRI Y SU NOMBRE

¿Hay cierta extraña afinidad, no determinada por ningún Klages, que fuese también Nostradamus, entre el hombre y la personalidad que lo sustenta? ¿Existe relación mágica entre la manera como nos llamamos y el destino que se cumple en nosotros? Por simple juego literario o psicológico valdría la pena fantasear sobre este tema, sobre una hipotética onomatología que sirviese para vaticinar o esclarecer al individuo del mismo modo que el grafólogo define el carácter por la dirección y forma de la escritura. Claro que hay una profunda diferencia testimonial entre los rasgos de la letra—que de cierta manera son adquisición y conquista intransferible—y el nombre que la mayoría de los seres humanos que no se resuelven a cambiarlos (como *George Sand*, Pablo Neruda, *Azorín*, etc.) soportan con gravamen hereditario. Pero acaso uno de esos psicólogos que como Klages, no niegan, enteramente, la magia, se atrevería a decir

que también el nombre es una determinante del individuo, un indicio sobre su estirpe y un marco misterioso en que se ajusta nuestra personalidad. A través del nombre la persona se liga con sus antecesores; recibe no sólo una herencia biológica, sino también un coilicilo espiritual. Es como una suma de circunstancias ambientales, cuya fuerza soterrada actúa como impulso condicionante. En casi todos los países y todos los idiomas el apellido aludió originariamente el lugar de procedencia, a la profesión o defecto físico de quienes lo llevaron. Cuando el nombre parecía insuficiente se le completó con el apodo, y hubo apodos no sólo personales, sino también tribales y colectivos. En ciertos nombres judíos, surgidos en los pueblos cristianos, el hipotético problema que confronta el nombre, debe entenderse freudianamente, como represión o sublimación. El "converso" que en España se hacía llamar "Santa Cruz", "Santángel" o "Santa María", parecía adquirir un como escudo de protección, mientras que en los países germanos el "Silverstein" o el "Goldstein", el desdeñoso patronímico de piedra de oro o de plata, pudo convertirse en impulso de superación. Porque los persiguieron y negaron, muchos israelitas trocaban en instinto de figuración y dominio el injusto desdén social.

A través de esta divagación onomástica, que me complace como cualquier otro deporte literario, quisiera aproximarme a la obra de Arturo Uslar Pietri. Decir que el autor de *Las lanzas coloradas*, de *Red*, de numerosos cuentos, ensayos y magníficos estudios económicos y sociales, es quizás el venezolano más inteligente de su generación, no explicaría nada, ya que lo importante es conocer los signos definidores de su inteligencia y estilo. No nos basta a nosotros, gente curiosa, admirar el ingenio o el *bel esprit*, como pudiera hacerse en las tertulias ilustradas del siglo XVIII, porque aspiramos, asimismo, a analizar y descomponer imaginariamente la síntesis que se realiza en cada personalidad significativa.

La personalidad que juzgamos es la suma de tres nombres: Arturo, Uslar, Pietri y una excursión por su obra literaria nos demostrará que no se han mezclado arbitrariamente el céltico y legendario Rey Arturo, el apellido germano Uslar y el muy meridional y clásico Pietri, en el escritor venezolano. En algunas iglesias románicas de Italia y Provenza, de tan seguro y orgánico plano horizontal, levantadas con la admirable lógica constructiva del sereno mundo clásico, penetraron entre los siglos XII y XIII algunas de las quimeras

y monstruos que la torturadora fantasía medioeval del norte de Europa oponía a los bellos mitos antiguos. Pero el arquitecto meridional, discípulo, a veces inconsciente, de los griegos y romanos, subordinaba esa floración fantástica, esas visiones de Apocalipsis, a la humana y tranquila geometría de su innato clasicismo. Formas que pesan, adheridas noblemente a la tierra, dilatadas como en la majestuosa plenitud horizontal de un hexámetro o de los alejandrinos franceses del Cantar de Gesta, oponía el artista del Sur a la patética angustia de la imaginación nórdica. Y cuando el gótico, con su lírica descarga de sueños y de líneas que se disparan y vuelan sin reposo, entra a la tierra italiana (porque es ya un estilo internacional), los arquitectos de Siena, por ejemplo, lo domestican, lo frenan con su diferente y rigurosa gramática constructiva. Bajo la luz de Italia lo borroso necesita adquirir contorno; los fantasmas se hacen plásticos y entran en el orden de la naturaleza.

El "Arturo" y acaso el "Uslar" pudieran llevar a nuestro escritor por esas comarcas de puro sueño, por ese paisaje entre caballeresco y ojival, que él ha interpretdo en algunos de los más bellos poemas en prosa de su reciente libro *Las visiones del camino.* Con la técnica de un primitivo iluminador de vitral, ha

transmitido algunas leyendas, como las que cuenta sobre Cristo un corro de esclavos negros en un delicioso capítulo de *Las lanzas coloradas*. El escritor culto, dueño de su instrumento, parece renunciar a lo demasiado hecho y lo demasiado refinado y se acerca a ese maravilloso momento palpitante en que todo es leyenda, en que el mundo inexplicable parece envuelto en magia y sorpresa. Los animales hablan, Jesús se pasea por la tierra, las nubes o los pájaros empujan el secreto de lo que va a suceder. Por semejanza en la actitud puramente religiosa y pre-científica ante el Universo, los esclavos negros de la Venezuela colonial, o los labriegos del cuento *La lluvia* pueden soñar o explicarse las cosas como en un *exiemplo* medioeval o en un *fabliau*. Pero fijaos bien: es el espíritu selectivo del escritor, su lógica—si así puede decirse—, lo que elige en la maraña de lo popular aquel rasgo específico; lo que enmarca en la disciplina de un estilo justo lo desorbitado y fantástico, con el mismo rigor con que el arquitecto italiano o provenzal enjaulaba en el redondo tímpano de su iglesia la monstruosa quimera nórdica.

Así coinciden las culturas a que aluden los nombres, en la obra de Arturo Uslar Pietri; así ella señala—como la de ningún venezola-

no de su generación—una querella resuelta entre la Lógica y la Poesía, entre Inteligencia y Sensibilidad. Junto a los sueños célticos del Rey Arthur, junto a ese dorado Universo de vitral y de libro de horas, lo Pietri sirve de roca de asiento, de claridad ordenadora. El apellido meridional de significado tan terrestre, de tan definido contorno, sabe detener y dominar la quimera. Sin perder su color, la poesía ha pasado por el tamiz de una inteligencia que aclara—y a veces simplifica—para fijar el relieve esencial. Si dominara lo puramente poético, el escritor se extraviaría, como Parsifal en su bosque sagrado; lucharía con aquellos dragones surrealistas que a veces aparecen en sus poemas en prosa y apuntes de la primera juventud y que, venturosamente, Uslar Pietri nos presenta ya domesticados. Si contrariamente prevaleciese sólo lo lógico, escribiría en silogismos con el rigor de un escolástico. (Al Uslar Pietri político, de quien no tenemos por qué hablar aquí, se le atribuyen, precisamente, esas cualidades lógicas, cierto aplomo y paciencia fría y la virtud de reducir las cosas a un rasgo esquemático, que desespera a las gentes alteradas y demasiado verbosas. Uno de esos interlocutores derrotados por él, me decía que en el momento de mayor fragor Arturo "baja el ca-

pacete". Y una tenacidad que no es frecuente en los intelectuales, una tenacidad que acaso tenga origen germano y se llama "Uslar", así como la Lógica se llama "Pietri" y la fantasía se llama "Arturo" (es otra de las expresiones de su temperamento).

Puente y conciliación de tan diversas formas e influencias me parece este libro de ensayos. Así como en los bocetos a lápiz de un gran pintor capta—quizás más fácilmente—el crítico de arte el secreto del estilo y el rasgo más individualizado; así en estas páginas, que a veces son sus apuntes de artista y su monólogo ante la sorpresa de un libro o una idea nueva, determinamos, mejor que en el desarrollo sinfónico de sus novelas y cuentos, la clave temperamental. Poesía y Razón aquí se concilian como en algunos dibujos de Picasso. Ser demasiado inteligente, de la manera en que lo fueron Voltaire y Anatole France, es casi un escollo para un escritor de estos días que advierte la limitación de la inteligencia ante lo íntegramente vital. El elemento poético envuelve el dibujo—demasiado claro de la inteligencia—en su vaguedad de misterio; es la gasa imprecisa o el paisaje lejano con que embrujaba Leonardo la maestría de su técnica. Pero en un arte como el del prosador la evasión lírica no puede ser tan absoluta

que nos oscurezca el contorno del mundo concreto. Necesitamos distinguir, por lo menos, como el automovilista extraviado en la neblina, aquella cinta geométrica que sirve de límite entre la carretera y el abismo. Y así los monstruos y rarezas que nuestro autor pudo recoger de su viaje a la Poesía, se nos ofrecen ya detenidos como en aquellos jardines italianos de recortados setos, hechos a la dimensión del hombre y donde todo—el blanco muro, la fuente y los cipreses—tiene color y lindero definido. Aún en el tema de interpretación americana (misterio del alma mestiza o drama de nuestra soledad geográfica), Uslar Pietri parece ver las cosas en exacto y ceñido perfil, como quien, desde un avión y con instrumentos perfeccionadísimos, levanta la carta aerofotométrica. Es por ello su arte, antitético del de un José Eustaquio Rivera, quien con absoluto desasimiento romántico marchaba casi ciego y repitante entre los bejucos que golpean y ponen límite a la mirada y la mano. Es un joven y válido maestro en cuanto los objetos se despojan en él de lo accesorio o se rescatan del caos, para que advirtamos la esencia de su hallazgo. Como en *Las nubes*, de Aristófanes, a que invocan estos ensayos, la errancia fantástica está cargada en Uslar Pietri de pensamiento e inteligencia. El aven-

turero Jason poseía un mapa para llegar hasta el vellocino y en la mesa del céltico Rey Arturo si se habló de las hadas, se habló, también, de la economía, la guerra y el régimen fiscal de su legendario reino. ¿No radica en tal síntesis el verdadero equilibrio de un escritor? Donde las nubes—esas nubes un poco charlatanas del poeta griego—las grandes nubes comadres rozan con el ruedo de sus fustanes blancos la áspera corteza de la tierra, y donde la tierra toca el mar; en la metafórica concordia de esos tres elementos, que nuestro libro de Geografía llamaba "sólido", "líquido", "gaseoso", está el equilibrio de lo verdaderamente humano y terrestre. Desde nuestro punto de mira en la superficie planetaria, los ángeles gaseosos y los demonios inflamados en el magma subterráneo, nos parecen creaciones incompletas y románticas. El autor de estas *Nubes* es demasiado moderno para aspirar, como los artistas de hace cien años, a una exclusiva categoría de demonio o de serafín.

TRADICIÓN

En artículos de periódico he encontrado en los últimos días insistentes llamados a estudiar la tradición venezolana. Una tradición que trascienda de los himnos triunfales de "Venezuela Heroica", de la satisfacción que puede sentir todo venezolano de que sus tatarabuelos o bisabuelos ensillaran el caballo al pie del Avila para ir a detener la volatería libertaria y ansiosa en las más altas cumbres del Perú. Merecer a Bolívar y a Sucre y a todo aquel grupo de fundadores civiles que completan la acción de los próceres, desde Miguel José Sanz y Pedro Gual, hasta Fermín Toro, es permanente lección cívica que requiere buenos maestros que la enseñen y actualicen. Y cómo se conjuga el culto de la Historia hecha, con el compromiso de la Historia por hacer, es precisamente el mejor estímulo de una tradición bien entendida porque muchos "tradicionalistas" pensaron que Bolívar libertó pueblos para que nosotros no hiciésemos otra cosa que cuidar su sepulcro,

y don Cecilio Acosta escribió tan hermoso castellano para que nuestros modos de pensar o escribir se detuvieran en aquel día de 1856, en que salió de la mente de nuestro gran humanista el hermoso ensayo titulado *Cosas sabidas y cosas por saberse*. Interpretándola con verdadero sentido histórico toda tradición "deviene"; es el valor del pasado que mira con nuevos ojos y aplica a nuevas necesidades, cada generación. Es aquel admirable pensamiento de Jefferson, cuando recomendaba que cada veinte años se permitiera a los más avisados espíritus de las nuevas generaciones revisar las leyes de un país para ponerlas a tono con las circunstancias históricas. Sin duda que Venezuela necesita ahondar cada día más en la conciencia de su pasado, pero no para quedarse detenido en él, sino para descubrir, entre la selva de los hechos, el perfil y la problemática de la Nación.

El problema es ahora más urgente que en otros días en cuanto nuestro país está recibiendo un inmenso contingente inmigratorio de gentes que se incorporan a la vida nacional, y hay que ofrecerles no sólo oportunidades económicas, sino también valores de cultura. Los inmigrantes que llegaron a la Argentina después de la caída de Rozas, pudieron nacionalizarse bien porque junto al trabajo de los

agrónomos y los ingenieros, que modificaban las condiciones de la Naturaleza, estaba el pensamiento orientador y vigilante de una gran generación de pensadores y escritores. Las palabras de un Sarmiento o un Alberdi valían—para quienes piensan que el papel del intelectual en nuestras sociedades es puramente decorativo—lo que el mejor plan de los técnicos. Lo peor que pudiera acontecernos, es el desarrollo de una técnica sin espíritu y sin miras nacionales, como la que las viejas naciones imperialistas trasladaban para su propia comodidad y mejor usufructo de su expansión económica, en sus factorías de Asia o de Africa. Había muy buenas carreteras y excelentes edificios en Singapoore o en Shanghai, no tanto para el servicio de los nativos como de los capitalistas ingleses.

Cierto aire de colonialismo, o semi-colonialismo económico, hace de las oligarquías criollas—mucho más que en los días de los hacendados o de los viejos caudillos rurales—pasivos grupos tributarios del capital extranjero, y amengua frecuentemente, en la Nación, su fuerza creadora y defensiva. Muchos compatriotas esperan—para prosperar—que como extraños Santa Claus o Simbad ingenieros, lleguen las empresas foráneas a perforar el pozo de aceite o taladrar la montaña de hie-

rro que apareció en el solar de nuestra casa. Nosotros pusimos el potrero o el solar y recibimos como premio, la nueva lámpara de Aladino con que se satisfacen todos los caprichos. El complejo de la "regalía", de esa continua esperanza de que los extranjeros sigan desarrollando y explotando todo lo que es explotable, y nosotros esperemos la confitada lluvia de la piñata, pesa demasiado en la vida venezolana y engendra dos actitudes psicológicas complementarias: una es el asombro ante lo que hacen aquellos dioses que traen técnicas y artilugios desconocidos; otra, la alabanza y servilismo ante quienes pueden repartir a los muchachos más bobos, tan hermosas grageas. Pues que ellos saben más que nosotros, inclinémonos a adorarles y servirles, lo mismo que los indios guaiqueríes traían sus canastas de perlas ante don Cristóbal Colón.

Porque no fueron educados para este mundo de la técnica y la explotación industrial de la Naturaleza, muchos venezolanos que quisieron prosperar en esta época de "las regalías", se dedicaron al comercio, a vender las baratijas foráneas. Eran como aquellos "indios ladinos" que en los días de Conquista colocaban entre los otros indios que no habían aprendido "la lengua" y las mañas de los recién llegados, los espejitos y las cuentas de

vidrio. Entonces se produce en la vida económica del país una especie de marea regresiva. El petróleo, por ejemplo, crea buenos salarios; los comerciantes (porque no hay industria nacional) traen del extranjero hasta las mazorcas, enlatadas; los venezolanos las compran y el dinero de los salarios torna al país de donde salió. El capitalismo extranjero nos hace, a su modo, un préstamo con el buen respaldo de nuestras materias primas, y lo devolvemos en cuanto artefacto útil o inútil adquirimos con la fácil lotería del aceite. Empezamos a vivir como en un extraño Singapoore del Caribe, donde hasta el mérito social habrá de avaluarse por la cercanía o el favor que nos otorguen los extraños dioses extranjeros.

Resulta fácil y hasta demagógico, hablar de las fuerzas desnacionalizadoras de un país, cuando no hubo plan ni voluntad de mejorar la situación histórica; cuando permanecíamos adánicamente desnudos ante el impacto de estas formas modernas hechas de cálculo, previsión, escueta tecnología. Es que por sobre todo estudio y auténtica pasión nacional prevalece en muchos venezolanos la actitud que los clásicos llamaban del *carpe diem*, el ciego hedonismo de quien disfruta del buen vino y la buena cena, sin preocuparse

de las necesidades y angustias que surgirán mañana.

Por ello, hasta la hermosa frase de "tradición venezolana"—tan repetida en recientes escritos de los periódicos—está pidiendo nuevo examen y nuevos puntos de vista. No nos adormezcamos con ella como indescifrable fórmula litúrgica. Penetremos la Historia con nuestra angustia y nuestra necesidad creadora. Repensémosla, para averiguar los compromisos y deberes que dejaron para nosotros, los grandes nombres tutelares. Hay que defenderse de la falsa tradición que repite, sin ahondarlas ni analizarlas, todas las frases hechas y todos los adjetivos que acuñó el tiempo sobre nuestros héroes o nuestros pensadores. Entender el Pasado, pero con espíritu y actitud contemporánea, en solidaridad de Historia que no se detiene, sino prosigue ensanchando la tarea y el destino común.

TRADICIÓN Y VOLUNTAD HISTÓRICA

En varios artículos ha aludido Arturo Uslar Pietri a lo que puede llamarse el problema de la tradición y el proceso histórico de Venezuela. Coincido con él en que la "tradición" no es inerte e inmutable, y que lo más significativo en la Historia de cada pueblo es su impulso de "devenir" y su capacidad de adaptarse y dirigir las circunstancias que trae cada época. Ninguna nación puede vivir en el enquistamiento de las formas adquiridas que parece característico del mundo de la Naturaleza, en oposición al móvil mundo de la Historia.

Es cierto que las rocas, las montañas y la plataforma continental también sufren cambios morfológicos a través de las edades, pero ellos se miden en lenta dimensión de Geología casi imperceptible para una vida humana o para el curso de varias generaciones que pueden presenciar, en cambio, gran-

des emergencias históricas. No habría casi tarea para el hombre si cada generación repitiese todas las rutinas, hábitos y modos mentales de las que la precedieron. Cada Historia necesita resolver nuevas y cambiantes situaciones vitales. La falsedad de una Sociología de tipo positivista, como la que se escribió en Venezuela hasta hace pocas décadas, consistía en que homologaba los hechos sociales a los fenómenos de la Naturaleza, sin prever que los cambios de producción, el impacto de nuevas formas culturales, las modificaciones del "paisaje histórico" aportan otras estructuras y sistemas. Pueden cambiar, simultáneamente, los estilos políticos y los estilos artísticos, la fraseología literaria y el modo de gobernar.

Si un régimen como el de José Tadeo Monagas pudo ser una clara consecuencia de fenómenos y formas venezolanas de la segunda mitad del siglo XIX, resultaría un anacronismo en la segunda mitad del siglo XX. Y decir, por ejemplo—como lo hicieron varios escritores de la escuela positivista—, que los "gendarmes necesarios" o los "caudillos" eran expresión política permanente y definitivamente cristalizada de nuestra psicología social, resulta tan a destiempo como afirmar que Francia debería ser gobernada siempre por

reyes como Luis XI, ya que la dura energía de aquel soberano pudo ser eficiente al final de la época feudal. La Historia también modifica lo que se ha venido llamando la psicología de los pueblos.

Hasta aquí parece que no hay nada que discutir con Uslar Pietri. Sin embargo, se me ocurren algunas observaciones a la manera cómo él desenvuelve su tema. Que no nos preocupemos demasiado de la tradición, y que dejemos el libre juego de todas las influencias foráneas o universales que ya desde hoy comienzan a configurar la Venezuela de mañana, parece ser su tesis liberalísima. Y agrega que si el futuro como el presente continuara aboliendo muchas de las cosas que nosotros denominamos "tradición", lo esencial y más significativo del país siempre habrá de conservarse: la memoria de sus héroes, la flor de su pensamiento y sus obras de arte.

Estos argumentos de Uslar Pietri serían irreprochables si no omitiese en su meditación otros factores que también condicionan toda equilibrada vida histórica. El primero es que cada pueblo no puede esperar por el simple contagio pasivo de otras formas de civilización la esperanza de una mejor historia, porque tiene que prepararla al mismo tiempo,

de modo más calculado, responsable y consciente de su destino. La Historia no sólo se recibe, sino se planifica y se hace. Hay en el desenvolvimiento de las grandes naciones una como meta o guía ideal que orienta el progreso colectivo y permite la afirmaoión y defensa de la personalidad nacional, aun en los momentos de mayor crisis. Cualquiera, entre las más importantes concreciones políticas nacionales revela este fin voluntarista, este destino común que se atribuye a la Nación o al Estado. El Estado de Luis XIV, por ejemplo, no surgió por simple juego espontáneo de fuerzas sociales, porque hubo el empeño de crearlo tan racional, clara y lógicamente como el metodo de Descartes. La Historia moderna de Italia, por ejemplo, no se explica sino por la lejana lucha—ya muy viva en la Edad Media—por la unificación, que no se realizará sino en el siglo XIX. En las luchas de Inglaterra y España desde fines del siglo XVI ya se ejemplariza una "constante" de la política inglesa que anhela la "libertad de los mares", y cuyo individualismo económico la llevará, a través de las revoluciones del siglo XVII, a una limitación del poder político soberano, como se expresó en el parlamentarismo inglés. En cualquiera de esas Historias, los hombres no se conten-

taron con esperar las corrientes naturales del acontecer, sino trataron de planear conscientemente su futuro. Sólo carecen de ese impulso configurador los países coloniales que aceptan inertemente cuanto les llega de fuera, y viven—sin ninguna otra mira—en la simple contingencia de cada día. Era la vida de esas factorías europeas en Asia—Singapoore, por ejemplo—donde el nativo fué un resignado y humillado espectador de cuanto hacían o traían los extranjeros.

Aguardar pasivamente las corrientes foráneas que modificarán nuestro estilo de vida, sin que haya en los venezolanos un impulso de planeamiento histórico, parece sumamente peligroso.

En lo que las gentes llaman vagamente "Civilización", se suelen esconder fuerzas y formas muy contradictorias. Ya no tenemos los hombres de hoy aquella fe en un progreso indefinido que hacía creer a los utopistas del siglo XVIII que, por el simple avance de la razón, el futuro será siempre mejor que el presente. A más de que el concepto de "Civilización" cambia según el espíritu o intereses de quienes la juzgan. Para un simple vendedor de artefactos mecánicos una horrible "motorola" pintada de groseros colorines, disparando a todo ruido sus "modernas ver-

siones" de Chopin o Beethoven, podría ser indicio de civilización, y en nombre de un falso progreso ("arroje usted veinticinco céntimos en la ranura y ya gozará de la música") excitará a sus clientes a comprarla. En cambio, una persona de tan refinado gusto estético como Arturo Uslar Pietri se resistiría a tenerla en su casa. La denominada "civilización" contiene, así, junto a muchas cosas útiles una serie de objetos estúpidos y embrutecedores impuestos tan sólo por la presión materialista del comercio. Y si "Civilización" fuese todo lo nuevo, cualquier analfabeto enriquecido, que puede adquirir un "Cadillac", sería más civilizado que Goethe o que Bolívar.

Además, cuando confiamos en el próspero desarrollo de nuestro país por el simple influjo expansivo de la llamada "Civilización mundial", olvidamos que la oportunidad de todas las naciones no es la misma ante los beneficios civilizadores. En reciente artículo, Uslar Pietri juzga esa fuerza modeladora de la civilización como si ella se expandiese de modo unánime a lo ancho del planeta; como si hubiera una clara justicia distributiva en el orden internacional. Por desgracia, el drama de la Historia es que hay pueblos ultrapoderosos y pueblos misérrimos. Que en el

mal equilibrado conjunto de las naciones, unas son las que producen e imponen sus productos y otras son las que deben comprárselos.

Y este desajuste en el reparto y usufructo de los bienes civilizadores, suscita el complejo fenómeno que se denomina "Imperialismo". En la presión económica, y no siempre progresiva (porque de las materias primas y el trabajo barato de los países pobres viven las grandes naciones plutocráticas) que forja el Imperialismo, se desquician y anarquizan fuerzas o recursos locales, y se establecen entre grandes y pequeñas naciones vínculos de condicionalidad y vasallaje. Cuando la "Civilización" se alía con el "Imperialismo" no es necesariamente filántropa. ¿Ganó algo esencial la Cultura humana y el espíritu liberador del hombre. cuando el Imperialismo romano por ejemplo, a partir del siglo I de nuestra era, absorbió todos los núcleos culturales del mundo helenístico y del Oriente mediterráneo, disolviendo las formas y expresiones locales, tratando de unificar cultos, estilos y mitos en una artificiosa e hinchada monumentalidad? Y el viejo ejemplo de Roma acaso es saludable advertencia para quienes, contra la varia y hermosa "pluralidad de las Culturas", auspician una Civilización igual y regimentada,

que en los pueblos débiles desquicia costumbres y formas propias, sin sustituirlas por mejores recursos y más feliz concordia humana.

El tema es provocativo, y aún queda tela para otras meditaciones complementarias.

FIN DE
"COMPRENSIÓN DE VENEZUELA"

ÍNDICE

ÍNDICE

NOTA BIOBIBLIOGRÁFICA ... ... *Pág.* 11

PRÓLOGO:

La obra literaria de Picón Salas 17

Geografía con algunas gentes 27
Signo del calor 38
Pueblo e intelectuales 51
Esperanza y humanismo americano ... 63
Rumbo y problemática de nuestra historia 69
Paseo por nuestra poesía (de 1880 a 1940):
I 99
II 107
III 113
IV 121
V 129
VI 137
Proceso del pensamiento venezolano... ... 139
Antítesis y tesis de nuestra historia... ... 169
Notas sobre el problema de nuestra cultura:
Problemas y otros que no lo son 193
Un poco de historia 197
Tres pensadores venezolanos 203

Sin embargo 216
Una voluntad nacional 221
Perspectiva de la pintura venezolana:
Hito indígena 233
Colonia y vísperas de la República 238
De la independencia a la federación 245
Días de Tovar y Tovar 248
Rojas y Michelena 254
El modernismo del 1900 262
Del impresionismo al constructivismo... 269
Ultimas promociones y corrientes ... 280
Caracas en tres tiempos:
I.—Litografía del septenio 289
II.—Caracas 1920 300
III.—Perfil de Caracas 1945... 311
Los Andes Pacíficos:
Contrastes geo-psíquicos 327
La cultura que no está en los libros ... 332
Problemática de hoy 341
Margarita 345
Pequeña historia de la Arepa 359
Cordones y hombres 371
Aproximación al Orinoco 379
Coloquio en Valera 389
Límites de Venezuela: La isla de Curazao 401
Historia de un anti-héroe 409
Sanz, justicia mayor 419
El tiempo y nosotros (En los días de Juan Vicente Gómez) 427
A veinte años de «Doña Bárbara» 435
Armando Reverón (1939) 449
«Cartas» de Teresa de la Parra 469
Memoria de Blanco Fombona 481
La estatua del viejo Guzmán 489
Cenizas de Simón Rodríguez 499
Don Tulio, rapsoda de Mérida 505

Almanaques 523
Estrellas y mariposas 529
Cocina romántica 537
Actualidad de un libro viejo 545
Hora de la literatura venezolana 553
Símbolos del caracol 561
Soledad y visiones 569
Uslar Pietri y su nombre 579
Tradición 589
Tradición y voluntad histórica 595